

TIM POWERS

EN COSTAS EXTRAÑAS



En costas extrañas

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Tim Powers
En costas extrañas

OceanofPDF.com

A Jim y Viki Blaylock, los amigos más generosos y leales, y al recuerdo de Eric Batsford y Noel Powers.

Con mi agradecimiento a David Carpenter, Bruce Oliver, Randal Robb, John Swartzel, Phillip Thibodeau y Dennis Tupper, por sus claras respuestas a preguntas nada claras. ...

las almas sin amarras viajarán a la deriva, hacia costas más extrañas que las que el hombre conoce, impulsadas por vientos que no agitarían ni un cabello...

WILLIAM ASHBLESS

«Las puertas del desposado están abiertas de par en par, y yo soy el pariente más cercano; los invitados se reúnen, el festín está dispuesto, resuena el alegre alborozo.»

Le sostiene con su mano huesuda,

«Aquí hubo un barco», dice...

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Prólogo

Aunque la brisa de la noche le había helado la espalda durante toda la travesía, aún no había comenzado su trabajo nocturno de barrer el aire húmedo que había dejado el día entre las palmeras y lianas, y el rostro de Benjamín Hurwood estaba cubierto de sudor antes de que el hombre negro le hubiera guiado siquiera una docena de metros hacia el interior de la selva. Hurwood alzó el machete que llevaba en la mano izquierda (su única mano) y escudriñó intranquilo la oscuridad que parecía arremolinarse tras la vegetación, iluminada por la antorcha, que les rodeaba por todas partes, porque las historias que había oído sobre caníbales y serpientes gigantes parecían ahora más que plausibles. Y pese a sus recientes experiencias, era difícil confiar plenamente en la seguridad que le proporcionaba la colección de rabos de buey, bolsitas de tela y estatuillas que colgaban del cinturón del otro hombre. En aquel bosque primaveral, no servía de mucho llamarlos gardes, arrets y drogues en vez de fetiches, ni calificar a su compañero de bocor en vez de considerarlo brujo, o chamán.

El hombre negro hizo un movimiento con la antorcha y volvió la vista hacia él.

—Ahora, a la izquierda — dijo cuidadosamente en inglés, para luego añadir en uno de los deteriorados dialectos franceses de Haití -: y vigila dónde pisas, el sendero está cortado por pequeños arroyos.

—Entonces, camina más despacio para que vea dónde pones los pies — le replicó Hurwood, irritado, en su francés académico.

Se preguntó cuánto habría sufrido su acento, hasta entonces perfecto, tras la exposición de un mes a tantas variaciones extrañas del idioma.

El sendero se hacía más empinado, y pronto tuvo que guardar el machete en su funda a fin de tener libre la mano y así agarrarse a las ramas para ayudarse a avanzar; durante un rato, el corazón le latió de manera tan alarmante que pensó que iba a reventar, pese a la drogue protectora que le había dado el hombre negro. En aquel momento, llegaron a un lugar situado por encima del nivel de la selva circundante; la brisa marina los acarició, y llamó a su compañero para que se detuviera y le permitiera recuperar el aliento, mientras disfrutaba del viento fresco en el pelo blanco y la camisa empapados.

La brisa silbaba entre las palmeras de abajo, y a través de un resquicio entre los troncos que le rodeaban, alcanzó a ver agua..., un segmento, iluminado por la luna, del río Lengua del Océano, por el que habían navegado desde la isla Nueva Providencia aquella misma tarde. Recordó haber advertido la prominencia donde se encontraban ahora y haberse preguntado qué era, mientras trataba de mantener la vela tensa siguiendo las malhumoradas órdenes de su guía.

Los mapas la llamaban isla Andros, pero la gente con quien se había relacionado últimamente la denominaba Isle de Loas Bossals, que, según dedujo, significaba isla de los Espíritus (o quizá Dioses) Indómitos (más probablemente, Malvados). Para sus adentros, la había bautizado como Orilla de Perséfone, donde esperaba encontrar, por fin y como mínimo, una ventana a la casa de Hades.

Oyó un gorgoteo tras él, y se volvió a tiempo de ver como su guía tapaba de nuevo una de las botellas. El olor pungente del ron impregnaba el aire fresco. – ¡Maldición! – le espetó Hurwood -. ¡Eso es para los espíritus!

El bocor se encogió de hombros.

–Trajimos demasiado – explicó -. Si hay demasiado, vienen demasiados.

El hombre manco no respondió, pero volvió a desear saber lo suficiente (o al menos casi lo suficiente) como para hacer aquello solo.

–Estamos cerca – dijo el bocor, devolviendo la botella al macuto que llevaba al hombro.

Reanudaron la marcha rápida por el sendero de tierra húmeda, pero Hurwood notaba ahora una diferencia: algo les estaba prestando atención.

El hombre negro también lo advirtió, y le sonrió por encima del hombro, dejando al descubierto unas encías casi tan blancas como los dientes.

–Huelen el ron – dijo. – ¿Seguro que no son sencillamente esos pobres indios?

El guía le respondió sin siquiera mirar atrás.

–Siguen durmiendo. Lo que sientes que nos vigila son los loas.

Aunque sabía que aún no podía ver nada fuera de lo corriente, el hombre manco miró a su alrededor y pensó por primera vez que, en realidad, no era un emplazamiento tan incongruente. Aquellas palmeras, aquella brisa marina, no eran tan diferentes de las del Mediterráneo, y aquella isla del Caribe bien podía ser muy parecida a la isla donde, hacía miles de años, Ulises hizo exactamente lo que ellos se proponían hacer esa noche.

Sólo cuando llegaron al claro, en la cima de la colina, se dio cuenta de que no dejaría de tener miedo. No había nada de siniestro en aquella escena: un claro de tierra aplanada, con una choza a un lado y, en el centro, cuatro postes que sostenían una techumbre de paja sobre una caja de madera. Pero Hurwood sabía que en la choza había dos indios arawak drogados, y una zanja de metro ochenta, forrada de hule, al otro lado del pequeño refugio.

El hombre negro se dirigió hacia la caja resguardada – el trone o altar – y, con sumo cuidado, soltó algunas de las estatuillas que llevaba prendidas del cinturón y las colocó sobre ella. Hizo una reverencia, retrocedió, y luego se irguió y se volvió hacia el otro hombre. – ¿Sabes qué viene ahora? – preguntó.

Hurwood sabía que era una prueba.

–Esparcir el ron y la harina en torno a la zanja – dijo, tratando de parecer seguro.

–No – replicó el bocor -, lo primero. Antes de eso.

En su voz había ahora un claro tono de sospecha.

–Ah, ya sé a qué te refieres – dijo Hurwood, tratando de ganar tiempo mientras su mente trabajaba a toda velocidad -. Creí que eso se daba por supuesto. ¿Qué demonios quería decir el hombre? ¿Qué había hecho Ulises? No..., al menos, nada que él recordase. Pero claro, Ulises vivió en tiempos en que la magia era fácil... y relativamente pura. Eso debía de ser. Quizá hiciera falta un procedimiento de protección para mantener a raya a los monstruos que pudieran verse atraídos por sus maniobras.

–Te refieres a las medidas de seguridad. – ¿En qué consisten?

Cuando la magia fuerte aún funcionaba en el hemisferio oriental, ¿qué medidas de seguridad se habían utilizado?

–Las marcas en el suelo.

El hombre negro asintió, más tranquilo.

–Sí. Los verver.

Con cuidado dejó la antorcha en el suelo y rebuscó dentro de su macuto para sacar una bolsita, de la que extrajo un pellizco de ceniza gris.

–La llamamos Harina de Guiñée – explicó.

Después se acucilló, y empezó a repartir la ceniza sobre la tierra, formando complicados dibujos geométricos.

El hombre blanco se permitió relajarse un poco, por debajo de su apariencia de seguridad. ¡Cuánto se podía aprender de aquella gente! Eran primitivos, sí, pero estaban en contacto con un poder viviente que, en regiones más civilizadas, sólo era una leyenda distorsionada.

–Toma – dijo el bocor, quitándose el macuto y lanzándoselo –, puedes repartir la harina y el ron. También hay caramelos. A los loas les gusta un poco de dulce.

Hurwood llevó la bolsa hacia la zanja – su sombra proyectada por la antorcha se extendía hasta el muro de hojas que rodeaba el claro – y la dejó caer al suelo. Luego cogió la botella de ron, la descorchó con los dientes y se irguió para caminar lentamente en torno a la zanja, derramando el licor aromático sobre la tierra. Cuando hubo completado la vuelta, aún quedaba un trago en la botella, y se lo bebió antes de arrojarla a lo lejos. En la bolsa también había caramelos y saquitos de harina, y los dejó caer alrededor de la zanja, incómodamente consciente de que sus movimientos eran como los de un agricultor sembrando y regando un surco.

Un chirrido metálico le hizo volverse hacia la choza, y el espectáculo que avanzaba hacia él desde el otro lado del claro – era el bocor, empujando con esfuerzo una carretilla sobre la que había dos cuerpos de piel oscura, inconscientes – le causó tanto horror como esperanza. Por un momento deseó que no hiciera falta sangre humana, que bastara con sangre de oveja, como en tiempos de Ulises..., pero apretó las mandíbulas y ayudó al bocor a descargar los cuerpos en el suelo, de manera que las cabezas quedaran convenientemente cerca de la zanja.

El bocor tenía un cuchillito de mondar, y se lo tendió al hombre manco.
– ¿Quieres hacerlo tú?

Hurwood meneó la cabeza.

–Todos tuyos – dijo con voz ronca.

Apartó la vista y la clavó en la llama de la antorcha, mientras el negro se acucillaba junto a los cuerpos. Cuando unos momentos más tarde oyó el goteo sobre el hule de la zanja, cerró los ojos.

–Ahora, las palabras – ordenó el bocor.

Empezó a entonar su salmodia en un dialecto que combinaba los idiomas de Francia, de la comarca Mondongo africana y de los indios del Caribe, mientras el hombre blanco, con los ojos aún cerrados, cantaba en hebreo antiguo.

El extraordinario cántico combinado fue creciendo en intensidad, como si tratara de ahogar los ruidos que ahora surgían de la selva: sonidos como de risas y llantos ahogados, crujidos cautelosos en las ramas más altas, y un extraño ruido, como dos camisas de serpiente frotadas una contra otra.

De pronto, las dos letanías se hicieron idénticas, y los dos hombres hablaron perfectamente al unísono, sílaba a sílaba..., aunque el blanco seguía expresándose en hebreo antiguo, y el negro en su peculiar mezcla de idiomas. Atónito pese a estar participando, Hurwood sintió los primeros estremecimientos del verdadero asombro ante aquella coincidencia prolongada hasta lo imposible. Por encima de los pungentes vapores del ron vertido y el olor a óxido de la sangre, le llegó de repente un aroma nuevo, el aroma a metal caliente de la magia, mucho más fuerte de lo que nunca lo había sentido...

Y entonces, en un momento, ya no estuvieron solos. De hecho, el claro estaba lleno de formas humanas que resultaban casi transparentes a la luz de las antorchas. La llama era más tenue, como si varios de ellos se hubieran situado frente a la luz. Todas aquellas cosas insustanciales se acercaban al pozo de sangre, gritando implorantes con vocecillas agudas, como trinos de pájaro. Los dos hombres interrumpieron la letanía.

Habían aparecido también otras cosas, aunque no cruzaron las líneas de ceniza que el bocor había trazado por el perímetro del claro, sino que se limitaron a atisbar por entre los troncos de las palmeras, o acucilladas en las ramas. Hurwood vio un ternero con las cuencas de los ojos en llamas, una cabeza suspendida en el aire con un espectral péndulo de entrañas desnudas colgando del cuello; y, en los árboles, varias criaturas pequeñas, más semejantes a insectos que a seres humanos. Los espíritus situados

dentro de las líneas verber no dejaban de chillar, pero los vigilantes del exterior permanecieron en silencio.

El bocor mantenía a los espíritus lejos de la trinchera con amplios molinetes de su pequeño cuchillo. – ¡Deprisa! – jadeó -. ¡Busca al que quieres!

Hurwood salió al borde de la trinchera, y examinó a las criaturas translúcidas.

Bajo su mirada, unas cuantas se hicieron un poco más visibles, como la clara de huevo en agua caliente. – ¡Benjamín! – exclamó una de éstas, alzando su frágil vocecilla por encima de los balbuceos de fondo -. ¡Benjamín, soy yo, Peter! Fui tu padrino de boda, ¿recuerdas? ¡Dile que me deje comer!

El bocor miró interrogante al otro hombre.

Hurwood meneó la cabeza, y el cuchillo del bocor relampagueó, casi cortando en dos al espíritu suplicante. Con un grito débil, la cosa se disolvió como el humo. – ¡Ben! – chirrió otro -. ¡Bendito seas, hijo, has traído comida para tu padre! Ya sabía...

–No – dijo Hurwood.

Su boca era una línea rígida, mientras el cuchillo brillaba de nuevo y otro aullido se perdía en la brisa. – ¡No puedo detenerlos toda la vida! – jadeó el bocor.

–Un poco más – ordenó Hurwood -. ¡Margaret!

Hubo una extraña agitación a un lado, y una forma translúcida avanzó hacia él. – ¿Cómo has llegado aquí, Benjamín? – ¡Margaret! – Su grito era más de dolor que de triunfo -. Ella – ladró al bocor -. Deja que se acerque.

El bocor dejó de mover el cuchillo en gesto defensivo y empezó a apuñalar a todas las sombras, excepto la que Hurwood había señalado. El espíritu se aproximó a la trinchera, se hizo borroso y se encogió, para reaparecer de rodillas. Extendió la mano hacia la sangre, pero se detuvo y se limitó a tocar la pasta de harina y ron del borde. Por un momento, resultó opaco a la luz de la antorcha, y su mano tuvo suficiente sustancia como para mover uno de los caramelos varios centímetros.

–No deberíamos estar aquí, Benjamín – dijo con voz ahora un poco más audible. – ¡La sangre, toma la sangre! – gritó el hombre manco, cayendo de rodillas al otro lado de la trinchera.

Sin sonido alguno, la forma del espíritu se convirtió en humo y se dispersó, aunque la fría hoja del cuchillo ni siquiera se había acercado a ella. – ¡Margaret! – rugió el hombre.

Se lanzó por encima de la trinchera hacia la masa de espíritus, que cedieron a su paso como telarañas entre los árboles, y cayó de bruces contra la tierra. El zumbido de sus oídos casi le impidió oír el coro de débiles voces fantasmales desapareciendo poco a poco.

Tras unos momentos, Hurwood se sentó y miró a su alrededor. La luz de la antorcha era más brillante, ahora que no había formas fantasmales que la filtraran.

El bocor le observaba.

–Espero que haya valido la pena.

Hurwood no respondió. Se limitó a ponerse en pie lenta, débilmente, frotándose la magullada barbilla y apartándose el húmedo pelo blanco de la cara. Los monstruos seguían de pie, acucillados o suspendidos más allá de las líneas de ceniza; evidentemente, ninguno se había movido o pestañeado, quizá en ningún momento a lo largo de todo el proceso. – ¿Qué, os habéis divertido? – gritó Hurwood en inglés, agitando su único puño hacia ellos -. ¿Queréis que vuelva a saltar la trinchera para que dure más?

Su voz era cada vez más tensa y aguda, y parpadeaba rápidamente al dar un paso hacia el borde del claro, señalando a uno de los observadores, un gran cerdo con un racimo de cabezas de gallo brotándole del cuello.

–Ah, usted, caballero – siguió Hurwood, ahora con voz falsamente amistosa -. Háganos un favor, opine con toda sinceridad. ¿Cree que habría sido mejor si hubiera hecho malabarismos? ¿O si me hubiera pintado la cara y me hubiera puesto una nariz postiza...?

El bocor le agarró por el codo, le hizo darse la vuelta y le miró con una mezcla de asombro y compasión.

–Basta – dijo con suavidad -. La mayoría no oyen, y no creo que ninguno de ellos entienda el inglés. Se marcharán al amanecer, y podremos irnos.

Hurwood se liberó de la presa, volvió al centro del claro y se sentó, no lejos de la trinchera y de los dos cuerpos desangrados. El olor a metal caliente de la magia había desaparecido, pero la brisa no podía dispersar el hedor a óxido de la sangre.

Faltaban nueve o diez horas para el amanecer y, aunque tenía que quedarse allí hasta entonces, le resultaría imposible dormir. La perspectiva de la larga espera le ponía enfermo.

Recordó la frase del bocor: «Espero que haya valido la pena».

Alzó la vista hacia las estrellas y se burló de ellas, desafiante. «Intentad detenerme – pensó -. Puede que tarde años, pero ahora sé que es cierto. Que es posible. Sí... aunque hubiera tenido que matar a una docena de indios para descubrirlo, a una docena de blancos, a una docena de amigos... Aun así, habría valido la pena.»

Libro primero Los mares y los climas son lo que son; vuestros navíos sólo pueden adaptarse a ellos o hundirse.

JACK SHANDY

1

Agarrando una de las tensas sogas verticales, y sacando medio cuerpo por encima de la baranda, John Chandagnac aguardó un momento hasta que la marejada alzó la enorme estructura crujiente de la popa y la toldilla de cubierta donde se encontraba, y entonces lanzó el bizcocho con todas sus fuerzas. Al principio pareció todo un lanzamiento, pero a medida que caía hacia el agua, y seguía cayendo en vez de estrellarse contra ella, descubrió que no lo había lanzado tan lejos; pero la gaviota lo había visto, de manera que se acercó planeando sobre las aguas verdes y, en el último momento, lo atrapó en el aire. El bizcocho se rompió cuando la gaviota aleteó para volver a una altura más cómoda, pero parecía haberse llevado un buen bocado.

Chandagnac llevaba otro bizcocho en el bolsillo de la chaqueta, pero durante un rato se limitó a observar el vuelo del ave, admirando con aire ausente cómo sólo parecía necesitar un ligero aleteo de cuando en cuando para mantener su posición y seguir planeando a estribor del Clamoroso Carmichael. El joven olfateó el elusivo olor a tierra que llevaba la brisa desde el amanecer. El capitán Chaworth había dicho que verían las montañas verdes y púrpura de Jamaica a primera hora de la tarde, rodearían Morant Point antes de la cena, y atracarían en Kingston todavía con luz del día; pero, aunque descargar la bodega del Carmichael significaría el final de las preocupaciones que habían amargado visiblemente al capitán durante la

última semana de viaje, con el desembarco empezarían las tareas de Chandagnac.

«Y recuerda también – se dijo fríamente mientras se sacaba el otro bizcocho del bolsillo – que tanto Chaworth como tú tenéis como mínimo la mitad de la culpa de vuestros respectivos problemas.» Esta vez lo lanzó más lejos, y la gaviota lo atrapó sin tener que descender más de un par de metros.

Cuando volvió de nuevo hacia la pequeña mesa de desayunar, en la que el capitán dejaba comer a los pasajeros cuando las maniobras matutinas eran rutinarias, le sorprendió ver a la joven. Estaba de pie, con los ojos castaños relucientes de interés. – ¿Los ha cogido? preguntó.

–Desde luego respondió Chandagnac, caminando hacia la mesa. Ahora deseaba haberse afeitado -. ¿Quiere que le tire también el suyo?

Ella apartó su silla y sorprendió aún más a Chandagnac al decir:

–Se lo tiraré yo misma..., si está seguro de que no le molestan los gusanos.

Chandagnac observó al ave que planeaba.

–Al menos, no ha huido.

Con sólo un ligero temblor de duda, la joven cogió el bizcocho habitado y se dirigió hacia la baranda. Chandagnac advirtió que incluso su equilibrio era mejor aquella mañana. Al llegar a la baranda, retrocedió un poco y miró hacia abajo, porque la cubierta estaba a unos buenos cuatro metros por encima del mar agitado. Se agarró a la madera con la mano izquierda y tiró de ella, como para comprobar que fuera firme.

–No me gustaría caerme dijo un poco nerviosa.

Chandagnac se dirigió hacia ella y la sostuvo por el antebrazo izquierdo.

–No se preocupe dijo.

De repente, el corazón le latía con más fuerza, cosa que le turbó.

La joven echó el brazo hacia atrás y lanzó el bizcocho; obedientemente, el ave gris y blanca se precipitó a por él, atrapándolo una vez más antes de que rozara el agua. La risa de la muchacha que Chandagnac oía ahora por primera vez, era cristalina y alegre.

–Apostaría cualquier cosa a que sigue a todos los barcos que van a Jamaica, porque sabe que la gente está deseando tirar todas las provisiones por la borda.

Chandagnac asintió mientras volvían hacia la mesita.

—No es que me muera de hambre, pero no dejo de pensar en la cena de esta noche, en Kingston. Filete poco hecho con verdura fresca, y cerveza que no huela a alquitrán caliente.

La joven frunció el ceño.

—Ojalá se me permitiera comer carne.

Chandagnac movió su taburete medio metro hacia la izquierda, de manera que el tenso arco alto de la cangreja de popa le escudara el rostro del sol matutino. Quería ver las expresiones de la cara de aquella persona, repentinamente tan interesante.

—Me he dado cuenta de que sólo come verduras dijo, cogiendo distraídamente la servilleta.

Ella asintió.

—Nutrimentos y medicinas, así las califica mi médico. Dice que tengo un principio de fiebre cerebral, como resultado del aire de una especie de convento que era mi colegio en Escocia. Él es el experto, así que supongo que tiene razón..., aunque, la verdad, me sentía mejor, con más fuerzas, antes de empezar a seguir este régimen.

Chandagnac había sacado un hilo de su servilleta, y empezó a tirar de otro. — ¿Su médico? — preguntó en tono coloquial, tratando de no decir nada que enturbiara su alegría Y volviera a convertirla en la pasajera torpe y taciturna que había sido durante todo el mes -. ¿Es ese tipo... recio?

La joven se echó a reír.

—Pobre Leo. Las cosas por su nombre, está gordo. Sí, es él. El doctor Leo Friend. Un hombre extraño, pero mi padre jura que no hay un médico mejor en todo el mundo.

Chandagnac alzó la vista de la servilleta. — ¿Ha dejado de tomar las... medicinas? Hoy parece más contenta.

La servilleta de ella estaba sobre la mesa. El hombre la cogió y empezó a sacar hilos también.

—Bueno, sí. Anoche vacié todo el plato por la ventana del camarote. Espero que esa pobre gaviota no lo probara..., no era más que un montón de hierbas y semillas asquerosas que Leo cultiva en una caja, en su propio camarote. Luego, me las arreglé para que el cocinero me diera un poco de queso picante, cebollas en vinagre y ron.

Sonrió con timidez -. Me moría por comer algo que tuviera algún sabor.

Chandagnac se encogió de hombros.

–No me parece que haya hecho mal.

Había formado tres bucles con las hebras sacadas de cada servilleta y, tras doblar los cuadrados de tela para darles forma de campana, metió tres dedos de cada mano en los bucles, haciendo que las servilletas se irguieran y caminaran la una hacia la otra de manera muy realista. Luego, una se inclinó ante la otra, y las dos figurillas de tela – había conseguido que una tuviera un aspecto sutilmente masculino – bailaron por la superficie de la mesa, con complicados giros, pasos y piruetas.

La joven aplaudió, encantada, y Chandagnac hizo que las servilletas se acercaran a ella para hacer otra reverencia, antes de dejarlas caer.

–Gracias, señorita Hurwood dijo con voz de maestro de ceremonias.

–Gracias a usted, señor Chandagnac respondió ella -. Y también a sus enérgicas servilletas. Pero no seamos tan formales..., llámame Beth.

–Muy bien asintió Chandagnac -. Yo soy John.

Ya estaba lamentando el impulso que le había hecho entablar conversación con ella.

No tenía tiempo, ni ganas, de volver a relacionarse con una mujer. Pensó en los perros que había visto en las calles de las ciudades; a veces silbaba sólo para ver si movían la cola y se acercaban, y demasiado menudo le habían seguido ansiosos durante horas.

Se levantó y le dirigió una sonrisa educada.

–Bueno – dijo -, será mejor que me largue. Tengo que discutir un par de cosas con el capitán Chaworth.

En realidad, ahora que lo pensaba, no era mala idea ir en busca del capitán. El Carmichael navegaba sin problemas con el viento a favor, y no necesitaba demasiada supervisión. Sería agradable sentarse y tener una última charla con el capitán, compartiendo una cerveza, antes de desembarcar. Chandagnac quería felicitar a Chaworth por el aparente éxito de su juego de evasión de seguros aunque, si no estaban solos por completo, tendría que felicitarle en términos muy velados -, y luego advertirle seriamente para que no intentara nunca más aquel truco loco. Después de todo, Chandagnac era, o había sido, un hombre de negocios, y conocía la diferencia entre correr riesgos calculados y dejar que toda la carrera y la reputación de uno dependan de una moneda lanzada al aire. Por supuesto, tendría cuidado de dar el consejo en un tono suficientemente amistoso, de manera que el anciano no lamentara su confidencia de borracho.

–Oh – dijo Beth, claramente disgustada de que no se quedara para seguir charlando –.

Bueno, llevaré mi silla hasta la baranda para contemplar el océano.

–Espera, yo te la llevaré.

La joven se levantó. Chandagnac recogió la silla y la acercó a la baranda de estribor para ponerla en la cubierta, a pocos metros de uno de los cañones en miniatura que los marineros denominaban colisas.

–Aquí la sombra es intermitente – dijo dubitativo –, y la brisa te dará de lleno. ¿Seguro que no estarías mejor abajo?

–Eso es lo que diría Leo, seguro – respondió, sentándose con una sonrisa agradecida –, pero me gustaría seguir con mi experimento de anoche, y ver qué clase de enfermedades provoca la comida normal, el sol y el aire fresco. Además, mi padre está muy ocupado con sus investigaciones, y siempre acaba por llenar el suelo del camarote con sus papeles, sus péndulos, sus diapasones y no sé cuántas cosas más. Cuando lo tiene todo distribuido, no hay manera de salir.

Chandagnac titubeó, picado por la curiosidad. – ¿Investigaciones? ¿Sobre qué investiga?

–Bueno..., no estoy segura. Durante un tiempo, estuvo muy metido en matemáticas y filosofía natural, pero desde que se retiró de su cátedra de Oxford, hace seis años...

Chandagnac sólo había visto al padre de la chica unas pocas veces durante el mes de viaje. El digno anciano manco no parecía muy interesado en mostrarse sociable a bordo, y Chandagnac no le prestó mucha atención. Ahora chasqueó los dedos, emocionado. – ¿Oxford? ¿Benjamín Hurwood?

–Exacto. – ¿Tu padre es el...? – ¡Una vela! – les llegó un grito de entre la complicada telaraña que formaban las sogas y los mástiles -. ¡A babor!

Beth se levantó, y los dos corrieron por la cubierta en dirección a babor. Se inclinaron hacia adelante y estiraron el cuello para atisbar por entre los tres montones de aparejos.

Chandagnac pensó que aquello era peor que tratar de ver el escenario en una función de marionetas cuando hay demasiada gente. Pero la idea le recordó a su propio padre con demasiada claridad, así que la desechó y se concentró en intentar ver algo al frente.

Por fin, distinguió un punto blanco en el horizonte ondulante y se lo señaló a Beth Hurwood. Lo observaron durante varios minutos, pero no

parecía acercarse, y el viento marino era más frío en aquel lado pese a que no había sombras, así que volvieron a la silla de la joven, junto a la baranda de estribor.

Tu padre es el autor de..., se me ha olvidado el título. Aquella refutación de Hobbes.

–Reivindicación del libre albedrío. – Se inclinó contra la baranda y dejó que la brisa le agitara el largo cabello negro -. Exacto. Aunque tengo entendido que Hobbes y mi padre fueron amigos. ¿Lo has leído?

Chandagnac deseó de nuevo haber mantenido la boca cerrada, porque el libro de Hurwood había sido parte del amplio programa de lectura que le había impuesto su padre. ¡Toda esa poesía, historia, filosofía, arte! Pero un soldado romano había atravesado a Arquímedes con su espada, y un ave había dejado caer una tortuga letal sobre la calva cabeza de Esquilo, confundiéndola con una piedra útil para romper el caparazón.

–Sí. Creo que rebatió a la perfección la idea de Hobbes sobre un cosmos mecanicista.

–Siguió hablando antes de que ella tuviera tiempo de asentir o discutir -. Pero ¿qué tienen que ver con eso los péndulos y los diapasones?

Beth frunció el ceño.

–No lo sé. Ni siquiera sé en qué... campo... está trabajando ahora. Desde que murió mi madre, se ha vuelto terriblemente introvertido. A veces pienso que él también murió, al menos la parte de él que..., no sé, que reía. Aunque este año ha estado más activo..., desde su primera y desastrosa visita a las Indias Occidentales. – Meneó la cabeza, con gesto de desconcierto -. Es extraño que perder un brazo le haya revitalizado tanto.

Chandagnac arqueó las cejas. – ¿Qué sucedió?

–Lo siento, pensé que te habrías enterado. El barco en el que viajaba fue atacado por el pirata Barbinegra, y una bala le destrozó el brazo. Me sorprende un poco que haya querido volver aquí..., aunque esta vez lleva una docena de pistolas cargadas, y siempre tiene un par de ellas a mano.

Chandagnac sonrió para sus adentros ante la imagen del anciano profesor de Oxford esgrimiendo sus pistolas, a la espera de que llegara un pirata contra el que disparar.

Desde la distancia, en las aguas azules, les llegó un golpe sonoro, hueco, como el de una piedra grande estrellándose contra el cemento. Con curiosidad, Chandagnac se dirigió a la toldilla para observar de nuevo el

barco que se aproximaba. Antes de que hubiera dado dos pasos, le distrajo una pluma de espuma blanca sobre la faz del mar, a cien metros por estribor.

Lo primero que pensó fue que la otra nave era un barco de pesca, y que la espuma era la salpicadura que marcaba el paso de algún pez grande; luego le llegó otro grito, esta vez más agudo, del hombre situado en la cima del mástil. – ¡Piratas! ¡Y sólo con un balandro, los muy locos!

Beth se había puesto de pie.

–Dios del cielo – dijo en voz baja -. ¿Es cierto?

Chandagnac se sentía más aliviado que asustado, aunque el corazón le latía a toda velocidad.

–No lo sé – dijo, corriendo con ella hacia la baranda de babor -. Pero si lo es, el vigía tiene razón, están locos. Un balandro es apenas mayor que un bote de vela, y el Carmichael tiene tres mástiles y dieciocho armas pesadas.

Tuvo que alzar la voz para hacerse oír, porque la mañana, silenciosa hasta entonces si se exceptúa el eterno batir de las olas, se había convertido, en un instante, en un fragor de órdenes gritadas, pisadas de pies desnudos en las cubiertas inferiores y zumbidos de cables discurriendo rápidamente por los carretes. También había otro sonido, distante, pero mucho más turbador: el del metal chocando contra metal, y las notas discordantes de unas trompetas que pretendían hacer ruido, no música.

–Son piratas – dijo Beth con voz tensa, agarrándose a la baranda cerca de él -. Mi padre me describió ese ruido. Ahora estarán bailando. Lo llaman «vaporar», y es para asustarnos.

Pues da resultado, pensó Chandagnac; pero esbozó una sonrisa para Beth.

–A mí me asustaría si vinieran en un barco más grande, o si el nuestro fuera más pequeño. – ¡Se acercan! – gritaron en tono autoritario en una de las cubiertas inferiores.

Bajo él y a la derecha, Chandagnac vio al timonel y a otro hombre empujando el pinzote hacia estribor. Al mismo tiempo se oyó un caos de crujidos y chirridos sobre él, cuando los dos largos palos horizontales de las vergas, junto con las velas hinchadas que sostenían, se retorcieron lentamente sobre el eje de los mástiles.

A lo largo de toda la mañana, el barco se había inclinado ligeramente hacia estribor; ahora se enderezó para nivelarse y luego, sin pausa, giró

hacia babor tan deprisa que Chandagnac tuvo que pasar un brazo en torno a Beth y con el otro sujetarse a un montón de aparejos. Afirmó las rodillas contra la regala, mientras la cubierta se alzaba tras ellos y la mesita de desayuno se deslizaba hasta estrellarse contra la baranda, a un metro de la joven. Los platos, los cubiertos y las servilletas deformadas rodaron y cayeron, perdiéndose en la repentina sombra del casco, justo debajo del lugar al que se agarraban Chandagnac y Beth. – ¡Maldita sea! – exclamó Chandagnac entre los apretados dientes, mientras el barco permanecía semiescorado y él miraba directamente hacia el mar -. No creo que los piratas puedan matarnos, ¡pero nuestro capitán lo está intentando, desde luego!

Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para observar el horizonte; aquello le puso el corazón en un puño, hasta el punto que, tras pocos instantes, volvió a clavar la vista en el agua..., pero había visto todo el paisaje cambiar de derecha a izquierda y al barco pirata, ahora no tan distante, moviéndose con el horizonte para acercarse más y más, situándose en ángulo recto con la quilla. Y aunque sin verlo demasiado bien, pudo comprobar que se trataba de un balandro, un barco de un solo mástil con una vela cangreja y dos triangulares llenas de parches; una llegaba hasta la botavara de popa y la otra se extendía hasta el final de la larguísima botavara de proa. La cubierta estaba llena de figuras andrajosas que parecían bailar.

En aquel momento, la cubierta volvió a presionarle las plantas de los pies y el horizonte descendió mientras el barco se enderezaba, ahora con el sol y el viento por estribor. Sin soltarla, Chandagnac empujó a Beth hacia la escalerilla. – ¡Tengo que sacarte de aquí! – gritó.

El padre de la joven subía por la escalerilla cuando llegaron junto a ella. Incluso en aquel momento de crisis, Chandagnac se detuvo a mirarle, porque el anciano llevaba un chaleco formal, una chaqueta larga y hasta una peluca empolvada. Subía por la escalerilla agarrándose a los travesaños con la culata de la pistola que empuñaba en su única mano, y llevaba al menos media docena más de armas en la bolsa que le colgaba del hombro. – ¡Yo la llevaré abajo! – rugió el anciano, ya de pie en la cubierta, al tiempo que empujaba a Beth con la rodilla hacia la escalera.

La joven empezó a bajar, seguida por su padre, que no dejaba de mirar hacia ella por encima del hombro. – ¡Cuidado! – le gritó -. ¡Cuidado,

maldita sea!

Durante un momento irracional, Chandagnac se preguntó si el viejo Hurwood habría tenido tiempo de fundir plomo y fabricar unas cuantas balas en el minuto o dos transcurridos desde que se diera la alarma, porque, desde luego, el anciano olía a metal caliente... Pero, por entonces, Hurwood y Beth habían desaparecido abajo, y Chandagnac tuvo que deslizarse por la cubierta para apartarse del paso de los marineros que subían por la escalerilla. Se retiró hasta la mesa de desayuno, que parecía un pequeño parapeto encajada como estaba contra la baranda, con la intención de no molestar a nadie, preguntándose qué se sentiría cuando los cañones fueran disparados y por qué el capitán no habría dado ya la orden de hacerlo.

Tres explosiones diferenciadas sacudieron la cubierta bajo sus botas. ¿Los cañones?

Pero, al volverse para mirar hacia la proa por encima de la baranda, no vio humo ni salpicaduras.

Lo que sí vio fue como el balandro pirata – que acababa de virar hacia el este, ayudado por un viento firme – avanzaba ahora hacia la proa del Carmichael.

Demonios, se dijo con creciente ansiedad, ¿por qué no hemos disparado cuando venían de frente hacia nosotros, o cuando viraron hacia el este y nos mostraron todo el flanco? Observó a los hombres ajetreados que corrían a su alrededor, hasta que distinguió la figura corpulenta del capitán Chaworth en la cubierta inferior. De repente, sintió un vacío en el estómago al ver que también él parecía sorprendido por el silencio de las armas. Chandagnac rodeó la mesa y corrió hacia la baranda junto a la escalerilla para ver mejor lo que sucedía abajo.

Chaworth corría hacia la cubierta de las armas, al tiempo que una nube de espeso humo negro surgía de ella. Chandagnac oyó los gritos desalentados de los marineros. – ¡Jesús, uno de los cañones ha estallado! – ¡Los tres, están todos inutilizados! – ¡A los botes! ¡Ahora estallará la pólvora!

Resonó el estampido de una pistola entre el creciente griterío, y Chandagnac vio como el hombre que había hablado de abandonar el barco caía del barril de cabrestante, con la cabeza destrozada por un balazo. Apartando la vista del cadáver, Chandagnac descubrió una pistola humeante

en manos del generalmente bonachón Chaworth. – ¡Iréis a los botes cuando yo lo ordene! – gritó Chaworth -. ¡No han estallado los cañones, ni hay fuego! Sólo humo...

Como para ratificar su afirmación, una docena de hombres que tosían violentamente subieron tambaleándose por la escalera de cámara, con las ropas y los rostros ennegrecidos por algo parecido al hollín.

–Y sigue siendo un simple balandro – continuó el capitán -, ¡así que a las colisas, y sacad los mosquetes y las pistolas! ¡Preparad los machetes!

Un marinero empujó a Chandagnac a un lado para poder manejar una de las colisas, y el joven regresó al relativo refugio que le ofrecía la mesa volcada, sintiéndose terriblemente desorientado. «Maldición – pensó atónito -, ¿esto es la guerra en el mar? ¿El enemigo bailando y haciendo sonar trompetas, hombres con la cara tiznada subiendo por escalerillas como extras en una comedia londinense, y el único disparo serio, hecho por el capitán para matar a uno de sus propios marineros?»

Ahora había varios marineros de pie cerca de él, tensos, preparados para manipular las drizas, y otra docena de ellos habían corrido hacia las dos colisas montadas junto a la baranda de proa, una a cada lado de Chandagnac; tras comprobar que estuvieran cargadas, se limitaron a aguardar, observando el balandro pirata y soplando cada poco tiempo sobre los humeantes extremos de las mechas.

Chandagnac se acucilló para ver por entre los puntales candeleros en vez de por encima de la baranda, y también él observó como el lento bote se acercaba al barco. El balandro llevaba varios cañones de buen tamaño, pero los piratas no les prestaban atención y blandían pistolas, machetes, sables y ganchos de abordaje.

«Deben de querer capturar el Carmichael intacto – pensó Chandagnac -. Si por alguna razón lo consiguen, no sé si se darán cuenta de que han tenido suerte de que alguna catástrofe mefítica haya inutilizado nuestros cañones.»

Benjamín Hurwood subió como pudo a la cubierta de la toldilla, cargado hasta los topes de pistolas: seguía llevando seis en la bolsa y una en la mano, pero ahora tenía también otra media docena enganchadas del cinturón. Al mirar por encima del borde de la mesa, y ver el gesto decidido en el rostro del profesor manco, Chandagnac tuvo que reconocer que, al menos en aquella situación de peligro, el hombre era más digno que ridículo.

El marinero de la colisa de popa giró el arma y apuntó, mirando a lo largo del cañón.

Lenta, cautelosamente, bajó la cerilla. Estaba a metro y medio de Chandagnac, que le observaba con tensa confianza.

Chandagnac trató de imaginarse el disparo del arma, todas las colisas disparando a la vez, y también los mosquetes y las pistolas, escupiendo plomo y metralla contra el atestado barquito pirata, quizá dos o tres veces, antes de que una nube de polvo ocultara la nave impotente, en la cual unos cuantos piratas se arrastrarían entre los cuerpos destrozados de sus compañeros, mientras el Carmichael recuperaba el rumbo y reanudaba su viaje interrumpido. Chaworth habría pasado un mal rato, pensando en su truco de evasión de seguros, y estaría más dispuesto que nunca a tomar esa cerveza.

Pero el disparo llegó desde detrás de Chandagnac, y el marinero al que había estado mirando fue lanzado hacia adelante por encima de su arma. Antes de que cayera por la borda, Chandagnac tuvo tiempo de ver el agujero ensangrentado en su espalda. Se oyó un pesado sonido metálico en la cubierta, y luego otro disparo, seguido al instante por el mismo ruido.

Chandagnac cambió de postura y miró por encima del rectángulo de roble, a tiempo de ver como el viejo Hurwood sacaba una tercera pistola y la disparaba directamente contra el rostro atónito de uno de los dos hombres que se encargaban de las velas. El marinero salió despedido hacia atrás, y su cabeza destrozada fue a estrellarse contra la cubierta, mientras el otro se agachaba, y corría hacia la escalerilla. Hurwood dejó caer la pistola para sacar otra, y la disparada tintineó, todavía humeante, contra la cubierta. Su siguiente disparo destrozó la cabilla de maniobra en torno a la que estaba envuelta la vela, y la sogasuelta culebreó entre los motones; la vela de diez metros se desplomó incontrolable sobre la proa, desgarrando los aparejos restantes como si estuvieran hechos de paja podrida. Las sogas sueltas volaron hacia arriba y el barco se estremeció cuando el mastelero de mesana se inclinó hacia estribor. Desde arriba le llegó el crujido de los cables, demasiado tensos, que cedían.

El hombre que se había encargado de la otra colisa yacía de bruces en cubierta, al parecer derribado por el segundo disparo de Hurwood.

Hurwood no había visto a Chandagnac detrás de la mesa; sacó otra pistola, se dirigió a la parte superior de la escalerilla y, con toda

tranquilidad, apuntó a la caótica multitud de la cubierta inferior.

Sin detenerse a pensar, Chandagnac se levantó y, con dos largas zancadas, se lanzó con el hombro por delante contra la espalda del anciano, justo antes de que Hurwood disparase. La bala se perdió inofensiva, y ambos hombres cayeron juntos escalera abajo.

Chandagnac flexionó las rodillas para maniobrar en el aire y caer de pie; cuando golpeó la cubierta, rodó hasta chocar con fuerza contra un marinero, derribándolo. Se puso en pie de un salto y volvió la vista para ver cómo había caído Hurwood, pero, entre la masa de marineros aterrados, no le encontró. Los disparos sonaban a intervalos irregulares, y las balas que rebotaban obligaban a todos a agacharse, pero Chandagnac no consiguió ver quién disparaba o a quién.

Entonces, precedido por un restallido de cordaje al romperse, un grueso mástil bajó girando para estrellarse contra la cubierta, haciendo que se tambaleara todo el barco y destrozando un segmento de baranda cerca de Chandagnac antes de rebotar y caer.

Mientras, también a su lado, un hombre que caía desde arriba chocó contra la cubierta, con un sonido como el de un montón de libros lanzados al suelo. Pero fue lo siguiente que aterrizó a su lado lo que le sacó del estupor horrorizado que le dominaba: un gancho de abordaje pasó por encima de la borda, arrastrando su correspondiente soga. La soga se tensó tan deprisa que el gancho quedó prendido de la baranda antes incluso de tocar la cubierta.

Un marinero se precipitó a soltarlo un momento antes de que se tensara, y Chandagnac fue tras él. Pero un balazo desde atrás derribó al hombre, y Chandagnac tropezó con él y cayó. Se puso en cuclillas junto a la regala y miró a su alrededor en busca de Hurwood, seguro de que el anciano manco había matado al marinero; cuando una bala disparada desde delante levantó astillas de la cubierta ante sus pies, y volvió la cabeza para ver de dónde había venido, vio a Leo Friend, el corpulento médico de Beth, con ropas tan afectadas como de costumbre. Estaba de pie sobre el castillo de proa, a diez metros, y le apuntaba directamente con otra pistola.

Chandagnac se lanzó hacia el otro lado de la atestada cubierta al tiempo que otra bala abría un agujero en la regala donde había estado apoyado; se puso de pie, agachó la cabeza y corrió por entre la multitud hasta la baranda de estribor.

Un marinero yacía junto a él, acurrucado sobre la cubierta en medio de un charco de sangre fresca, y Chandagnac le dio la vuelta rápidamente para coger las dos pistolas cargadas cuyas culatas veía sobresalir por encima de su cinturón. El hombre abrió los ojos y trató de hablar entre los destrozados dientes, pero, por el momento, Chandagnac no tenía tiempo para la compasión. Cogió las pistolas, hizo un gesto tranquilizador al moribundo, y volvió hacia el castillo de proa.

Tardó unos segundos en localizar a Friend, porque el viento, que alcanzaba al barco de costado, lo hacía oscilar, y Chandagnac tenía problemas para mantenerse en pie. Por fin, distinguió al hombre obeso apoyado sobre la baranda del castillo, dejando caer una pistola descargada y sacando tranquilamente otra nueva de la caja que llevaba sujeta con el brazo izquierdo.

Chandagnac se obligó a sí mismo a relajarse. Dobló un poco las rodillas para mantener mejor el equilibrio y, cuando el barco dejó de dar bandazos un momento, alzó una de las pistolas, apuntó con cuidado – alineando el nudillo del pulgar con el centro del prominente torso de Friend – y apretó el gatillo.

La pistola disparó y casi le rompió la muñeca con el retroceso. Pero, cuando el humo acre se dispersó, el médico seguía allí, de pie, disparando impertérrito contra la multitud de marineros de abajo.

Chandagnac tiró la pistola con la que había disparado y alzó con ambas manos la que le quedaba, apenas consciente de lo que hacía; atravesó media cubierta en dirección a Friend y, desde una distancia no superior a cinco metros, le disparó directamente al estómago.

Friend, ileso, se volvió un momento para dirigir a Chandagnac una sonrisa despectiva antes de elegir otra pistola de la caja y apuntar a alguien. Entre los olores de la pólvora quemada, el sudor del miedo y la madera rota, Chandagnac volvió a percibir un aroma parecido al del metal sobrecalentado.

Un momento después, Friend volvió a guardar la pistola en su caja; la pelea había terminado. Una docena de piratas habían subido a bordo, y otros muchos saltaban en aquel momento las barandas. Los marineros supervivientes dejaron caer las armas.

Chandagnac soltó su pistola y retrocedió despacio hacia la baranda de estribor, con los ojos incrédulamente fijos en los piratas. Estaban alegres.

Sus ojos y sus amarillos dientes brillaban en unos rostros que, de no ser por aquella animación, habrían parecido de caoba pulida, y unos cuantos de ellos seguían cantando la canción que comenzaran durante la persecución. Chandagnac advirtió asombrado que iban vestidos como niños a los que hubieran interrumpido mientras saqueaban el vestuario de un teatro; y, pese a que era obvio que sus pistolas y espadas estaban muy usadas, pese a las cicatrices que surcaban muchos rostros y miembros, formando dibujos irregulares, a Chandagnac le parecieron tan inocentemente salvajes como aves depredadoras, comparados con la crueldad fría y metódica de Hurwood y Friend.

Uno de los piratas se adelantó, y subió por la escalerilla del castillo de proa con tal agilidad que Chandagnac se sorprendió, cuando el hombre se volvió y se echó hacia atrás el sombrero de tres picos, al ver las profundas arrugas que recorrían sus mejillas oscuras, y la cantidad de gris que había en su pelo negro. El pirata examinó a los hombres de abajo, y sonrió entrecerrando los ojos y enseñando muchos dientes.

—Cautivos — dijo, haciendo que su recia voz humorística cortara las agitadas conversaciones —, me llamo Philip Davies, y soy el nuevo capitán de este barco. Ahora, quiero que os reunáis en torno al palo mayor para dejar que nuestros muchachos os registren en busca de... armas ocultas, ¿eh? Skank, Tholomew y otros dos, id abajo y traed a cualquiera que se haya quedado allí. Con cuidado, por favor..., hoy ya se ha derramado suficiente sangre.

Los ocho miembros supervivientes de la tripulación derrotada se dirigieron hacia el centro de la cubierta. Chandagnac se reunió con ellos junto al mástil y se apoyó contra su sólida mole, esperando que su paso tembloroso fuera atribuido más a las olas que al miedo. Mirando por encima del jefe pirata, Chandagnac vio a la gaviota, evidentemente mucho más tranquila ahora que los disparos habían cesado, aleteando y posándose sobre uno de los fanales. Resultaba difícil creer que, apenas una hora antes, la hija de Hurwood y él habían estado lanzando bizcochos ociosamente. — ¡Hurwood! — gritó Davies. Tras un momento, añadió -: Sé que no te han matado, Hurwood, ¿dónde estás?

—No — llegó una voz jadeante desde detrás de un par de cadáveres, al pie de la escalerilla de la cubierta de toldilla -. No me han... matado. —

Hurwood se sentó, ya sin peluca y con la elegante ropa en desorden -. Pero me gustaría... tener un hechizo... contra las caídas.

–Tienes Compañero Cuidador para evitarte cualquier daño – replicó Davies sin compasión alguna -. Ninguno de estos muchachos lo tenía. – Hizo un gesto en dirección a los cadáveres dispersos y los hombres heridos -. Espero que haya sido una buena caída.

–Mi hija está abajo – dijo Hurwood, con voz más apremiante a medida que se le despejaba la cabeza -. Está vigilada, pero di a tus hombres que no...

–No le harán daño. – El jefe de los piratas miró a su alrededor con gesto crítico -. No está nada mal el barco que has traído. Veo que prestaste atención a lo que te dijimos. ¡Payne, Rich! Subid con algunos muchachos y cortad toda la madera, sogas y velas que se hayan estropeado. Luego, arreglad bien los aparejos. Quiero que quede en condiciones de cruzar el Gran Banco de Bahama.

–Hecho, Phil – replicaron un par de piratas, trepando hacia el velamen.

Davies volvió a bajar por la escalera hasta llegar a la cubierta y, durante largos instantes, se limitó a mirar al grupo de hombres desarmados que rodeaban el mástil.

Seguía sonriendo.

–Cuatro de mis hombres murieron durante la persecución y el abordaje – señaló con voz tranquila.

–Jesús – susurró uno de los hombres al lado de Chandagnac, cerrando los ojos.

–Pero – siguió Davies – más de la mitad de los vuestros han muerto, y consideraré que eso es suficiente compensación.

Ninguno de los marineros dijo nada, pero Chandagnac oyó varios suspiros de alivio, así como el movimiento de muchos pies. Con retraso, comprendió que había estado a punto de escuchar su sentencia de muerte.

–Podéis marcharos en el bote del barco – dijo Davies -. La Española está al este, Cuba al norte y Jamaica al sudoeste. Se os entregará comida, agua, mapas, sextante y brújula.

O también – añadió alegremente -, si alguno lo desea, puede quedarse y unirse a nosotros. Es una vida más cómoda que la de otros marineros, y cada hombre tiene derecho a una parte del botín. Además, sois libres de retiraros después de cada viaje.

«No, gracias – pensó Chandagnac -. Una vez termine mi... diligencia... en Puerto Príncipe, no quiero volver a ver un maldito océano en lo que me quede de vida.»

Durante varios minutos, el viejo Chaworth había contemplado lentamente el barco que hasta hacía muy poco fuera suyo. Chandagnac comprendió que, aunque el capitán se había hecho a la idea de perder la carga, no había imaginado hasta entonces que también perdería el barco. Después de todo, los piratas eran seres de aguas someras, siempre tratando de impedir que les capturasen, y rara vez se arriesgaban a alejarse de tierra. Un barco de aguas profundas como el Carmichael les resultaba tan poco útil como un cañón de asedio a un bandolero.

El anciano estaba pálido, y Chandagnac se dio cuenta de que, hasta entonces, Chaworth no había estado completamente arruinado. Si no hubiera perdido el Carmichael, podría haberlo vendido y quizá, después pagar a los accionistas y copropietarios, le quedaría suficiente dinero para compensar a los propietarios de la carga por sus pérdidas; sin duda habría quedado en la bancarrota, pero al menos conservaría oculto el secreto que había confiado a Chandagnac una noche de bebida: que, dado que el precio del seguro era más alto que el margen de beneficios que podía obtener, como último recurso se lo había cobrado a los propietarios de la carga... sin contratarlo.

Uno de los piratas que habían bajado al interior, regresaba ahora y, volviendo la vista hacia el lugar por donde había venido, hizo un movimiento hacia arriba con la pistola. Por la escalera, hacia la luz del sol, subieron el cocinero – que, obviamente, había seguido la vieja costumbre de enfrentarse a un desastre en el mar emborrachándose de manera tan rápida y concienzuda como le fue posible -, los dos chicos que se encargaban de las diligencias del barco, y Beth Hurwood.

La hija de Hurwood estaba pálida y caminaba con cierta rigidez, pero conservó una apariencia de tranquilidad hasta que vio a su desastrado padre. – ¡Papá! – gritó corriendo hacia él -. ¿Te han hecho daño? – Sin esperar respuesta, se volvió hacia Davies -. ¡Los de su especie ya le hicieron suficiente daño la última vez! – Su voz era una extraña mezcla de ira y súplica -, ¡El choque con Barbanegra le costó el brazo! No sé qué le ha hecho hoy a su gente, pero es...

–Muy de agradecer, señorita – interrumpió Davies con una sonrisa -. Al mantener el trato que él y Thatch (o Barbanegra, si lo prefiere) hicieron el año pasado, su padre me ha entregado este hermoso barco. – ¿Qué está...? – empezó Beth.

Se vio repentinamente interrumpida por un chillido de Chaworth, que saltó sobre el pirata más cercano, le arrancó el sable de la mano al sorprendido hombre, y se lanzó hacia Davies blandiendo el arma. – ¡No! – gritó Chandagnac, abalanzándose hacia él -. ¡Chaworth, no...!

Con tranquilidad, Davies se sacó una pistola del extravagante cinto de tela bordada, la amortilló, y disparó contra el pecho de Chaworth; el impacto de la bala calibre cincuenta detuvo el ataque del capitán y le lanzó hacia atrás con tal fuerza que casi quedó cabeza abajo durante un momento, antes de caer en la laxitud absoluta de la muerte.

Chandagnac estaba aturdido y no podía respirar profundamente. El tiempo pareció transcurrir con más lentitud..., no, en realidad, cada suceso era de pronto muy concreto e independiente, ya no formaba parte de una progresión fluida. Beth gritó. La nube de humo de la pistola se elevó otro metro. La gaviota chilló con alarma renovada y revoloteó hacia arriba. El sable rebotó por la cubierta, y la empuñadura de latón fue a chocar contra el tobillo de Chandagnac. Éste se inclinó y recogió el arma.

Entonces, sin haberlo decidido de manera consciente, arremetió contra el jefe pirata; aunque sus piernas corrían y su brazo mantenía la pesada espada tendida ante él, en su mente sólo manejaba las varillas y cuerdas, haciendo que la marioneta de Mercurio se lanzara hacia la marioneta de Tebaldo, en el movimiento que su padre siempre había denominado coupe-flèche.

Davies, sobresaltado y divertido, arrojó la pistola utilizada a un compañero y, retrocediendo, sacó su estoque y adoptó la posición de en garde.

Con la última zancada, Chandagnac casi sintió el tirón de la cuerda de la marioneta mientras se lanzaba hacia la espada del otro hombre. Estaba tan acostumbrado a la respuesta de la marioneta de Tebaldo, una finta lateral, que casi fue demasiado rápido al lanzar su sable en esta función sin ensayo..., pero Davies había tomado en serio la finta y, en el último momento, el sable se dirigió contra el flanco indefenso del pirata. Chandagnac dejó que el impulso de la carrera le hiciera pasar de largo.

El sable tintineó sobre la cubierta, y entonces, durante un largo momento, todo movimiento se detuvo. Davies seguía de pie, pero el impulso le había hecho tambalearse, y miraba a Chandagnac atónito. Chandagnac, con las manos vacías, esperaba de un momento a otro la bala que le llegaría desde cualquier lugar, y contuvo el aliento, mirando impotente los ojos del pirata herido.

Por último, Davies envainó cuidadosamente el estoque y, con la misma cautela, dobló las rodillas. El silencio era tan absoluto que Chandagnac pudo oír el golpeteo de las gotas de sangre contra la cubierta.

–Matadlo – dijo Davies con claridad.

Chandagnac casi se había vuelto hacia la baranda, con intención de saltarla y llegar a nado a La Española, cuando una voz sarcástica le detuvo. – ¿Por ser mejor espadachín que tú, Phil? Desde luego, es una manera de mantener tu supremacía.

La afirmación fue seguida de una larga serie de murmullos entre los piratas, y Chandagnac hizo una pausa, esperanzado. Volvió la vista hacia Davies y rezó para que el hombre se desangrara hasta morir antes de repetir la orden.

Pero Davies estaba mirando al pirata que había hablado. Tras unos pocos segundos, sonrió como un lobo y señaló su costado herido.

–Vamos, Venner, ¿crees que esto bastará? ¿Con este tajo?

Davies se inclinó hacia adelante, apoyó las palmas de las manos sobre la cubierta y, con un esfuerzo, colocó una bota, y luego la otra, bajo él. Miró a Venner sin dejar de sonreír y, muy despacio, se levantó de su posición acucillada. Su sonrisa no vaciló ni un momento, aunque la piel bronceada palideció y el rostro se le cubrió de sudor.

–Eres... nuevo, Venner – dijo Davies con voz ronca -. Tendrías que preguntar a Abbott o a Gardner cómo tiene que ser una herida para detenerme.

Respiró profundamente, y se volvió para mirar hacia la cubierta. Sus calzones tenían el brillo oscuro de la sangre desde la cintura a las pantorrillas, donde se perdían dentro de las botas. Tras una pausa, alzó la vista.

–O quizá – siguió, dando un paso atrás inseguro y desenvainando de nuevo el estoque – te gustaría... comprobar en persona hasta qué punto me ha incapacitado esto.

Venner era bajo y recio, con un rostro rubicundo y picado de viruelas. Casi sonriendo, observó a su capitán con la mirada especulativa que uno dedica a un adversario en el juego de naipes, cuya borrachera puede ser falsa, o como mínimo exagerada. Por último, extendió las manos.

–Rayos, Phil – dijo con tranquilidad -. Sabes que no te estaba desafiando.

Davies asintió y se permitió a sí mismo cerrar los ojos un momento.

–Claro que no. – Soltó la espada y se volvió hacia Chandagnac -. Pero Venner tiene razón – asintió -, y me alegro... de que nadie... te matara..., así podré aprender esa finta. – Se apoyó contra el mamparo -. Pero ¡sangre de Dios, hombre! – prorrumpió en voz alta -, ¿cómo demonios conoces un movimiento tan hábil, cuando corres como un pato y sujetas la espada como un cocinero sujeta un cazo?

Chandagnac trató de buscar una buena mentira, y no lo consiguió. Titubeante, dijo la verdad.

–Mi padre tenía un espectáculo de marionetas – tartamudeó -, y yo he sido... titiritero... casi toda la vida. Trabajábamos por toda Europa, y cuando el guión exigía una pelea de espadas..., porque representábamos mucho a Shakespeare..., consultaba con maestros espadachines para que pareciera más realista. – Se encogió de hombros -. He memorizado bastantes movimientos, y los he practicado todos cientos de veces..., pero sólo con marionetas.

Davies, apretándose el costado, le miró.

–Marionetas – dijo -. Bueno, que me condenen. Marionetas. – Muy despacio, se dejó deslizar por el mamparo hasta quedar sentado en la cubierta -. ¿Dónde demonios está Hanson?

–Aquí, Phil. – Uno de los piratas corrió hacia él, abriendo una pequeña navaja de resorte -. Tendrás que tumbarte – le advirtió.

Obediente, Davies se tumbó, pero apoyándose sobre los codos para mirar a Chandagnac mientras Hanson, que evidentemente hacía las funciones de cirujano entre los piratas, empezaba a cortar la camisa empapada de sangre. – ¡Bien! – dijo Davies -. Venner ha sugerido que me... precipité... al ordenar que te mataran, y nosotros..., ¡ay, maldita sea tu alma, Hanson, ten cuidado! – Cerró los ojos un momento, luego tomó aliento y prosiguió -. Y nosotros trabajamos sobre la base de que toda orden está sujeta a discusión, excepto cuando entramos en acción. De todos

modos, me has herido, así que no puedo... dejarte marchar en el bote. – Miró a sus compañeros –.

Propongo que le demos a elegir.

Hubo asentimientos y gritos de satisfacción.

Davies alzó la vista hacia Chandagnac.

–Únete a nosotros y adopta plenamente nuestros objetivos... o muere ahora mismo.

Chandagnac se volvió hacia Beth Hurwood, pero la joven estaba susurrando algo a su padre, que ni siquiera parecía verla. Más allá de ellos vio la corpulenta figura de Leo Friend, que refunfuñaba, probablemente disgustado de que Chandagnac siguiera con vida. Chandagnac nunca se había sentido tan solo e indefenso. De pronto, añoraba muchísimo a su padre.

Se volvió hacia Davies.

–Me uniré a vosotros.

Davies asintió, pensativo.

–Es la decisión más habitual – afirmó -. No estaba seguro de si sería la tuya.

Hanson se levantó y contempló dubitativo el vendaje que le había puesto a su jefe.

–Eso es todo lo que puedo hacer por ti, Phil – dijo -. Que milord Hurwood se asegure que deja de sangrar y no se gangrena.

Chandagnac miró a Hanson, sorprendido. Sin duda se había referido a Leo Friend. La filosofía no es muy útil para curar heridas.

Al oír su nombre, Hurwood salió de su mutismo y parpadeó, mirando a su alrededor. – ¿Dónde está Thatch? – preguntó en voz demasiado alta -. Se suponía que vendría.

–Este año va con retraso – respondió Davies, sin molestarse siquiera en volver la cabeza para mirar a Hurwood -. Actualmente está en Charleston, consiguiendo las cosas que querías. Nos reuniremos con él en Florida. Ahora, ven aquí y haz algo para asegurarte que no muera de esta herida.

Beth trató de decir algo, pero Hurwood le ordenó callar con un gesto. – ¿Te dejó a ti el indicador? – dijo, obviamente disgustado.

Davies hizo una mueca. – ¿La cabeza de perro momificada? Sí. Y ayer empezó a girar y a sisear en su cubo de ron. A eso del mediodía se quedó quieta, mirando fijamente hacia el sudeste; sólo se movía cuando

cambiábamos de rumbo, así que seguimos la dirección hacia la que miraba. – Se encogió de hombros tan bien como pudo -. Cierto, nos ha guiado hasta ti, pero es un trasto repugnante. Nos ha costado mucho impedir que las ratas se la comieran. – ¡Maldito sea ese lunático de Thatch! – estalló Hurwood -. ¡Dejar que unos vulgares bandidos manejen instrumental sofisticado! Si las ratas hubieran tocado ese indicador, te habrían devorado a ti de los pies a la cabeza, Davies, te lo juro. Imbécil descuidado, ¿crees que los perros de dos cabezas nacen todos los días? Envía a un hombre a tu barco, que lo traiga inmediatamente.

Davies sonrió y se tumbó sobre la cubierta.

–Bueeeeno – dijo -, no. Tendrás la otra mitad de tu asquerosa pareja en cuanto yo pise Nueva Providencia tan sano como lo estaba hace una hora. Si no me he recuperado del todo para entonces, mis muchachos quemarán ese condenado trasto. ¿De acuerdo? – ¡Bien dicho, Phil! – gritó uno de los piratas, mientras los demás asentían alegremente.

Hurwood miró a su alrededor, se dirigió hacia donde estaba tendido Davies y se arrodilló junto a él. Examinó el vendaje, lo levantó y miró debajo.

–Demonios, lo más probable es que te recuperes incluso sin mi ayuda – dijo -. Pero, por mi indicador, me aseguraré.

Empezó a rebuscar en los bolsillos de su chaqueta, larga hasta las rodillas.

Chandagnac miró a su izquierda y a su espalda. El cuerpo de Chaworth, a todas luces muerto, se mecía bajo el sol con el movimiento del barco, y una mano inerte cambiaba a intervalos de postura, palma arriba, palma abajo, en un gesto extrañamente filosófico.

Viene y va, parecía indicar el movimiento. El bien y el mal, la vida y la muerte, la alegría y el horror, y nada debería sorprendernos.

A Chandagnac le pareció vergonzosamente inapropiado, como si el hombre muerto llevara los calzones bajados, y deseó que alguien moviera la mano para dejarla en una posición más adecuada. Apartó la vista.

Nunca había visto a un médico trabajar sobre una herida, y parecía que Hurwood era médico, así que Chandagnac se adelantó para mirar. Durante un momento desconcertante, pensó que Hurwood iba a empezar por adecentar el aspecto de Davies, porque se había sacado del bolsillo lo que parecía un pequeño cepillo para la ropa.

—Este rabo de buey — empezó, en el tono de voz que debía de haber usado durante sus conferencias — ha sido tratado para convertirse en un centro de atención del ser al que llamas Compañero Cuidador. Si él fuera más grande, podría prestarnos atención a todos a la vez. Pero, siendo como es, sólo puede proteger plenamente a dos personas a un tiempo. Durante la batalla nos ha cuidado al señor Friend y a mí, y dado que para nosotros el peligro ha pasado, dejaré que ocupes su atención. — Metió el objeto de cerdas en la pechera de la camisa verde lima de Davies -. Veamos... — Rebuscó nuevamente en sus bolsillos -. Y aquí — siguió, sacando una bolsita de tela que contenía algo -, hay una drogue que hace que las entrañas se comporten como es debido. Como en el caso anterior, ahora mismo la necesitas más que yo..., pero tendrás que devolvérmela. — Le quitó el sombrero a Davies y lo dejó sobre la cubierta, colocó la bolsita sobre la cabeza del pirata, y volvió a ponerle el sombrero -. Ya está — dijo, levantándose -. No perdamos más tiempo. Los que se vayan a ir en el bote, que lo hagan ya, y podremos partir.

Los nuevos propietarios del Carmichael colocaron el bote del barco en el pescante y lo bajaron al agua sin muchas contemplaciones. Luego, tiraron una red de cuerda para que la gente pudiera bajar. Una ola empujó el bote contra el casco del barco, y el agua entró en la pequeña embarcación, pero Davies dio unas cuantas órdenes cansinas y el barco se movió lentamente hasta que el viento le llegó por estribor, protegiendo el bote.

Davies se puso en pie, irritado.

—Los que se vayan a largar, largo — gruñó.

Chandagnac contempló con añoranza como la tripulación original del Carmichael se dirigía hacia la borda de estribor, algunos de ellos sujetando a los compañeros heridos.

Beth Hurwood, con una capucha negra sobre la cabellera cobriza, echó a andar, pero luego se dio la vuelta. — ¡Padre! — exclamó -. ¡Ven conmigo al bote!

Hurwood alzó la vista y dejó escapar una carcajada que era como el último chirrido de una máquina sin engrasar. — ¡No les gustaría mucho mi compañía! La mitad de estos muertos deben su estado actual a mi colección de pistolas y a mi mano. No, querida, me quedo en este barco..., y tú también.

La afirmación la hizo tambalearse, pero dio media vuelta y corrió hacia la baranda. – ¡Detenedla! – gritó Hurwood, impaciente.

Davies asintió, y varios piratas sonrientes cortaron el paso a la joven.

Hurwood se permitió lanzar otra carcajada, que se convirtió en una tos ronca.

–Vamos – gruñó.

Por casualidad, Chandagnac estaba mirando a Leo Friend, y casi se alegró de que le hubieran obligado a quedarse a bordo, porque el médico parpadeaba rápidamente, sus labios prominentes estaban húmedos y tenía los ojos clavados en Beth Hurwood.

–Bien – dijo Davies -. Vamos, zoquetes, tirad los cadáveres por la borda..., cuidado, al bote no... Luego, nos marcharemos. – Miró hacia arriba -. ¿Cómo va eso, Rich?

–No puedo traslucharla – le llegó un grito desde las alturas -, la cangreja está suelta.

Pero el mar y el viento nos favorecen, y podremos engancharla si todos los muchachos colaboran.

–Bien, Elliot, coge a un par de hombres y llevad el balandro de vuelta a casa.

–De acuerdo, Phil.

Beth Hurwood apartó la vista de su padre para mirar a Leo Friend, que sonrió, dio un paso adelante (Chandagnac advirtió por primera vez que el atuendo del grueso médico incluía un par de llamativos zapatos con tacones rojos y lazadas estilo «aspas de molino») y extendió hacia ella un brazo que parecía una almohada demasiado rellena. Pero Beth corrió hacia Chandagnac, y se colocó junto a él sin decir nada. Tenía los labios tan apretados como antes, pero Chandagnac atisbo el brillo de las lágrimas en sus ojos un momento antes de que la muchacha se las secara impacientemente con la manga. – ¿Te llevo abajo? – preguntó Chandagnac en voz baja. Ella meneó la cabeza.

–No podría soportarlo.

Davies los miró a los dos.

–Aún no tienes ningún deber – dijo a Chandagnac -. Llévatela a algún sitio donde no moleste. Y ya que estás en ello, dale un poco de ron.

–No creo... – empezó Chandagnac rígidamente.

Pero Elizabeth le interrumpió.

–Por lo que más quieras, sí.

Davies sonrió a Chandagnac y les hizo un gesto para que se alejaran.

Unos minutos más tarde estaban en el castillo de proa, junto al ancla de estribor, escudados del viento por la tensa vela principal. Chandagnac había bajado a la cocina para llenar de ron un par de tazones, y tendió uno a la chica.

Las amarras empezaron a zumbar otra vez, y la cruceta crujió cuando las velas, de nuevo extendidas, giraron para captar mejor el viento del este. El barco trazó un lento arco hacia el norte, luego hacia el noroeste, y Chandagnac vio como el bote atestado retrocedía para por fin desaparecer tras la alta popa. El balandro, que seguía a babor, iba a la misma velocidad que el Clamoroso Carmichael. Desde donde el joven se encontraba ahora, apoyado en la baranda y bebiendo a sorbos el ron caliente, podía ver el mástil y las velas del pequeño barco. A medida que fueron cobrando velocidad y el balandro se apartó del barco para dejarle espacio, alcanzó a ver también el largo casco. Sacudió ligeramente la cabeza, todavía incrédulo.

–Bueno, los dos podríamos estar mucho peor – dijo con calma a Beth, tratando de convencerse a sí mismo tanto como a ella -. Al parecer se me ha perdonado que atacara a su jefe, y tú estás protegida por..., por la posición de tu padre entre ellos.

Abajo, a su izquierda, uno de los piratas recorría el combés silbando, al tiempo que esparcía la arena de un cubo sobre las muchas manchas y salpicaduras de sangre.

Chandagnac apartó la vista.

–Y cuando consigamos salir de esta situación – prosiguió -, todos los marineros del bote serán testigos de que tú y yo nos quedamos contra nuestra voluntad.

Se sintió orgulloso de la firmeza que había conseguido transmitir a su voz, y tragó algo más de ron para calmar los temblores postcrisis que empezaba a sentir en manos y piernas.

–Dios mío – dijo Beth, aturdida -, todo lo que puedo esperar es que él muera aquí. No podrá volver jamás. Ni siquiera le encerrarían en un manicomio..., le ahorcarían.

Chandagnac asintió, pensando que la horca era menos de lo que merecía el padre de la chica.

–Debí imaginarme que se volvería loco – siguió -. Sabía que se había convertido en un hombre... excéntrico, que se dedicaba a investigaciones que... parecían un poco fantásticas..., pero nunca pensé que haría algo así, como un perro rabioso, que empezaría a matar gente.

Chandagnac pensó en el marinero al que había visto asesinado junto a la colisa, y en aquel al que Hurwood había destrozado la cara un momento más tarde.

–No lo hizo en una especie de... arrebató – la contradijo -. Fue algo frío, metódico, como un cocinero matando hormigas en la mesa de la cocina, una a una, para luego lavarse las manos y volver a su trabajo. Y el tipo gordo estaba en el otro extremo del barco, haciendo lo mismo.

–Friend, sí – asintió ella -. Siempre ha tenido algo odioso. Seguro que él ha metido a mi pobre padre en este plan, sea el que fuere. Pero mi padre está loco, lo sé. Escucha, justo antes de que saliéramos de Inglaterra, el mes pasado, no vino a casa en toda la noche, y volvió por la mañana manchado de barro y sin sombrero, agarrando una cajita de madera que olía muy mal. No quiso decirme qué era... Cuando se lo pregunté, me miró como si no me hubiera visto en su vida. Desde entonces, no se ha separado de ella. Ahora la tiene en su camarote, y podría jurar que, por las noches, habla con la caja en susurros. ¡Dios mío, tú leíste su libro! ¡Era un genio! Si no es por la locura, ¿cómo explicas que el autor de la Reivindicación del libre albedrío vaya diciendo tonterías sobre rabos de buey y perros de dos cabezas?

Chandagnac captó la nota de tensión y duda bajo la pronunciación cuidadosamente controlada.

–No puedo discutirlo – concedió con amabilidad.

Ella apuró el ron.

–Creo que iré abajo. En..., John, ¿podrías ayudarme a conseguir alimentos?

Chandagnac la miró. – ¿Ahora mismo? Claro, supongo que sí. ¿Qué...?

–No, me refiero a las horas de las comidas. Ahora será todavía más difícil saltarme la dieta que me ha recetado Friend, y necesito más que nunca estar alerta.

Chandagnac sonrió, pero volvía a pensar en las consecuencias de echar sobras a los perros vagabundos.

–Haré lo que pueda, pero Dios sabe qué comerán estos demonios. Quizá sean preferibles las hierbas de Friend.

—No las has probado. — Se dirigió hacia la escalerilla, pero hizo una pausa para mirarle — . Fuiste muy valiente al desafiar así a ese pirata, John.

—No le estaba desafiando, sencillamente fue... una especie de reflejo. — Descubrió que se estaba volviendo irritable -. Había llegado a gustarme el viejo Chaworth. Me recordaba... a otro viejo. Ninguno de los dos tenía sentido común. Y supongo que yo tampoco lo tengo, o ahora estaría en el bote. — Se bebió el resto del ron -. Bien, te veré más tarde.

Miró hacia adelante, más allá del espetón de proa, hacia el horizonte azul. Cuando volvió la vista, Beth se había marchado. Se relajó un poco y observó las maniobras de la tripulación. Trepaban por los aparejos, ágiles como arañas, y de cuando en cuando lanzaban juramentos en inglés, francés, italiano y otro par de idiomas que Chandagnac no había oído en su vida. Aunque la gramática era atroz, tuvo que conceder que, en cuestión de obscenidades, blasfemias e insultos elaborados, los piratas aprovechaban a fondo todos los idiomas que él entendía.

Estaba sonriendo, y tuvo tiempo de preguntarse por qué antes de comprender que aquella temible banda de rufianes simpáticos y multilingües era exactamente igual a las que solía encontrar en las tabernas de Amsterdam, Marsella, Brighton o Venecia; en su recuerdo, todas se fundían en una única taberna portuaria arquetípica, en la que su padre y él se eternizaban ante una mesa junto a la chimenea, bebiendo la especialidad local e intercambiando noticias con otros viajeros. En ocasiones, al joven Chandagnac le había parecido que las marionetas eran una serie de aristócratas de madera, que viajaban con dos sirvientes de carne y hueso; ahora, siete años después de dejar aquella vida, pensaba que los títeres no habían sido malos amos. La paga siempre fue irregular, porque los buenos tiempos de los teatros de marionetas en Europa acabaron en 1690, el año en que nació Chandagnac, cuando Alemania levantó la prohibición de diez años sobre las obras en las que interviniesen actores vivos, pero en ocasiones el dinero fue abundante, y entonces las cenas calientes y las camas abrigadas eran aún más agradables por el recuerdo de las habitaciones gélidas y el hambre de los meses anteriores.

Al parecer, el pirata del cubo de arena había terminado su tarea, pero cuando se dirigía hacia popa, al pasar junto al palo mayor, resbaló. Miró a su alrededor como si temiese que alguien se riera de él, y volcó el resto de la arena en la zona resbaladiza antes de alejarse.

Chandagnac se preguntó si la sangre sobre la que había patinado sería la de Chaworth. Y recordó aquella noche en Nantes, cuando su padre sacó el cuchillo contra una banda de hombres que habían esperado fuera de una taberna a los Chandagnac père et fils, para arrinconarlos y exigirles todo su dinero. El viejo François Chandagnac llevaba mucho dinero encima aquella noche; tenía sesenta y tantos años y un futuro incierto, así que, en vez de darles lo que pedían, como había hecho en el par de ocasiones en que le habían robado antes de entonces, desenvainó el cuchillo con el que tallaba las caras y manos de las marionetas, y lo blandió contra los ladrones.

Ahora, Chandagnac se apoyó contra una de las colisas sin disparar de estribor y, cautelosamente, se permitió advertir que el sol le caldeaba la espalda, que estaba un tanto borracho y que ya no sufría.

La primera patada despectiva arrancó el cuchillo de las manos de su padre, y luego hubo simplemente puños, dientes, rodillas y botas en la oscuridad. Cuando la banda se alejó, riendo, mientras contaban el dinero de una bolsa inesperadamente llena, debieron de creer que dejaban dos cadáveres en el callejón.

Durante los años que siguieron, Chandagnac deseó en algunas ocasiones que hubieran estado en lo cierto, porque ni su padre ni él llegaron a recuperarse del todo.

Los dos se las arreglaron como pudieron para volver a su habitación. Su padre había perdido los dientes delanteros, y eventualmente también perdió el ojo izquierdo; además, tenía varias costillas rotas y quizá el cráneo fracturado. El joven John Chandagnac perdió casi por completo el uso de la mano derecha por culpa de la pesada bota de un hombre, y tuvo que caminar con bastón durante un mes; además, hubo de transcurrir todo un año antes de que su orina estuviera completamente limpia de sangre. Aunque con el tiempo recuperó el uso de la mano, su lesión fue una buena excusa para abandonar aquella profesión de nómada: con una súplica apenas disimulada, consiguió dinero para el viaje y alojamiento de un pariente de Inglaterra. Antes de cumplir veintidós años, tenía un trabajo como contable en una compañía textil inglesa.

Su padre, con una salud cada vez peor, siguió dirigiendo solo el espectáculo de marionetas durante otros dos años, antes de morir en Bruselas, en el invierno de 1714.

Nunca supo nada del dinero que le pertenecía, el dinero que tanto hubiera prolongado y alegrado su vida..., el dinero que le fue hábilmente robado por su hermano menor, Sebastián.

Chandagnac miró por encima de su hombro derecho, en dirección al horizonte oriental, hasta que le pareció distinguir una línea ligeramente más oscura que podía ser La Española. «Tendría que haber llegado allí en una semana – pensó furioso –; después identificarme en el banco de Jamaica. ¿Cuánto tardaré ahora? No te mueras, tío Sebastián. No te mueras antes de que llegue.»

2

Incluso en el ocaso, cuando los fuegos para cocinar eran puntos brillantes en la playa cada vez más envuelta en sombras, los bancos de peces del puerto eran claramente visibles, y los botes, que rodeaban la lejana punta de la isla del Puerco, cambiaban de rumbo con frecuencia, buscando las zonas de agua más oscura, en su camino hacia el mar abierto de Nueva Providencia. La mayor parte de los barcos de la zona estaban ya amarrados para toda la noche, en el puerto o a lo largo del decrepito muelle, o incluso, en el caso de las naves más pequeñas, en la arena blanca de la orilla, y la población de la isla empezaba a concentrarse en la cena. A aquella hora, el olor del lugar luchaba contra la fresca brisa marina con más fuerza que nunca, porque además de la habitual mezcolanza de humo de brea, azufre, comida rancia y las incontables letrinas descuidadas, estaba el espectro a menudo sorprendente de los olores de una cocina inexperta: el hedor de las plumas quemadas en los mismos pollos por hombres demasiado impacientes como para pelarlos, de extraños guisos a los que la mano entusiasta del ignorante había añadido grandes cantidades de menta, cilantro o mostaza china para ocultar el sabor de carnes dudosas, y de experimentos curiosos, y a menudo explosivos, en el arte de la fabricación del ponche.

Benjamín Hurwood había sacado a su hija y a Leo Friend del Carmichael cuatro horas antes, poco después de que el barco quedara laboriosamente anclado en el puerto, y mucho antes de que los piratas empezaran a carenarlo. Llamó al primer bote que pasó por el costado de la nave y ordenó a los tripulantes que los llevaran a tierra; no sólo le

obedecieron, sino que a Chandagnac le pareció que incluso se lo agradecían.

Y ahora, el Carmichael yacía extrañamente de costado, con jarcias atadas a los mástiles y otras jarcias de soporte bajo la quilla, atadas a su vez a sólidas amarras en el lado expuesto, con la mitad de sus treinta y cinco metros de eslora fuera del agua y sostenido por el talud de arena blanca de la orilla en una caleta convenientemente profunda, a cien metros al sur del grupo de tiendas más grande. Chandagnac paseaba por la playa en compañía de los piratas, tambaleándose tanto por el agotamiento como por la novedad de tener una superficie inmóvil bajo los pies, porque los piratas habían supuesto alegremente que, como nuevo miembro de la tripulación, debía hacer el trabajo de dos hombres.

—Ah, que me condenen — dijo el joven desdentado que caminaba al lado de Chandagnac -. Huelo a cosas vivas.

Chandagnac había deducido que el nombre del joven era Skank.

Tras ellos, el barco gimió estruendosamente cuando los tabloncillos se vieron sujetos a nuevas tensiones, y los pájaros — Chandagnac supuso que eran pájaros — graznaron en la selva sombría.

—Bien expresado — asintió Chandagnac.

Dadas las llamas, los olores y los gritos que se oían más adelante, la cena que se estaba cocinando no sólo seguía viva, sino también sin domar.

A su izquierda, asomando por encima de las palmeras, podía verse una elevación rocosa redondeada.

—El fuerte — dijo el joven desdentado, señalando en aquella dirección. — ¿Un fuerte?

Chandagnac entrecerró los ojos y, por último, advirtió los muros y la torre, de la misma piedra que la colina. Incluso desde la playa se divisaban varias grietas en la línea desigual del muro. — ¿Tu gente ha construido un fuerte aquí? — ¡Qué va! Lo construyeron los españoles. O quizá fueran los ingleses. Ambos se han ido atribuyendo la propiedad de este lugar alternativamente durante años, pero sólo había un nombre, un viejo loco, cuando Jennings llegó aquí y decidió fundar su ciudad pirata.

Los ingleses creen que son los dueños ahora. El rey Jorge ha llegado a enviar un barco con una promesa de perdón para cualquiera de nosotros que deje esta vida y se haga, no sé, granjero, o algo así. Pero tampoco les durará.

Caminaban ya por entre las hogueras utilizadas para cocinar, esquivando a grupos de personas sentadas en la arena. Muchos de los comensales tenían barriles o trozos de mástil en los que apoyarse, y todos saludaron a los recién llegados, agitando botellas o pedazos de carne chamuscada. Chandagnac observó nervioso las caras iluminadas por las llamas y le sorprendió ver que al menos una de cada tres era de mujer.

–El Jenny está atracado allí – dijo Skank, señalando hacia un punto indeterminado –.

Seguro que han encendido una hoguera, y con suerte tendrán algo que echar al puchero.

Chandagnac seguía teniendo la sensación de que el suelo se mecía bajo sus pies y, al saltar un montón de arena, se movió como para mantener el equilibrio en una cubierta sacudida por las olas. Se las arregló para seguir en pie, pero hizo que a una mujer se le cayera un muslo de pollo de la mano.

«Jesús», pensó, repentinamente asustado.

–Lo..., lo siento – balbuceó -. No...

Pero ella se limitó a lanzar una carcajada ebria, cogió otro trozo de pollo de un plato que parecía de oro auténtico, y dijo algo en una extraña mezcla de francés e italiano.

Chandagnac estaba casi seguro de que se trataba de una sarcástica invitación sexual, pero la jerga le resultaba demasiado desconocida, y los tiempos verbales demasiado enredados, como para tener una certeza absoluta.

–Eh... – dijo rápidamente a Skank mientras reanudaba la tambaleante marcha -, ¿el Jenny?

–Es el balandro con el que nos apoderamos de vuestro Carmichael – respondió el joven pirata -. Sí – añadió, escudriñando las tinieblas ante ellos mientras subían por otra duna llena de gente -, tienen una olla de agua marina al fuego, y están echando no sé qué dentro.

Skank echó a correr, al igual que el resto de los hombres de Davies. Chandagnac los siguió más despacio al tiempo que miraba hacia adelante. Había una hoguera en la playa, y la olla que reposaba sobre los troncos llameantes le llegaría hasta la cintura. Vio varios pollos, sin cabeza ni tripas pero sin limpiar, que surgían de la oscuridad trazando un arco para caer en la olla, y luego un hombre volcó un cubo de fluido grumoso en ella.

Chandagnac se contuvo para no hacer un chiste, y sonrió al descubrir que no tenía tanto miedo de aquellos hombres como de su comida.

Un viejo corpulento, calvo pero barbudo como una palmera, se inclinó sobre la hoguera y metió el brazo derecho, lleno de tatuajes, para revolver el contenido de la olla.

–Aún no está caliente – gruñó.

Sacó un pollo empapado, se apartó de la hoguera y le arrancó un ala de un mordisco.

Las plumas mojadas eran un espectáculo sorprendente en su barba y, pese a los ruidos de la conversación, Chandagnac pudo oír el crujido de los huesos.

–Pero empieza a tener sabor – decidió el hombre, arrojando el resto del ave de vuelta a la olla. – ¡Cantemos algo mientras esperamos! – gritó alguien.

Hubo aclamaciones, pero entonces una figura esbelta y sonriente salió a la luz del fuego.

–Al infierno con las canciones – dijo Philip Davies, mirando fijamente a Chandagnac -.

Mejor una función de marionetas.

La diversión despectiva en su voz hizo que Chandagnac enrojeciera.

Quizá Davies lo dijera en broma, pero los otros piratas aceptaron la idea al instante. – ¡Muy bien! – gritó un hombre, con su único ojo a punto de saltarle de la cara por la emoción -. ¡Ese chico del Carmichael sabe manejar las marionetas! ¡Cristo! Nos montará un espectáculo, ¿eh?

–Lo hará – eructó un tipo muy borracho sentado cerca de él -. Lo hará o..., o le daré de patadas en el culo.

Todos parecieron pensar que era una buena idea, y Chandagnac se vio lanzado hacia la zona iluminada, al lado del fuego. – ¿Qué...? Pero yo...

Miró a su alrededor. La amenaza del borracho no parecía una broma, y recordó con qué tranquilidad habían matado a Chaworth. – ¿Vas a hacerlo o no, chico? – preguntó Davies -. ¿Qué pasa, tu espectáculo es demasiado bueno para nosotros?

Un negro, con los ojos abiertos de par en par, miró a Chandagnac, y luego volvió la vista hacia sus camaradas.

–Me ha llamado perro, ¿no? – ¡Un momento! – dijo Chandagnac en voz alta, alzando las manos -. Esperad, sí, lo haré. Pero necesito..., eh..., mucho

cordel, una aguja saquera, un cuchillo afilado y un trozo de madera muy blanda, del tamaño de una jarra de tres galones.

Varios de los piratas se levantaron de un salto, gritando alegremente. – ¡Ah! – añadió Chandagnac -, también me vendrían bien unos trozos de tela, y tachuelas... o clavos pequeños. Y veo que están circulando unas cuantas botellas por ahí atrás... ¿Qué tal un trago para el titiritero?

Pocos minutos más tarde, estaba acucillado ante sus rudas herramientas, trabajando y bebiendo sorbos de una botella de coñac realmente bueno, mientras tallaba rápidamente miembros, torsos, pelvis y cabezas en un trozo de corazón de palmera. Chandagnac se preguntó qué clase de espectáculo complacería a aquel público. Shakespeare quedaba descartado. Conocía un par de diálogos rápidos, soeces, que su padre solía representar en las tabernas, tantos años atrás, cuando pensaba que el joven John se había acostado.

Chandagnac sospechaba que habían formado parte del repertorio profesional del viejo en los años antes de que Alemania prohibiera las funciones con actores vivos. Si conseguía recordarlos, le irían muy bien para la ocasión.

Con una habilidad que ya no creía poseer, talló la parte delantera de las dos cabecitas de madera, creando rostros rudos pero precisos; luego, cortó pequeñas tiras de tela para que hicieran de bisagras, y después otras formas más grandes y complicadas que servirían de vestidos. No tardó más de un minuto en ensamblar el conjunto; a continuación, clavó trozos de cordel en las orejas, manos, rodillas y espaldas de sus dos marionetas, antes de atar los otros extremos a la cruz que sostenía en la mano. Controlar dos marionetas a la vez significaba que tendría que usar otra varilla para mover las rodillas de los muñecos, pero mucho tiempo antes había aprendido a utilizar, en vez de eso, dos dedos extendidos de cada mano.

–Muy bien, allá vamos – dijo al final, tratando de parecer seguro, como siempre le había aconsejado su padre cuando se enfrentaba a un público potencialmente hostil..., y aquél lo era, sin duda -. Que todo el mundo se siente. ¿Puede alguien pasarme ese barril de ahí, a fin de que sirva de escenario? Más vale eso que nada.

Para su sorpresa, uno de los hombres se lo acercó, y lo dejó cuidadosamente ante él.

Chandagnac examinó un momento el barril sin tapa; hundió la parte delantera de una patada, retiró las astillas puntiagudas, y asintió.

—Nuestro escenario.

La mayoría de los piratas se habían sentado y al menos ya no gritaban, de manera que Chandagnac cogió las cruces de control y metió los dedos en las lazadas. Alzó la marioneta cuyas piernas estaban enfundadas en unos rudos pantalones. — ¡Nuestro héroe! — dijo en voz alta. Mostró la que llevaba una especie de vestido -. ¡Y una mujer con la que se encuentra!

Su público consideró que era un comienzo muy prometedor.

La marioneta femenina fue introducida en el lado abierto del barril, y el varón se acercó a ella.

Chandagnac era terriblemente consciente de que estaba en una playa, al otro lado del mundo, ante una multitud de asesinos borrachos. Hacer una función de marionetas en aquellas circunstancias estaba tan escalofriantemente fuera de lugar como una corona de flores en una horca... o, se le ocurrió, como bailar y tocar instrumentos musicales cuando se está a punto de abordar un barco mercante para matar a la mitad de su tripulación.

De uno de los tres fuegos, llegó tambaleándose hacia su hoguera el hombre de aspecto más avejentado que Chandagnac había visto desde que saliera de Inglaterra. Su barba y su largo pelo correoso eran del color de los huesos viejos, y su rostro era un pellejo oscuro estirado sobre un cráneo. Chandagnac no podía adivinar la raza del hombre, pero varios piratas le saludaron llamándole «gobernador» y le hicieron sitio para que se sentara, de manera que supuso que se trataba del «viejo loco» mencionado por Skank, el que fuera único habitante de la isla hasta que los piratas descubrieron el lugar.

El muñeco varón había llegado al barril y parecía a punto de pasar de largo, pero la marioneta hembra se inclinó como si abriera una puerta y asomó la cabeza.

—Buenas tardes, señor — dijo Chandagnac con voz aguda, sintiéndose ridículo -. ¿Quiere invitar a una copa a esta dama? — ¿Cómo dice? — hizo exclamar a la otra marioneta, parodiando el acento de las clases altas inglesas -. Soy muy duro...

—Por favor, señor, hable más alto — interrumpió ella -. No oigo muy bien. — ... de oído. — ¿Cómo dice, señor? ¿Algo sobre un tío? Me parece

entender a qué se refiere, señor, pero no tengo ningún acompañante. Puedo garantizarle...

—No, no, oído, oído. — ¿Libido? ¿Qué le pasa a su libido?

—Digo que soy muy duro de eso. — ¡Oh! ¡Muy duro! Espléndido, señor, espléndido, muy duro, bien, así me gusta. Bueno, vayamos al grano entonces, ¿quiere...? — ¡Es una trampa! — gritó uno de los piratas del público -. ¡Le llevará directo a las manos de una patrulla de reclutamiento! ¡Así es como me metieron en la Armada! — ¿Con una mujer? — se asombró otro pirata -. A mí sólo me dieron una copa..., y no me había tomado ni la mitad antes de que me echaran una manta a la cabeza. Me desperté en el bote del barco.

Davies se echó a reír y abrió otra botella.

—A mí me atraparon con caramelos. Tenía quince años, y volvía a casa del taller de entalladura donde trabajaba como aprendiz. Alzó la botella y bebió un largo trago. — ¡No pueden hacerlo! — dijo otro hombre -. ¡Es ilegal! Los aprendices menores de dieciocho años están exentos. Debiste decírselo al capitán, Phil, te habría llevado de vuelta a la orilla con una disculpa.

—La reina Ana dictó esa ley en mil setecientos tres, pero a mí me reclutaron cuatro años antes. — Davies sonrió y volvió a alzar la botella. Luego, se secó el bigote -. Y no la hicieron retroactiva. — Alzó la vista hacia Chandagnac -. Sí, haz que le lleve hasta una patrulla de leva.

—En..., de acuerdo.

Chandagnac había visto patrullas de reclutamiento en muchos países, aunque su edad, o su ciudadanía, o posiblemente algún que otro soborno discreto por parte de su padre, le habían impedido convertirse en su presa.

—Venga por aquí, señor — dijo tentadora la marioneta femenina, deslizándose hacia el interior del barril -. Podemos tomar una copa antes de tratar otros asuntos.

La cabeza del otro muñeco se inclinó con gesto estúpido. — ¿Cómo dice?

—Le digo que conozco este lugar. Podemos tomar una copa. — ¿Cambiarle de ropa? Cielos, no. Pero no me extraña que lo diga, aquí hay mucha gente poco aseada. Le garantizo que no soy yo...

El muñeco la siguió hacia el interior, y entonces, Chandagnac sacudió las marionetas al tiempo que golpeaba con la puntera de la bota la parte trasera del barril. — ¡Ouch! — hizo exclamar a una voz ronca -. ¡Cuidado!

¡Cogedle! ¡Eso es! ¡No dejéis que se levante! Muy bien, señor, quiero ser el primero en felicitarle por la nueva vida que le espera en los mares.

Chandagnac había albergado alguna esperanza de devolver la historia a sus cauces acostumbrados, pero el público exigía ahora que siguiera al desdichado protagonista hasta un barco de la marina, así que tuvo que volcar el barril para que hiciera las veces de navío. Un tijeretazo y un clavo transformaron el vestido de la mujer en un par de pantalones, que le permitían adoptar los diferentes papeles masculinos.

Azuzado por su público, Chandagnac hizo que el pobre protagonista – cuyo acento de clase alta había desaparecido ya – sufriera toda clase de castigos a manos de oficiales temibles y despreciables. Le cortaron una oreja por responder a una orden en un tono que cierto oficial consideró sarcástico, le estrellaron los dientes contra una cabilla de maniobra por alguna otra ofensa, y fue «azotado por la flota», cosa que, por lo visto, quería decir que fue ceremoniosamente traspasado de un barco a otro para ser azotado en cada uno de ellos. Por fin, el público le permitió saltar por la borda en un puerto tropical, y ganar la orilla a nado. En ese momento, muchos espectadores parecieron perder interés, y empezaron a cantar, mientras otros dos mantenían una pelea con bastones fuera del círculo.

Chandagnac siguió adelante a pesar de las distracciones, e hizo que el evadido se escondiera en la selva para esperar la llegada de algún barco pirata necesitado de otro marinero. Pero, en aquel momento, el viejo se puso en pie de un salto. – ¡La fuente! – chilló el anciano -. ¡El agua está podrida nada más salir de la tierra!

–Muy bien, gobernador – le calmó Skank -, pero estás interrumpiendo el espectáculo. – ¡Los rostros en el agua! ¡Almas de los perdidos! – ¡Cierra el pico, Sawney! – gritó alguien más. – ¡Ah! – El anciano miró a su alrededor con los ojos abiertos de par en par, y pestañeó -.

Vinagre – dijo luego, tan ceremoniosamente como si les estuviera informando de la contraseña para entrar en el reino celestial -. De tu cuerpo brotará vinagre. – ¡No soy un perro! – rugió el negro que había intimidado a Chandagnac para que representara la función.

A Chandagnac le parecía que aquello degeneraba en el caos más absoluto.

–La tripulación de Charlie Vane necesita esas noticias más que nosotros, gobernador – dijo Davies. El jefe pirata tendió al anciano la botella de la

que había estado bebiendo, todavía medio llena -. ¿Por qué no vas a decírselo?

El gobernador Sawney tomó un largo trago y se alejó tambaleante hacia la oscuridad, deteniéndose dos veces para declamar fragmentos admonitorios del Antiguo Testamento.

En aquel momento, para alivio de Chandagnac, alguien gritó que la comida estaba preparada. Dejó las marionetas en el barril y se reunió con los que se dirigían hacia la olla, junto a la cual le dieron una tabla con un pollo caliente, empapado e hinchado. En cambio, olía suficientemente bien, porque el cubo que había visto vaciar antes contenía una especie de salsa curry que alguna otra tripulación había considerado demasiado especiada. Así que despojó al pollo de su piel, lo empaló y lo sostuvo sobre las llamas.

Muchos otros piratas compartían su falta de entusiasmo por el pollo medio hervido, e hicieron lo mismo. Después de comer, regaron la dudosa comida con más coñac, y alguien propuso que el titiritero fuera nombrado cocinero oficial.

La idea provocó gestos de asentimiento. Davies, que había sido uno de los que siguieron el ejemplo culinario de Chandagnac, se levantó con un tambaleo de borracho.

–Ponte de pie, cachorro – dijo a Chandagnac.

A éste no le hizo gracia el nombre, pero obedeció. – ¿Cómo te llamas, cachorro?

–John Chandagnac.

–Shandy... ¿qué?

–Chandagnac.

En la hoguera, un tablón lanzó chispas al aire.

–Oye, chico, la vida es demasiado breve para nombres como ése. Te llamas Shandy. Y es más que suficiente para un cocinero. – Se volvió hacia el resto de los piratas, tirados en la arena como bajas tras una batalla -. Éste es Jack Shandy – dijo en voz alta para hacerse oír por encima del eterno parloteo -. Es el cocinero.

Todos los que lo entendieron parecieron complacidos, y Skank plantificó uno de los pollos hervidos sobrantes en un sombrero de tres picos e hizo que Chandagnac lo usara mientras vaciaba una jarra de ron.

Después de aquello, la velada fue para el nuevo cocinero un largo borrón nebuloso, salpicado de cuando en cuando por impresiones claras: en

cierto momento chapoteaba entre las olas, tomando parte en alguna danza complicada, y la música era un tamborileo que tenía como contrapunto el batir de la marea y el cálido viento entre las palmeras, incluso los latidos del corazón de Chandagnac; más tarde, consiguió liberarse y corrió hacia la orilla, para vagar largo rato entre el agua y la selva, bordeando las hogueras y susurrando «John Chandagnac» una y otra vez para sus adentros, porque temía que el nuevo nombre le hiciera olvidar el antiguo, perdido en aquel mundo de asesinatos, ron y pequeñas islas; y un poco después vio una banda de niños desnudos que habían encontrado sus marionetas y las estaban haciendo bailar, aunque no tocaban las figurillas de madera, sino que se limitaban a acercar las manos a ellas, y las cabecitas de los muñecos brillaban con un resplandor rojizo; por último, se encontró sentado en la suave arena, pensando que sería aún más cómodo tumbarse. Se echó hacia atrás, descubrió que todavía llevaba el sombrero puesto, se lo quitó con manos temblorosas y, accidentalmente, rozó el vientre frío del pollo. Consiguió levantarse para vomitar un par de metros más lejos, y luego hundirse de nuevo en la arena y caer dormido.

3

El verano de 1718 no fue como de costumbre para la república de forajidos que habitaba la isla de Nueva Providencia. Tradicionalmente, los piratas del Caribe carenaban sus barcos más grandes en primavera, y cuando los cascos estaban limpios de algas y percebes, cuando todas las planchas y aparejos podridos eran reemplazados, llenaban las bodegas de comida, agua y lo mejor del botín invernal, para luego navegar hacia el noroeste, rodeando las islas Berry y las Bimini, y dejar que la eterna Corriente del Golfo les llevase hacia la línea costera de Norteamérica. Los gobernadores de las colonias inglesas solían acoger bien a los piratas, agradecidos por la prosperidad que les deparaban las mercancías a bajo precio, y el Caribe en verano era un lugar propicio para la malaria, la fiebre amarilla y todo tipo de enfermedades, por no mencionar los huracanes que solían elegir esa estación para azotar desde el oeste, procedentes del Atlántico, más allá de las Barbados, pasando sobre Cuba y el golfo de México como taladros por un cristal, creando, destrozando y hasta borrando por completo islas a su paso.

Pero había llegado julio, y el puerto de Nueva Providencia seguía atestado de blandros, bergantines y goletas, incluso con un par de barcos de tres mástiles. Las hogueras para cocinar todavía levantaban penachos de humo por encima de las chozas, cobertizos y tiendas fabricadas con la lona de las velas que poblaban la playa. Las prostitutas y los comerciantes del mercado negro seguían deambulando entre las tripulaciones y observando el mar con ansiedad, a la espera de nuevas naves; se había extendido la noticia de que Woodes Rogers había sido nombrado gobernador de la isla por el rey Jorge, y tenía que llegar en cualquier momento con una escolta de la Armada Real, trayendo el Perdón Real para cualquier pirata que quisiera renunciar a la piratería, y los castigos prescritos por la ley para los que no lo hicieran.

La filosofía más extendida entre los habitantes de Nueva Providencia durante las primeras semanas de julio se solía resumir en una sola frase: «Esperemos a ver». Unos cuantos, como Philip Davies, estaban decididos a marcharse antes de que llegara Rogers; otros, como Charlie Vane y su tripulación, habían resuelto quedarse y resistir por la fuerza esa incursión de las autoridades del otro lado del Atlántico. Pero la mayoría de ellos se sentían más inclinados a aceptar la oferta de amnistía, borrar de su futuro el espectro del remo ceremonial de plata transportado por el verdugo cuando guiaba a un pirata hacia la horca, olvidarse del sacerdote, de la multitud y del último nudo que el condenado vería en vida. Además, si consideraban que la vida bajo el nuevo régimen no había supuesto una mejora, siempre podían robar un bote y navegar hacia cualquier otra isla. Doscientos años atrás, los españoles se habían dedicado a poblar sus islas con cerdos y ganado, y había cosas mucho peores que vivir en una isla sin vigilancia, subsistiendo gracias a los frutos, los peces y la carne secada sobre el fuego. El estilo de vida de los bucaneros había terminado hacía un siglo, cuando los españoles expulsaron hacia el mar a los inofensivos gitanos de las playas – cosa que no tardaron en lamentar, porque los bucaneros se convirtieron pronto en depredadores marinos –, pero las islas seguían allí.

Las naranjas salpicaban ahora la selva como brillantes monedas de oro sobre seda y terciopelo verde, y hasta los que habían nacido y crecido en Inglaterra siguieron el ejemplo de otras razas y se deleitaron con los tamarindos, papayas y mangos. Los aguacates colgaban a cientos de los árboles gruesos y oscuros, cayendo a menudo con golpes fuertes contra la

arena, sobresaltando a los piratas que no estaban acostumbrados a ver los frutos madurar en su estación.

De hecho, la cocina se había convertido en una parte importante de la vida cotidiana en Nueva Providencia, tanto porque la inminente llegada de Woodes Rogers significaba como mínimo un aplazamiento de las aventuras piratescas, dejando a la gente tiempo libre para prestar más atención a lo que comían, como porque el cocinero del Clamoroso Carmichael no sólo había demostrado que era competente, sino que se había decidido a preparar menús suficientemente abundantes para alimentar a varias tripulaciones, siempre que le procurasen los ingredientes necesarios. En las tres semanas siguientes a la llegada del Carmichael, por ejemplo, hubo siete «expediciones bullabesa», en las que casi todos – piratas, prostitutas, comerciantes ilegales y niños – vadeaban el puerto durante las horas de la marea baja, armados con redes y cubos, y sacaban del mar suficientes animales de una especie u otra como para que el cocinero preparase un abundante guiso de pescado. Y cuando la comida hervía en las muchas ollas colocadas sobre hogueras en la playa, con su pungente aroma a ajo, cebolla y azafrán, se decía que los navíos que se aproximaban podían oler el guiso mucho antes de ver la isla.

A medida que pasaba el mes y los días se prolongaban, cada vez se reunía más gente en torno al balandro Jenny, porque se suponía que el Jenny y el Carmichael abandonarían la isla Nueva Providencia el sábado veintitrés, llevándose a su cocinero.

La tarde del viernes, el cocinero remaba en su bote por el puerto, volviendo de la profunda cala donde se encontraba el Carmichael. El barco había vuelto a su habitual posición erguida, y casi lo habían llevado de nuevo a aguas profundas. A medida que Jack Shandy se alejaba de él, manejando los remos con sus musculosos y bronceados brazos, vio como cada sección del casco se alzaba sobre las aguas y se dirigía hacia mar abierto.

«Antes de que acabe el mes – se dijo –, tendré oportunidad de llegar a Kingston y aclarar mi situación con el banco... Luego, a Puerto Príncipe, para hacer una visita a las propiedades de la familia.»

Ahora que había visto los colores de aquellos cielos, mares e islas occidentales, no se sentía tan desorientado por el dibujo que había encontrado en la carta de su abogado; los grandes porches y ventanas en la

casa Chandagnac de Puerto Príncipe, con las ondulantes palmeras y los gigantescos helechos como fondo, y los loros volando, parecían mucho más cercanos ahora, no tan semejantes a viviendas imaginarias en la luna.

Tras la muerte del viejo François Chandagnac, su padre, el abogado de John había localizado en Bayona a un primo Chandagnac desconocido hasta entonces; y este primo les había entregado una colección de cartas de una tía afincada en Haití, donde John recordaba vagamente tener un abuelo y un tío. Estas cartas, junto con una costosa investigación por oscuros laberintos de títulos de propiedad, finiquitos, testamentos, certificados de nacimiento y de defunción, tuvieron por fin como resultado la información que hizo que John Chandagnac rompiera su compromiso con la hija de un adinerado comerciante de carbón, abandonara su puesto en la firma textil y comprara un pasaje a bordo del Clamoroso Carmichael en dirección al otro extremo del globo: descubrió que su abuelo de Haití, en su testamento, había legado su casa, su plantación de caña de azúcar y una fortuna considerable a su hijo mayor, François; y que el joven hermanastro de François, Sebastián, también residente en Haití, falsificó documentos según los cuales François había muerto.

Gracias a ese fraude, Sebastián había heredado las propiedades..., y el padre de John Chandagnac, sin tener la menor idea de todo aquello, había seguido ofreciendo sus representaciones de marionetas, cada vez más pobre y enfermo, hasta aquella última noche solitaria en Bruselas, en el invierno de 1714. Su tío no sólo había robado a su padre, también le había matado.

Jack Shandy entrecerró los ojos y tiró de los remos con más fuerza, como si aquello pudiera llevarle antes a presencia de su tío, mientras recordaba la conversación con la propietaria de la destartalada casa de huéspedes donde había muerto su padre. John Chandagnac acudió tan pronto como se enteró de la noticia, y atiborró a la mujer con grandes cantidades de almibarada ginebra holandesa para conseguir que concentrara su obtusa atención en el viejo marionetista cuyo cuerpo se habían llevado escaleras abajo hacía cuatro días. Por fin, ella recordó el incidente.

—Ah, oui — le había dicho, sonriendo y asintiendo —, oui. C' était impossible de savoir si c' était le froid ou la faim.

Su padre había muerto de frío o de hambre, sin que nadie estuviera presente para ver qué muerte se apoderaba primero de él.

Jack Shandy no tenía ningún plan propiamente dicho, ninguna idea en concreto sobre lo que haría cuando llegara a Puerto Príncipe – aunque llevaba el certificado de defunción de su padre para mostrarlo a las autoridades francesas en Haití -, pero su abogado le había dicho que sería virtualmente imposible presentar cargos desde otro país, en otro hemisferio, así que iba a donde vivía su tío Sebastián. Sólo podía imaginar los problemas que se le presentarían, las dificultades de hacer una acusación criminal siendo extranjero, de contratar a un abogado nativo, de averiguar con precisión qué leyes locales se habían violado, ¿si se había violado alguna! Pero sabía que debía enfrentarse con su tío, decirle que su crimen había sido descubierto, que su estafa había matado a su hermano...

Shandy tiró de los remos, observó como los largos músculos se flexionaban en los brazos y en las piernas, y se permitió una sonrisa sombría. Además de un cañón extra, pólvora y balas, habían cargado en el Carmichael instrumentos de brujería – las herramientas de vodun o vudú -, y una operación mágica requería el uso de un gran espejo. Otra tripulación pirata había conseguido varios, y vendió uno a Gordo Tristán, el bocor jefe de Davies, y habían encargado a Shandy que lo llevara a bordo. Durante la operación, miró de reojo el espejo... y por un momento no se reconoció, como si uno de los piratas le mirase desde el otro lado del cristal.

Las semanas de trabajo en las reparaciones del Carmichael le habían ensanchado los hombros, estilizado la cintura y proporcionado un par de cicatrices nuevas en las manos.

Y tuvo que admitir que ya no iba simplemente sin afeitarse, sino que lucía barba – descolorida por el sol en mechones rubios irregulares, como su pelo, que ahora llevaba recogido por comodidad en una coleta -. Con todo, era el intenso bronceado color tabaco que había adquirido durante semanas de trabajar sin camisa bajo el sol tropical lo que le hacía tan similar a los salvajes que le rodeaban.

«Sí – pensó -, entraré a escondidas en las propiedades robadas del tío Sebastián, y cuando esté paseando por ahí, persiguiendo a cazadores furtivos entre la maleza, o lo que quiera que hagan allí los nobles, me presentaré ante él con mi aspecto aterrador y le amenazaré con un machete.»

Entonces, su sonrisa salvaje se tornó triste, porque recordó la última vez que había hablado con Beth Hurwood. La joven había esquivado una vez

más a Leo Friend, y Shandy y ella pasearon hacia el sur por la playa en la hora tranquila que seguía a la cena, cuando la brisa refrescaba y los loros revoloteaban en bandadas sobre ellos. Shandy le contó lo del espejo, cómo había creído por un momento estar viendo a algún miembro de la tripulación de Davies.

—Supongo que debería decir «a alguno de los otros miembros» — añadió, quizá con un toque de orgullo adolescente en la voz.

Beth había reído con indulgencia antes de cogerle la mano.

—No eres uno de ellos, John — le dijo -. ¿Podrías haber matado a esos marineros, o disparado contra el viejo capitán Chaworth?

—No — había respondido él, esperando que el bronceado ocultara el repentino enrojecimiento de su rostro.

Siguieron caminando sin hablar durante un rato, y Beth no apartó la mano de la suya hasta que llegaron al Carmichael carenado y tuvieron que dar media vuelta.

Tirando un poco más fuerte del remo izquierdo para llevar el bote hacia la orilla, miró por encima del hombro derecho y vio a Skank y a los otros esperándole junto a la pila de losas de mármol de Carrara, visiblemente más baja que por la mañana. Tras ellos, la playa blanca, brillante bajo el resplandor de la tarde, hacía pendiente hacia el cúmulo de tiendas y cobertizos. Más allá, la selva. Una mujer, con un andrajoso vestido púrpura, caminaba hacia la cima de la cuestecilla arenosa.

Venner se adelantó vadeando cuando Shandy llevó el bote hasta el bajío, para luego saltar por la regala y ayudarle a arrastrarlo hasta la arena.

—Si te sientes cansado, puedo remar unos cuantos viajes, Jack — dijo Venner con una sonrisa tan constante como las quemaduras de sol en sus anchos hombros.

Tras él se encontraba el señor Bird, el hombre negro que pensaba con frecuencia que alguien le había llamado «perro».

—No, no hace falta, Venner — respondió Shandy, al tiempo que se inclinaba para coger la primera laja de mármol.

La levantó, caminó con esfuerzo hacia el bote y deslizó la losa por encima de la regala hasta el banquillo trasero, y de allí al suelo.

—Me lanzan una red resistente desde el Carmichael, y yo sólo tengo que envolver cada plancha y hacerles una señal para que la icen.

Volvió hacia la pila mientras Skank pasaba junto a él, transportando otra de las lajas.

–Bien – asintió Venner, cogiendo el otro extremo de la plancha junto a la que se había acucillado Shandy -. Mi lema es «Tómatelo con calma y no malgastes sangre ni sudor».

Shandy, pensativo, miró de reojo a Venner mientras los dos caminaban hacia el bote.

El pirata nunca parecía hacer toda la parte que le correspondía de cualquier trabajo duro, pero había impedido que mataran a Shandy el día que Davies se apoderó del Carmichael, y su filosofía de evitar todo esfuerzo hizo que Shandy se sintiera tentado de confiarle su plan de fuga. Venner debía de considerar la empresa que se avecinaba como un esfuerzo lamentable, y si Shandy iba a esconderse en tierra hasta que el Jenny y el Carmichael hubieran partido, para luego salir y aguardar la llegada del nuevo gobernador procedente de Inglaterra, le resultaría de mucha ayuda un camarada que conociera la isla y sus costumbres.

El señor Bird había cogido una de las losas y se tambaleaba hacia ellos, mirando a su alrededor con gesto receloso. Shandy estaba a punto de pedirle a Venner que se reuniera con él después de acabar el trabajo para discutir algunas aplicaciones prácticas de su filosofía, pero oyó ruido procedente de la ladera, y se volvió para ver quién se acercaba.

Era la mujer del vestido púrpura, y cuando Venner y él hubieron dejado la losa en la barca, Shandy se escudó los ojos del sol para observarla.

–Hola, Jack – le dijo, y Shandy se dio cuenta de que era la esposa de Jim Bonny.

–Hola, Ann.

Le molestó comprobar que, aunque era una adolescente grande y gorda con dientes torcidos, el pecho se le enfriaba por dentro de repente, y el corazón le latía como un martillo golpeando la tierra blanda. En compañía de Beth Hurwood le avergonzaba un poco su barba y su pelo recogido, pero cuando estaba cerca la esposa de Bonny, se sentía furtivamente orgulloso de ellos. – ¿Aún estáis balastando eso? – dijo, señalando en dirección al Carmichael.

Había aprendido el término mientras le miraba trabajar una tarde, hacía pocos días.

–Sí – respondió él, dirigiéndose hacia el agua y tratando de no mirarle los pechos, claramente visibles bajo la blusa mal abotonada.

Se obligó a pensar sólo en el trabajo.

–Al menos, éste es el último, el balasto móvil. El Carmichael estaba terriblemente celoso, con el viento fuerte se escoraba de una forma espantosa. Casi nos tira a todos por la borda cuando se dio la vuelta para enfrentarse con el Jenny aquel día.

Recordó la mesa de desayuno rodando por la cubierta, y las servilletas cayendo al mar, directamente bajo el punto donde Beth y él se habían aferrado a la baranda y el uno al otro..., y entonces se dio cuenta de que su mirada había derivado de nuevo hacia el pecho de Ann. Se volvió hacia la pila y cogió otra losa.

–Parece que tienes un montón de trabajo – dijo Ann -. ¿Has de hacer tanto?

Él se encogió de hombros.

–Los mares y los climas son como son; o tu nave se adapta a ellos, o se hunde.

Levantó la losa, dio la espalda a la chica y se apresuró hacia el bote, donde el señor Bird y Skank descargaban otra. Venner estaba sentado en la playa, fingiendo estudiarse con toda atención la planta del pie.

El pulso y la respiración le resonaban a Shandy estruendosamente en la cabeza, así que no oyó como Ann chapoteaba tras él; Skank y el señor Bird volvían a la orilla, y cuando Shandy se irguió tras dejar caer la losa y se dio media vuelta, descubrió que le besaban.

Los brazos de Ann le rodeaban, y la boca de la chica estaba abierta; sentía sus pezones contra el pecho desnudo, a través de la tela de la blusa; como la mayoría de los habitantes de la isla, la chica olía a sudor y a alcohol, pero en su caso había algo pungente, tan femenino, que Shandy olvidó sus resoluciones acerca de ella, y olvidó a Beth, a su propio padre y a su tío, y la atrajo hacia sí con los brazos. La chica, junto con el sol ardiente en la espalda y el agua cálida en torno a los tobillos, pareció por un momento anclarle a la isla como un árbol, animado sólo por respuestas y reflejos biológicos, sin la menor conciencia de sí mismo.

Entonces, recuperó el dominio y bajó los brazos; ella dio un paso atrás y le sonrió.

–Por... – La voz de Shandy surgió demasiado aguda -. Por... – prosiguió con más control -, ¿por qué has hecho eso?

Ella se echó a reír. – ¿Por qué? Para darte suerte, hombre.

–Atención, Jack – dijo Skank con voz sosegada.

Jim Bonny corría ladera abajo, con el redondo rostro enrojecido bajo una tela negra, y sus botas levantaban nubéculas de arena blanca. –

¡Shandy, hijo de puta! – chillaba -. ¡Maldito hijo de perra ladrón!

Pese a su aprensión, Shandy se enfrentó con él. – ¿Qué quieres, Jim? – preguntó con tranquilidad.

Bonny se detuvo ante su esposa, con las botas a pocos centímetros del agua, y por un momento pareció que estaba a punto de pegarle. Entonces, titubeó, apartó la vista de ella y clavó los ojos en Shandy. Se sacó una navaja del bolsillo – Shandy retrocedió, esgrimiendo la suya -, pero cuando Bonny abrió el arma, apretó la punta contra la yema de su propio índice izquierdo, y la movió hacia adelante, lanzando un par de gotas de sangre en dirección a Shandy al tiempo que empezaba a entonar una poesía multilingüe sin sentido.

De pronto, Shandy advirtió que el sol calentaba más – mucho, mucho más -, y Skank atacó a Jim Bonny por la espalda, haciéndole caer de rodillas en el agua antes de golpearle entre los hombros con el pie desnudo y derribarle de bruces en el bajío.

Bonny se debatía, chapoteaba y maldecía, pero el repentino sudor empezaba a enfriarse en el rostro y los hombros de Shandy, y Skank entró en el agua para dar una patada a Bonny en el brazo.

–No te habrás olvidado de las reglas, ¿verdad, Jim? – preguntó -. Nada de ataques vodun entre nosotros a menos que se declare un duelo, ¿no es así?

Bonny había conseguido salir del agua, pero Skank volvió a darle una patada, aún más fuerte, y se derrumbó entre gritos de protesta.

Shandy miró a Ann, y le sorprendió un poco ver que parecía preocupada. El señor Bird lo observaba todo con evidente desaprobación.

–No eres un bocor – siguió Skank -, y en la isla hay niños que podrían hacer que tu cabeza ardiera como una antorcha, y reírse de cualquier drogue inútil con que intentaras detenerlos. Pero Shandy es nuevo y no sabe nada de todo eso. ¿Crees que a Davies le gustará si se lo cuento?

Bonny se había despertado, y se ponía en pie con dificultad.

–Pero..., pero estaba besando a mi...

Skank dio un paso adelante, amenazador. – ¿Crees que le gustará?

Bonny retrocedió chapoteando.

–No se lo digas – murmuró.

–Lárgate de aquí – le ordenó Skank -. Tú también, Ann.

Sin mirar a Shandy, Ann siguió a su empapado marido de vuelta hacia la ladera.

Shandy se volvió hacia Skank.

–Gracias..., no sé muy bien por qué.

–Ah, ya aprenderás. – Skank miró en dirección a la proa del bote -. Una losa más y hacemos otro viaje.

Shandy caminó hacia la plataforma de madera sobre la que reposaban las losas de mármol... y de pronto vio a Venner, que ni siquiera se había levantado a lo largo de todo el altercado. La sonrisa del hombre era tan amistosa como siempre, pero, de repente, Shandy decidió que no le confiaría su plan de fuga.

4

Como el Carmichael partía a la mañana siguiente, la conversación alrededor de los fuegos fue aquella noche un fantástico tejido de especulaciones, advertencias e historias imposibles. Jack Shandy, sin compartir la ansiedad que sentían el resto de los hombres de Davies, escuchaba de todos modos con gran interés las historias sobre barcos tripulados por zombis, entrevistados sólo a medianoche por hombres condenados; sobre las diversas precauciones mágicas que serían necesarias en Florida, tan lejos de la protección de Compañero Cuidador y del resto de los vodon loas; sobre los españoles que podrían encontrarse en el golfo de México y las tácticas que usar contra ellos. Se volvieron a narrar viejas leyendas, y Shandy oyó la historia del pirata Pierre le Grand, quien, con un pequeño bote y un puñado de hombres, tomó un galeón español fletado quince años antes; y escuchó también una versión fogosa de la batalla de cuatro horas entre el inglés Charlotte Bailey y el español Nuestra Señora de las Lágrimas, que terminó con el hundimiento de ambos barcos. Luego, durante un rato, los piratas intentaron superarse unos a otros con historias acerca de los súcubos, demonios femeninos que ocupaban extraña y eróticamente las últimas horas de los hombres abandonados en islas yermas.

El Carmichael tenía que reunirse con el Venganza de la Reina Ana de Barbanegra en Florida, así que hubo muchos chismorreos acerca del jefe pirata más llamativo, y especulaciones sobre la razón que le hacía volver a esa orilla incivilizada donde, hacía un año o dos, se había adentrado en tierra buscando una especie de foco de poder mágico, para volver días más tarde, cojeando, enfermo, fracasado, y perseguido por los fantasmas que ahora le acosaban como pulgas sobre un perro.

Shandy había preparado la mejor cena hasta la fecha y, ahito y un poco borracho, disfrutaba realmente con la velada... hasta que se fijó en otros miembros de la tripulación, los que no bebían como locos o reían alrededor de la hoguera. Muchos se habían dirigido hacia las tiendas de lona y, cuando el viento sopló hacia él, a Shandy le pareció oír unos sollozos apagados que llegaban de aquella dirección; también vio a Skank sentado en la penumbra bajo una palmera, afilando con cuidado una daga, con expresión de intensa concentración – casi de tristeza – en su rostro juvenil.

Shandy se levantó y caminó hacia la orilla. Apenas visible a través del kilómetro de agua oscura del puerto, se alzaba contra las estrellas la silueta de la isla del Puerco, y más cerca divisó los mástiles desnudos, meciéndose suavemente con la brisa y las pequeñas olas. Oyó el sonido de unas botas acercándose desde atrás y, cuando se volvió hacia las hogueras, vio la figura esbelta de Philip Davies que caminaba hacia él, con una botella de vino en cada mano. Detrás, los músicos empezaban a afinar su miscelánea de instrumentos.

–Aquí estás – dijo Davies, ebrio -. ¿Quién se merece el mejor vino, sino el cocinero?

Le tendió una de las botellas, a la que había roto el gollete por falta de sacacorchos.

–Gracias, capitán – respondió Shandy, cogiendo la botella y observando el cuello roto con desconfianza.

–Château Latour, mil setecientos dos – dijo Davies, alzando su propia botella para echar un trago.

Shandy olfateó la suya, la levantó y bebió. Era el Bordeaux más seco y suave que había probado – y con su padre había probado a veces algunos de los mejores -, pero no permitió que el placer se reflejara en su rostro.

–Uff – dijo en tono ligero -. Me gustaría haber encontrado un poco de éste cuando estaba preparando los ingredientes para el estofado.

–Para el estofado. – La mitad del rostro de Davies estaba iluminada por el fuego, y Shandy la vio arrugarse en una amarga sonrisa -. Cuando era un crío, en Bristol, una noche de Navidad... salía del taller donde trabajaba como aprendiz, cuando unos chicos de la calle rompieron nuestro escaparate para robar algo. Lo que no se llevaron, lo tiraron, y había... – Se detuvo para tomar un sorbo de vino -. Había un juego de niños cantores tallados en madera, ninguno mayor que tu pulgar, todos bien pintados, y vi como uno se les caía en la nieve, y uno de los chicos le daba una patada y lo mandaba rodando calle abajo. Y recuerdo que pensé que, pasara lo que pasara con aquel muñequito de madera, jamás volvería a sentarse en aquella repisa de la que se cayó. – Davies se volvió hacia el puerto y respiró hondo la brisa marina -. Sé lo que estás planeando – dijo a Shandy por encima del hombro -. Has oído que Woodes Rogers llegará un día de estos con el Perdón Real, así que planeas esconderte esta noche en la playa, lejos del campamento, hasta que el Carmichael zarpe... No, no me interrumpas, enseguida te dejo hablar... Luego volverás aquí y seguirás cocinando, tumbándote al sol y bebiendo ron hasta que llegue Rogers, ¿verdad?

Tras una larga pausa, Shandy rió suavemente y bebió otro sorbo del excelente vino.

–Parecía factible – admitió.

Davies asintió y volvió el rostro hacia él.

–Estoy seguro – dijo -, pero sigues pensando en términos de aquel escaparate del que te caíste, ¿entiendes? Nunca volverás a donde estabas.

Echó un trago de la botella, luego suspiró y se pasó una mano por el enmarañado pelo negro.

–Lo primero de todo – prosiguió -, es un delito capital abandonar el barco en medio de una expedición, así que si mañana volvieras al campamento después de haber zarpado el Carmichael, te matarían..., de mala gana, porque eres un tipo simpático y un buen cocinero, pero las reglas son las reglas. ¿Recuerdas a Vanringham?

Shandy asintió. Vanringham había sido un chico alegre, de no más de dieciocho años, acusado de esconderse bajo cubierta cuando el bergantín en que navegaba fue incendiado por un barco de la Armada Real. Cuando el barco pirata volvió como pudo a Nueva Providencia, su capitán, Burgess, un viejo veterano corpulento, dejó que Vanringham creyera que el castigo habitual no sería aplicado dada su juventud..., y aquella noche, después de

cenar, Burgess se colocó detrás de Vanringham y, con lágrimas en los ojos, porque le gustaba el chico, le atravesó la cabeza de un balazo.

—En segundo lugar — continuó Davies —, me atacaste después de haberte rendido.

Cierto, fue porque yo acababa de matar a tu amigo cuando quizá habría podido detenerle de una manera menos letal, pero es que él también se había rendido. En cualquier caso, debes tu vida al hecho de que no quería tener una escena con Venner en aquel momento.

Cuando te di a elegir, no se trataba de una elección entre la muerte por un lado y tres semanas de comida, bebida e isla tropical gratis por otro. Me debes muchos más servicios por mi herida, y no pienso dejar que violes el trato que hicimos.

Los músicos, que habían conseguido ponerse de acuerdo, empezaron a tocar Mangas verdes, y la vieja melodía melancólica resultaba a la vez tan familiar y tan fuera de lugar allí..., el ritmo llenaba la playa solitaria, imitado extrañamente por los gritos de alarma de los pájaros tropicales..., que hizo que todas las cosas, dioses y filosofías del Viejo Mundo parecieran distantes y tenues.

—Y en tercer lugar — dijo Davies, ya sin aspereza en su voz —, es posible que todos esos reyes y mercaderes del otro lado del Atlántico estén a punto de ver el fin de su relación con estas nuevas tierras. Para ellos, Europa y Asia siguen siendo los tableros de ajedrez que importan; no pueden ver este nuevo mundo más que con dos objetivos: como fuente de beneficios rápidos y sin problemas, y como pozo donde encerrar a los criminales. Con semejante manera de sembrar, pueden tener una cosecha... sorprendente; y quizá Rogers descubra cuando llegue que ninguno de nosotros necesita, ni siquiera puede sacar provecho, del perdón de un hombre que reina en una fría isleta al otro lado del mundo.

La brisa marina, ahora un poco más fresca, susurraba entre las palmeras de la isla del Puerco e hizo que las hogueras de los piratas chisporrotearan.

Las palabras de Davies habían intranquilizado a Shandy, en gran parte porque parecían quitar su matiz de justicia al objetivo por el cual había cruzado el océano... De pronto, la acción de su tío parecía tan impersonalmente pragmática como cuando las gaviotas hambrientas devoran a las crías de las tortugas marinas, y su propia misión tan inútil como intentar enseñar compasión a las gaviotas. Abrió la boca para

presentar una objeción, pero se lo impidió un grito procedente de la multitud reunida en torno a las hogueras. – ¡Phil! – llamaba alguien -. ¡Capitán Davies! ¡Algunos de los muchachos están haciendo preguntas demasiado difíciles para mí! Davies dejó caer la botella en la arena.

–Es Verner – dijo, pensativo -. ¿Cómo era aquel movimiento? ¿Por encima de la hoja y amago de estocada hacia adentro, y cuando él esquiva, te agachas..., pero no mucho..., y golpeas en el flanco?

Shandy cerró los ojos y lo visualizó.

–Exacto. Y luego pasas de largo por el otro lado.

–Ya lo tengo. – Davies alzó la voz -: ¡Enseguida estoy contigo, Venner!

Mientras los dos hombres caminaban hacia las hogueras, Davies se sacó una pistola del cinturón.

–Si Venner juega limpio, puedo arreglármelas con él – dijo con voz queda -. Pero si no, quiero que me guardes las espaldas con esto y te asegures que no... – Se interrumpió de repente y dejó escapar una carcajada cansada -. No importa. Se me olvidaba que estoy hablando con el niño cantor de madera.

Apartó la pistola y aceleró el paso.

Shandy le siguió, furioso consigo mismo, en parte por sentirse mal por mantenerse al margen de una lucha entre piratas – ¡como un niño que se siente mal por rechazar un reto estúpido! – y en parte también por mantenerse al margen.

Con sus calzones femeninos arremolinándose en torno a las rodillas con cada paso, Leo Friend llegó al sendero de gravilla que partía del fuerte en ruinas y, sudando profusamente en el encierro de su jubón de fantásticos encajes, se dirigió hacia las hogueras junto a las que estaba la tripulación de Davies. Beth Hurwood caminaba junto a él, sollozando furiosa y tratando de desenredarse la pata momificada de perro que Friend le había puesto en el pelo («¡Esto te protegerá si nos vemos separados!», le había dicho él, impaciente, justo antes de arrastrarla fuera de su habitación sin ventanas y empujarla con pocas ceremonias hacia el sendero).

Aunque Beth no tenía el menor problema para mantener el paso del jadeante joven, éste se volvía cada pocos metros para gritarle: «¡Date más prisa!», y para echar furtivas ojeadas por el escote de su vestido.

«Malditos sean todos estos retrasos – pensó Friend -, ¡y malditos sean los idiotas con los que debemos aliarnos para llegar al foco de Florida! ¿Por

qué tuvieron que ser unos criminales ignorantes los que lo encontraron? Aunque, claro, si hubiera dado con él alguien más astuto, Hurwood y yo no podríamos manipularlo de esta manera..., y me temo que, aun así, el tal Barbanegra es demasiado inteligente para nosotros. Se está retrasando voluntariamente, dejando que nos embarquemos en este viaje a Florida antes de reunirse con nosotros; por dios santo, podía haber conseguido todas esas hierbas medicinales indias comprándolas, pero en vez de eso tuvo que asediar la ciudad de Charleston, capturar nueve barcos y a toda una multitud de rehenes, incluyendo a un miembro del gabinete del gobernador, y luego pedir las banastas de hierbas medicinales como rescate. Me gustaría saber si no es más que un alarde, o quizá un intento de mantener a su tripulación en forma para el combate..., o si usa todo ese espectáculo para ocultar otro propósito furtivo. Pero ¿qué planes puede tener en relación con la civilizada, legislada y ordenada costa de Carolina?»

Miró de nuevo a Beth Hurwood, que por fin había conseguido desenredarse la pata de perro del cabello. Cuando la lanzó a lo lejos, él susurró una frase rápida, acarició el viento, y el vestido de la joven se levantó..., pero ella lo bajó de nuevo antes de que tuviera ocasión de verle nada más allá de las rodillas. «Oh, espera y verás, chica – pensó con la boca seca y el corazón latiéndole todavía más deprisa –, pronto tendrás tanta hambre de mí que ni siquiera podrás respirar.»

Friend se unió a la multitud congregada en torno a la hoguera justo cuando Davies llegaba desde la playa. El jefe pirata sonreía con confianza, y Friend puso los ojos en blanco, exasperado. «Vamos, capitán, no nos vengas con el espectáculo del valor – pensó el grueso médico –; aquí nadie puede hacerte daño..., a menos que me molestes de verdad con tanta pose galante.» – ¡Ah, aquí está nuestro capitán! – exclamó uno de los piratas, un hombre corpulento y pelirrojo de rostro ancho, pecoso, sonriente.

Y aunque algunos hombres fruncían el ceño airados, Friend observó al que sonreía, presintiendo que era él quien representaba una amenaza.

–Phil – dijo el hombre rápidamente –, algunos de los muchachos se preguntan para qué expedición hemos trabajado tanto arreglando el Carmichael, y qué beneficios vamos a sacar de ella, comparados con los peligros que nos aguardan. He intentado responderles en general, pero quieren respuestas concretas.

Davies se echó a reír.

–Yo hubiera dicho que no eran tan tontos como para pedirte respuestas concretas a ti, Venner – dijo en tono ligero..., aunque a Friend le parecía evidente la aprensión que se ocultaba tras el tono despreocupado.

Friend vio al nuevo recluta – el amigo de Elizabeth, ¿cómo se llamaba? Shandy, eso es – abriéndose paso entre el gentío detrás de Davies y, por un momento, el médico consideró la posibilidad de arreglar las cosas de manera que el titiritero entrometido muriera..., o mejor aún, que quedase tullido, o retrasado mental a causa de un golpe en la cabeza... De mala gana, decidió que ya sería bastante difícil impedir que una multitud tan grande y salvaje se amotinara sin tratar de aplastar a su mosca personal al mismo tiempo.

Volvió a concentrar su atención en Venner, en cuyo rostro, pese a la sonrisa, el sudor brillaba a la luz de la hoguera.

–Eso es lo que les he dicho, capitán – replicó, y por un momento la falsedad de su sonrisa debió de ser obvia para todos los presentes -, pero muchos aseguran que no piensan embarcar si vamos a ese maldito lugar de Florida donde los fantasmas infestaron a Thatch.

Davies se encogió de hombros.

–Si alguno no está satisfecho con mi promesa de haceros ricos, o si duda de mi palabra sobre eso, puede verme en privado para arreglarlo. Y cualquiera que pretenda desertar en mitad de la empresa ya conoce el castigo. ¿Encajas en alguno de los dos grupos, Venner?

Observando desde la periferia, Friend susurró algo y alzó la mano.

Venner trató de replicar, pero sólo emitió un gruñido ahogado.

«¿Le hago morir o le salvo? – pensó Friend -. Será mejor que viva..., en esta gente hay mucho miedo e ira, y no quiero prender fuego a la mecha.» Volvió a susurrar e hizo otro gesto; de pronto, Venner se inclinó hacia adelante y vomitó en la arena. Los que estaban cerca de él se apartaron, y una risa ronca rompió la tensión.

Davies se volvió hacia el público.

–No me parece buena respuesta.

Los gruesos dedos de Friend bailaron en el aire, y Venner se irguió para decir en voz alta, pero entrecortada:

–No..., Phil. Confío... en ti. Yo..., ¿qué pasa aquí? Éstos no son mis... Es que estaba borracho... y quería armar un poco de bronca. Los muchachos... saben que sólo..., ¡maldita sea!..., piensas en su bien.

Davies alzó las cejas sorprendido, luego frunció el ceño con gesto de sospecha y examinó a la multitud; pero las palabras de Venner habían sido suficientemente convincentes al menos para un pirata, que pegó un puñetazo en el rostro del aprendiz de amotinado.

–Cerdo traicionero – escupió mientras Venner caía sentado en la arena, brotándole sangre de la nariz. El hombre se volvió hacia Davies -. Tu palabra es mejor que la suya, capitán.

Davies sonrió.

–Trata de no olvidarlo, TOM – dijo con suavidad.

Al margen del gentío, Friend también sonrió: allí todo era mucho más sencillo que en el hemisferio oriental. Se volvió hacia Elizabeth Hurwood.

–Ahora ya podemos volver al fuerte – le dijo.

Ella le miró. – ¿Eso es todo? Bajas aquí corriendo tan deprisa que pienso que te va a reventar el corazón, ¿sólo para ver cómo un hombre vomita y luego le golpean?

–Quería asegurarme que no sucedía nada más – replicó Friend, impaciente -. Venga, vamos.

–No – respondió ella -. Ya que estamos aquí, quiero saludar a John.

Friend se volvió hacia ella, furioso, y luego se controló. Sonrió de soslayo y arqueó las cejas. – ¿El rascadillas y jefe de bribones? Creo que anda por aquí – dijo despectivo -, a no ser que lo que huelo sea un perro mojado.

–Vuelve al fuerte – respondió, cansada. – ¿P – para que puedas... tener a – ayuntamiento con él? – escupió Friend con la voz chillona por el desprecio. Le habría gustado poder hablar de temas sexuales sin tartamudear -. N – ni lo pienses, mi q – q – q... Elizabeth. Tu padre me dijo que no apartara la vista de ti ni un momento.

Asintió con gesto virtuoso.

–Pues haz lo que quieras, condenado retorcido – respondió ella con suavidad. Con una lucidez nada característica y nada agradable, Friend comprendió que la joven no utilizaba la palabra «condenado» como simple adjetivo enfatizarte -. Voy a hablar con él. Puedes seguirme o no.

–Te vigilaré desde aquí – afirmó Friend. Alzó la voz mientras ella se alejaba -: ¡Tranquila, no te seguiré! ¡No castigaré a mi nariz con la proximidad de ese tipo!

Ya finalizado más o menos el enfrentamiento junto a la hoguera, algunos piratas y prostitutas de los alrededores miraron en dirección a Friend, buscando más diversión..., y evidentemente la encontraron, porque hubo comentarios y risitas disimuladas tras las manos enojadas.

Friend gruñó y alzó la mano, pero ya sentía la tensión en la mente, así que la bajó y se conformó con gritar «¡Alimañas!», y alejarse hasta un otero cercano, con los brazos cruzados, observando a la hija de Hurwood. Esta había encontrado al tal Shandy, y juntos se alejaron una docena de metros para conversar.

«Despreciadme todos tanto como queráis... – pensó -, sólo os queda una semana para hacerlo.»

Por primera vez en años, Friend pensó en el viejo que le había iniciado en el... Se detuvo para saborear la frase: en el camino de la divinidad. ¿Cuántos años tenía Friend entonces? Unos ocho..., pero ya había aprendido latín y griego, ya había leído los Principia de Newton y el De Sagas Earumque Operibus de Paracelso..., y ya, recordaba ahora, la envidia de su intelecto y de su físico corpulento empezaba a hacer que la gente menos inteligente le temiese y se sintiera disgustada en su presencia. Incluso su padre, que presentía y detestaba una grandeza que no podía esperar comprender, le había maltratado. Intentó que practicara inútiles ejercicios físicos y redujo su cuota diaria de dulces, que le proporcionaban el azúcar que su cuerpo necesitaba; sólo su madre había reconocido verdaderamente su genio, y se encargó de que no tuviera que asistir al colegio con otros niños. Sí, debía de tener unos ocho años cuando vio por primera vez al viejo apoyado en el escaparate trasero de la pastelería.

El viejo era a todas luces un retrasado mental, y se había visto atraído hacia la pastelería por el olor de las tartas de fruta recién horneadas, pero gesticulaba de una manera extraña, haciendo ademán de cavar con las manos, como si encontrara resistencia en el aire vacío; y, por primera vez en su vida, la nariz de Friend se vio irritada por un olor similar al del metal recalentado.

Ya elegante y seguro de movimientos pese a lo que los demás pensarán sobre su mole, Friend trepó silenciosamente sobre una caja situada tras el viejo para ver a través del escaparate... y lo que vio hizo que su joven corazón latiera a toda velocidad. Una tarta recién horneada se movía en el aire hacia el cristal, y sus titubeos y trompicones se correspondían

exactamente con los gestos del anciano. La chica de la tienda estaba en el rincón opuesto con las manos sobre las rodillas, demasiado ocupada con unas violentas arcadas como para advertir el vuelo de la tarta. Y cada pocos segundos el viejo hacía que ésta se detuviera mientras, entre risitas, recurría a otros ademanes para levantar las ropas de la muchacha.

Muy emocionado, Friend bajó de la caja y se escondió. Minutos más tarde siguió al viejo, que se pavoneaba alegremente con su tarta robada. El chico fue tras el anciano durante todo aquel día, observando cómo se procuraba comida y cerveza, y cómo hacía que las faldas de las chicas bonitas les volaran por encima de la cabeza, todo con simples gestos y susurros. Y la respiración del pequeño Leo Friend se aceleró cuando se hizo evidente que ninguna de las personas que sufrían los robos o los abusos del viejo vagabundo, sonriente y gesticulante, comprendían que era él el responsable. Aquella noche, el anciano rompió el cerrojo de una casa abandonada, y entró bostezando estrepitosamente.

Friend estaba ante la casa a la mañana siguiente, paseando de arriba abajo con la tarta más impresionante que había podido comprar con el dinero que su padre guardaba para el alquiler. Era una visión que despertaba la lujuria en cualquier amante de los dulces, y el chico había tenido buen cuidado de arreglar todos los desperfectos causados por sus manipulaciones.

Tras una hora y media de paseos, mientras los gruesos brazos le dolían cruelmente por la tortura de sostener la pesada tarta, el pequeño Friend vio por fin como el viejo salía, otra vez bostezando, pero ahora vestido con una chillona chaqueta de terciopelo con forro de tafetán. Friend alzó un poco más la tarta mientras caminaba, esta vez pasando de largo, y se sintió exultante cuando unos calambres repentinamente inducidos se apoderaron de su estómago, y la tarta flotó, alejándose de sus manos.

Los calambres hicieron que el chico se doblara sobre sí mismo y cayera al suelo, pero se obligó a abrir los ojos a pesar del dolor y observó el pastel levitante; se alzaba en el aire, luego giró un poco y fue a descender al otro lado de la casa. El viejo volvió a entrar y el calambre de Friend se relajó. El chico se puso en pie con un esfuerzo, se dirigió hacia la puerta y, con gran sigilo, entró.

Oyó como el viejo se comía el pastel ruidosamente en otra habitación, y Friend aguardó en el vestíbulo polvoriento hasta que terminaron los sonidos

de masticación y empezaron los gemidos. Entró con osadía en la habitación contigua, y vio como el viejo se retorció por el suelo entre muebles cubiertos por sábanas.

–Tengo la medicina escondida – dijo el chico con voz aflautada -. Dime cómo haces la magia y te la daré.

Tuvo que repetirlo algunas veces en voz más alta, pero al final el viejo le entendió. A trompicones, con abundantes gestos allí donde le fallaba su mal vocabulario, el viejo había explicado al chico la base de intercambio que era la brujería, tan simple como un concepto, pero tan poco evidente como la utilidad de un aparejo, un motor y una polea para incrementar sustancialmente la fuerza de impulso. El chico comprendió la noción con rapidez, pero insistió en que el anciano le enseñara a mover cosas a distancia antes de entregarle el antídoto; y cuando el joven Friend consiguió lanzar un sofá contra el techo con fuerza suficiente como para resquebrajar el enyesado, el viejo le suplicó que pusiera fin a su dolor.

Friend se lo concedió entre carcajadas, y luego volvió corriendo a su hogar, dejando que los inquilinos de la casa encontraran a su vuelta el cadáver destrozado.

Al madurar, al estudiar los informes sobre la antigua magia – ¡todos tan tentadoramente consistentes de cultura en cultura! – , llegó a la amarga comprensión de que la auténtica brujería, la casi divina, había ido haciéndose imposible a lo largo de los milenios. Era como si la magia hubiera sido en otro tiempo una fuente con la cual el hechicero pudiera colmarse hasta los topes y de la que ya no quedarán más que unas pocas gotas que extraer, y aun éstas con dificultad.., o como si existiera una escalera hacia el cielo, pero éste se hubiera expandido, acrecentando la distancia entre los peldaños, de manera que aunque los antiguos magos habían podido ascender por ellos con un pequeño esfuerzo, ahora hacía falta toda una vida para pasar de uno a otro.

Aun así, trabajó con lo que quedaba, y para cuando tuvo quince años era capaz de hacer todo lo que quería; podía obligar a la gente a ejecutar virtualmente cualquier acción, incluso contra su voluntad... Luego, intentó dar acceso a su madre, la única que había tenido fe en él, al secreto que había descubierto. Nunca consiguió recordar qué había sucedido exactamente..., pero sí supo que su padre le había golpeado, y que él había huido de la casa familiar para no volver jamás.

Sus habilidades mágicas le permitieron vivir con comodidad los cinco años siguientes como estudiante. La mejor comida, ropa y alojamiento estaban al alcance de su mano, aunque una profunda desconfianza hacia el sexo le impidió llegar más allá de tener sueños turbadores, apenas recordados. Así que un día se alarmó, como se alarmaría un hombre al comprender que la dosis diaria de láudano ya no le basta, cuando se dio cuenta de que quería – necesitaba – mucho más que aquello.

Porque, después de todo, lo que hacía maravillosa la magia no era lo que conseguía tomar, sino la toma en sí, la violación de la voluntad de otra persona, el dominio, la percepción de su propio albedrío impregnándolo todo y en todas direcciones; así que le resultaba inquietante comprender que su violación de otras personas no era completa, que había puntos que se resistían a su voluntad, de la misma manera que las partes enceradas en la piedra del litógrafo se resisten a la tinta... No podía entrar en las mentes.

Era capaz de obligar a la gente a hacer su capricho, pero no a que quisieran hacerlo. Y mientras quedara el más leve atisbo de protesta o rabia en las mentes de las personas a las que utilizaba, su dominio sobre ellas, su absorción de ellas, no eran absolutos.

Necesitaba que fueran absolutos... pero, hasta que conoció a Benjamin Hurwood, creyó que no era posible.

5

–¿Por qué le llamas así? – preguntó Beth Hurwood, irritada. – ¿Cómo, hunsí kanzo? – respondió Shandy -. Es su título. No sé, me parece demasiado familiar llamarle Thatch, y demasiado teatral llamarle Barbanegra. – ¿Su título? ¿Qué significa?

–Significa que es un..., un iniciado. Que ha pasado una prueba de fuego. – ¿Iniciado en qué?

Parecía molesta de que Shandy supiera todo aquello.

Shandy empezó a decir algo, pero se detuvo y se encogió de hombros.

–Todas esas cosas de magia. Aunque vivas ahí arriba, en el viejo fuerte, te habrás dado cuenta de que aquí se utiliza la magia tanto..., tanto como el fuego en Inglaterra.

–He visto que esta gente es muy supersticiosa, claro. Supongo que todos los pueblos ignorantes... – Se interrumpió y le miró -. Santo Dios, John..., ¿no irás a decirme que crees algo de eso!

Shandy frunció el ceño y observó la selva, más allá de los fuegos parpadeantes.

—No te insultaré con una mentira. Éste es un mundo nuevo, y los piratas mantienen con él una relación mucho más íntima que la de los europeos en Kingston, Cartagena o Puerto Príncipe, que intentan trasplantar todo lo que pueden del Viejo Mundo. Si crees lo que dice el Antiguo Testamento, tienes que creer algunas cosas un tanto extrañas...

El señor Bird tiró a un lado su comida y se puso en pie de un salto, mirando a su alrededor sin concentrarse en nadie concreto. — ¡No soy un perro! — gritó furioso, mientras el fuego arrancaba destellos de sus pendientes de oro -. ¡Hijo de puta!

Beth le observó alarmada, pero Shandy sonrió.

—Nada que deba preocuparte — murmuró -. Rara es la noche en que no lo hace por lo menos una vez. No sé con qué está furioso, pero no tiene nada que ver con la isla Nueva Providencia ni con mil setecientos dieciocho. — ¡Maldito seas! — gritó el señor Bird -. ¡No soy un perro! ¡No soy un perro! ¡No soy un perro!

—Supongo que alguien le llamó «perro» en alguna ocasión — añadió Shandy en voz baja -, y cuando bebe un poco, lo recuerda.

—Evidentemente — asintió Beth con voz cortante -. Pero, John, ¿quieres decir..., no sé..., que llevas amuletos para que te proteja ese tal Compañero Cuidador?

—No — respondió Shandy -, pero recuerdo haber disparado una pistola contra el estómago de tu médico cuando él llevaba un amuleto de esos, el día que Davies se apoderó del Carmichael. »Y escucha, durante la primera semana que pasé aquí, cogí un pollo, lo cociné, me lo comí, y al día siguiente tuve una fiebre terrible. El viejo gobernador Sawney pasaba por allí, murmurando no sé qué y espantando moscas invisibles como suele hacer, y me vio sudando y gimiendo en mi tienda, y al momento me preguntó si me había comido un pollo con palabras escritas en el pico. Bueno, yo había visto unas marcas en el pico, y se lo dije. "Ya me lo parecía", dijo el gobernador. "Era el pollo en el que puse la fiebre de Rouncivel. Cuando veas uno con algo escrito en el pico, no te lo comas, o cogerás aquello de lo que se ha querido librar otro." Luego, buscó un pollo, hizo sus trucos, y a la mañana siguiente me había recuperado. — ¡Oh, John! — exclamó Beth -. ¡No me digas que crees que sus trucos te curaron!

Shandy se encogió de hombros, algo irritado.

–Yo que tú, no me comería ese pollo.

Decidió que ni siquiera intentaría hablarle del hombre que había visto en la playa una noche. Llevaba los bolsillos desgarrados, y no hablaba porque tenía atada la mandíbula con un trapo anudado sobre la cabeza. Cuando pasó junto a Shandy, éste advirtió que su chaqueta estaba cosida en lugar de abotonada. No tenía sentido contárselo a Beth, ni eso ni lo que había descubierto más adelante sobre la gente que vestía de aquella manera.

Ella descartó el tema con un ademán impaciente.

–John – dijo apresuradamente -, Friend no me dejará quedarme mucho tiempo..., ¿puedes decirme si zarpamos mañana por la mañana y adonde vamos?

Shandy la miró, extrañado.

–No irás a acompañarnos...

–Sí. Mi padre... – ¿Estás completamente segura? Yo creía que, como Woodes Rogers tiene que llegar en cualquier momento, lo mejor que podía hacer tu padre era...

–Sí, John, estoy segura. Hoy he visto a mi padre por primera vez desde hace cosa de una semana y, como siempre, llevaba esa cajita de madera que huele tan mal; me dijo que yo también iré. Habló mucho rato de lo bien protegida que estaré contra cualquier herida o enfermedad..., pero no dijo ni una palabra sobre adonde vamos o por qué.

–Jesús. – Shandy respiró hondo y luego dejó escapar el aire -. Bueno, Davies tampoco ha dicho nada, pero se rumorea que vamos a un lugar en la costa de Florida, un lugar donde los Huns..., eh, donde Barbanegra dejó accidentalmente que un buen número de espíritus se le quedaran pegados. – Dedicó una sonrisa nerviosa a la chica -. Algo así como lampreas, supongo. O sanguijuelas. Y allí – añadió, con la esperanza de estar ocultando la aprensión que sentía – nos reuniremos con Barbanegra en persona.

–Dios nos asista – dijo ella en voz baja.

Y el Compañero Cuidador también, pensó Shandy.

Con un impresionante revuelo de arena, y audibles gruñidos de cansancio, Friend corrió hacia ellos moviendo los brazos.

–Ya es... suficiente, Elizabeth – jadeó -. La cena nos espera... en el fuerte.

Se secó la frente con un pañuelo de encaje.

Berth Hurwood miró en dirección a las ollas de los piratas con ojos ansiosos. – ¿Cena? – preguntó Shandy.

–Hierbas, verduras y pan moreno – suspiró ella.

–Sencillo, pero completo – dictaminó Friend -. Tenemos que mantenerla sana.

También él miró en dirección a las ollas, fingió una arcada, y luego cogió a Beth por el brazo, llevándosela de allí.

Unas cuantas personas cercanas se rieron y dijeron a Shandy que aquello era lógico, que las chicas prefieren a los hombres guapos en vez de a los buenos.

Shandy también se rió, aunque un poco forzado, y dijo que era más bien por el carácter alegre y sociable de Friend. Rechazó la oferta de más estofado, pero aceptó otra botella de Latour descorchada por el sistema de romper el gollete, y se alejó de las hogueras caminando hacia el sur por la playa, hacia el Carmichael.

La proa del barco seguía elevada sobre la estrecha caleta, afianzada sobre una recia estructura de madera y con un último par de sogas que la anclaban a los árboles, con la popa reposando en las aguas del puerto. Pese a la extraña posición, ahora el barco era mucho más suyo que durante el mes que había pasado en él como pasajero. Lo conocía con más intimidad: había trepado como un mono por los mástiles más altos cuando volvieron a colgar los aparejos, había blandido un hacha cuando derribaron el castillo de proa y buena parte de la baranda, sudó con la sierra y el taladro cuando abrieron nuevos boquetes para más cañones y, durante más horas de las que soportaba recordar, se había sentado en un gratil, entre la regala y el agua o la arena de abajo, para limpiar centímetro a centímetro las algas y los percebes adheridos al casco, quitar las tiñuelas y clavar en la madera pequeñas drogues de latón, talladas y hechizadas por el bocor de Davies para convertirlas en poderosos amuletos antigusanos.

«Y mañana – pensó mientras se dirigía al barco – lo remolcaremos hasta mar abierto, tensaremos las velas y zarparemos. Y empezará mi vida como pirata.»

Advirtió que había alguien sentado en la arena bajo el elevado arco de la proa, y al entrecerrar los ojos para ver mejor a la luz de la luna, se dio cuenta que se trataba del viejo loco al que los piratas siempre llamaban «gobernador», probablemente por no estar seguros de su nombre, que

Shandy había oído pronunciar como Sawney, Gonsey y Pon – sea. La escena que contempló Shandy, el viejo sentado bajo la popa del barco, le recordó algo que no podía definir con claridad..., pero, por extraño que pareciese, sabía que se trataba de una imagen o una historia que, por comparación, otorgaba una triste dignidad a Sawney. Shandy se sobresaltó al ver en el viejo lunático, siquiera por analogía, algo más que un payaso hechicero pero estúpido.

Entonces comprendió a qué le recordaba la escena: al anciano Jasón, sentado bajo el casco de un Argos destrozado y abandonado. – ¿Quién va? – gritó el viejo al oír las botas de Shandy sobre la arena.

–Jack Shandy, gobernador. Sólo quería ver el barco por última vez en esta posición. – ¿Me has traído algo de beber?

–Eh... sí.

Shandy hizo una pausa, tomó varios tragos y luego tendió la botella medio llena al anciano. – ¿Zarpáis mañana?

–Cierto – respondió Shandy, sorprendido de que el viejo lo supiera y lo hubiera recordado.

–Para reuniros con el hunsi kanzo y con su marioneta.

Shandy observó al viejo con atención, preguntándose si estaría realmente en uno de sus períodos lúcidos. – ¿Su marioneta?

–Bonnett. Te he visto manejar las marionetas, ya sabes, lo de hacer que salten cuando tiras de las cuerdas.

–Ah, sí.

Shandy había oído hablar del nuevo pirata Stede Bonnett, que hacía poco, inexplicablemente, había abandonado una próspera plantación en las Barbados para «estar en el reparto», pero no sabía que tuviera nada que ver con Barbanegra. Claro que el viejo Sawney no era una fuente de información muy fidedigna.

–Dicen que vais hacia el norte – siguió el gobernador. Se detuvo para beber más vino -.

A Florida. – Pronunció la palabra con fuerte acento español -. Bonito nombre, pero país de fiebre. Conozco la zona. He matado a unos cuantos indios caribeños por allí, y una vez uno me hizo una mala herida de flecha. No les quites el ojo de encima, son de los peores.

Caníbales. Tienen corrales con mujeres y niños de otras tribus, igual que nosotros tenemos corrales con ganado.

Shandy no se lo creyó, pero, por educación, lanzó un silbido y meneó la cabeza.

–Vaya – dijo -. No me acercaré a ellos.

–Más te vale..., al menos hasta que llegues a ese condenado geiser. Después, si sabes manejarlo, no tienes nada de qué preocuparte.

–Eso es lo que quiero – asintió Shandy -. No tener nada de qué preocuparme.

El gobernador dejó escapar una carcajada y replicó en español.

Aunque Shandy estaba aprendiendo el rudo español de los piratas mestizos, el dialecto del gobernador le desconcertó. Parecía demasiado arcaico y demasiado puro al mismo tiempo. Pero el anciano terminó con una sugerencia obscena en un inglés muy fluido, acerca de las capacidades que Barbanegra esperaba conseguir con aquel viaje.

Shandy rió débilmente, se despidió del viejo y regresó por donde había venido. Tras una docena de pasos, subió a la cima de una duna de arena y se detuvo para volver la mirada hacia el barco. Estaba ligeramente virado hacia él, y pudo ver la mayor parte del alcázar y una fracción de la cubierta de popa. Trató de localizar el punto donde había muerto Chaworth, y aquel donde había herido a Davies, así como el lugar desde donde Beth y él lanzaban bizcochos agusanados a la gaviota. Advirtió que la sección de baranda donde estuvieran apoyados había sido cortada, y le dolió un poco no recordar si era una de las que había eliminado él mismo.

Trató de imaginar qué otra clase de cosas podían tener lugar en aquella cubierta y, al cabo de un momento, le sobresaltó darse cuenta de que, instintivamente, se había imaginado a sí mismo presente durante los acontecimientos. «Eso no está bien – se dijo con una sonrisa nerviosa -, Beth y yo huiremos del barco a la primera ocasión. Este barco seguirá adelante sin mí, pese a todo el sudor..., y sangre también, cuando me cortaba con alguna astilla..., que he dejado en sus tablones. Tengo un tío que necesita que le ahorquen.»

Se volvió hacia las hogueras y echó a andar de nuevo. Se le ocurrió que no estaba lejos del lugar donde había visto al hombre de los bolsillos desgarrados y la mandíbula atada, y el recuerdo le hizo caminar un poco más deprisa, no porque le hubiera parecido un tipo amenazador, sino por lo que le había contado Davies cuando Shandy le habló del suceso.

Davies había escupido, y sacudía la cabeza, molesto.

–Debe de ser Duplessis, de la última vez que Thatch pasó por aquí. Thatch ya no se toma el tiempo necesario para hacer las cosas como es debido. Duplessis era un bocor que compró un montón de loas, y eso crea una deuda de la que no te puede liberar ni la muerte. Supongo que Thatch lo enterró sin las coerciones necesarias.

Shandy se le quedó mirando. – ¿Que lo enterró?

Davies le sonrió, y fingiendo despectivamente el acento de las clases acomodadas, citó la frase final del viejo chiste:

–Tuvo que hacerlo, estaba muerto. – Siguió hablando, ya con su voz normal -. Al menos, Thatch no lo enterró con las botas puestas. A los fantasmas les gusta vagar por los barcos, y si van calzados, no te dejan dormir en toda la noche con el ruido de sus pasos.

Cuando Shandy regresó junto a las hogueras, la mayoría de los piratas ya se habían retirado a sus chozas o se disponían a pasar la noche entera emborrachándose de una manera seria, lacónica. Shandy se dijo que ya había bebido lo suficiente para poder dormir, y les dirigió al cobertizo de tablonés y lona que se había construido bajo los árboles. Subió por la pendiente de arena, pero se detuvo cuando, desde delante, una voz profunda como el sonido de un órgano en el fondo del pozo de una mina le ordenó que se detuviera. Shandy escudriñó la oscuridad, tratando de ver entre las palmeras a la luz de la luna, y por fin distinguió a una figura negra, gigantesca, sentada con las piernas cruzadas en un círculo cuidadosamente trazado en la arena.

–No entres en el círculo – le indicó la figura sin mirar a su alrededor.

Shandy reconoció con retraso a Gordo Tristán, el bocor de Davies. Se suponía que el hombre era sordo, así que Shandy se limitó a asentir (al tiempo que comprendía que aquello era aún más inútil que hablar, porque el hombre miraba en otra dirección) y retrocedió un paso o dos.

Gordo Tristán no miró a su alrededor. Estaba arañando el aire con el cuchillo de madera que llevaba siempre, y parecía que le costara moverlo.

–Raasclaate – maldijo en voz baja, antes de seguir murmurando con su extraño acento -: No consigo que los muy hijos de puta se comporten. Llevo toda la noche razonando con ellos.

El bocor había crecido en Virginia y, al ser sordo, nunca perdió el acento sureño al hablar.

–Eh... – dijo Shandy, inseguro, mirando en todas direcciones al tiempo que trataba de recordar la ruta alternativa más cercana, ya que Gordo Tristán le había bloqueado el paso -. Eh, ¿por qué no me...?

El bocor alzó el brazo de repente, apuntando hacia el cielo con el cuchillo de madera.

Shandy levantó la vista automáticamente y, en la negrura que se divisaba entre dos palmeras, vio por un momento una estrella fugaz, como una línea de tiza luminosa en una pizarra lejana. Treinta segundos más tarde, el viento se detuvo... para luego volver con más fuerza.

Gordo Tristán bajó el brazo y se levantó con agilidad, pese a su asombrosa corpulencia. Se volvió y dirigió a Shandy una sonrisa nada tranquilizadora.

–Ya puedes pasar. Ahora no es más que un círculo dibujado en la arena.

–Gracias.

Shandy pasó junto al gigante, saltó con rapidez el círculo y siguió andando.

Oyó como Gordo Tristán se encaminaba a zancadas hacia la playa; el corpulento bocor dejó escapar una risita y, con su voz grave, tan terriblemente turbadora, dijo:

–C' était impossible de savoir si c' était le froid ou la faim.

Con otra risita, se alejó de Shandy.

Shandy se detuvo y, durante varios minutos, miró al hombre sin parpadear, como si fuera a seguirle; luego, intranquilo, alzó la vista hacia las estrellas, y se dirigió al cobertizo en silencio, contento de haberlo construido bajo un techo de follaje particularmente espeso.

6

Quizá Davies no había dormido: cuando el amanecer no era más que un tenue brillo azul tras las palmeras de la isla del Puerco, puso la capa de alguien sobre los polvorientos carbones blancos de una de las hogueras de la noche anterior, y cuando la prenda se hinchó, empezó a humear y luego se prendió fuego, caminó gritando, tirando del pelo y las barbas de los durmientes y derribando a patadas los mástiles de las precarias tiendas.

Los piratas, gimiendo, se levantaron trabajosamente y se tambalearon hacia las hogueras, muchos de ellos arrastrando trozos de las tiendas y chozas que pronto deberían abandonar, arrojándolos a las llamas reavivadas.

Davies les dio tiempo para calentar cazos de ron y cerveza, de los que bebieron suficiente para reanimarse y poder trabajar antes de partir hacia la playa, donde les aguardaba el Carmichael.

Durante una hora, colgaron y distribuyeron – luego descolgaron y redistribuyeron – varias redes complicadas de motones y estachas, maldijeron con juramentos terribles, cayeron al agua, lloraron de rabia..., pero, para cuando el sol estuvo alto en el cielo, la nave se encontraba ya en el agua, y Davies recorría la cubierta de popa gritando en todas direcciones a los encargados de las velas y a los hombres del balandro Jenny, que remolcaba el barco. Durante una hora más, el Carmichael zigzagó lentamente a lo largo de los canales más profundos del puerto, utilizando las velas al mínimo y deteniéndose con frecuencia mientras Davies y Hodge, al capitán del Jenny, se gritaban el uno al otro.

Los miembros más madrugadores de otras tripulaciones les miraban desde la playa, gritando sugerencias groseras a través de las aguas cada vez más brillantes; al final, el barco llegó a la boca norte del puerto y la traspasó hacia las aguas más profundas que bordeaban el canal noreste de Providencia. Davies ordenó que se desplegaran todas las lonas, incluso las arrastraderas que flanqueaban las velas principales, y los tres focos situados a lo largo de la botavara de proa. Soltaron el cable de remolque, y ambas naves cobraron velocidad; las velas brillaron bajo el sol de la mañana y enfilaron hacia el noroeste.

Davies había asegurado que los principios de la navegación se aprendían mejor en un barco pequeño que en un buque, así que Shandy ayudaba a la tripulación del Jenny. Tras haberse familiarizado tanto con el Carmichael, el Jenny, con su único mástil y las velas de proa y popa, le parecía poco más que una tortuga marina; pero llevaba catorce cañones pequeños y doce colisas, y cuando soltaron el cable de remolque, sintió en las plantas de sus pies descalzos que era una nave potencialmente mucho más rápida.

El Carmichael iba delante, y Shandy, al que habían ordenado no hacer nada más que mantenerse fuera del paso de los demás hasta que llegaran a mar abierto, se acuclilló en la cubierta del castillo de proa, apenas del tamaño de una mesa, y contempló cómo el barco navegaba majestuoso a unos doscientos metros por delante. Se preguntó qué lugar habría

encontrado Beth para no molestar, ahora que había sido tan despiadadamente modernizado.

–Toma, Jack – dijo Skank, tendiendo a Shandy una taza de madera llena de ron, antes de retroceder para ayudar a tensar un trinquete -. Si bebo más, vomitaré por la borda.

–Gracias – respondió Shandy, aceptándola con cautela y preguntándose si aquella gente estaría completamente sobria.

Volvió la vista hacia la popa y observó como la irregular silueta verde y púrpura de la isla Nueva Providencia quedaba atrás sobre la cristalina superficie azul del mar. Se dio cuenta de que, en cierto modo, echaría de menos aquel lugar.

Skank volvió al castillo de proa y se apoyó en uno de los pilares de las colisas.

–Sí – dijo, como asintiendo ante alguna opinión expresada por Shandy -, puede que no volvamos. El año que viene será más difícil vender el botín, porque no habrá un lugar acordado donde los ricos mercaderes isleños envíen a sus compradores.

Shandy bebió un sorbo de ron. – ¿Los mercaderes ricos hacen tratos con piratas?

–Pues claro, ¿cómo crees que llegan a ser ricos? ¿Y que siguen siéndolo? Por supuesto, no suelen venir en persona..., envían a sus capataces y otros hombres de confianza para concertar las compras. A veces, en los tratos importantes, incluso nos encargamos del transporte; muchas noches sin luna he enviado un bote bien cargado, con remos silenciosos, a alguna cala remota en Jamaica, Haití o las Barbados. Todo el mundo lo entiende: podemos venderles la mercancía escandalosamente barata porque no hemos pagado nada por ella.

No todo el mundo, pensó Shandy.

–Esos mercaderes a los que vendéis las cosas... ¿saben que son robadas?

–Por supuesto, Jack, ¿cómo van a ignorarlo? De hecho, algunos pueden permitirse sobornar a las patrullas costeras de la Armada Real para que cierren los ojos cuando llegamos nosotros. Y Thatch en persona preparó nuestros contactos con los más ricos:

Bonnet de las Barbados (aunque ahora se ha convertido en pirata, no sé por qué), Lapin y Shander-knack en Haití, y... – ¿Quién en Haití?

Shandy se agarró a un obenque tenso a fin de recuperar el equilibrio, y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le cayese la taza.

–Lapin..., eso significa conejo, dicen, la verdad es que le pega al tipo..., y Shanderknack, o comoquiera que lo pronunciéis los franchutes. – Skank frunció el ceño, ebrio -. Tu verdadero nombre se parece a ése, ¿no?

–Sí, un poco. – Shandy respiró hondo y dejó escapar el aire -. ¿Tiene el tal Shanderknack muchos negocios con vos..., con nosotros?

–Oh, sí, es un especulador. A Thatch le encantan los especuladores. Esos que siempre están a punto de hacerse ricos, ya sabes, pero que no sé cómo, si vuelves al año siguiente, aún están a punto. En cuanto tienen dinero se mueren por dárnoslo, y cuando no lo tienen piden crédito. En el caso de los ciudadanos ricos, a Thatch le encanta concedérselo.

–Pero debe de ser una deuda difícil de pagar – señaló Shandy.

Skank le dedicó una sonrisa compasiva, se incorporó de la colisa y volvió hacia la popa.

Shandy se quedó en el castillo de proa, y una sonrisa marcó con más profundidad las arrugas de su rostro bronceado, al tiempo que entornaba los ojos anticipándose al momento en que pudiera usar esa nueva información contra su tío. Le alegró que los piratas se dirigieran simplemente a una zona deshabitada en la costa de Florida y no pretendiesen participar en ninguna refriega, porque le resultaba impensable la idea de morir antes de encargarse del hermano de su padre.

En cuanto llegaron al norte de los bajíos de las Bahamas y se adentraron en las aguas azules del canal Providencia, Hodge, el sonriente y esbelto patrón del Jenny, llamó a Shandy desde la popa, y le dijo que ahora empezaría a ganarse el sustento..., de manera que, durante las cinco horas siguientes, mantuvieron a Shandy agotadoramente ocupado.

Aprendió a izar la verga de la cangreja hasta que unas pocas arrugas quedaban visibles en la vela principal, paralelas al mástil, y no hasta que la vela quedaba lisa, como él creía que debía de ser más correcto; ya había comprendido el hecho desconcertante de que los escotines y los obenques no eran velas, sino sogas, pero ahora aprendió algunos trucos para usar los escotines de manera que las velas aprovecharan mejor el viento, y como el Jenny era mucho más ligero que el Carmichael, Hodge decidió dejar que el nuevo recluta probara unas cuantas maniobras. Así aprendió los principios de cambiar de bordada, y cuándo dejar que un viraje del viento de frente le

indicara el momento oportuno para hacerlo; aprendió a alzar la vista hacia los flejes de madera que sujetaban la vela principal al mástil, y a descubrir por su temblor cuándo el bote debía virar ligeramente para obtener la velocidad máxima.

Como para colaborar en la educación de Shandy, la mole en forma de coliflor de un cumulonimbo apareció en el horizonte oriental. Aunque debía de estar a muchos kilómetros, Hodge hizo que todo el mundo se preparase para una tormenta, «recogiendo la colada», como decía cuando había que arrizar las velas, y llevando a cubierta a un viejo bocor de pelo blanco para que silbara una melodía de Dahomey que controlase los vientos, e hizo que volvieran a tensar algunos de los obenques para que ningún escotín o verga rota se enredase en ellos.

La borrasca avanzó negra por el azul cobalto del cielo, y estuvo sobre ellos menos de una hora después de que la avistaran (Shandy, que nunca había prestado demasiada atención al clima, se asombró de su velocidad), e incluso con casi todas las velas recogidas, el barquito giró al recibir la bofetada del viento.

Las ráfagas de lluvia lo siguieron un minuto más tarde, dando a las olas un aspecto humeante y borroso, y convirtiendo al Carmichael en una silueta gris. Hodge ordenó que soltaran todos los obenques para impedir el hundimiento, y a Shandy le sorprendió que el patrón no pareciese en absoluto contrariado por la tormenta. – ¿Es grave? – preguntó a Hodge, nervioso. – ¿Esto? – replicó Hodge, gritando para hacerse oír sobre el tamborileo de la lluvia en la cubierta -. Nada, lo justo para secar la ropa. Ahora, si la lluvia hubiera llegado primero, quizá habríamos tenido problemas.

Shandy asintió y volvió al castillo de proa. La lluvia no era incómodamente fría, y, como había señalado Hodge, resultaría agradable quitarse la sal de las ropas para que al día siguiente estuvieran, por una vez, del todo limpias y secas. La primera furia de la tormenta había cedido, y el Carmichael volvía a ser claramente visible ante ellos, Chandagnac sabía que, en pocas horas, se arrastraría bajo cubierta, todavía con la ropa empapada, para buscar un rincón donde dormir, y albergaba la esperanza de que Beth Hurwood encontrase más comodidades a bordo del barco. Se inclinó hacia atrás y dejó que los músculos doloridos se le relajaran para la nueva tarea que le había encomendado Hodge.

Los momentos de ocio del día siguiente los pasaron practicando con la artillería, y Shandy, que siempre había sido hábil con las cosas que exigían destreza manual, se convirtió pronto en un experto del difícil arte de apuntar con una colisa y acercar una cerilla a la tronera sin mover el largo cañón, ni abrasarse un ojo cuando se prendía la carga de pólvora. Cuando redujo rápidamente a astillas seis de los cajones vacíos que los hombres del Carmichael iban lanzando al agua para que le sirvieran de objetivo, Hodge y Shandy intercambiaron los papeles de instructor y pupilo, y al anochecer todos los tripulantes del barquito tenían mejor puntería que por la mañana.

Al tercer día hicieron más prácticas de maniobras y, por la tarde, permitieron que Shandy tomara la caña del timón y diera las órdenes. Durante un periodo de veinte minutos pilotó el balandro trazando un círculo largo pero completo en torno al Carmichael.

Luego realizaron maniobras de emergencia y, mientras practicaban tácticas de combate, Davies colaboró generosamente disparando un par de cañones del Carmichael contra el agua, cerca de ellos, para aportar un poco de realismo.

Shandy estaba orgulloso de cómo había aprendido a moverse por las cubiertas y los aparejos, y del hecho de que, aunque muchos piratas protestaban contra lo enérgico de las actividades, sólo se sentía agradablemente cansado cuando el sol ambarino empezaba a lanzar agujas de brillo dorado sobre las olas del frente; pero su gusto por la vida marinera se evaporó cuando Davies, gritando por encima del agua que los separaba, dijo que habían perdido demasiado tiempo la noche anterior, y que aquélla seguirían navegando hasta el amanecer.

A Shandy se le asignó el turno de vigilancia que iba de las doce a las cuatro de la madrugada, y lo primero que aprendió cuando subió a la cubierta fue que navegar de noche era una experiencia fría y húmeda. El oleaje era fuerte, las rudas planchas de la cubierta se habían vuelto resbaladizas, y cada tramo de cordaje al que se agarró en su camino hacia la popa le empapó la manga de agua helada. Hodge estaba sentado tras el pilar del abitón, con su alegre rostro anguloso extrañamente iluminado por la lámpara roja que le permitía observar la brújula sin reflejos que le deslumbraran. Para alivio de Shandy, las tareas que le encomendó el patrón eran sencillas y poco frecuentes: cada cierto tiempo, tenía que coger un farol y examinar determinadas secciones problemáticas de los aparejos,

vigilar por si se daba la improbable casualidad de que otra nave apareciera en la vasta faz del mar nocturno, y asegurarse de que la lámpara de proa se mantenía encendida y proyectaba el tenue brillo necesario para impedir que el timonel del Carmichael se lanzase sobre el balandro o se alejara demasiado de él.

El Carmichael era una mole oscura y crujiente a estribor, pero a veces Shandy se detenía junto a la baranda de babor y contemplaba los kilómetros y kilómetros de océano iluminado por la luna, preguntándose soñoliento si eran cabezas y brazos alzados lo que veía a lo lejos, y si lo que oía eran coros cantando una eterna canción bitonal tan antigua como las mareas.

A las cuatro, Hodge le dio una taza de ron calentado sobre la lámpara del abitón, le dijo a quién debía despertar para que le sustituyera, y le envió abajo para que durmiera todo lo que pudiese.

Al mediodía siguiente, martes veintiséis de junio, cuando las dos naves llegaron a la Corriente del Golfo, que discurría hacia el norte entre las islas Bimini y Florida, el buque de guerra de la Armada Real los encontró.

Al avistarlo, un punto blanco en el horizonte sur, les pareció un barco mercante del tamaño aproximado del Carmichael, y varios piratas propusieron sin mucho interés apoderarse de él en lugar de ir a Florida; pocos minutos más tarde, el hombre situado en la popa con el telescopio gritó que se trataba de una nave de la Armada británica.

Los primeros minutos tras el descubrimiento fueron de tensión, pero no de pánico, porque los cambios introducidos en el Carmichael le permitían alcanzar una gran velocidad, y el Jenny podía llegar con facilidad a los bajíos de las Bimini, donde en la mayoría de las zonas el agua no superaba los cuatro metros de profundidad...; el Jenny sólo necesitaba menos de tres metros, y podía desplazarse por bajíos a los que el buque de guerra no se atrevería ni a acercarse.

Pero el Carmichael siguió su rumbo suroeste, con las velas brillantes e inmóviles bajo el sol tropical, y Hodge no dio ninguna instrucción para que el Jenny se desviara. – ¿Por qué esperamos, capitán? – preguntó un gigante de barba blanca y pecho desnudo -. Si se acercan demasiado, quizá no podamos esquivarlos.

Shandy estaba acomodado contra la baranda de estribor, junto a la barra (llamada «serviola» por alguna extraña razón) que sujetaba el ancla, y miró

a Hodge con expectación. Le pareció ver una nueva palidez bajo su bronceado, pero el capitán lanzó una maldición y meneó la cabeza.

—Perderíamos un día, como mínimo, adelantándonos a ellos y luego virando para recuperar el rumbo, y con la lluvia del sábado y esa maldita escala del domingo, tendremos que movernos de prisa para llegar a la cita en Florida la víspera del primero de agosto, la fiesta de la recolección. No, muchachos, esta vez la Armada puede correr. Pero qué demonios, el Carmichael está tan bien armado, o más, como ese buque de guerra, y el nuestro tampoco es un bote de pesca. Además, tenemos a Compañero Cuidador y a Legba y Bosu en la manga.

El corpulento anciano miró a Hodge, incrédulo; luego, como si explicara algo a un niño, señaló hacia las velas cada vez más cercanas.

—Henry..., es la jodida Armada Real —dijo marcando cada palabra.

Hodge se volvió hacia él, furioso.

—Y además en medio de una expedición, Isaac, y yo soy el capitán, además del cabo de mar de Davies. Sangre de Dios, hombre, ¿crees que a mí me gustan estas órdenes?

El hunsí kanzo nos convertirá en zombis si retrocedemos ahora...; si seguimos adelante, lo peor que puede pasar es que nos maten.

Para sorpresa e intranquilidad de Shandy, la tripulación consideró que aquella lógica era desagradable, pero irrefutable, y se dispusieron al combate con rapidez. Arrizaron las velas más ligeras y un par de hombres cargados con tubos de una solución de alumbre, las empaparon para que no ardieran; sustituyeron los obenques por tramos de cadenas, empujaron los cañones para que las bocas asomaran por los portillos, el boco se dirigió a la proa a fin de entonar sus letanías y lanzar fragmentos de un espejo cuidadosamente roto en dirección al barco británico, y Shandy recibió la orden de llenar todos los cubos disponibles de agua marina y empapar la vela sobrante para envolver con ella los barriletes de pólvora.

Durante las últimas tres semanas, Shandy se había sentido bastante satisfecho de su comportamiento cuando fue asaltado el Carmichael, pero ahora, al ver cómo le temblaban las manos mientras subía otro cubo de agua marina por la alta regala, comprendió que su relativa frialdad de aquel día había sido fruto de la conmoción y sobre todo de la ignorancia: apenas se había dado cuenta del hecho de que estaba en apuros, cuando ya había salido de ellos. Pero esta vez, los apuros se acercaban con cruel lentitud, y

esta vez sabía por adelantado, con toda exactitud, cómo moría un hombre de una herida de bala en la cabeza, o de un sablazo en el estómago.

Esta vez, estaba tan aterrado que se sentía ebrio. Todos los colores le parecían demasiado vivos, todos los sonidos demasiado fuertes, se sentía a medio camino entre llorar y vomitar, y tenía que controlarse conscientemente para no orinarse en los pantalones.

Cuando hubo rodeado los barriletes de pólvora, ya envueltos en lona húmeda, de cubos llenos de agua, corrió de vuelta a la cubierta, donde le tendieron una mecha humeante y le enviaron hacia la colisa de estribor de la proa.

–No dispaes hasta que Hodge dé la orden, Jack – le espetó el hombre que le había señalado el arma -. Y apunta bien.

Situando el cañón de su arma, Shandy vio que los tres barcos se desviaban hacia el este, aprovechando el viento; el Carmichael y el Jenny con un ángulo más brusco que el buque de guerra..., que ahora divisaba en un perfil tres cuartos, con el dibujo ajedrezado pajizo y negro de sus portillos visible a lo largo de todo el lado de babor.

«No puedo disparar contra un barco de la Armada Real – pensó -. Pero, si me niego a hacerlo, estos hombres me matarán... De hecho, si no realizo un buen trabajo aquí, la Armada Real puede matarme junto con toda la tripulación del Jenny. Dios mío, no puedo hacer absolutamente nada aceptable.»

Una pluma de humo blanco brotó del costado del barco de la Armada y, un momento más tarde, el retumbar hueco del cañonazo surcó el kilómetro de agua azul que separaba a los barcos; casi enseguida, un gigantesco surtidor de agua brotó en la faz del océano a la izquierda de Shandy; el agua se mantuvo un segundo en el aire antes de caer de nuevo como una lluvia de diamantes.

–Ha pasado de largo – dijo la voz de Hodge, chillona por la tensión -. Están al alcance..., ¡fuego!

Y, como ha sorprendido a tantos soldados descubrir, el entrenamiento repetido hasta el agotamiento le hizo obedecer la orden de manera automática: apuntó, acercó el extremo de la mecha al oído de la colisa y corrió hacia el arma contigua antes de haber decidido siquiera si obedecería o no la orden. «Bueno, ya estás metido – pensó desesperado mientras

apuntaba la segunda arma -. Más te vale trabajar duro en favor del bando que has elegido.»

Cuando aplicó el extremo de la mecha al oído de la segunda colisa, los siete cañones de estribor del balandro dispararon casi el mismo tiempo. El barco, que había estado escorado sobre la banda de estribor, aunque él no se hubiera dado cuenta hasta entonces, se vio casi nivelado por el retroceso.

En aquel momento, el Clamoroso Carmichael, moviéndose a una velocidad asombrosa para un barco de su mole, entró en el espacio humeante que separaba al Jenny del buque de guerra, tan cerca del balandro que Shandy reconoció con toda facilidad a los hombres de las jarcias y oyó a Davies gritar «¡Fuego!», un instante antes de que las armas de estribor del Carmichael dispararan con un sonido como el de un trueno cercano, haciendo que las velas del buque de guerra quedaran ocultas por un momento tras la espesa capa de humo blanco.

El Jenny mantenía su brusco viraje a barlovento, siguiendo al Carmichael, y cuando el humo de los cañonazos quedó atrás, Shandy se horrorizó al ver que el buque de guerra, al parecer intacto, seguía al Jenny a tan sólo cien metros de distancia. Cuando Skank le cogió y le lanzó hacia otra colisa, y Shandy miró automáticamente a lo largo del cañón hacia el barco, advirtió que no estaba del todo intacto: la red de seguridad por encima de su combés estaba llena de vergas caídas, y el dibujo ajedrezado de los portillos para las armas tenía una docena de agujeros nuevos; se dio cuenta también de que el Jenny se movía más deprisa que el barco de la Armada, y que en cosa de un minuto se habría puesto a salvo por delante de él. Casi con toda seguridad contraviniendo órdenes, Davies se había interpuesto entre el buque de guerra y el Jenny a fin de dar al balandro el tiempo necesario para escapar. – ¡A un portillo de proa! – gritó Skank.

Shandy, obediente, apuntó en dirección a uno de los brillantes cañones que surgían de la proa del buque, y acercó la mecha al oído. El arma se disparó con un ruido estruendoso y, escudriñando a través del humo acre, le complació ver las astillas volando en el lugar contra el que había tirado. – ¡Bien! – ladró Skank -. ¡Ahora, a...!

El humo brotó de las armas restantes en el flanco del buque, pero el rugido del cañón se perdió en el repentino estruendo que barrió al Jenny, y Shandy se vio arrojado con violencia lejos de su arma, cayendo entre la masa de hombres situados tras él.

Ensordecido y aturdido, acabó tirado sobre un cuerpo inmóvil, tratando de respirar sin atragantarse con la sangre y los trozos de dientes que le llenaban la boca. Por encima del zumbido que atronaba en sus oídos, fue consciente de los gritos de rabia y pánico, y de un nuevo movimiento perezoso de la cubierta bajo él.

Hodge gritaba órdenes, y Shandy consiguió incorporarse y sentarse, sin dejar de toser y de escupir. Temeroso, bajó la vista para mirarse el cuerpo, y se sintió profundamente agradecido de que todos sus miembros estuvieran en su sitio, sin heridas y al parecer sin fracturas..., sobre todo después de observar el resto del barco. Hombres muertos o heridos yacían por todas partes, y las velas estaban desgarradas y salpicadas de sangre; la madera oscura del mástil y de las regatas estaba agujereada por múltiples sitios, dejando al descubierto la madera más blanca de debajo. Shandy, mareado, pensó que parecía como si Dios se hubiera inclinado desde el cielo para pasar varias veces un rastrillo sobre el balandro. – ¡Todo a estribor, maldita sea! – gritaba Hodge. El capitán se limpió parte de la sangre que le corría por la frente -. ¡Y que alguien agarre el escotín de la vela mayor!

El hombre situado junto al timón trataba espasmódicamente de obedecer, pero cayó de rodillas, impotente, mientras la sangre manaba de un agujero en su pecho; Skank había trepado con desesperación por una pila compuesta de los cadáveres de sus compañeros, en un intento de coger el escotín..., pero era demasiado tarde. El Jenny, incontrolado en los momentos posteriores a recibir la descarga de metralla, había virado hasta que su proa apuntó directamente contra el viento, y al menos durante algunos minutos permanecería quieto en el agua. Shandy había oído definir esa situación como «estar preso el barco», y se le ocurrió que en aquel momento el término no podía ser más apropiado.

El elegante buque de guerra viró lo justo contra el viento para mantenerse a favor, y se acercaba ahora por estribor hacia la proa del balandro; cuando el alto casco chocó contra el castillo de proa del Jenny, soltando las cadenas de los obenques y hasta el ancla, los ganchos de abordaje resonaron por toda la cubierta del pequeño barco, y una voz ronca gritó:

–Tenemos una pistola apuntada contra cada uno de vosotros, hijos de puta, así que tirad las armas. Cuando lancemos la escalerilla, id subiendo de uno en uno... y despacio.

OceanofPDF.com

Aunque las vergas rotas se mecían en la red de seguridad sobre sus cabezas, la cubierta del buque de guerra estaba intimidadoramente limpia y pulcra, con las drizas recogidas en espirales perfectas en vez de tiradas allá donde caían, como solía suceder en el Jenny. Shandy trató de mantener la cabeza echada hacia atrás para no dejar caer ni una gota de sangre sobre la clara madera de roble. La nariz le había estado sangrando constantemente desde el último disparo del barco de la Armada, y le empezaba a doler todo el lado izquierdo de la cabeza; dedujo que debían de haber acertado en la colisa tras la que se encontraba, haciendo que el extremo le golpeará el cráneo.

Junto con los otros miembros de la tripulación del balandro que se encontraban relativamente ilesos, se hallaban ahora en el combés del barco, cerca de la barra del cabestrante, tratando de no oír los gritos y gemidos de los piratas malheridos que habían quedado tendidos sobre la cubierta del Jenny.

Los marineros de la Armada que estaban junto a las barandas y encañonaban sus pistolas contra los cautivos, vestían ceñidas chaquetas grises, calzones a rayas y gorras de cuero, y su atuendo sencillo, práctico, hacía que las ropas chillonas y manchadas de alquitrán de los piratas parecieran ridículas. Observando nervioso a los marineros, Shandy advirtió en sus propios rostros algo más que desprecio y rabia, y no le tranquilizó en absoluto identificar qué era: la fascinación morbosa de mirar a unos hombres que, aunque respiraban, pronto dejarían de hacerlo en un lazo corredizo.

Aunque el Carmichael no era ya más que un punto lejano que cortaba el horizonte hacia el sur, el capitán de la Armada había hecho descender uno de los botes del barco, y ahora, desde su punto de observación en la cubierta de popa, miró por el catalejo y lanzó una carcajada.

—Por Dios, Hendricks tenía razón..., uno de ellos ha caído por la borda, ya lo tenemos. — Se dio media vuelta y miró a los prisioneros con una sonrisa cruel -. Parece — gritó — que uno de vuestros camaradas no quiere irse sin vosotros.

Tras un momento de asombro, Shandy decidió que muy bien podía ser Beth, corriendo el riesgo de perderse en el agua con tal de escapar de los

piratas y de su padre demente.

Esperaba que fuera ése el caso, porque al fin los dos habrían salido de aquel interludio salvaje, y Davies, Barbanegra, Hurwood y Friend podían irse a Florida o al infierno, a ellos tanto les daba.

La idea le recordó que ya era hora de dejar de mirar a su alrededor, pasándose estúpidamente la lengua por el hueco donde hasta hacía poco había tenido un molar, y decir al capitán de la Armada quién era y cómo había llegado a bordo del balandro.

Respiró hondo, se obligó a enfocar los ojos y luego, con las manos extendidas en gesto suplicante, se alejó un paso de los piratas silenciosos... y casi resultó muerto, porque uno de los guardianes le disparó su pistola.

Shandy oyó el estampido y sintió la conmoción en el aire cuando la bala silbó junto a su oído. Cayó de rodillas aún con los brazos alzados. – ¡Jesús! – chilló -. ¡No dispare, no estoy haciendo nada!

El capitán prestó atención al tumulto. – ¡Maldita sea, vuelve con tus compañeros! – gritó furioso a Shandy.

–No son mis compañeros, capitán – respondió Shandy, levantándose con cautela y tratando de parecer tranquilo -. Mi nombre es..., es John Chandagnac, y viajaba como pasajero en el Clamoroso Carmichael antes de que fuera abordado por Philip Davies y sus hombres. Durante aquel... encuentro, herí a Davies, así que, en vez de permitirme que me marchara en el bote con la tripulación, se me obligó bajo pena de muerte a unirme a mis captores. También hicieron quedarse a otra pasajera, Elizabeth Hurwood, y sospecho que es ella quien ha saltado por la borda del Carmichael. – Al volver la vista hacia sus compañeros, Shandy no sólo vio desprecio, sino auténtico odio, así que añadió rápidamente -: Comprendo que tardarán algún tiempo en verificar mi historia, pero le ruego que me encierre separado de estos hombres..., para asegurarse de que sobrevivo y puedo testificar en el juicio contra Philip Davies.

El capitán se había adelantado hasta la baranda de la cubierta de popa, y le miraba escrutador. – ¿Davies? – Examinó a los prisioneros reunidos en torno al cabestrante, y luego miró hacia el mástil del Jenny, visible por encima del castillo de proa -. ¿Está con vosotros? ¿Herido?

–No – respondió Shandy -. Está en el Carmichael.

Hizo un gesto en dirección al barco que se alejaba.

–Ah – asintió el capitán, pensativo -. Entonces, su juicio no se celebrará pronto. – Parpadeó y volvió a bajar la vista hacia Shandy -. Un tripulante forzoso del Carmichael, ¿eh? Pues te complacerá (o quizá no) saber que podemos verificar tu historia ahora mismo. Salimos de Kingston el pasado viernes, y creo que el Carmichael fue atacado hace cosa de un mes, así que constará en nuestros informes actualizados. – Se volvió hacia un guardia marina situado cerca de él -. Traiga el libro de informes, por favor, señor Nourse.

–Sí, capitán.

El joven oficial bajó corriendo por la escalera de la cámara y desapareció.

–Para haber sido reclutado a la fuerza, manejabas el cañón de maravilla – dijo Skank detrás de Shandy -. Hijo de puta traidor.

Shandy le oyó escupir, y la sangre se agolpó en su rostro al recordar el día en que Skank se lanzó sobre Jim Bonny para salvarle de un ataque mágico, real o imaginario; deseó darse la vuelta, mirarle y suplicarle que recordara las circunstancias de su reclutamiento hacía tres semanas y media..., pero, tras un momento, se dirigió al soldado armado más cercano. – ¿Puedo dar otro paso al frente? – preguntó con voz tranquila.

–Sí – dijo el marinero -. Despacio.

Shandy lo hizo, mientras escuchaba como, tras él, los piratas discutían malhumorados sobre si era un traidor cobarde o un traidor pragmático. Mirando por encima de la baranda de estribor, vio como volvía el bote, y entrecerró los ojos para protegérselos del brillo de la luz solar sobre los remos húmedos, tratando de discernir si era verdaderamente Beth Hurwood quien viajaba en la popa.

El capitán alzó el catalejo de nuevo y lo dirigió hacia el bote.

–No parece llamarse Elizabeth – dijo.

«Maldita sea – pensó Shandy -, entonces sigue con ellos. ¿Por qué demonios no se le ocurrió saltar por la borda? Bueno, ya no es asunto mío..., le toca a este tipo, o a cualquier otro capitán de la Armada, ir a rescatarla. Yo me largo a Haití. Y quizá Friend y su padre no quieran hacerle daño.»

Sonrió débilmente ante la ingenuidad voluntaria de aquella idea; y luego se permitió recordar, una a una, las historias que había oído sobre Barbanegra. Como la vez en que decidió que a su tripulación le iría bien

pasar algún tiempo en «nuestro propio infierno», así que hizo que todo el mundo se metiera bajo cubierta, prendió fuego alegremente a un gran número de botes de azufre y, a punta de pistola, obligó a todos a quedarse allí hasta que media tripulación estuvo inconsciente y en serio peligro de asfixiarse. Incluso entonces, Barbanegra en persona había sido el último en salir al aire fresco... Aunque en un momento se consideró como otro de sus caprichos bárbaros, más tarde se advirtió la naturaleza ritual del suceso, y un bocor, con la indiscreción que da la ebriedad, indicó que había sido un renovación necesaria del estatus de Barbanegra como hunsi kanzo, sin demasiado éxito porque ningún miembro de la tripulación llegó a morir. También recordó los rumores sobre sus tratos con un loa muy temido llamado barón Samedi, cuyo dominio en el cementerio y cuya droga secreta era el fuego lento, por eso Barbanegra siempre se distribuía cerillas de combustión lenta encendidas por la espesa barba y cabellera, antes de cualquier acción arriesgada. Y había oído hablar de los usos, aparentemente demenciales pero con explicaciones mágicas, que daba el legendario pirata a cualquier desgraciada mujer a la que pudiera unirse en matrimonio..., y Shandy pensó en el valor inútil de Beth, en la naturaleza alegre que sólo había podido permitirse durante media hora en la cubierta de popa del Carmichael, hacía tres semanas y media.

El guardia marina Nourse reapareció con un diario o libro encuadernado en piel, y subió por la escalera de cámara hasta donde estaba el capitán.

—Gracias — dijo éste, tomando el volumen y colocándose el catalejo bajo el brazo.

Hojeó las páginas durante un par de minutos, y luego bajó la vista hacia Shandy con algo menos de rudeza en su rostro arrugado.

—Mencionan a un tal John Chandagnac, que fue obligado a unirse a los piratas. — Pasó otra página -. ¿Dónde y cómo subiste a bordo del Carmichael?

—La mañana del tres de junio, en el muelle de la Compañía Batsford, en Bristol.

—Y..., veamos..., ¿qué barco navegó junto con el vuestro por el canal de San Jorge?

—El Mershon. Se volvieron hacia el norte en Mizen Head, con rumbo a Galway y las islas Aran.

Por un momento, el capitán bajó el libro y miró a Shandy, como recalibrándolo.

–Mmm... – Volvió a la página que había leído en primer lugar -. Sí, y los supervivientes del Carmichael informaron de que Chandagnac atacó a Davies..., parece que fue un intento muy valeroso...

–Ja – interrumpió Skank, resentido -. Le cogió por sorpresa. Davies ni siquiera estaba mirando.

–Muchas gracias, joven – dijo el capitán a Skank con una sonrisa gélida -. Acabas de confirmar lo que ha dicho este hombre. Señor Chandagnac, puede alejarse de esos criminales y subir aquí.

Shandy suspiró y se relajó, y comprendió que había estado en tensión durante semanas sin ser consciente de ello, viviendo entre gente para quien la violencia salvaje era algo natural. Se dirigió hacia la escalera de cámara y subió a la cubierta superior. Los oficiales que había allí le abrieron paso, mirándole con curiosidad.

–Tome – dijo el capitán, tendiéndole el catalejo -. A ver si puede identificar a nuestro nadador.

Shandy bajó la vista hacia el bote que se acercaba sobre las olas azules, y ni siquiera necesitó usar el instrumento.

–Es Davies – dijo con voz serena.

El capitán se volvió de nuevo hacia el guarda marina.

–Que esos hombres se queden donde están, señor Nourse – dijo señalando hacia el desanimado grupo junto al cabestrante -, pero haga que lleven a Davies al camarote principal. Señor Chandagnac, quiero que esté usted presente durante la declaración de Davies.

«Oh, Dios», pensó Shandy.

–Muy bien, capitán.

El capitán se dirigió hacia la escalera, pero se detuvo.

–Faltan unos minutos para que el prisionero llegue a bordo, señor Chandagnac. El sobrecargo puede darle algunas ropas, si quiere quitarse ese... disfraz.

–Gracias, capitán, me gustaría mucho.

Entre todos aquellos oficiales, con sus sobrios uniformes azules, sus botones de latón y sus charreteras, Chandagnac había empezado a sentirse como un payaso, con sus calzones rojos y su cinturón trabajado en oro...,

aunque aquel atuendo había sido completamente apropiado en la isla de Nueva Providencia.

Abajo, detrás de él, oyó la risita asqueada de Skank.

Un poco más tarde, sintiéndose más civilizado gracias a una camisa a cuadros azules, unos calzones de lona, medias de lana gris y un par de zapatos, Shandy se sentó a un extremo de la larga mesa en el camarote principal, y miró por la ventana de popa – era demasiado grande para llamarla portillo o escotilla –, cuyo cristal esmerilado estaba abierto para permitir la entrada de aire fresco. Por primera vez, se preguntó qué haría después de lograr que condenaran a su tío. ¿Volver a Inglaterra y conseguir otro trabajo como contable? Meneó la cabeza dubitativo. Inglaterra parecía muy fría y lejana.

En aquel momento, y la idea suavizó el calambre de culpabilidad que le había estado acosando desde que el nadador fuera identificado como Davies, Shandy supo lo que haría: trabajaría con todo el ahínco necesario para que su tío fuese arrestado, juzgado y condenado, y luego usaría el dinero que le devolvieran, sin duda una cantidad considerable, para rescatar a Beth Hurwood. Tendría suficiente para comprar un barco, contratar a un capitán que conociera el Caribe y a una tripulación hambrienta de botín...

Oyó el ruido de botas más allá del mamparo; la puerta se abrió y dos oficiales entraron en el camarote con Davies. El jefe pirata tenía los brazos atados a la espalda, y la sangre brillaba en el lado izquierdo de su camisa empapada, del hombro a la cintura; su rostro, medio oculto por el enmarañado pelo húmedo, estaba pálido y más demacrado que de costumbre..., pero sonreía al acercarse a una silla. Y, al ver a Shandy, le guiñó un ojo.

–Has vuelto al escaparate de la tienda, ¿eh?

–Cierto – dijo con voz tranquila. – ¿Sin desportilladuras? ¿Con la pintura todavía brillante?

Shandy no respondió. Los dos oficiales se sentaron, uno a cada lado de Davies.

La puerta se abrió de nuevo, y entraron el capitán y el guardia marina Nourse. Nourse llevaba pluma, tintero y papel, y se sentó junto a Shandy mientras el capitán se dejaba caer pesadamente al otro lado de la mesa, frente a Davies. Cada oficial llevaba, sin duda como parte del uniforme, una espada y una pistola.

–Apunte en el informe, señor Nourse – dijo el capitán -, que el martes veintiséis de junio de mil setecientos dieciocho hemos recogido del agua al capitán pirata Philip Davies, que había caído por la borda del barco robado Clamoroso Carmichael tras recibir un tiro por la espalda, disparado por uno de sus hombres.

–Sólo el hombro – señaló Davies a Shandy -. Creo que fue ese tipo gordo, Friend. – ¿Por qué iba a dispararte Friend? – preguntó, sorprendido.

–El Jenny – respondió el pirata, en cuya voz empezaba a traslucirse la tensión – escoltaba al Carmichael sólo para... atraer el fuego..., entretener a cualquier barco hostil a fin de que el Carmichael pudiera seguir adelante sin problemas. Hodge lo sabía. Pero pensé que si el Carmichael daba media vuelta y disparaba una vez más contra estos bastardos de la Armada, todos podríamos escapar. Friend se puso como loco cuando me interpose por primera vez al objeto de que el Jenny tuviera unos momentos más para huir.

Supongo que no estaba de acuerdo... en absoluto... con la idea de volver atrás. Es cierto que yo había estado desobedeciendo órdenes..., así que cuando fui a dar la voz de mando, me disparó justo ante los flechastes de babor. – Empezó a reírse, pero hizo un gesto de dolor y tuvo que conformarse con una sonrisa torcida -. ¡Y eso que Compañero Cuidador me daba la mano! Si no..., supongo que la bala me habría atravesado la columna.

El sudor le bañaba la cara, marcada por el dolor.

Shandy meneó la cabeza con tristeza.

–Así es el honor entre ladrones – dijo el capitán -. Philip Davies, serás llevado a Kingston para ser juzgado por todos tus crímenes, el más reciente de los cuales quizá sea el asesinato de Arthur Chaworth, capitán del Clamoroso Carmichael. – El capitán se aclaró la garganta -. ¿Quieres hacer alguna declaración?

Davies estaba inclinado hacia adelante, y alzó la vista hacia el capitán con una sonrisa calavérica.

–Wilson, ¿no? – dijo con voz ronca -. Sam Wilson, ¿verdad? Te reconozco. ¿Qué quieres, una declaración? ¿Cómo ante un tribunal? – Observó al capitán con gesto especulativo -. No, gracias, Sam. Pero dime... – Pareció cobrar ánimos y habló más deprisa -. Dime, ¿es cierto lo que me contó Panda Beecher sobre ti?

El capitán Wilson apretó los labios hasta que se le pusieron blancos, miró rápidamente a los otros oficiales presentes en la habitación y luego, casi con un solo movimiento fluido, se levantó, sacó la pistola, la amartilló y la alzó. Shandy se había puesto en pie de un salto al mismo tiempo, y se lanzó por encima de la mesa para desviar el arma en el momento en que el capitán apretaba el gatillo.

El estallido hizo zumbir los ya doloridos oídos de Shandy, pero oyó el grito del capitán: – ¡Maldito sea, Chandagnac, puedo hacerle arrestar por esto! ¡Déme su pistola, Nourse!

Shandy dirigió una mirada a Davies, que parecía tenso, pero no asustado, y luego a Nourse. El joven guardia marina meneaba la cabeza, horrorizado.

–Si le dispara así, capitán, será un asesinato – protestó con voz chillona -. ¡Tiene que ser juzgado! Si no...

El capitán Wilson, furioso, lanzó una maldición y, mientras Nourse y Shandy le gritaban que se detuviera, se inclinó sobre la mesa, cogió la pistola del cinturón de uno de los hombres que vigilaban a Davies, retrocedió un paso para apartarse del alcance de todos, alzó la pistola... .. Davies le sonreía burlón... ..Y, mareado por el miedo mientras lo hacía, Shandy se agachó, cogió la pistola de Nourse y la disparó contra el capitán.

Las dos explosiones fueron casi simultáneas. Pero mientras que el disparo del capitán Wilson iba a estrellarse contra el brazo del oficial situado a la derecha de Davies, el de Shandy le dio justo en la garganta y lo lanzó rebotando hasta el mamparo más lejano, para luego desplomarse en la cubierta.

El zumbido en los oídos de Shandy parecía algo exterior a él. Volvió la cabeza con dificultad en el aire espeso por la tensión, y vio el asombro más puro en los rostros de los otros cuatro hombres presentes. El más asombrado con mucho era Davies.

–Jesús bendito, chico – exclamó, ahora consternado en vez de alegre -, ¿sabes lo que has hecho?

–Salvarte la vida..., supongo – se atragantó Shandy. No parecía capaz de respirar con profundidad -. ¿Cómo salimos de aquí?

El oficial del brazo herido había echado la silla hacia atrás, e intentaba coger su pistola con la mano sana. Shandy se dirigió hacia él y, casi sin pensarlo, le golpeó justo tras la oreja con el arma que había usado para

matar al capitán. Mientras el hombre caía de costado, casi derrumbándose de la silla, Shandy tiró la pistola utilizada y cogió rápidamente la del cinturón del hombre; y luego, con la otra mano, le arrebató también la espada. Irguiéndose al tiempo que el oficial caía al suelo, Shandy se dirigió hacia la puerta y, con los dos dedos libres que le dejaba la espada, echó el cerrojo.

—Vosotros dos — dijo a Nourse y al oficial cuya pistola había cogido el capitán Wilson —, poned las manos sobre la mesa y quedaos de pie junto al mamparo de popa. Davies, levántate y date la vuelta.

Davies lo hizo, aunque el esfuerzo le obligó a entornar los ojos y apretar los dientes.

Sin dejar de apuntar la pistola contra los dos oficiales, Shandy colocó la punta del sable bajo una de las cuerdas que ataban al pirata, y tiró hacia arriba. Davies se tambaleó, pero el borde afilado cortó la ligadura, y consiguió sacudírsela antes de que llamaran a la puerta. — ¿Va todo bien, capitán? — preguntó alguien desde fuera -. ¿Contra quién han disparado?

Shandy miró a Nourse por encima del cañón de la pistola.

—Diles..., diles que Davies ha dejado inconsciente al capitán, y que los oficiales le han matado — indicó en voz baja -. Diles que hagan venir al médico del barco.

Nourse repitió el mensaje en voz alta, y el temblor en su voz le añadió un toque de sinceridad.

Davies alzó una mano.

—Y los piratas prisioneros — susurró -, que los trasladen... hacia adelante, al castillo de proa.

Nourse transmitió también esta orden, y el hombre del exterior echó a correr.

—Ahora — repitió Shandy, desesperado -, ¿cómo salimos de aquí?

Miró por la ventanilla, sintiendo la tentación de saltar y huir a nado. El pobre Jenny parecía extremadamente lejano.

El rostro enjuto de Davies había recuperado algo de color y volvía a sonreír. — ¿Para qué has pedido al médico?

Shandy se encogió de hombros.

—Si no, no hubiera sonado plausible.

—Cierto, cierto.

Se pasó la mano del brazo sano por el empapado pelo gris. – ¡Bueno! A menos que la Armada haya cambiado mucho desde mis tiempos, la santabárbara debe de estar directamente bajo nosotros, a dos o tres cubiertas. – Se volvió hacia Nourse -. ¿Es así?

–No responderé a esas preguntas – replicó el tembloroso guardia marina.

Davies cogió una de las espadas colocadas sobre la mesa, se dirigió hacia Nourse y le pinchó ligeramente en el vientre con la punta.

–Llévame allí o lo lamentarás. Soy Davies – le recordó.

Era obvio que Nourse había oído historias sobre él, porque sus hombros abandonaron la postura rígida.

–Muy bien..., si me das tu palabra de que no me causarás daño, ni a mí ni al barco – murmuró.

Davies le miró.

–Tienes mi palabra de honor – dijo con suavidad. Luego, se volvió hacia Shandy -. Al otro lado de esa puerta está el camarote del capitán. Coge mantas y envuelve en ellas al viejo Wilson, junto con esa espada que tienes tú, las otras dos y cualquier pistola cargada que encuentres. Después, este amiguito – señaló al oficial que seguía consciente – y tú llevaréis el fardo a donde están los muchachos del Jenny. Decid que es mi cadáver. ¿Todo el mundo lo ha entendido? Bien. Cuando la santabárbara estalle (y estallará, he guardado un par de versos para potentes duendes del fuego, y no me faltará sangre con la que atraer su atención), cuando explote, apareceré por la escotilla de proa con armas, Compañero Cuidador mediante. En ese momento, abre las mantas del capitán para coger un arma y reparte las otras; nos abriremos camino luchando hasta el balandro. Y si no aparezco inmediatamente después de la explosión, no te quedes a esperarme.

Nourse miraba a Davies con la boca abierta.

–Tú... – le espetó -. ¡Me diste tu palabra!

Davies se echó a reír.

–Ya ves de qué vale. Pero escucha: me guiarás hasta la santabárbara o te cortaré las orejas y te obligaré a comértelas. No sería la primera vez que lo hago cuando alguien me causa molestias.

Nourse apartó la vista, y Shandy volvió a tener la impresión de que el guardia marina estaba recordando alguna historia terrible sobre Davies.

«¿Cómo es posible que yo esté del lado de este monstruo?», se preguntó horrorizado.

Un par de minutos más tarde, decidieron que ya estaban listos para empezar, Shandy y el desdichado oficial envolvieron al capitán muerto, las espadas y un par de elegantes pistolas de duelo, y lo agarraron en una posición cómoda para que el primero pudiera mantener la pistola oculta bajo un pliegue de la tela, siempre apuntando al oficial. Davies había conseguido ponerse la chaqueta manchada de sangre del oficial inconsciente..., cuando alguien llamó a la puerta del camarote.

Shandy se sobresaltó y casi dejó caer la pistola.

–Es el médico – siseó Davies, tenso. Cruzó el camarote y se apoyó contra el mamparo, al otro lado de las bisagras de la puerta -. Déjale pasar.

Nourse temblaba aún más que Shandy, pero quitó el cerrojo de la puerta y la abrió.

–Hemos llevado al capitán a su camarote – dijo cuando el médico entró.

Con tanta suavidad como si fuera un paso de danza que hubieran estado ensayando, Davies salió y golpeó al médico en la cabeza con el pomo de su espada, y Nourse cogió al hombre antes de que cayera.

–Muy bien – dijo Davies, satisfecho -. Vamos allá.

8

Menos de un minuto más tarde, Shandy y el tembloroso oficial arrastraban el fardo con el cadáver y las espadas por la cubierta. El bulto envuelto en mantas había resultado demasiado pesado para llevarlo en vilo – sobre todo si Shandy quería mantener la pistola oculta y apuntada contra el oficial, que sujetaba los pies del cadáver -, así que tuvieron que limitarse a arrastrarlo agachados en una postura extraña y condenadamente lenta.

Shandy sudaba con profusión, y no sólo por el ardiente sol tropical que le daba en la cabeza y arrancaba destellos de la cubierta blanca..., también era muy consciente de cada marinero armado, como habría podido serlo de un escorpión que le trepara por la ropa, e intentó concentrarse en la tarea de arrastrar el fardo hasta el castillo de proa sin imaginar lo que sucedería cuando estallara la santabárbara o cuando los marineros abrieran fuego contra ellos, o cuando el oficial aterrado que aferraba el otro extremo del bulto se diera cuenta del infierno en que se iba a ver envuelto, atrapado en un fuego cruzado.

Mientras recorrían el camino con esfuerzo, pasando ahora ante la escotilla del centro del barco, y jadeando con las bocas abiertas, los ojos del oficial siempre fijos en la mano derecha oculta de Shandy, éste supo que si el fardo o la pistola caían de sus manos sudorosas, su compañero de fatigas echaría a correr al instante para dar la alarma.

En el castillo de proa, los cautivos desarmados los observaban acercarse. Habían oído que lo que arrastraban hacia ellos era el cadáver de Philip Davies, y sentían una amarga alegría por el hecho de que estuvieran obligando a Shandy a llevarlo. – ¡Acércate un poco más, Shandy, perro traidor! – gritó un hombre -. ¡Valdrá la pena perderme la horca por ponerte las manos en el cuello! – ¿Así agradeces a Davies que te dejara vivir? – exclamó otro -. Los zombis te perseguirán, no lo dudes.

Algunos de los marineros de la Armada, en su mayoría jóvenes, se burlaron de aquella superstición.

Un largo y jadeante minuto más tarde – justo cuando pasaban ante la escotilla de proa –, Shandy vio con claridad que su involuntario compañero acababa de comprender lo que sucedería en los próximos minutos.

–No titubearé – dijo Shandy con respiración entrecortada. Pero, de repente, el oficial soltó los pies del capitán y retrocedió corriendo por donde había venido. – ¡Es un truco! – gritó -. ¡Davies está abajo, va a prender fuego a la santabárbara!

Shandy dejó escapar un suspiro que era casi de alivio. Al menos el suspense tenso, silencioso, había terminado. Rápida pero cautelosamente, se agachó, abrió la manta y mandó rodando el cadáver del capitán sobre la cubierta. Volvió a poner las armas en la tela de una patada, la recogió como si fuera un saco... y se detuvo un instante, mirando a su alrededor.

Sólo uno de los marineros que le rodeaban había comprendido la situación, y alzaba la pistola hacia él. Shandy le disparó sin apuntar..., falló, pero consiguió desviar la puntería del hombre. La bala astilló la baranda tras él. Luego, alzando el bulto con las armas sobre su cabeza, corrió hacia el castillo de proa.

Los disparos sonaban y restallaban, y las balas silbaron junto a él, hasta sintió como una se estrellaba contra su fardo. A pocos metros del castillo de proa, lo lanzó hacia los atónitos piratas, y dejó que el impulso de la contorsión le llevara en un salto de costado hacia la escalera de cámara.

Resonando como dos rápidos martillazos, dos balas de pistola agujerearon el mamparo ante el que había estado.

Uno de sus pies tocó el peldaño de la escalera, y al momento se encontró en el castillo de proa, abriendo de golpe la caja con las pistolas de duelo. – ¡Al Jenny! – jadeó, sacando las dos armas del maletín forrado de terciopelo, y volviéndose hacia el combés.

Antes de que pudiera decidir contra quién disparar, cayó de rodillas cuando todo el barco se tambaleó con violencia y un trueno basso profundo resonaba en el aire hasta las cimas de los mástiles; toda la banda de babor del barco se alzó de una manera increíble, disolviéndose en una nube de polvo, humo y astillas. El mar hirviente quedó ensombrecido, a lo largo de docenas de metros por babor y estribor, con la repentina nube ardiente, y taladrado por las salpicaduras de los objetos que caían en él, y el trueno retumbó por encima de las olas.

Los mástiles empezaron a desplomarse, primero con la ruptura de los cabos, que, pese a resonar como disparos de pistolas, resultaba apenas audible por encima del continuo rugido de la explosión, y luego con un sonido pesado a través del aire humeante, culminando por último con el de las redes de seguridad al desgarrarse y el choque de los maderos contra la cubierta.

El lugar donde estaba Shandy ya no parecía firme..., se inclinaba hacia babor, y mientras se daba cuenta de ello, la pendiente se hizo más pronunciada. Se dio la vuelta, dejando caer las pistolas, y se arrastró sobre rodillas y manos por la cubierta del castillo de proa, hasta llegar a la baranda, para agarrarse a uno de los puntales candeleros.

Miró hacia popa, que se había hundido. La mitad de babor del barco debía de estar bajo el agua, pero las velas desgarradas y rotas, y más allá de ellas el humo espeso, le impedían asegurarse. Al parecer, el cadáver del capitán Wilson había rodado hasta desaparecer mientras él no miraba, pero vio como una de las dos pistolas de duelo lo seguía hacia el olvido. A su alrededor, oía el silbido del aire contra el casco, y el metrallazo de los trozos de madera y metal que aún volaban hacia el cielo negro.

Alguien le estaba sacudiendo por el brazo, y al alzar la vista vio que era Davies, con la chaqueta de la armada hecha jirones, a horcajadas sobre la baranda, gritándole. Shandy no consiguió distinguir las palabras, pero era

obvio que Davies quería que le siguiera, de manera que se subió a la baranda.

Abajo, las aguas hacían que el Jenny se meciera, libre de todas las amarras que le unían al buque de guerra a excepción de una, y cuando apenas se estaba dando cuenta de ello, vio como uno de los piratas la cortaba con el sable para luego saltar por la inclinada proa del barco, al agua, diez metros más abajo. – ¡Vamos! – gritó Davies, dando a Shandy una fuerte palmada entre los hombros, y saltando por la borda tras él.

Los primeros minutos a bordo del Jenny fueron una pesadilla...; una docena de hombres, la mitad de ellos heridos, lucharon por izar las velas, la mitad de ellas desgarradas, en un esfuerzo desesperado por alejarse antes de que el buque de guerra se hundiera, creando una turbulencia tan poderosa como para acabar con naves más grandes que el balandro.

Por fin, cuando el barco de la Armada estaba ya medio hundido, su enorme proa goteante se alzaba completamente sobre las aguas, y sus dos botes llenos de marineros se habían alejado treinta metros hacia el sur, la vela mayor del Jenny dejó de orzar y se tensó. Momentos más tarde, el balandro empezó a desplazarse por las aguas, y Davies ordenó que el timonel volviese a tomar el rumbo anterior. Estaban a unos cien metros al sureste, y ganando velocidad, cuando la proa del buque de guerra, escupiendo el humo que había quedado en su interior tras la explosión, desapareció para verse sustituida por una conmoción blanca de agua hirviente. – ¡Mantened el rumbo mientras hacemos inventario! – ordenó Davies con cansancio, apoyándose contra la banda de babor.

Estaba pálido bajo la piel bronceada, y no parecía tener fuerzas para incorporarse de la baranda.

Skank afianzó el foque del escotín en torno a una cabrilla de maniobra, y se recostó contra la regala para recuperar el aliento. – ¿Cómo..., cómo demonios... hemos salido de ésta?

Davies rió débilmente y señaló a Shandy, acucillado contra la baranda de babor y temblando más por la conmoción que a causa de sus ropas empapadas.

–Nuestro muchacho, Shandy, se ganó la confianza del capitán con su actuación de «pirata a la fuerza»... y luego, a la primera ocasión, lo mató de un tiro.

En el silencio atónito que siguió a aquella afirmación, Shandy se dio la vuelta, dirigiendo la vista hacia las olas que dejaba la popa del Jenny.

Skank olvidó su debilidad y trepó por encima de los cadáveres y los aparejos enredados para dirigirse a popa. – ¿De verdad? – preguntó, con la voz ronca de asombro -. ¿Toda esa charla de yo – no – estoy – con – éstos era fingida?

Shandy suspiró, y cuando se encogió de hombros advirtió que la tensión se había vuelto a apoderar de sus músculos. «Ahora, ésta es mi vida – pensó -. Los hombres de los botes saben quién soy. No puedo estar más comprometido.» Se dio media vuelta y sonrió a Skank.

–Exacto – dijo -. Y tuve que hacerlo de manera convincente para engañaros también a vosotros. Si no, no hubieseis reaccionado con naturalidad.

Skank fruncía el ceño, atónito.

–Pero no estabas fingiendo..., yo me hallaba a tu lado...

–Ya os dije que trabajé muchos años en el teatro, ¿no? – señaló Shandy con falsa naturalidad -. De todas formas, ya viste que Davies subió a bordo atado. ¿Quién crees que le soltó, el capitán?; ¿Y quién os tiró las espadas?

–Rayos – murmuró Skank, meneando la cabeza -. Pues sí que lo haces bien.

Davies miraba a Shandy con los ojos entornados, y rió suavemente.

–Sí – dijo -. Eres un buen actor, Jack. – Parpadeó y se inclinó, más pálido que antes -. ¿Ha sobrevivido el viejo bocor de Hodge?

Tras un momento de búsqueda, el cuerpo destripado del bocor fue encontrado en la bodega.

–No, Phil – les llegó el grito ronco de una garganta contraída.

–Bueno, averiguad dónde guardaba sus restaurativos y traédmelos a proa. – Se volvió hacia Shandy -. Hígado seco, longaniza negra y pasas, sobre todo – le dijo en voz más baja -. Los bocors siempre comen esas cosas después de hacer magia fuerte, y hoy la he hecho en cantidad. Esos duendes del fuego tenían mucha hambre.

–Ya lo vi. ¿Por qué hígado, longaniza y pasas?

–Ni idea. Dicen que mantienen las encías rojas, pero todos los bocors viejos las tienen blancas. – Davies respiró hondo y le palmeó la espalda -. Hay ron por ahí..., necesito un poco para despertar a Compañero Cuidador

y que se ocupe de la herida en mi hombro. Y apuesto a que tú tampoco rechazarás un trago o dos.

—No — respondió Shandy con sinceridad. — ¿Hodge se ha salvado? — preguntó Davies a uno de los hombres.

—No, Phil. Le pegaron un balazo en el estómago cuando saltábamos por la borda. Él también lo hizo, pero no salió a la superficie.

—Muy bien, yo me encargaré. ¡Hacia el sureste! — gritó Phil a la desalentada tripulación — . Los que tengáis heridas demasiado graves como para trabajar, arreglad las velas y los cabos rotos. Tenemos que navegar día y noche para llegar a tiempo a la cita en Florida.

—Oh, demonios, Phil — se quejó un viejo flaco -, estamos demasiado tocados. Nadie podría culparnos si volvemos a Nueva Providencia.

Davies le dirigió una sonrisa de lobo. — ¿Cuándo nos ha importado si nos culpan o no? El Carmichael es mi barco y quiero recuperarlo. Además, creo que Ed Thatch será pronto rey de las Indias Occidentales, y quiero estar sentado bien alto cuando el humo se despeje. Es una lástima que algunos seáis lo bastante viejos para recordar los tiempos de los bucaneros, porque esos tiempos ya han quedado muy atrás..., el verano ha terminado y llega la estación del imperio.

Dentro de pocos años no quedará un lugar del Caribe donde sentarse al sol y cocinar sobre una hoguera ganado robado a los españoles. Es un mundo nuevo, desde luego, y nosotros sabemos cómo vivir en él sin fingir que se trata de una provincia de Inglaterra, Francia o España. Lo único que puede detenernos es la pereza.

—Bueno, Phil — dijo el hombre, algo asombrado por aquel discurso -, la pereza es lo que mejor se me da.

Davies rechazó la idea con un gesto.

—Entonces, obedece órdenes. Quédate conmigo y comerás y beberás hasta hartarte, o estarás muerto y nada te importará.

Arrastró a Shandy hacia la proa. Cuando llegaron, rebuscó bajo un montón de lona y sacó una botella con un grito de alegría. La descorchó con los dientes y se la tendió a Shandy.

Éste bebió varios tragos largos del líquido caldeado por el sol; parecía tener tanto vapor como líquido, y cuando inhaló tras devolver la botella, fue como tomar otro sorbo.

–Ahora, dime – pidió Davies tras beber él también -, ¿por qué mataste a Wilson?

Shandy abrió las manos.

–Iba a matarte. Como dijo aquel guardia marina, habría sido asesinato.

Davies le observó con atención. – ¿De verdad? ¿Ése fue el único motivo? Shandy asintió.

–Dios me ayude, sí.

–Y cuando conseguiste la ropa nueva, y dijiste que te habían obligado, que no eras un pirata..., ¿eso fue sincero?

Shandy suspiró.

–Sí.

Davies meneó la cabeza, maravillado, y bebió otro sorbo del ron caliente.

–En... – dijo Shandy -, ¿quién es..., quién era ese Peachy Bander? – ¿Mm? – ¿Me das un poco más de eso? Gracias. – Shandy bebió varios tragos y le devolvió la botella -. ¿Percher Bandy? – insistió, un tanto mareado -. Ya sabes, el que te contó algo sobre el capitán Wilson, a quien preguntaste si era verdad. – ¡Oh! – rió Davies -. ¡Panda Beecher! Era..., sigue siendo, quizá..., un mayorista de especias, y siempre conseguía que los capitanes de la Armada llevaran la mercancía en sus barcos. Es más ilegal que todas las cosas, pero muchos mercaderes lo hacen..., pueden pagar al capitán lo suficiente para que le valga la pena. Aun así, les sale más rentable que si lo hicieran barcos mercantes, con lo que pagan de prima extra por seguros o con el doce y medio por ciento sobre la carga que les cobra la Armada oficial por escoltarles y mantener a los piratas lejos. Yo estuve en la Armada veinticuatro años, y conozco a muchos capitanes que se ganan un dinero extra trabajando con Panda y con otros como él, aunque si les atraparan les esperaba un molesto consejo de guerra. Supe el nombre del capitán por uno de los marineros del bote, así que fingí que le recordaba.

No era una apuesta demasiado arriesgada suponer que Wilson hacía ese tipo de tratos, y que se tragaría que yo estaba al corriente. Además, en los años noventa, Panda dirigía un par de prostíbulos con una clientela muy concreta, oficiales de la Armada Real, y me han dicho que..., que las tensiones del servicio en el Caribe hacen que algunos prefieran cosas

extrañas. Ya sabes, niños, o látigos, o variantes orientales. También existía la posibilidad de que Wilson fuera uno de ellos.

Shandy asintió boquiabierto.

–Y formulaste tu pregunta de manera que pudiera referirse a cualquiera de las dos cosas.

–Exacto. Y no sé qué fue, pero surtió efecto, desde luego. Pareció que daba en el clavo, ¿no? Nunca sabremos cuál de las dos cosas era cierta.

Skank se acercó, tendió a Davies una maloliente bolsa de lona y luego se dirigió rápidamente hacia la popa, secándose las manos en la baranda. Davies sacó un trozo de longaniza negra y lo mordió sin mucho entusiasmo.

–Ya ves – siguió al tiempo que masticaba –, después de que el maldito Tratado de Utrecht dejara sin trabajo a los corsarios e hiciera ilegal la marinería, y yo me convirtiera en pirata, me prometí que jamás me ahorcarían. He visto demasiados hombres ahorcados a lo largo de los años. Así que... – cogió la botella y bebió todavía más – agradecí que se me ocurriera lo de Panda Beecher..., de la misma manera que un hombre abandonado en un escollo desierto agradece que le dejen una pistola.

Shandy frunció el ceño ante lo complicado de la cuestión. Luego, alzó las cejas, comprendiéndolo. – ¡Era un suicidio! – exclamó, demasiado borracho para ser discreto -. ¡Cuando dijiste eso, querías que te matara!

–Digamos que lo prefería. A un juicio y la horca. Sí. – Meneó la cabeza otra vez, todavía atónito ante la actitud de Shandy -. ¿Sólo porque habría sido un asesinato?

Shandy hizo un gesto en dirección al resto de los hombres del barco.

–Cualquiera de ellos habría hecho lo mismo. – ¿En vez de elegir la seguridad absoluta? – Davies se echó a reír -. Ni pensarlo. Ni uno. ¿Recuerdas a Lot? – ¿Cómo dices?

–Lot, el tipo cuya mujer se convirtió en estatua de sal.

–Ah, ese Lot – asintió Shandy -. Sí, claro. – ¿Recuerdas cuando Yahvé fue a su casa?

Shandy frunció el ceño, concentrado.

–No.

–Bueno, pues Yahvé le dijo que iba a hacer polvo la ciudad, porque allí todos eran unos hijos de puta. Y Lot va y le dice: «Espera, si encuentro a diez tíos honrados, ¿dejarás la ciudad tranquila?». Yahvé refunfuña un poco, pero al final responde: «Bueno, vale, si encuentras a diez hombres buenos

no haré trizas este lugar». Luego, Lot se las da de listo e insiste: «Oye, ¿y si encuentro a tres?». Yahvé se levanta, da un par de vueltas mientras lo piensa, y luego concede: «Vale, que sean tres». Así que Lot se atreve: «¿Y qué tal uno?». Yahvé ya está que no se entera, tenía pensado echar abajo la ciudad, pero al final va y dice: «Venga, con uno vale». Pero Lot no logró dar con ninguno y finalmente Yahvé prendió fuego a la ciudad.

Davies señaló al resto de sus hombres, con un gesto que conseguía abarcar también al Carmichael y a la isla Nueva Providencia, quizá a todo el Caribe.

—Nunca, Jack, ni por un momento, cometas el error de pensar que encontraría a uno entre éstos.

Libro segundo Desarraigados de la tierra que nos crió traicionados por la tierra que encontramos, donde los mejores partieron primero, y casi todos los peores quedaron atrás..., ¡alzado, alzado los vasos, firmes!

Es todo lo que nos queda ya.

Un brindis por el que ya ha muerto... ¡y un hurra por el que morirá!

BARTHOLOMEW DOWLING

9

La brisa de la noche era fuerte y venía del mar. Los tres barcos anclados no lejos de la orilla bandeaban paralelos, y las hogueras en la playa lanzaban más chispas que el sol poniente hacia los negros cipreses de los pantanos de Florida. En la choza elevada que los piratas habían construido sobre un risco arenoso, a poca distancia de las hogueras, Beth Hurwood escudriñaba el cielo y el mar, se llenaba los pulmones con el fresco aire marino y rezaba para que la brisa continuara hasta el amanecer. No quería pasar una tercera noche en el sofocante «refugio antimosquito» que su padre había hecho construir a los piratas: una caja con paredes de lona, en la que sólo podía tumbarse.

Nunca había pensado que recordaría con afecto los dos años y medio que pasara en el convento de Escocia, pero ahora lamentaba el día en que su padre la sacó de allí. Las pálidas hermanas, con sus hábitos y sus tocas, jamás hablaban, las habitaciones eran de fría piedra desnuda, la única comida que se servía eran unas gachas grises y aceitosas con trozos de verduras mustias, y no había un solo libro en todo el lugar, ni siquiera una Biblia (de hecho, nunca llegó a saber a qué orden pertenecían las hermanas

ni qué fe profesaban; no había imágenes, estatuas ni crucifijos, por lo que sabía de ellas podían ser musulmanas), pero al menos la habían dejado en paz, y tenía libertad para pasear por el jardín y dar de comer a los pájaros, o subir al pasadizo sobre el muro para contemplar la carretera al otro lado de los brezales, con la esperanza de ver a algún desconocido. De cuando en cuando divisaba a alguien, un granjero guiando un carro, o un cazador con sus perros, pero aunque ella les saludaba con la mano, siempre apretaban el paso..., casi como si tuvieran miedo del lugar. De todos modos, lo cierto es que se sentía más allegada a aquellas figuras lejanas y apresuradas que a las hermanas, distantes en un sentido mucho más profundo. Al fin y al cabo, en su vida todo el mundo era un desconocido.

Su madre había muerto cuando Beth tenía trece años, y entonces su padre se convirtió en un desconocido. Abandonó su trabajo en Oxford, dejó a su hija al cuidado de unos parientes, y se marchó... para seguir unos «estudios independientes», según dijo en cierta ocasión. Y Beth tenía quince años cuando su padre conoció a Leo Friend.

El sonido de unas botas que se acercaban por la arena le hizo bajar la vista, y suspiró de alivio al ver que no era Friend. Parpadeó a fin de borrar la imagen residual del sol, pero no reconoció a la figura hasta que subió por la escalera y agachó la cabeza para entrar en la choza de bajo techo de paja; Beth casi sonrió al ver que sólo se trataba del viejo Stede Bonnett. Había llegado el día anterior en su barco Venganza, pero aunque era un capitán pirata, y se decía que socio de Barbanegra, parecía haber recibido una buena educación.

No teñir, la alegría burlona y sarcástica de un hombre como Philips Davies, ni la crueldad fría de su padre. Beth se preguntaba qué le habría llevado a la piratería.

—Lo siento — murmuró él, quitándose el sombrero -. No..., no me di cuenta...

—No pasa nada, señor Bonnett. — Señaló el tronco que hacía las veces de asiento -.

Siéntese, por favor.

—Gracias — respondió, agachándose sobre el objeto. Un pájaro de cuello largo salió revoloteando de los pantanos, y lanzó un graznido que sobresaltó a Bonnett. Miró al ave con gesto de sospecha.

—No..., no parece muy contento, señor Bonnett — aventuró Beth.

El la miró, como si la viera por primera vez. Se humedeció los labios y sonrió titubeante, pero un momento más tarde recuperó el ceño de preocupación. Su mirada se apartó de la joven. – ¿Contento? Ja... Desafío a que cualquiera, después del espectáculo en Charleston..., antes de que Thatch exigiera el rescate, pensaron que queríamos tomar la ciudad..., mujeres y niños huían llorando por las calles... Jesús... ¿Y para qué? Un cofre de tabaco negro medicinal y la posibilidad de echar un vistazo a la caleta de Ocracoke. Y me descubro diciendo cosas, haciendo cosas..., ya ni mis sueños me pertenecen...

La brisa cambió ligeramente, haciendo que la larga cabellera de Beth le cayera sobre el rostro, y captó con retraso el olor del coñac en el aliento de Bonnett. Se le ocurrió una idea, pero por temor a la decepción se obligó a reprimir el repentino acceso de esperanza.

Se mordisqueó el labio inferior. Tendría que ser muy cautelosa... – ¿De dónde viene usted? – preguntó.

–De las Barbados – respondió él en voz baja -. Yo... tenía... una plantación de caña de azúcar.

–Ah. ¿No le fue bien?

–No estaba mal – dijo roncamente -. Soy comandante retirado del ejército, tenía esclavos y establos, la plantación progresaba..., era un caballero.

Beth resistió el impulso de preguntarle por qué se había convertido en pirata, si todo aquello era verdad. – ¿Le gustaría volver? – inquirió en vez de eso.

Él volvió a mirarla.

–Sí. Pero no puedo. Me ahorcarían.

–Acepte el Perdón Real.

–No... – Se llevó un dedo a la boca y se mordisqueó la uña -. Thatch no me lo permitiría.

El corazón de Beth latía a toda velocidad.

–Podríamos fugarnos esta noche, usted y yo. Todos están distraídos con eso que tienen que hacer río arriba.

Miró hacia la orilla que se extendía a su derecha, y se preguntó por qué llamaban río a aquella extensión pantanosa.

Bonnett sonrió, nervioso, y volvió a humedecerse los labios. Beth captó de nuevo el olor a coñac.

–Usted y yo – empezó el hombre, extendiendo una mano regordeta.

–Exacto – respondió Beth, alejándose un paso -. Huir. Esta noche. Cuando el hunsí kanzo esté ocupado río arriba.

La referencia a Barbanegra despejó un poco los vapores alcohólicos de Bonnett, que gruñó y volvió a morderse la uña.

Tratando de que no viera la esperanza loca en sus ojos, Beth Hurwood apartó la vista de él y contempló de nuevo el pantano. «Quizá – pensó -, lo llaman río porque casi lo es.

Toda la humedad de la zona tiende a moverse hacia el oeste, aunque muy despacio en la mayoría de los lugares, como el coñac abriéndose camino por un pastel de frutas, y desde luego las nieblas nocturnas siguen su curso, pueden empapar a una persona y dejarla como si hubiera estado nadando.»

Cerró los ojos. Llamar río a aquel pantano parecía típico de cómo funcionaba aquel temible Nuevo Mundo..., todo era aún crudo e informe en este rincón occidental de la tierra, y sólo tenía una apariencia remotamente similar a la del hemisferio oriental, tan asentado, tan sólido. Aunque oía a Bonnett removerse inquieto sobre el tronco y se volvió con rapidez para mirarle, se le ocurrió que la naturaleza salvaje de aquellas tierras podía tener mucho que ver con la razón por la que su padre había venido, y la había traído consigo.

Bonnett se inclinaba hacia adelante y, bajo el crepúsculo, Beth vio el gesto de decisión en el rostro regordete del anciano.

–Lo haré – dijo casi en un susurro -. Creo que debo hacerlo. Creo que ir río arriba esta noche sería mi fin..., aunque sin duda mi cuerpo seguiría caminando, hablando y cumpliendo las órdenes de Thatch. – ¿Hay suficientes hombres a bordo de su barco para hacernos a la mar? – preguntó Beth, levantándose tan deprisa que la choza se tambaleó sobre sus zancos de madera.

Bonnett la miró con los ojos entrecerrados. – ¿El Venganza? No podemos cogerlo. ¿Cree que nadie nos oiría llevar el ancla, preparar las velas y zarpar? No, aprovisionaremos un bote, pondremos en él lo que encontremos para improvisar un mástil y una vela, y remaremos costa abajo tratando de no hacer ruido; luego, correremos el riesgo de adentrarnos en el mar. Dios es mucho más misericordioso que Thatch. – De pronto, se

atragantó y la agarró por la muñeca -. ¡Cristo! ¡Espere un momento! ¿Es una trampa? ¿La ha enviado Thatch... para probarme?

Olvidaba que es socio de su padre...

–No – le interrumpió Beth, tensa -. No es una trampa. Tengo que marcharme de aquí.

Vamos a buscar ese bote.

Bonnett le soltó la muñeca, aunque no parecía del todo convencido.

–Pero... lleva con ellos casi un mes, según tengo entendido. ¿Por qué ha esperado hasta ahora para escapar? Seguro que habría sido mucho más sencillo en Nueva Providencia.

Ella suspiró.

–Nunca habría sido sencillo. Pero... – Otro pájaro revoloteó sobre el techo, sobresaltándolos a los dos. Beth rió débilmente -. Bueno, para empezar, hasta que no llegamos aquí, no pensé que mi padre quisiera hacerme daño. Ahora..., bien, no quiere hacerme daño, pero... anteayer, cuando estábamos desembarcando, me corté y mi padre se puso loco de preocupación por si se infectaba y me daba fiebre. Dijo a Leo Friend que las magias caribeñas protectoras – pronunció las palabras con disgusto – son muy perezosas aquí, y que deberían vigilarme muy de cerca para asegurarse de que no presento ningún síntoma de enfermedad. Pero su preocupación era... impersonal. No era el temor de un padre por su hija amenazada, sino más bien... no sé, como el de un capitán por la calidad de una nave de la que depende su vida.

Bonnett no la estaba escuchando. Se arregló los rizos de la peluca, se lamió el bigote, se levantó para dirigirse hacia ella (la choza se tambaleó peligrosamente) y se inclinó a su lado. Su rostro estaba contorsionado por una sonrisa grotesca, temblorosa a la vez que insinuante.

–Ha dicho «Para empezar». – Ahora tenía la voz más ronca -. ¿Hay algo más?

Beth no le estaba mirando, y sonrió con tristeza.

–Sí; es una tontería, pero creo que sí. No lo descubrí hasta el martes, cuando la Armada lo mató... Estaba a bordo del balandro, el Jenny, y Friend dice que nadie pudo sobrevivir a aquella andanada de costado. Pero creo que no quería escapar sin..., bueno, usted no llegó a conocerle. Era un hombre que también viajaba como pasajero en el Carmichael.

Bonnett frunció los labios y se alejó un paso, dejando de meter barriga.

—No la necesito para huir, ¿sabe? — le espetó.

Beth parpadeó sorprendida, y se volvió para mirarle. — ¿Cómo? Claro que me necesita. Si no, ¿qué me impide dar la alarma antes de que se haya alejado? — De pronto recordó que, pese a sus buenos modales, era un pirata -. En cualquier caso — añadió rápidamente -, las autoridades le tratarán mucho mejor si no sólo está arrepentido, sino que además ha rescatado a una prisionera de Barbanegra.

—Supongo que sí — asintió Bonnett de mala gana -. Muy bien, escuche. Ahora mismo, iremos a la orilla por caminos separados, hasta donde se encuentra varado en la arena uno de los botes del Venganza. Me verá junto a él, subirá deprisa y se agachará bien para que no la vean. Hay una vieja lona, escóndase debajo. La marea ha vuelto a subir, así que no me resultará difícil arrastrar el bote hasta el agua. Luego, remaré hasta el Venganza, cargaré todo lo que pueda sin despertar sospechas en esa tripulación de traidores, y más tarde iremos hacia el sur bordeando la costa. ¿Sabe navegar guiándose por las estrellas?

—No — respondió Beth -. ¿Por qué, usted tampoco?

—Sí, sí — aseguró Bonnett con rapidez -. Sólo estaba, eh, pensando cuándo podría dormir. De cualquier manera, si vamos hacia el sur, entraremos en las rutas mercantes en poco tiempo. Y entonces — siguió, dirigiéndose hacia la escalera -, si logro alejarme lo suficiente antes de que él se dé cuenta de que he huido, quizá no pueda hacerme volver.

Aquello no tranquilizó a Beth, pero le siguió escalera abajo hasta la arena. Esperaba poder esquivar las tres hogueras y llegar a la playa sin ser vista por Leo Friend, siempre vigilante.

Lenta, pensativamente, con sinceras arrugas de pena que casi dignificaban su rostro regordete, Stede Bonnett bajó por la pendiente arenosa hacia las hogueras, haciendo sonidos como de grillos con sus botas cuando las suelas de cuero se arrastraban sobre la hierba.

Hablar de huir con la hija de Hurwood (¡y hasta dejándose excitar por ella, como un idiota, pensando que le respondería adecuadamente!) le había recordado con una claridad muy dolorosa la vida de la que se había visto privado tres meses atrás. Pero, por supuesto, aunque consiguiera escapar de Barbanegra y aceptara el perdón, no podía volver a las Barbados y a su esposa. Al menos eso era un consuelo.

Quizá en algún otro país y con otro nombre, podría empezar de nuevo..., después de todo, sólo tenía cincuenta y ocho años; con unos cuidados razonables, aún le quedaba una década antes de dedicarse a la religión. Todavía encontraría a muchas jóvenes en las que concentrar su atención.

Por un momento, una sonrisa vaciló en su rostro, y acarició con las manos una forma imaginaria, al tiempo que volvía a sentir la antigua seguridad, la confianza en sí mismo. La esposa con quien se casara hacía cuatro años se la había arrebatado, convirtiendo en un hombrecillo acobardado al que fuera un oficial firme, y no la recuperó hasta que conoció a las chicas del local de Ramona. Pero, claro, también recordó cómo había dejado a la última de aquellas chicas, y se vio de nuevo inmerso en el horror con el que había vivido tres meses. Dejó caer inertes a los costados las arrugadas manos.

Sobre la superficie rojiza del mar, como la silueta del esqueleto negro de algún leviatán, el Venganza de la Reina Ana de Barbanegra, anclado, se alzaba inmóvil. Bonnett apartó la vista al instante, sin saber a ciencia cierta si Barbanegra podía leerle los pensamientos a través de la mirada.

«Esta fuga tiene que funcionar – pensó Bonnett mientras bajaba por la ladera cada vez más fangosa -. ¡Gracias a Dios que el rey ha ofrecido amnistía total! Nada de esto ha sido culpa mía, pero ningún jurado lo creería. ¿Quién puede comprender cómo un hunsi kanzo usa tu sangre para desconectarte la mente del cuerpo? Yo no pertreché el Venganza..., ni siquiera estoy seguro de que fuera yo quien mató a aquella chica en el local de Ramona, aunque admito que fue mi mano la que blandió la pata de la silla... una vez, y otra, y otra, de manera que, si bien no lo recuerdo, el hombro me dolió durante días. Y aunque fuera yo, estaba drogado... ¿Y quién eligió a aquella chica concreta para mí, con aquellos rasgos exactos, y quién le dijo que hablara en aquel tono y con aquellas palabras?»

Se le ocurrió una idea terrible y se detuvo en seco, patinó cosa de un metro y casi cayó de bruces. ¿Por qué dar por sentado, como había hecho hasta entonces, que Barbanegra le vio por primera vez en el local de Ramona, y decidió entonces que un militar adinerado y con tierras sería un socio útil? ¿Y si – pese a todos los problemas que tenía, el rostro de Bonnett enrojeció ahora por la humillación -, y si Barbanegra le había elegido antes, y había preparado todo aquello, aparentemente tan espontáneo? ¿Y si

aquella primera chica sólo había fingido torcerse el tobillo, y en realidad fue la elegida porque era la más delgada y así podría llevarla en brazos a la cama? Ella, y también las otras chicas, se negaron a aceptar su dinero en las siguientes visitas, insistiendo en que su despliegue de virilidad sin precedentes era sobrada recompensa, y se había convertido en un remedio indispensable para toda clase de malestares, vapores y depresiones; pero ¿y si Barbanegra les había estado pagando? Un alto precio, sin duda, porque además de los servicios sencillos compró una considerable cantidad de... actuaciones.

Volvió a mirar por encima de las aguas hacia la nave sin luces de Barbanegra, esta vez con odio. «Así debió de ser – pensó –; quería tenerme atado, y me investigó para averiguar la manera más rápida y sencilla de sacarme de mi mundo ordenado. Si yo no hubiera estado casado con esa mujer castradora, habría tenido que buscar otro sistema... Me pregunto cuál habría sido... Quizá mi orgullo podría haberme llevado a un duelo ilegal pero inevitable para salvar el honor..., o mi honradez, ponerme en situación de tener que mendigar para pagar alguna deuda enorme contraída por mi esposa... »Pero, claro, se lo puse fácil. Sólo tuvo que pagar a las prostitutas de Ramona para que me devolvieran lo que me había quitado mi esposa, y luego, un día, drogarme y enviarme a una chica cuyo aspecto y modales agresivos eran una copia exacta de los de ella... »Después, cuando mi corazón agotado limpió la droga de mi sangre y me vi mirando la cara de la chica muerta, que ya no se parecía a nadie, el malvado gigante entró en la habitación, con una sonrisa como un estrato de granito al descubierto en la ladera de una montaña, y me presentó la elección.»

Vaya elección.

10

A la derecha de Beth Hurwood se extendían los vastos pantanos que, según decían, llegaban lejos tierra adentro: una región donde la tierra y el agua se confundían, a veces indiferenciables, donde las serpientes nadaban en el agua y los peces reptaban por las orillas, donde la misma distribución de los canales y las islas cambiaba como un laberinto diabólico, haciendo que los mapas de navegación resultaran tan inútiles como diagramas de nubes, donde el aire tranquilo se estancaba como el agua, tan espeso y

cenagoso que los insectos grandes, que en otros lugares sólo podrían arrastrarse, allí conseguían volar.

Mientras contemplaba aquel paisaje oscuro, a lo lejos, en el pantano, apareció una de aquellas esferas fosforescentes que volaban sin rumbo fijo, las que los piratas denominaban bolas espíritu. Se elevó sobre la superficie de la niebla, y rebotó lentamente entre las ramas de los cipreses y las masas colgantes de musgo negro; entonces, con la misma lentitud, volvió a caer en el río de niebla. El brillo se hizo más tenue y luego desapareció.

Beth miró en otras direcciones y después hacia el mar color gris acero, bajo el cual el sol se había hundido hacía media hora, con un brillo de lava tan impresionante que los elevados cirros seguían teniendo un color rosado; y, al estar en un terreno más elevado, sin hogueras que la deslumbraran, vio la vela un momento antes que los piratas.

El primer grito, procedente de uno de los tres barcos anclados, le llegó débil a través del agua, y luego, uno de los hombres sentados junto a las hogueras señaló en la misma dirección. – ¡Una vela! – rugió.

Todos los piratas se pusieron de pie rápidamente y corrieron hacia los botes, prefiriendo por instinto estar en el agua por si se avecinaban problemas. Beth estaba indecisa. Si la vela (sólo una y desalentadoramente pequeña) pertenecía a un barco de la Armada Real, ella desde luego no quería estar a bordo de ninguna nave que consiguiera huir de él. Pero si se escondía para quedarse allí, ¿se detendría la Armada y enviaría un bote para buscar rezagados en la orilla?

Alguien dejó escapar una risita muy cerca de ella; Beth se sobresaltó y tuvo que contener un grito.

Leo Friend salió de detrás de un grupo de arces. – ¿Dando un paseo, mi q-q-q... Elizabeth?

Ella advirtió que aparecía demasiado blanco en torno a los iris del hombre, y una sonrisa brotó y desapareció de su rostro rápidamente, como algo llevado por el viento.

–Eh... sí – dijo, preguntándose desesperadamente cómo librarse de él -. ¿Qué crees que será esa vela?

–No importa – replicó Friend. Esa noche, su voz era más aguda que de costumbre -. La Armada Real, piratas rivales..., es demasiado tarde para que nadie nos detenga. – La sonrisa afloró a sus labios regordetes y desapareció de nuevo -. Y m-m-mañana n-n-nosotros..., ma-ñ-ñana nos i-i-

iremos de a-a -... ¡maldita sea...!, de aquí. – Se sacó un pañuelo de encaje de la manga y se secó la frente -. Entretanto, yo pasearé contigo.

–Voy a bajar hasta las hogueras para ver qué pasa – le dijo, sabiendo que desde su disparo contra Davies, el gordo médico no había querido mezclarse con los piratas, ni siquiera llevando sus muchos fetiches protectores.

–Tu a-a-amado bucanero ha muerto, Elizabeth – le espetó Friend, ahora sin la menor alegría -, y creo que es una muestra de falta de imaginación, como mínimo, elegir a su susu-sucesor entre esa misma clase.

Beth no le hizo caso y empezó a andar ladera abajo. Para su alarma, oyó que Friend la seguía. «¿Cómo demonios puedo librarme de él para acudir a la cita con Bonnett?», se preguntó, frenética.

En el anclado Carmichael, un hombre gritó algo que Beth no pudo oír, pero los hombres de la playa repitieron el mensaje. – ¡Es el Jenny! – le llegó el grito -. ¡El Jenny escapó del buque de guerra!

Sin una transición clara, el pánico de los piratas se transformó en una fiebre festiva.

Las campanas empezaron a repicar en el Clamoroso Carmichael y en el Venganza de Bonnett – aunque no en el barco de Barbanegra -, y los mosquetes fueron disparados hacia el cielo oscuro, al tiempo que los músicos de las naves reunían rápidamente sus instrumentos y empezaban a tocar.

Contenta ahora de que no fuera un barco de la Armada Real, Beth Hurwood aceleró el paso; Friend, viendo que aquella nave no ofrecería a la joven oportunidad de escapar, siguió con su recorrido.

Con un calado muy inferior al de los otros tres barcos, el Jenny pudo acercarse mucho a la orilla antes de soltar el ancla – el tintineo de la cadena se perdió en el caos generalizado -, y algunos hombres de a bordo no esperaron a los botes, sino que se lanzaron por la borda, confiando osadamente en el impulso y el ángulo con que entraban en un agua cuya profundidad no les llegaría a la barbilla. Unos cuantos hasta sabían nadar, y aprovecharon aquella oportunidad de lucir tan exótica habilidad chapoteando en círculos, salpicando y resoplando como delfines, antes de dirigirse hacia la orilla con brazadas teatrales.

Sin embargo, uno de ellos se limitó a lanzarse y a llegar a la orilla en un crawl rápido y sin pretensiones. Fue el primero en llegar a la zona donde

rompían las olas, levantarse y salir a la arena. – ¡Loados sean los santos! – gritó uno de los hombres que aguardaban en la orilla -. ¡El cocinero ha sobrevivido! – ¡Prepáranos una de tus cenas, Shandy! – exclamó otro -. ¡Antes de que el capitán nos ordene marchar tierra adentro!

Unos cuantos marineros más habían llegado ya a la playa, y arrastraban los botes por la arena para facilitar un desembarco más formal, así que Jack Shandy consiguió esquivar la peor parte de la bienvenida. Observó a su alrededor, tratando de no estropear su visión nocturna mirando directamente hacia las hogueras, y su rostro bronceado y barbudo se partió en una sonrisa al ver que la esbelta figura de Beth Hurwood llegaba en aquel momento al claro central.

La joven corrió por la arena hacia él, al mismo tiempo que Shandy iniciaba una carrera irregular en dirección a ella. Cuando se encontraron, Beth consideró que lo más natural era echarle los brazos al cuello.

–Todos me decían que habías muerto... en aquella última andanada – jadeó.

–Muchos de nosotros murieron – asintió -. Escucha, estos cinco últimos días he hablado mucho con Davies, y...

–No, escucha tú, Stede Bonnett y yo vamos a robar un bote para huir esta noche, y estoy segura de que habrá sitio para ti. Supongo que la llegada del Jenny lo pospondrá un poco, pero también será una distracción adecuada. Atiende, esto es lo que debes hacer..., entretente un rato por la playa hasta que Bonnett pueda elegir un bote, y luego búscame.

Estaré... – ¡Shandy! – les llegó un grito desde la multitud congregada junto a la hoguera -. ¡Jack! ¿Dónde demonios andas?

–Maldición – juró Shandy -. Volveré.

Se alejó de ella, dirigiéndose hacia la multitud. – ¡Aquí está! – gritó Davies -. ¡Caballeros, os presento a mi nuevo cabo de mar! – El aplauso que siguió a esta afirmación fue bastante aislado, pero Davies continuó -. Ya sé..., todos creéis que lo que mejor se le da es la cocina y las marionetas, y lo mismo pensaba yo, pero ha resultado que sus auténticos valores son más desvergonzados: valor, superchería, y una mano rápida y firme con la pistola. ¿Queréis saber cómo escapamos de aquel buque de guerra?

Los piratas indicaron clamorosamente que querían saberlo. Al margen de la multitud, Beth Hurwood dio varios pasos lentos hacia atrás, con el

rostro inexpresivo. Shandy volvió la cabeza para mirarla por encima del hombro, obviamente deseando regresar para decirle algo, pero una docena de manos, y hasta alguna que otra bota alentadora, le fueron empujando hacia Davies, en el centro del claro circundado por las hogueras. El viejo jefe pirata le sonrió; aunque Davies había maldecido por la falta de un bocor durante los últimos cinco días, él mismo se había hecho cargo del botiquín del muerto para «darle un codazo a Compañero Cuidador, a ver si se despierta», y hasta cierto punto había conseguido que el personaje prestara atención al balandro. Ahora, los heridos se recuperaban sin fiebre y el hombro de Davies parecía curado.

—Cuando aquel disparo me arrojó del Carmichael — dijo Davies en voz alta —, circunstancia que pienso aclarar con algunas personas, los muchachos de la Armada me recogieron del agua y me llevaron a su barco. El Jenny estaba destrozado y capturado, y todos los muchachos supervivientes vigilados por guardias armados..., excepto nuestro chico, Shandy, que le dijo al capitán: «Oh, cielos, señor, yo no soy uno de esos sucios piratas, me retuvieron a la fuerza, y me encantará testificar en su juicio».

Muchos miembros de la tripulación del Jenny habían llegado ya a la orilla y estaban entre la multitud, y lanzaron aullidos de asentimiento. — ¡Eso es lo que dijo, Phil! — ¡El capitán creyó que Jacky era inocente como una maldita ovejita!

—Pero — continuó Davies — cuando nadie miraba me guiñó un ojo, así que aguardé a ver qué hacía. Y lo que Jack hizo fue convencer al capitán de que debían interrogarme en privado, en el camarote principal. En cuanto los tres estuvimos solos, y un par de oficiales cerraron la puerta..., ¡Jack robó una pistola y le voló la cabeza al capitán!

Esta vez, el aplauso fue generalizado. Varios piratas cogieron a Shandy en hombros y le pasearon alrededor de las hogueras. Beth retrocedió otro paso, antes de darse la vuelta y salir corriendo hacia la oscura orilla. Tras ella, Davies seguía describiendo cómo Shandy había organizado la destrucción total del buque británico.

Beth encontró a Bonnett junto al mar, ante las negras aguas, con las manos entrelazadas a la espalda y la punta de su tricornio indicando que miraba hacia el cielo. — ¡Vamonos, deprisa! — jadeó Beth -. Temo haber confiado nuestras intenciones a alguien que nos traicionará. Si nos marchamos ahora mismo, quizá no tenga tiempo. Y la llegada del Jenny

puede sernos útil..., finja que las provisiones que va a recoger en su barco son para sustituir las del Jenny. Vamos, por Dios, cada segundo...

Se detuvo bruscamente, porque Bonnett se había vuelto para mirarla, y en su rostro había una sonrisa sarcástica impropia de él. – ¡Ah! – dijo con suavidad -. Una fuga, ¿eh? ¿Planeando la huida? Eso explica la tensión y ansiedad en él..., uno ha aprendido a detectar esos estados mentales. – Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa no desprovista de compasión -. Lo siento. No podemos prescindir de ninguna de las dos piezas que propone tirar por la borda.

Beth se atragantó, dio media vuelta y volvió corriendo desesperada hacia las hogueras, desprovista por primera vez de sus esquemas vitales más básicos. Más allá de toda esperanza de racionalización, sabía que, aunque era la voz de Bonnett y salía de la boca de Bonnett, había estado hablando con otra persona.

Shandy maldijo entre dientes, porque había perdido de vista a Beth. Hubiera deseado ofrecerle su propia narración del rescate de Davies, antes de que la joven oyera la adornada versión que tan rápidamente había aceptado la tripulación del Jenny.

Estaba a punto de exigir a los piratas que le bajaran al suelo, cuando le llegó una vaharada del ya conocido olor a metal sobrecalentado. Se puso tenso, tratando de recordar algunas de las cosas que Davies le había enseñado en los últimos cinco días.

Exhaló todo el aire, tarareó una de las melodías escudo más sencillas y se volvió en todas direcciones a pesar de su inestable posición, tratando de mirar en derredor.

Descubrió que la nariz le ardía de manera aún más incómoda cuando se encaraba hacia la hoguera más lejana y, tras escudriñar unos instantes, vio allí, de pie, la figura recia, pelirroja, de Venner. Shandy se agarró bien y luego alzó la mano izquierda, cruzando los dedos en la incómoda posición que Davies le había enseñado. En cuanto Venner se dio cuenta de que Shandy le estaba mirando, apartó la vista, y el olor se esfumó al instante.

Shandy respiró profundamente. «Bueno – pensó, mientras los piratas se cansaban de su deporte y le dejaban sobre la arena apelmazada -, vale la pena saberlo. Según parece, Venner no cree que yo sea el hombre más apropiado para el puesto de cabo.»

Los aplausos y gritos habían cedido en la multitud cercana a la playa y, tras unos segundos, el silencio se extendió al resto de la multitud; un pirata distraído gritó, un viejo borracho dejó escapar una larga carcajada, y una vez más el señor Bird recordó a todos los presentes que él no era un perro. Después de eso, el silencio en la playa fue absoluto.

Y del mar oscuro llegó el kalank..., clank..., kalank..., klank... de unos remos contra los soportes de horquilla Shandy miró a su alrededor, asombrado e intranquilo. – ¿Qué pasa? – susurró al hombre que tenía más cerca -. Viene un bote, ¿qué hay de malo?

La mano derecha del pirata subió como un rayo hacia su frente, pero titubeó y luego se limitó a rascarse el cuero cabelludo. Shandy intuyó que su primera intención había sido hacer la señal de la cruz.

–Es Thatch – dijo el hombre en voz baja.

–Oh.

Shandy miró hacia el bote, que estaba ahora a medio camino entre la orilla y la masa sin luces del Venganza de la Reina Ana. Había dos siluetas en el bote; una de ellas, la más corpulenta, parecía llevar una tiara de luciérnagas.

Shandy deseó más que nunca que el capitán Wilson no hubiera intentado matar a Davies. Recordó todas las historias que había oído sobre el hombre que se acercaba en aquel bote, y se le ocurrió que Thatch, Barbanegra, el temible hunsi kanzo, era el bucanero más importante que había tratado de adaptarse a este nuevo mundo occidental.

Barbanegra parecía una parte tan importante de aquel lugar como la Corriente del Golfo.

Shandy miró a Davies, quien tenía los ojos más entrecerrados de lo que exigía el fuego, y aunque las mandíbulas apretadas hacían que sus mejillas parecieran más flacas y arrugadas que de costumbre, captó un atisbo de cómo debía de haber sido el pirata en su juventud..., voluntarioso y decidido a ocultar cualquier error una vez había tomado una determinación.

Unas botas arañaron la arena cerca de ellos. Al mirar a su alrededor, Shandy vio al manco Benjamín Hurwood mirando en dirección al bote. Se le ocurrió que Hurwood también ocultaba lo que sentía, pero, a diferencia de Davies, el padre de Beth parecía tenso por la ansiedad y la impaciencia. Al recordar algunas de las cosas que Davies le había contado sobre Hurwood, Shandy estuvo bastante seguro de saber por qué..., y aunque no

ignoraba que era un asesino, tampoco ignoraba que si se hubiera encontrado en la situación de Hurwood, y decidiera no hacer lo mismo que él, habría sido más por miedo que por bondad.

El bote remontó una ola y, mientras ésta se estrellaba para convertirse en espuma, cobró velocidad hasta que su orza chocó contra la arena del bajío. Barbanegra saltó por la regala y chapoteó pesadamente hasta la orilla. El hombre que controlaba el bote – y que, según advirtió Shandy con un escalofrío, llevaba la mandíbula atada – permaneció sentado en él, sin intentar llegar a la playa ni volver a aguas más profundas antes de que rompiera la siguiente ola.

Barbanegra subió a zancadas por la ladera arenosa que llevaba a las hogueras, y se detuvo un momento al llegar a la cima: una silueta grande y serrada contra el cielo púrpura. Su tricornio parecía demasiado ahusado y largo por las esquinas, y, con los puntos de luz roja que brillaban en torno a su cabeza, a Shandy le pareció que una especie de demonio de tres cuernos acababa de llegar del infierno.

Cuando se acercó a las hogueras, los puntos rojos luminosos de su cabeza resultaron ser los extremos encendidos de unas mechas entrelazadas con su barba y su melena alborotada. Era alto, más alto que Davies, y tan corpulento como una roca acostumbrada al azote del viento.

–Aquí estamos un año más tarde, señor Hurwood – dijo Barbanegra -. Nos ha traído un buen barco, como prometió, y yo le traigo la hierba que dijo necesitar. Pese a su temor de que yo llegara tarde, es la víspera de la fiesta de la cosecha. – Hablaba inglés con un ligero acento, y Shandy no pudo decidir si aquello delataba un origen no británico o simplemente una falta de interés y aptitud para la conversación -. Ojalá ambos encontremos lo que estamos buscando.

Shandy vio a Leo Friend tras el corpulento pirata, todavía jadeante tras su carrera hasta las hogueras. Sonreía furtivamente, y por primera vez se preguntó si el grueso médico tendría sus propias ambiciones en aquel asunto.

Barbanegra se dirigió hacia el centro del claro, y Shandy advirtió que el rostro rechoncho le brillaba por el sudor..., quizá a causa de la pesada chaqueta negra, cuyos voluminosos pliegues le llegaban hasta las pantorrillas. – ¿Phil? – dijo Barbanegra.

—Aquí, señor — respondió Davies, dando un paso al frente. — ¿Te sientes tan recuperado como para venir con nosotros?

—Pruébame.

—Oh, sí, lo haré. Vivimos momentos de prueba. — Barbanegra sonrió, un rictus que dejó al descubierto la mayoría de sus dientes -. Así que desobedeciste órdenes...

Davies le devolvió la sonrisa.

—A diferencia de lo que hubieras hecho tú, por supuesto.

—Ja. — El gigante contempló a la multitud que le rodeaba, más o menos dividida en tres grupos, las tripulaciones de tres barcos -. ¿Quién más...?

Se detuvo bruscamente y se miró el ancho puño de la manga, mientras su oscuro rostro quedaba inexpresivo. Los hombres que tenía más cerca retrocedieron al momento, pero Hurwood y Friend se inclinaron hacia adelante para ver mejor.

Shandy miró también, aunque sin demasiada ansiedad. Por un momento le pareció que el puño se retorció y brotaba de él una leve nubécula de humo. Luego vio, con toda claridad, como entre los dedos de Barbanegra corría un hilo de sangre, que empezó a gotear sobre la arena. La larga casaca del pirata pareció estremecerse, como si las ratas corrieran bajo ella.

—Ron — pidió el gigante en voz baja, tensa.

Uno de los hombres del Carmichael se apresuró a llevarle una jarra, pero Davies le agarró por el cuello de la camisa y tiró de él hacia atrás.

—No sólo ron normal — le espetó.

Cogió la jarra, pidió una taza y, tras llenarla apresuradamente, destapó su frasco de pólvora y echó un par de puñados en el líquido.

—Jack, fuego, de prisa — pidió.

Shandy corrió hacia la hoguera más cercana y cogió una astilla encendida, para volver a toda prisa junto a Davies, que sostenía la taza lo más lejos posible de su cuerpo. Rozó el borde de la taza con la llama.

El líquido empezó a arder y a burbujear al instante, y Davies se lo llevó a Barbanegra.

A Shandy le pareció ver algo parecido a un pajarillo sin plumas trepando por la mano del corpulento pirata, pero se distrajo cuando Barbanegra echó la cabeza hacia atrás y vertió en su boca el contenido de la copa llameante.

Por un momento, fue como si toda su cabeza se hubiera incendiado; luego, tan deprisa como había aparecido, la llama se apagó, dejando sólo la corona de mechas encendidas y una nube luminosa de humo rojizo sobre su pelo... En cuanto Shandy advirtió el parecido de la nube con un rostro contorsionado por la rabia, éste desapareció. – ¿Quién viene con nosotros? – preguntó Barbanegra con voz ronca.

–Mi cabo de mar, Shandy, y yo – explicó con rapidez Davies -. Además de Bonnett y Hurwood, claro, y probablemente el aprendiz de Hurwood, Leo Friend, ese muchacho gordo de allí..., y la hija de Hurwood.

La gente miraba a Shandy, aunque Barbanegra no lo hacía aún, así que no permitió que la sorpresa se reflejara en su rostro..., pero le enfureció que Davies no le hubiera dicho que Beth les acompañaría en el viaje a los pantanos. Le había descrito cómo sería la marcha por entre los peligrosos cenagales y, por supuesto, el aún más peligroso «punto de equilibrio mágico» que buscaban, perdido entre los cactus casi impenetrables y las criaturas repugnantemente adaptadas. No podía ni pensar en que Beth fuera con ellos.

–Tu cabo de mar – murmuró Barbanegra, aplastando la taza con gesto ausente -. ¿Qué le ha pasado a Hodge?

–Lo mataron cuando huíamos del buque de guerra de la Armada – dijo Davies -.

Shandy hizo posible la fuga.

–Ya había oído algo de eso – asintió Barbanegra, pensativo -. Shandy..., da un paso al frente.

Shandy lo hizo, y cuando el corpulento rey pirata clavó los ojos en él, se sintió casi empujado hacia atrás por el impacto de la extrema atención del hombre. Por un momento, Barbanegra se limitó a mirarlo a los ojos, y Shandy sintió que el rostro se le enrojecía, que casi podía sentir cómo abría los armarios y aparadores de su mente, cómo examinaba sus contenidos.

–Veo que había más de lo que pensábamos a bordo del Clamoroso Carmichael – dijo el gigante en voz baja, con cierto matiz de sospecha. Luego, más alto, añadió -: Bienvenido al mundo, Shandy..., creo que Davies eligió al hombre adecuado.

–Gracias, señor – respondió Shandy sin apenas darse cuenta -. Aunque no..., quiero decir, no fue del todo...

–Nunca lo es. Prueba tu valía esta noche, cuando lleguemos a la Fuente...; aunque viajamos con el barón Samedi y con el Maitre Carrefour, no dependas de nadie.

Se dio la vuelta y Shandy, sintiéndose como si acabara de mirar el sol para luego entrar en una habitación oscura, contuvo un suspiro, dejando que su constreñida psique recuperase su extensión normal.

Al principio, las olas habían anegado el bote de Barbanegra, pero ahora lo empujaban hacia los bajíos; varios marineros, en posturas extrañas por su renuencia a acercarse al inmóvil timonel, empezaron a descargar una gran caja. El rey pirata escupió asqueado, y se dirigió a ellos para supervisar el trabajo.

Shandy se dio media vuelta y casi chocó contra la imponente barriga del bocor de Davies, Gordo Tristán. «Es la noche de los gigantes», pensó, mientras trataba de ver algo tras la mole del hechicero.

–Disculpa – dijo, antes de recordar que se suponía que el bocor era sordo -, ¿has visto a Phil? Quiero decir, al capitán Davies... Oh, demonios, es cierto, no me oyes, ¿verdad?

Entonces, ¿para qué estoy...?

La intensidad de la mirada del bocor le hizo dejar de balbucear. «¿Por qué no miran así a otro cualquiera? – pensó Shandy con un escalofrío -. ¡O mejor aún, que se miren entre ellos!»

A diferencia de Barbanegra, que al parecer sólo había sospechado vagamente de él, Gordo Tristán le miraba con evidentes dudas..., casi con disgusto, como si Shandy fuera una botella de vino caro que alguien hubiera dejado al sol demasiado tiempo.

Jack dedicó una sonrisa nerviosamente educada al hechicero, y le evitó con rapidez.

Ahora veía a Davies, que estaba junto a la pendiente arenosa, a pocos metros de distancia. Se dirigió hacia el pirata.

Davies le vio acercarse, sonrió e hizo una señal en dirección a Barbanegra.

–Un hombre poderoso, ¿eh?

–Bien lo sabe Dios – asintió Shandy sin sonreír -. Escucha, Phil – siguió en voz baja -, no me dijiste que Beth Hurwood fuera a venir con nosotros a los pantanos.

Davies arqueó las cejas. – ¿No? Es posible... Probablemente porque no es asunto tuyo.

Shandy pensó que el pirata hablaba un poco a la defensiva, y eso le alarmó todavía más. – ¿Qué piensan hacer con ella?

Davies suspiró y meneó la cabeza.

–La verdad, Jack, no estoy seguro..., aunque sé que no quieren que le pase nada malo. Algún tipo de magia superior, supongo.

–Relativa a la difunta esposa de Hurwood. – ¡Oh, desde luego! – asintió Davies -. Como te dije en el Jenny, la esperanza de recuperarla es lo único que mantiene vivo al viejo. Shandy meneó la cabeza con gesto de preocupación.

–Pero si los loas del Caribe son más débiles aquí, como me dijiste, ¿cómo demonios piensan mantenerla sana y salva en ese pantano? ¿Y quién es ese Maitre Carrefour? – ¿Mm? Oh, es nuestro viejo amigo Compañero Cuidador. Lo que pasa es que Thatch lo pronuncia bien. Significa Señor de las Encrucijadas, Señor de las diferentes posibilidades..., en otras palabras, del azar. Pero sí, él y Samedi, y el resto de los espíritus, se han debilitado para nosotros a medida que hemos avanzado hacia el norte, alejándonos de los lugares a los que están atados. Sin duda aquí también debe de haber loas, pero serán indios y no nos sirven de nada. Aquí sólo dependemos de nosotros mismos, como dijo Thatch. Pero claro, cuando encontremos ese foco, esa fuente mágica o lo que sea, si Hurwood es capaz de cumplir su promesa de enseñarnos a usarla (y no acaba infestado, como le pasó a Thatch cuando encontró el lugar), demonios, probablemente podremos salir de aquí volando.

Shandy frunció el ceño, airado.

–Maldita sea... Para empezar, no entiendo por qué Barbanegra vino aquí. De alguna manera, supo que había una magia importante en esta selva, pero... ¿por qué se tomó tantas molestias para encontrarla? Sobre todo teniendo en cuenta que no parece tan hábil con la magia como para evitar meterse en líos.

Davies empezó a decir algo, pero se echó a reír y meneó la cabeza. – ¿Cuánto tiempo llevas en este hemisferio occidental, Jack?

–Lo sabes muy bien.

–Cierto. Pongamos un mes. Bueno, yo vi por primera vez estas islas cuando tenía dieciséis años, uno después de que la patrulla de leva me

atrapara en una calle de Bristol y me informara de que era un marinero de la Armada de Su Majestad. No, déjame hablar.

Luego dirás lo que quieras. En fin, que yo iba en la fragata Cisne, y en mayo de mil seiscientos noventa y dos (entonces yo tenía dieciocho años) la Cisne fondeaba en PortRoyal, el principal puerto marítimo de Jamaica en aquellos tiempos, y la estábamos carenando a unos cien metros de los muros del Fuerte Carlyle. – Davies suspiró –.

Supongo que, diez años antes, Port-Royal había sido un auténtico infierno (era la base de Henry Morgan), pero cuando yo la vi, era una ciudad animada y bonita. Bueno, pues el dos de junio, mientras mis camaradas estaban rascando los percebes del casco del Jenny, yo había ido a los almacenes reales a informar de un error de embarco, y cuando acabé, me metí en una pequeña taberna de Littleton. Y te lo juro, Jack, justo cuando salía del lugar, lleno de cerveza y del excelente estofado de Littleton (recuerdo que era de vaca y tortuga), la calle Támesis saltó bajo mis pies, y un sonido como de un cañón o un trueno llegó de tierra adentro. Me volví hacia la taberna, justo a tiempo para ver como toda la fachada del local se resquebrajaba igual que cuando alguien corta un pastel, y luego la calle se desgarró en..., como en tiras..., y se deslizó hacia el mar arrastrando toda la ciudad. Shandy escuchaba con avidez, olvidado de momento el tema original.

–Creo que estuve bajo el agua durante tres minutos – siguió Davies –, recibiendo golpes de los ladrillos y la tierra, llevado de un lado a otro por el agua, que no parecía decidir hacia qué parte quería caer. Por fin, llegué a la superficie y me agarré a una viga que flotaba allí, como un mondadientes en el mar más enloquecido que te puedas imaginar. Al final me recogió la misma Cisne, uno de los condenadamente pocos barcos que no habían naufragado, quizá porque ya estaba inclinado cuando empezó el terremoto.

Navegamos por el nuevo trozo de océano que hasta el mediodía había sido Port-Royal, y recogimos a otros muchos de las aguas blancas..., blancas porque estaban llenas de espuma, ¿sabes? Como un enorme barreño de cerveza agitada. Más tarde me enteré de que habían muerto dos mil personas.

–Jesús – dijo Shandy con respeto -. Pero, eh..., ¿qué tiene que ver eso con...?

—Sí, claro, lo siento..., me he dejado llevar por los recuerdos. Pues bien, a tres manzanas de donde estaba yo aquel terrible dos de junio, un viejo mago de Inglaterra (parecido a Hurwood, supongo) intentaba un hechizo de resurrección muy difícil. No debía de ser muy hábil, pero aquel día le acompañaba un chico de dieciséis años que había crecido entre los negros libres de las montañas jamaicanas; un chico que, pese a ser blanco, había recibido una profunda instrucción en vodun, y el año anterior había sido consagrado al más terrible de los loas, el Señor de los Cementerios, el barón Samedi, cuya drogue secreta es el fuego lento. Estaban jugando con magia de reencarnación, tratando de descubrir cómo poner almas viejas en cuerpos nuevos. Y para eso hacía falta sangre humana fresca, así que atraparon a algún pobre diablo que se la proporcionara. El viejo mago inglés lo había intentado antes y..., no sé, quizá en su mejor día consiguió devolver la vida a un bicho o dos, pero en aquella ocasión tenía a ese chico junto a él, ¿verdad? — ¿Verdad...? — repitió Shandy como en un eco.

—Bueno, resulta..., ninguno de los dos lo sabía en aquel momento, aunque sin duda algunos de los bocors viejos sí estaban al tanto, los indios caribeños antes que ellos..., resulta que la magia de resurrección ha de hacerse en el mar. Tiene que ver con la relación entre la sangre y el agua marina, creo. Bueno, ese chico blanco resultó ser el mago natural más poderoso de su raza..., y allí estaba, practicando magia de resurrección en Port-Royal..., es decir, en tierra.

Shandy aguardó un instante. — ¿Sí? ¿Y qué pasó?

—Que la ciudad de Port-Royal saltó al mar, Jack.

—Oh. — Shandy miró hacia el negro océano -. Ese..., ese chico de dieciséis años...

—Se llamaba Ed Thatch. Desde entonces, ha estado tratando de perfeccionar el truco de la resurrección. Y por eso vino a esta costa hace dos años. Es lo que preguntaste, ¿recuerdas?

—Sí. — Shandy no se había tranquilizado ni lo más mínimo -. Muy bien, ¿y qué es ese foco o fuente que vamos a buscar en la selva?

Davies le guiñó un ojo.

—Vaya, Jack, creí que lo sabías. Es un agujero en el muro que separa la vida de la muerte, y cualquiera que ande por allí puede recibir un salpicón de un lado u otro. ¿No sabes nada de historia? Es lo que buscaba Juan Ponce de León... Lo llamó Fuente de la Eterna Juventud.

Cuando hubo oscurecido por completo, después de que Barbanegra, Davies y los demás bebieran las últimas tazas reconfortantes de ron y empezaran a caminar hacia el norte por la playa, en dirección al río y a los botes que aguardaban, Benjamín Hurwood se obligó a levantarse y a seguirlos.

Los ensueños diurnos se habían ido haciendo cada vez más vividos e insistentes durante los dos últimos años, y ahora habían llegado a un punto en el cual se los podía considerar alucinaciones, pero Hurwood mantuvo cerrada la boca y no permitió que su mirada siguiera a ninguna de las figuras y objetos que sabía imaginarios.

«Estamos en mil setecientos dieciocho – se dijo con firmeza -, y me encuentro en la orilla de la costa oeste de Florida, con el pirata Edward Thatch y... con mi hija..., ¿cómo demonios se llama? No es Margaret... ¡Elizabeth! Eso. Pese a lo que veo la mitad del tiempo, no estoy en la iglesia de Chelsea..., no tengo cuarenta y tres años, no estamos en mil seiscientos noventa y cuatro... y esa que veo ahí no es mi novia, mi querida Margaret, mi vida, o al menos mi cordura..., sino nuestra hija, el..., el vehículo...»

Hurwood entrecerró los ojos para protegerse de la brillante luz solar que entraba por la ventana del vestíbulo, mientras devolvía la botella a su padrino de boda.

–Gracias, Peter – sonrió.

Atisbo por una rendija, entre las dos puertas que constituían la entrada lateral de la iglesia, pero la gente seguía avanzando insegura por los pasillos y removiéndose en los bancos, y el sacerdote no había llegado aún..., aunque sí un monaguillo con cara de asustado, que permanecía junto a uno de los reclinatorios del altar.

–Todavía queda algo de tiempo – dijo al padrino -. Me echaré otro vistazo. Peter sonrió ante el nerviosismo del novio, mientras Hurwood se dirigía una vez más hacia el espejo colocado en un estante cercano.

–El pecado de la vanidad – murmuró Peter.

–Creo que hoy se me puede disculpar un poco de vanidad – replicó Hurwood, arreglándose los largos rizos castaños.

Hurwood era un hombre estudioso, reservado, pero estaba orgulloso de su cabello y, pese a la moda, nunca llevaba peluca..., siempre aparecía en

público «con su propio pelo», que no tenía ni una hebra gris a pesar de los años.

—Todavía no veo a Margaret señaló Peter, abriendo un poco una de las puertas para mirar hacia el fondo de la iglesia -. Sin duda, se lo ha pensado mejor.

La mera idea hizo que a Hurwood se le enfriase el estómago. — ¡Sangre de Dios, Peter, ni se te ocurra decir eso! Me..., me volvería loco..., me... — ¡Sólo era una broma! — le aseguró Peter, con cierto tono de preocupación oculto bajo su tono jovial -. Tranquilízate, Ben, claro que vendrá. Ten, toma otro trago de coñac..., eres el novio más pálido que he visto en mi vida.

Hurwood tomó la botella que le ofrecían y bebió sin respirar.

—Gracias..., pero ya basta. No me gustaría llegar borracho ante el altar. — ¿La llevo al bote? — preguntó Peter, corriendo una cortina de manera que quedaron a oscuras, excepto por la luz de una lámpara que Hurwood no había advertido hasta entonces.

De pronto el aire era más fresco, pero olía a mar, y a pantanos. Hurwood pensó por un instante que deberían airear aquellas habitaciones más a menudo..., un siglo de humo de incienso, cortinajes apelillados y las reseca tapas de los devocionarios, producía olores extraños.

—Me parece que eres tú el que ha bebido demasiado — gruñó Hurwood. Ya no podía verse el pelo en el espejo -. Corre esa maldita cortina.

—No es momento de visiones, señor Hurwood — dijo alguien, presumiblemente Peter -.

Es momento de subir a los botes.

Hurwood vio alarmado que la lámpara había provocado un fuego a un lado del vestíbulo..., ¡no, tres fuegos! — ¡Peter! — gritó -. ¡La iglesia está ardiendo!

Se volvió hacia el padrino. Pero, en vez de la figura alta y elegante de Peter, vio a un joven monstruosamente gordo, vestido con ropas grotescas. — ¿Quién eres? — preguntó Hurwood muy asustado, porque ahora estaba seguro de que le había sucedido algo a su prometida -. ¿Está bien Margaret?

—Está muerta, señor Hurwood — dijo el joven gordo con impaciencia -. Por eso ha venido aquí, ¿recuerda? — ¡Muerta!

Entonces, él debía de estar en la iglesia para un funeral, no para una boda..., pero ¿por qué era tan pequeño el ataúd, una caja cuadrada de

madera, con menos de medio metro de lado? ¿Y por qué olía tan mal a tierra?

En aquel momento consiguió recuperarse, y los recuerdos del último cuarto de siglo cayeron sobre él como una avalancha, dejándole débil y encanecido.

–Sí, muerta – repitió Leo Friend -. Y usted se va a comportar con cordura durante un par de horas, aunque tenga que controlarle yo mismo – añadió desesperadamente.

–Cálmate, Leo – dijo Hurwood, tratando de que su voz sonara divertida -. Sí, por favor, lleva a... Elizabeth al bote.

Luego, bajó confiado por la pendiente que llevaba al río, donde se encontraban los botes y alguien estaba forzando con una palanca el cofre de madera proveniente del barco de Barbanegra... El viejo se tambaleaba un poco, porque cada pocos segundos parecía caminar con paso ceremonioso por el pasillo central de la iglesia, alternando zonas de sombra con otras iluminadas por la luz coloreada que entraba a través de las altas vidrieras.

Las raíces de los mangles, retorcidas como serpientes, habían sido podadas a machetazos en una zona de treinta metros a la orilla del río, y algunos hombres estaban metidos hasta las rodillas en las aguas negras iluminadas por las antorchas, cogiendo fardos envueltos en lona que les arrojaban desde la orilla y depositándolos en los botes.

Habían situado una antorcha encendida en la proa de cada uno de los tres botes, y Hurwood vio que Davies y el cocinero estaban ya a bordo; el primero mantenía inmóvil la embarcación gracias a un tronco de mangle que sobresalía medio metro del agua. – ¿... amarla y respetarla hasta que la muerte os separe? – preguntaba el sacerdote, sonriendo bondadosamente a la nerviosa pareja que se arrodillaba ante él.

Por el rabillo del ojo, Hurwood vio al monaguillo en el que se había fijado antes, todavía junto al reclinatorio más alejado, todavía con cara de asustado..., no, parecía más perdido que asustado.

–Sí, quiero – respondió Hurwood. – ¿Cómo dice, jefe? – preguntó el pirata que acababa de sacar el último fardo del cofre de madera para arrojárselo a los que seguían en el agua.

–Dice que sí quiere – declaró el hombre que tenía más cerca con una risita disimulada.

El primer pirata guiñó un ojo a su compañero.

–Ya me parecía a mí que sí quería, pero no estaba seguro.

–Ja, ja.

Hurwood parpadeó mirando a su alrededor, luego les sonrió.

–Muy divertido. Me aseguraré de traeros un par de recuerdos de la Fuente, caballeros.

Las sonrisas se borraron en los rostros de los hombres.

–No queríamos faltarle al respeto, señor – dijo uno de ellos, resentido.

–De todos modos, no lo olvidaré. – Al mirar por encima del hombro, Hurwood vio a Leo Friend bajando pesadamente por la ladera -. Iremos en ése – dijo a los acobardados piratas, señalando uno de los botes -. Por favor, acercadlo y sujetadlo con firmeza, porque mi compañero es muy corpulento.

Los dos hicieron en silencio lo que se les decía, y, por miedo a Hurwood, acercaron tanto el bote a la orilla que pudo subir sin mojarse las botas.

Unas cuantas personas lanzaron arroz pese a las objeciones expresadas al respecto por Hurwood, pero sonrió al subir al carruaje junto a su esposa. Era demasiado feliz para molestarse por aquellas pequeñas inconveniencias.

Esbozó una amplia sonrisa. – ¡Gracias! – gritó a los asombrados piratas y a Leo Friend -. ¡Os invitaremos a todos a cenar en cuanto volvamos del continente!

Shandy se inclinó hacia un lado, lejos de la antorcha del bote, para ver mejor a Hurwood. El viejo seguía sonriendo y saludando con la mano hacia la orilla, para estupefacción de los piratas y de Friend..., y de Beth, a la que un Stede Bonnett con aspecto de sonámbulo guiaba hacia el bote de su progenitor. «Supongo que tiene razón – pensó Shandy – en lo de la locura de su padre.»

Durante la última media hora, la luna había quedado alternativamente a la vista y cubierta por las nubes que corrían ante ella, y en aquel momento empezó a caer una lluvia cálida. Los botes estaban cargados, y los pasajeros, más o menos acomodados en las bancadas: Barbanegra y su dudoso remero en la primera embarcación; Hurwood, Friend, Elizabeth y Bonnett en la siguiente, y Shandy y Davies en la tercera. Shandy se sorprendió al descubrir que Gordo Tristán no iba con ellos; ¿sabría el gigantesco bocor algo que ellos ignoraban?

Mientras los botes se alejaban de la orilla, los remos empezaban a resonar y el humo se alzaba de las antorchas, todos los viajeros excepto Beth comenzaron a entonar en voz baja una melodía en contrapunto, calculada para atraer la poca atención de barón Samedi y Maître Carrefour que pudiera llegar hasta aquella olvidada orilla nortea. Sin embargo, a los pocos minutos, la melodía cesó, como si todos comprendieran lo incongruente que resultaba allí.

La corriente era débil y resultaba fácil remar contra ella. Pronto, hasta el brillo de las tres hogueras de la orilla se perdió tras ellos en el negro laberinto. Shandy se acuclilló en la proa de su bote, mientras las torres nudosas de los cipreses aparecían amenazadoras en la distancia, algunas como hombres encapuchados y deformes, otras como piedras, ninguna como un árbol de cualquier clase que él conociese. Fue dando instrucciones en voz baja a Davies, que había insistido en ser quien remara pese a la reciente herida de su hombro.

Las cosas fueron cambiando en la orilla a medida que pasaban junto a ella, y oían chapoteos y salpicaduras inexplicables, pero Shandy no vio nada siquiera remotamente animado excepto las perladas manchas aceitosas del agua, las cuales parecían dibujar manos engarfiadas y rostros retorcidos que murmuraban palabras ininteligibles mientras el bote los dividía como una navaja.

La embarcación de Barbanegra abría la marcha y, en la casi silenciosa catedral del pantano, a Shandy le pareció oír un siseo intermitente que provenía del extraño barquero del rey pirata. Aparte de ése, los únicos sonidos en los botes eran el murmullo de las instrucciones de Friend a Bonnett, que manejaba los remos en su embarcación, y alguna que otra risita suave, fatua, de Hurwood. Beth se acurrucaba junto a su padre, en un silencio impotente. Tras cosa de una hora de lento avance por el laberinto de vegetación, Shandy advirtió de manera consciente los quedos murmullos, y comprendió que llevaba rato oyendo el sonido pero hasta entonces no lo había distinguido del chapoteo sordo de los remos. Era como si un centenar de personas susurrasen alarmadas no lejos de él.

Casi al mismo tiempo, percibió el nuevo olor que estaba eclipsando los ricos aromas a aceite de ciprés, a vegetación putrefacta y a aguas negras; y en cuanto lo captó, comprendió que lo había estado esperando. Exhaló el aire bruscamente por la nariz, luego se aclaró la garganta y escupió.

–Sí – murmuró Davies, al que le gustaba tan poco como a él –, huele como un cañón que no hubiera tenido tiempo de enfriarse entre disparo y disparo.

Hurwood también pareció advertirlo, porque dejó de reír.

–La hierba..., ponedla ya en las antorchas – ordenó con brusquedad.

Shandy desató el fardo envuelto en lona que habían dejado dentro de su bote y, puñado a puñado, lanzó suavemente el contenido húmedo y fibroso – por el que Barbanegra había atacado Charleston – hacia la brillante cabeza de la antorcha. El humo ascendió, despacio al principio, luego en espesas nubes, y Shandy echó la cabeza hacia atrás, bufando y escupiendo de nuevo, esta vez para sacudirse los pungentes vapores parecidos al amoníaco. «¿Por qué molestarse en llamarlo repelente de fantasmas? – pensó -. Esto espantaría hasta a los mascarones de proa de los barcos.»

Estaba tenso, pero no realmente asustado... Al mismo tiempo, era consciente de que su actitud actual se parecía mucho a la relativa frialdad durante la captura del Carmichael: se basaba en la ignorancia del peligro. «De todos modos, Barbanegra estuvo aquí una vez – se dijo –, y no salió demasiado mal librado...; además, el pirata se dejó caer por ese lugar descuidadamente, atraído por las reverberaciones mágicas, o lo que fuera, de la Fuente, como una polilla hacia una vela, mientras que nosotros tenemos un guía que sabe controlar estas cosas...»

Pero su confianza se desvaneció un poco cuando recordó que Hurwood había perdido la razón. ¿Y por qué Barbanegra les había prohibido llevar pistolas?

El río se estrechaba, o, para ser más exactos, se dividía en docenas de canales estrechos, y pronto se hizo imposible remar, de manera que se vieron obligados a usar los remos a modo de pértigas de barcazas. El bote de Barbanegra marcaba el camino, el de Hurwood le seguía y el de Shandy cerraba la marcha. Cuando las lianas húmedas y las orquídeas silvestres se vieron aún más cerca bajo la luz anaranjada de las antorchas.

Shandy empezó a preguntarse si no habría algo allí en el pantano, no demasiado lejos, siguiéndolos silenciosamente en la oscuridad..., algo grande, aunque no hacía el menor ruido al moverse por entre las copas de los arces y los laureles. Trató de refrenar su imaginación, aunque el sonido parecido a susurros (ahora más altos) no se lo ponía fácil.

Estaba de rodillas sobre uno de los bancos, dando impulso con el remo contra el lecho lodoso del río y escudriñando hacia adelante, a través del molesto humo, para ver qué canal seguían los otros dos botes. Las chispas de la antorcha de proa le habían ido cayendo encima desde que se pusieron en marcha, y se las quitaba con un ademán inconsciente. Ahora sintió dos puntos cálidos en la cintura pero, al bajar la vista, no vio ninguna brasa.

Se levantó la camisa y descubrió que la hebilla de hierro de su cinturón estaba incómodamente caliente, al igual que su cuchillo envainado. Y ahora que se daba cuenta, sintió también calor en los pies..., bajo las hebillas de las botas.

–Eh... – empezó a decir, volviéndose hacia Davies.

Pero antes de que se le ocurriera qué explicarle, Hurwood les llamó desde el bote de delante. – ¡Hierro! – gritó el viejo -. Al parecer, la vieja superstición, la conexión entre el hierro y la magia... Lo más sensato será librarse de todo lo que se pueda...

–Guardad las armas – gruñó por lo bajo Barbanegra -. Yo ya he estado aquí, no llega a ponerse insoportablemente caliente. Y no os quitéis la hebilla del cinturón, si eso significa que se os van a caer los pantalones.

Un grito procedente de la negra selva hizo que Shandy diera un salto, pero Davies, apoyándose contra su propio remo, rió en silencio.

–No es un fantasma..., sino uno de esos pájaros marrones y blancos que comen serpientes de agua.

–Ah..., ya.

Shandy sacó el remo del agua y lo dejó atravesado en la popa. Tan cuidadosamente como si estuviera quitando la cáscara a una langosta demasiado caliente, se desabrochó el cinturón, luego desenvainó el cuchillo – notaba el calor de la espiga, incluso a través de la envoltura de cuero del puño – y, usando la regala como tabla de cortar, separó la hebilla. Cayó tintineando al fondo del casco y salpicó en el charco que se había formado a sus pies, para luego mecerse adelante y atrás sobre los tablones. Se guardó el cuchillo caliente en la vaina y volvió a coger el remo.

Davies, que no había dejado de hacer avanzar el bote, sonrió burlón y meneó la cabeza.

–Más vale que no se te caigan los pantalones.

Shandy apoyó todo su peso contra el remo y se preguntó si el agua sería tan poco profunda como para que se viera la orza, si no estarían impulsando

el bote a través del lodo.

—Y más vale que a ti no se te incendien — jadeó.

Los tres botes avanzaban centímetro a centímetro por la selva húmeda, aureolados por el humo de las antorchas. Tanto para aliviar sus ojos llorosos del brillo de las llamas como para divisar a algún monstruo que pudiera aproximarse sigilosamente, Shandy siguió escudriñando las orillas. Al principio, le alivió ver que el «susurro» partía de los agujeros que veía en unos charcos redondos llenos de vegetación fungoidea, cada vez más abundante en las esponjosas riberas. Buscando una explicación para el fenómeno, supuso que las raíces estaban conectadas con cavernas y que las diferencias de temperatura hacían que el aire subiera rápidamente para ser librado de aquella manera tan extraña. Pero a medida que los botes avanzaban por el pantano, donde las bolas de hongos se hacían más grandes, vio que encima de los agujeros de exhalación había bultos y melladuras, cada vez más parecidas a narices y ojos.

La sensación de que allí, en la oscuridad, había una entidad enorme y atenta — aunque silenciosa — fue haciéndose más y más opresiva. Por último, Shandy alzó la vista atemorizado, y aunque podía ver el entramado iluminado por la luna que formaban las ramas, supo que algo se inclinaba de manera invisible sobre ellos, algo que pertenecía a aquel lugar, a aquellos pantanos repelentemente fecundos, a aquellos cenagales, lianas y animales anfibios. Algo que, además de pertenecer a ellos, probablemente estaba constituido en su mayoría por ellos mismos.

Era obvio que los demás también lo sentían. Friend cambiaba su peso de un pie a otro, nervioso, y casi apagó la antorcha de su bote al arrojar un doble puñado de hierbas negras contra ella. La llama se atenuó, pero un par de segundos más tarde volvió a avivarse, lanzando una cegadora nube de humo hacia las ramas que formaban un techo sobre el río.

Un grito procedente del cielo sacudió los brotes de los árboles, y provocó ondas en un agua tan espesa y firme que por un momento los botes parecieron detenidos sobre un cristal. El sonido retumbó por toda la selva, y luego, sólo se oyó el graznido de los pájaros asustados. De nuevo volvió a escucharse el susurro de las vainas fungosas.

Shandy miró el racimo de vainas más cercano, y vio que los bultos eran ahora, inconfundiblemente, rostros; por la manera en que se retorcían los

párpados, tuvo la desagradable certeza de que pronto, cuando los observase, encontraría miradas clavadas en la suya.

Tras él, Davies maldecía sin cesar en voz baja y monótona.

–No me digas – señaló Shandy en un tono bastante tranquilo – que era uno de esos pájaros marrones y blancos que se comen a las malditas culebras de agua.

Davies ladró una carcajada en una sola sílaba, pero no respondió. Jack oía el llanto quedo de Beth.

–Ah, mi querida Margaret – decía el viejo Benjamín Hurwood con voz ahogada, pero vibrante -, ¡que estas lágrimas de alegría sean las únicas que derrames jamás! Y ahora, por favor, perdona a este pobre profesor de Oxford, soy un sentimental. En el día de nuestra boda, quiero recitarte un soneto que he compuesto.

Se aclaró la garganta.

La invisible presencia pantanosa era todavía un peso psíquico en el aire putrefacto, y a Shandy empezaba a molestarle el calor en los pies, pese al grosor del cuero que separaba las hebillas de su piel. – ¡Margaret! – comenzó Benjamín Hurwood -. Necesito una musa de Dante...

–Estamos en tierra – les llegó la voz de Barbanegra desde delante -. Dejad de empujar.

A partir de ahora, seguimos a pie.

Cristo, pensó Shandy. – ¿Estt... bromeando? – preguntó sin demasiadas esperanzas.

En vez de responder, Davies dejó su remo dentro del bote y se subió a la popa para saltar a las aguas negras. Resultó que le llegaban a la altura de la cintura. – ... Para cantar mi gozo en este día – canturreó Hurwood.

Shandy miró hacia delante. Barbanegra había sacado la antorcha del soporte de su bote, y él y su inquietante barquero estaban ya en el agua, vadeando hacia la orilla más cercana. Las sombras cambiaban mientras ellos se movían, y empezaron a ver nuevos racimos de cabezas fungosas. – ¡Señor Hurwood! – siseaba Leo, sacudiendo al hombre manco -. ¡Señor Hurwood! ¡Maldita sea, despierte!

–Cuando – continuó recitando Hurwood -, en la mitad de mi vida, Dios me dio a elegir..., abandonar el bosque sombrío...

Shandy veía temblar los hombros de Beth. Bonnett seguía sentado tan rígido como un maniquí.

Barbanegra y el barquero habían subido a la orilla y, pasando por alto los susurrantes globos blancos que se retorcían a sus pies, se agarraban ahora a las viñas silvestres para mantener los pies fuera del lodo y de las raíces húmedas.

–Necesitamos que esté bien despierto – gritó Barbanegra a Friend -. Abofetéale con fuerza. Si con eso no basta, iré yo y le haré... algo.

Friend sonrió nervioso, alzó una mano regordeta y golpeó el rostro risueño de Hurwood.

Hurwood dejó escapar un grito que era casi un sollozo, y luego parpadeó mirando a su alrededor, nuevamente consciente de su entorno real.

–Ya no queda mucho – le explicó Barbanegra con paciencia -, pero dejaremos los botes aquí.

Hurwood escudriñó las aguas y la orilla lodosa durante casi un minuto.

–Tendremos que llevar a la chica – dijo por fin.

–Yo ayudaré a llevarla – propuso Shandy.

Friend le lanzó una mirada venenosa, pero Hurwood ni siquiera se fijó en él.

–No – replicó el anciano -. Ya nos las arreglaremos entre Friend, Bonnett y yo.

–Bien – asintió Barbanegra -. Los demás estaremos muy ocupados, abriéndonos paso a machetazos por esta selva.

Shandy suspiró y dejó el remo. Sacó la antorcha de su horquilla, se la tendió a Davies junto con el paquete de hierba negra y saltó del bote. Por fin pudo mojar las botas, y el agua relativamente fresca del pantano calmó el ardor de sus pies.

12

Durante media hora, la extraña comitiva chapoteó, se tambaleó y avanzó con dificultad de un claustrofóbico centro de vegetación a otro. El brazo con el que Shandy manejaba el cuchillo temblaba de fatiga, de tanto cortar lianas y ramas de árboles, pero él seguía avanzando de manera automática, saliendo de los pozos en los que se metía, obligándose a respirar el aire áspero, y siempre con un cuidado terrible para que no se apagara la antorcha que llevaba en la otra mano, y para no quemar toda su carga de hierba negra.

Hurwood, Bonnett y Friend iban delante, deteniéndose cada pocos metros al objeto de buscar otra manera de llevar sus antorchas, las cajas de Hurwood y a Beth. Shandy oyó en dos ocasiones un desastroso chapuzón múltiple, seguido por renovados sollozos de Beth y una tanda de maldiciones casi incomprensibles de su padre.

Poco después de que los ocho pusieran pie en la primera orilla embarrada, las cabezas fungosas empezaron a estornudar, y un polvo granuloso como esporas o polen salió en nubéculas de sus bocas. Pero el espeso humo de las antorchas repelía el polvo, como si cada llama fuera la fuente de un poderoso viento que sólo aquellas nubes podían sentir.

—Inhalar ese polvo — jadeó Hurwood en cierto momento, cuando varias de las cosas estornudaban a la vez — fue lo que te infestó..., los fantasmas, Thatch.

Barbanegra rió, mientras desgajaba un arbolito joven de un machetazo.

—Nubes de fantasmas, ¿eh?

Al mirar hacia atrás por un momento, Shandy vio la mueca de insatisfacción académica de Hurwood.

—Bueno, a grandes rasgos — reconoció el hombre, mientras se agachaba para colocarse con más comodidad las piernas de su hija en torno a los hombros.

Shandy volvió a su trabajo. Durante todo el camino había intentado mantenerse alejado del inexpresivo barquero de Barbanegra, el cual manejaba el machete con movimientos tan regulares que a Shandy le recordó una de aquellas figuras movidas por agua en los jardines Tívoli de Italia. Como resultado, se vio trabajando cada vez más a menudo entre Davies y Barbanegra.

La sensación de aquella presencia vasta, invisible, se intensificaba de nuevo. Y una vez más, Shandy percibió que la cosa se inclinaba desde el cielo sobre ellos, mirando con extraña rabia a aquellos ocho intrusos.

Clavando el cuchillo en un árbol, Shandy abrió la bolsa de lona y puso un puñado de la sustancia negra en la antorcha. Tras un momento, mientras recuperaba el cuchillo, se alzó una espesa nube de humo que casi le cegó. Pero esta vez, cuando el humo se disipó en la techumbre de vegetación, la selva se estremeció con un gruñido grave..., un rugido aterrador que expresaba claramente ira, y que no emanaba de ninguna garganta humana.

Barbanegra retrocedió, observando con gesto de sospecha los muros verdes que les encerraban.

–La primera vez que estuve aquí – murmuró dirigiéndose a Davies y a Shandy -, hablé con los nativos..., casi todos indios crik. Les cambié magia medicinal por información.

Mencionaron algo llamado Este Fasta. Dijeron que significaba «Persona que Da». Parecía una especie de loa local. Me pregunto si no será el que acaba de gruñir.

–Pero no se metió contigo en tu primera visita – dijo Davies con voz tensa.

–No – concedió Barbanegra -; sin embargo, aquella vez no llevaba el repelente de espíritus. Probablemente pensó que no tenía necesidad de intervenir.

Genial, pensó Shandy. La luz de la antorcha le permitió contemplar la telaraña de vegetación que se alzaba ante ellos, y fue el primero, por un segundo o dos, en percatarse de que las ramas y las lianas se movían, se retorcían en el aire quieto y estancado.

El segundo fue Barbanegra. Y mientras las plantas asumían la forma de una mano gigantesca que se crispaba hacia ellos, el rey pirata dejó caer la antorcha, dio un salto al frente, y con dos golpes de machete, adelante y atrás, la hizo pedazos. – ¡Vamos, diablo! – rugió Barbanegra, una visión terrible, con los dientes y el blanco de sus enloquecidos ojos brillando al resplandor de las mechas humeantes entretejidas en su melena -. ¡Menéame más arbustos en la cara! – Sin siquiera esperar la respuesta del loa extranjero, se lanzó hacia el bosque primaveral, gritando y blandiendo su machete -. ¡Coo cha, maldito qua-sue pattu-búho! – aulló, hablando ahora casi exclusivamente en lo que Shandy había aprendido a reconocer como el dialecto de las tribus montañosas jamaicanas -. ¡Hace falta algo más que un deggeh bungo duppy para espantar a un tallowah hunsi kanzol Shandy apenas veía a Barbanegra ahora, aunque divisaba el movimiento de las lianas y oía los machetazos y el salpicar de la vegetación volando en todas direcciones. Con su cuchillo en la mano, Shandy tuvo un momento para preguntarse si aquella rabia maníaca era la única manera en que Barbanegra se permitía demostrar su miedo... Luego, el gigantesco pirata volvió junto a ellos. Algunas de las mechas entretejidas en su barba se habían extinguido, pero su ira seguía siendo tan asombrosa como antes. Barbanegra agarró

violentemente la bolsa de lona que asomaba del bolsillo de Shandy, la desgarró con los dientes y volcó su contenido en el lodo. – ¡Toma! – gritó a la selva, arrebatándole la antorcha a Shandy y arrimando la llama a la hierba negra -. ¡Te he marcado, eres mi esclavo!

Brotó una nube de humo espeso, con el hedor del lodo chamuscado uniéndose al de la hierba quemada, y un grito de dolor e ira inhumanos golpeó el aire desde arriba, arrancando las hojas de los árboles y derribando a Shandy.

Mientras rodaba por el barro semilíquido, luchando por ponerse en pie y recuperar el aire, Shandy vio como Barbanegra echaba hacia atrás la cabeza y lanzaba un rugido ensordecedor. Fue un sonido terrible, como el grito desafiante de algún reptil gigantesco.

Shandy se sintió más cercano a los lobos que, en su juventud, había oído aullar ocasionalmente desde lejos, a través de las campiñas heladas del norte.

El trío que llevaba a Beth se había detenido. Shandy estaba acucillado y tenso al lado de Barbanegra, y Davies, inexpresivo pero visiblemente pálido a la luz de la antorcha de Hurwood, se erguía al otro lado con la espada desenvainada y dispuesta.

Un viento repentino se llevó los ecos del aullido de Barbanegra y, en esta ocasión, el susurro de las cabezas fungosas fue el único ruido que se oyó. Si había algún pájaro en la zona, guardaba silencio.

De pronto, Shandy advirtió que las cabezas fungosas habían abierto los ojos y hablaban en idiomas auténticos; la que tenía más cerca se estaba quejando, en francés, de cuan cruel era que una anciana fuese abandonada por sus hijos, y la más cercana a Davies lanzaba, en un dialecto escocés, la clase de consejos que un padre daría al hijo a punto de partir hacia la gran ciudad. Shandy la miró intrigado cuando la oyó advertirle contra expresar cualquier opinión sobre cuestiones religiosas o sobre el reciente regicidio.

«¿Regicidio? – pensó -. ¿Es que alguien ha matado al rey Jorge en algún momento de este pasado mes..., o quizá se refiere al asesinato de Jaime I, hace un siglo?»

Barbanegra bajó lentamente la cabeza y miró en dirección a un laurel que tenía enfrente. Un amplio movimiento de su machete destrozó el árbol aromático. Tras los restos, en vez de más vegetación, había oscuridad, brisa

más fresca y un brillo tenue, como si existiera una ciudad iluminada más allá del horizonte.

Barbanegra maldijo de nuevo y echó a andar hacia la brecha, seguido inmediatamente de su barquero. Shandy y Davies intercambiaron una mirada, se encogieron de hombros y fueron tras ellos.

La selva desapareció. Ante ellos, una llanura se extendía bajo la brillante luz de la luna y a unos doscientos metros se alzaba el brocal, alto hasta las rodillas, de un pozo que parecía más ancho que el Coliseo romano. Sobre el centro del pozo pendía una vasta luminosidad que quizá fuera fuego o rocío, y sus masas suavemente brillantes ascendían y bajaban con la lentitud de los ópalos en la miel. Mirando el movimiento de las luces, Shandy comprendió, con un escalofrío en el estómago, que no tenía ni idea de a qué distancia de ellos se encontraban; en un momento dado, parecían mariposas de cristal coloreado brillando a la luz de la antorcha de Hurwood, al alcance de la mano, pero al siguiente se asemejaban a un fenómeno astronómico que tuviera lugar mucho más allá de los dominios del sol y los planetas. También el pozo era ópticamente engañoso, advirtió Shandy. Lo examinó con los ojos entornados, pero al final hubo de admitir que no tenía la menor idea de la altura que alcanzaba el brocal. Más lejos, a izquierda y derecha, algo que parecían esbeltos puentes se alzaban por encima del muro y trazaban un arco elegante que se perdía de vista hacia el centro del pozo.

Las hebillas de las botas de Shandy estaban ya muy calientes. Se quemó la mano al coger su cuchillo, pero, inclinándose primero sobre un pie y luego sobre el otro, consiguió arrancárselas. Se irguió de nuevo, tratando de hacer caso omiso del humo que brotaba de su funda de cuero cuando volvió a guardar el cuchillo, y se preguntó cuándo había empezado a notar los clavos que sujetaban las suelas de las botas. Gracias a Dios que Barbanegra había prohibido las pistolas.

—Yo no llegué mucho más lejos — dijo Barbanegra con suavidad. Se volvió hacia Davies y sonrió —. Adelante, camina hacia el borde del pozo.

Davies tragó saliva y dio un paso al frente. — ¡Alto! — ordenó Hurwood detrás de ellos.

Friend, Bonnett y él acababan de saltar la brecha, tambaleándose, y habían conseguido dejar a Beth en el suelo con cierta suavidad antes de caer sobre la arena oscura. Hurwood fue el primero en sentarse.

—La apariencia de las direcciones es inútil aquí. Uno podría caminar en línea recta hasta morir de hambre, sin acercarse siquiera a la Fuente. Probablemente parecería moverse en círculo en torno al que se dirija hacia ella.

Barbanegra se echó a reír.

—No pensaba permitir que se alejase tanto como para que no pudiéramos recuperarlo.

Pero tienes razón, eso es lo que parecía. Caminé hacia la Fuente durante dos días, antes de admitir que no se puede llegar hasta ella desde aquí, y luego tardé tres más en volver a donde estamos ahora.

Hurwood se levantó, sacudiéndose la ropa. — ¿Días? — preguntó con sequedad.

Barbanegra le miró fijamente.

—Bueno, ahora que lo mencionas, no. El sol salía, pero nunca llegó más allá de lo que llamaríamos amanecer antes de ponerse de nuevo. El amanecer se transformaba directamente en ocaso, sin un día de verdad entre ellos.

Hurwood asintió.

—Ya no estamos en Florida..., en realidad, no estamos en ningún sitio concreto. ¿Habéis estudiado a Pitágoras en profundidad?

Tanto Davies como Barbanegra admitieron que no.

—Las contradicciones implícitas en su filosofía no son contradicciones aquí. No sé si las circunstancias en este lugar son la norma o un caso especial... pero, junto a la Fuente, la raíz cuadrada de dos no es un número irracional.

—El infinito, el apeiron tal como existe aquí, no habría molestado a Aristóteles — añadió Leo Friend, que por una vez parecía haber olvidado a Beth Hurwood.

—Buenas noticias para Harry Stottle — señaló Barbanegra -. Pero ¿podré librarme de mis fantasmas en este lugar?

—Sí — asintió Hurwood -. Sólo tenemos que llevarte al pozo.

Barbanegra hizo una señal en dirección a la fuente.

—Tú guías.

—Lo haré.

Hurwood sopesó los fardos que había transportado, y luego los dejó cuidadosamente en la arena.

Mientras él y Friend se agachaban para abrirlos, Shandy se acercó a Beth. – ¿Cómo te va? – fue todo lo que se le ocurrió.

–Muy bien, gracias – replicó ella automáticamente. Tenía los ojos extraviados y su respiración era superficial, pero acelerada.

–Mira..., aguanta – susurró Shandy, furioso por su propia impotencia -. Te juro que te sacaré de ésta en cuanto volvamos a la playa...

Las rodillas de Beth se doblaban, caía; consiguió rodearla con los brazos antes de que llegara al suelo y, cuando vio que se había desmayado, la depositó suavemente de espaldas. Entonces, Friend le apartó a un lado y tomó el pulso a la joven, al tiempo que le levantaba los párpados para examinarle las pupilas.

Shandy se irguió y miró a Hurwood, que utilizaba una antorcha sacada de uno de los fardos para encender una lámpara. – ¿Cómo puedes hacerle esto a tu propia hija? – le preguntó con voz ronca -. Hijo de puta, espero que tu Margaret vuelva el tiempo justo para maldecirte, antes de convertirse en un montón de carne podrida tan negra como tu maldita alma.

Hurwood alzó la vista sin mucho interés y luego volvió a su trabajo. Había conseguido encender la mecha de la lámpara y estaba bajando la campana. Una campana metálica, pero no normal...; diversas hendiduras, dispuestas aparentemente al azar, permitían que líneas de luz se proyectaran sobre la arena oscura.

Shandy dio un paso en dirección al anciano, pero Barbanegra se interpuso entre ellos.

–Después, hijo – dijo el pirata -. En estos momentos, él y yo estamos trabajando juntos.

Si intentas estropear mis planes te encontrarás sentado, tratando de volver a meterte las entrañas en el vientre, antes de que te des cuenta. – Se volvió hacia Hurwood -. ¿Estás preparado ya?

–Sí.

Hurwood clavó la antorcha todavía humeante en la arena, y se irguió con la lámpara en la mano. La caja de madera colgaba de su cinturón como una cesta de pescador. – ¿Está bien ella? – preguntó a Friend.

–Perfectamente. Sólo se ha desmayado – respondió el corpulento médico.

–Llévala.

Hurwood levantó la lámpara con su única mano y miró los dibujos luminosos que proyectaba sobre la arena. Tras unos segundos de concentración, asintió y echó a andar con un rumbo que se alejaba ligeramente de la Fuente.

Friend consiguió ponerse en pie con la forma inerte de Beth sobre los hombros, aunque el esfuerzo se reflejó en su rostro. Caminó tambaleante en pos de Hurwood mientras el resto del grupo le seguía, con Bonnett y el extraño barquero cerrando la marcha.

No fue una marcha regular. Hurwood se detenía con frecuencia para examinar las líneas luminosas y discutir ardorosamente detalles matemáticos con Friend. En una ocasión, oyó como el médico señalaba un error de «una de tus ecuaciones del Newton Negro»; en otras, hicieron que el grupo cambiara de dirección bruscamente, y durante largo rato caminaron y caminaron sin cesar por la periferia de un cuadrado. Pero Shandy había advertido que, sin importar la dirección que en apariencia tomaran, la luna nunca abandonaba una determinada posición encima de su hombro izquierdo. Se estremeció y olvidó toda intención de hacer cualquier comentario en tono sarcástico.

La antorcha que Hurwood había clavado en la arena resultaba siempre visible, ante ellos, a un lado o detrás, pero cada vez que Shandy la miraba se hallaba más lejos. La Fuente misma parecía difícil de enfocar con los ojos, de manera que no percibía ningún cambio en la distancia a la que parecía encontrarse, pero sí advirtió que las dos estructuras semejantes a puentes estaban ahora un poco más juntas.

Entonces notó la presencia de las multitudes. Al principio creyó que eran bancos de niebla baja o extensiones de agua, pero cuando se fijó bien en las desiguales líneas grises del horizonte, comprendió que se trataba de miles de figuras, figuras que corrían en silencio de un lado a otro, agitando los brazos sobre la cabeza como un campo sembrado de hierbas mecidas por un viento nocturno.

—Nunca habría creído — dijo Hurwood en voz baja, interrumpiendo sus cálculos para mirar hacia las muchedumbres lejanas — que la muerte hubiera destruido a tantos.

«El Inferno — pensó Shandy -. Canto tercero, si no me equivoco. ¿Y a quién le importa en este momento?»

Los puentes estaban muy juntos ahora, y el cielo clareaba en una dirección que quizá fuera el este. Las líneas luminosas de Hurwood se hacían menos visibles sobre la arena – que, bajo el tenue brillo del amanecer, cobraba un tono rojizo -, y Hurwood y Friend trabajaban más deprisa. Las formas que ascendían y caían sobre el centro del pozo empezaban a perder su color y a tornarse grisáceas, y ahora parecían mucho más semejantes a nubes de rocío que a oleadas de fuego. Con la proximidad del nuevo día, el silencio absoluto resultaba aún más escalofriante. No se oían aves ni insectos, y las multitudes inquietas y la Fuente no emitían ningún ruido audible. El aire había refrescado bastante desde que salieran de la selva, aunque tenía los pies caldeados por los clavos de hierro de las botas, y le resultaba sencillo mantener calientes las manos con sólo acercarlas a la humeante funda de su cuchillo.

Estaba mirando hacia atrás, al punto lejano que era la antorcha, y tropezó contra Hurwood cuando el grupo se detuvo de golpe.

Ahora sólo había un puente, y se hallaban justo frente a él. Debía de medir un metro ochenta de ancho y estaba pavimentado con piedras grandes, planas. Los pretils les llegaban a la altura del hombro. Aunque, vistos desde lejos, los puentes habían parecido describir un arco empinado por encima del borde del pozo, desde donde se encontraba Shandy ahora sólo presentaba una pendiente muy suave, a medida que se estrechaba con la distancia y desaparecía entre las cambiantes nubes que cubrían la Fuente. Pese a la ubicación ultraterrena, Shandy pensó que no era la primera vez que veía aquel puente.

–Después de ti – dijo Hurwood a Barbanegra.

El gigantesco pirata, cuyo cinturón y botas humeaban y chispeaban como las mechas de su melena, según advirtió Shandy, se dirigió hacia el puente... ..y pareció explotar. Temblorosas nubes grises brotaron de su boca, nariz y ojos, y salieron disparadas en todas direcciones; su ropa se hinchó y se sacudió como las olas en un mar agitado. Las manos le temblaban impotentes mientras las cosas grises salían apresuradamente de sus mangas, pero en medio de las terribles detonaciones, Barbanegra rugió y consiguió darse la vuelta. – ¡Quédate ahí! – gritó Hurwood -. ¡No salgas del puente! ¡Son los espíritus, que te abandonan!

El éxodo empezaba a decrecer, pero Barbanegra no dejó de saltar. Tenía el cinturón y los zapatos en llamas, y agarró el puño humeante de su

machete. Desenvainó la hoja al rojo vivo y la apretó contra el cinturón, quemando al instante el cuero. Arrojó el machete a la arena, se liberó de la hebilla con manos temblorosas y la lanzó junto con el arma.

Luego se sentó y se quitó las botas. Dirigió una sonrisa a Hurwood al tiempo que se levantaba.

–Ahora podéis tirar todo el hierro – dijo.

«Quien entre ahí», pensó Shandy.

–Ya puedes bajar, no tienes más que esperarnos a Leo y a mí aquí, con los otros – dijo Hurwood -. Tus espíritus se han marchado y aún queda mucha hierba negra...; cuando recuperemos las otras dos antorchas y las encendamos también, no habrá peligro de que te vuelvan a infestar en el camino de salida de la selva. Hemos cumplido lo acordado. Leo y yo volveremos enseguida para llevaros de vuelta al lugar donde esta zona se une con el mundo que conocéis.

Shandy suspiró de alivio, y ya empezaba a mirar a su alrededor en busca de un lugar donde sentarse, cuando vio que Friend no hacía ningún movimiento por dejar en el suelo a Beth Hurwood. – ¿Q-quié...? – tartamudeó -. ¿Quién va con vosotros y quién se queda aquí?

–Iremos Leo, la chica y yo – replicó Hurwood, impaciente, dejando la lámpara sobre la arena.

Se quitó el cinturón y los zapatos; y luego, en una parodia de intimidad tan involuntaria como grotesca, se arrodilló ante Friend y desabrochó con su única mano la ornamentada hebilla del cinturón del médico. Evidentemente, los zapatos enlodados de Friend no contenían nada de hierro.

–Yo también voy – anunció Barbanegra sin bajar del puente -. No luché por venir aquí, hace dos años, sólo para coger una plaga de espíritus.

Miró más allá de Hurwood y, un momento más tarde, Stede Bonnett y el barquero se adelantaron unos pasos. Bonnett empezó a desabrocharse el cinturón y a quitarse los zapatos, pero la ropa del barquero iba cosida y andaba descalzo.

–Ellos también vienen – dijo el pirata.

El rostro de Davies era mucho más enjuto y arrugado que en el momento en que abandonaron las hogueras junto a la orilla, pero había una especie de humorismo en sus ojos cuando dio un paso al frente y se agachó para desatarse las botas.

«No – pensó Shandy casi con tranquilidad -. No pueden esperar eso de mí. Ya he salido de la realidad... y, desde luego, no pienso seguir avanzando por esta calle. ¡Ninguno de ellos volverá, tendré que averiguar cómo funciona la linterna mágica de Hurwood para encontrar el camino de salida de esta maldita selva! ¿Por qué habré venido? ¿Por qué salí de Inglaterra?»

Descubrió que, implícitamente, confiaba en la existencia de un camino de salida..., y enrojeció al comprender que era un axioma de los tiempos de su infancia más temprana: la convicción de que si lloraba lo bastante fuerte durante el tiempo necesario, alguien le llevaría a casa. ¿Qué derecho tenía aquella gente a ponerle en una situación tan humillante?

Miró a Beth Hurwood, sobre los hombros de Friend. La joven seguía inconsciente, y su rostro, aunque desgarradoramente hermoso para él, estaba tenso y demacrado por los recientes horrores..., el rostro de una inocencia de la que se había abusado. ¿No sería..., no sería más piadoso... dejarla morir ahora, inconsciente, aún no destrozada por completo?

Mientras seguía dudando, captó la mirada en los ojos de Leo Friend. Friend le observaba con confianza despectiva, y pasó la regordeta mano por el muslo de Beth.

En aquel momento, Hurwood empezó a canturrear de una manera reconfortante y se puso a cuatro patas. Murmuró algunas palabras cariñosas y luego, con tanta suavidad como fuerza, se tendió de bruces sobre la arena. Todavía canturreando, empezó a agitarse allí con un ritmo pesado.

Leo Friend enrojeció, furioso, y apartó la mano de la pierna de Beth. – ¡Señor Hurwood! – chilló.

Sin detenerse, Hurwood dejó escapar una sonrisa indulgente.

–Parece que estos ataques se le pasan en poco tiempo – dijo Barbanegra -.

Esperaremos a que acabe éste antes de ponernos en marcha.

«¿Es que estáis todos locos? – pensó Shandy -. Hurwood era la única oportunidad, y condenadamente pequeña ya que lo mencionamos, de que alguien vuelva a cruzar este puente con vida, y ahora está más loco que el viejo gobernador Sawney. No existe la menor posibilidad de sobrevivir para quien siga adelante, y no quiero quedarme eternamente entre las silenciosas regiones grises de este horizonte antinatural. Jack Shandy esperará aquí mismo hasta que oscurezca. Y si ninguno de estos malditos idiotas ha

vuelto, utilizaré como sea la lámpara de Hurwood para volver a la antorcha, a la selva, a los botes y a la orilla. Sin duda llegaré a lamentar esta cobardía, pero al menos podré tumbarme al sol para beber mientras lo estoy lamentando.»

Shandy retrocedió un paso para alejarse del puente, y se sentó. Había intentado esquivar las miradas de los demás pero, al pasear los ojos en busca de la lámpara de Hurwood, alzó la vista y descubrió que Davies le miraba directamente.

El viejo pirata flaco le sonreía, a todas luces complacido.

Shandy le devolvió la sonrisa, aliviado al ver que Davies le comprendía..., hasta que se dio cuenta de que el pirata creía que se había sentado para quitarse las botas.

De repente, reconoció con tristeza que no podía quedarse allí sentado. Aquello era estúpido, tan estúpido como el que su padre esgrimiera una navajita de tallar contra una banda de matones en Nantes, o que el capitán Chaworth blandiera una espada que no sabía manejar contra el jefe pirata armado con una pistola; pero quizá, al igual que a ellos, le habían quitado todas las demás alternativas. Se despojó de las botas y volvió a levantarse.

Para cuando Friend apartó los ojos de la figura ridículamente sacudida de Benjamin Hurwood, las botas y el cuchillo de Shandy yacían abandonados en la arena, y el joven estaba de pie ante él. – ¿Qué pasa? – preguntó Shandy al grueso médico. La voz le temblaba un poco -. ¿No te puedes propasar con una chica a menos que esté dormida?

El rostro de Friend enrojeció todavía más.

–N-n-n-no digas ton-ton-ton..., n-no...

–Creo que intenta decir «No digas tonterías, Jack» – aportó Davies, servicial. – ¿De verdad? – inquirió Shandy, con la voz todavía algo incontrolada -. Yo pensaba que intentaba decir: «Sí, porque ésas eran las únicas ocasiones en que hasta mi madre no se reía sólo con verme».

Friend empezó a chillar y a tartamudear en un tono extrañamente infantil; luego, la sangre le brotó de la nariz, y las brillantes gotas rojas mancharon la pechera de su camisa, empapándosela y dibujando manchas borrosas en forma de cruz. Las rodillas le temblaron y, por un momento, Shandy pensó que el médico estaba también a punto de desmayarse, quizá incluso de morir.

Después, Friend se irguió, respiró hondo y, sin mirar a Shandy, se acomodó mejor el peso de Beth para subir por el puente.

Hurwood rodó por fin sobre sí mismo y sonrió, contemplando fijamente al cielo durante unos momentos. Parpadeó, miró a su alrededor y se puso en pie. Caminó también hacia el puente.

—Friend y yo iremos delante — fue todo lo que dijo.

Shandy y Davies los siguieron por las losas del puente, y luego, Bonnett y el barquero dejaron la arena para pisar sobre la pulida superficie.

Al instante, el barquero se derrumbó en un montón de ropas. Shandy lo miró más de cerca y descubrió que aquellas ropas era todo lo que quedaba sobre las losas..., no había cadáver alguno.

Hurwood advirtió el fenómeno y arqueó una ceja. — ¿Tu criado era un muerto?

—Bueno..., sí — respondió Barbanegra.

—Ah. — Hurwood se encogió de hombros -. Era de esperar..., polvo al polvo, ya sabes.

Les dio la espalda y echó a andar.

13

Durante un buen rato caminaron sin hablar. Sólo se oían los sonidos de las pisadas, apenas como golpes sin eco. Tanto para distraerse como para satisfacer su curiosidad, Shandy empezó a contar mentalmente los pasos. Llevaba ya más de dos mil cuando la luz empezó a amortiguarse de nuevo. Descubrió que no tenía ni idea de cuánto había durado el amanecer.

Parecían atravesar zonas alternadas de luces y sombras. Por un momento, a Shandy le pareció captar el olor del incienso. Hurwood empezó a caminar todavía más despacio, y Shandy le miró.

Caminaban por el centro del pasillo de una iglesia. Por alguna razón, Hurwood vestía una chaqueta larga formal, y tenía el pelo largo, castaño, cuidadosamente rizado..., aunque el resto de los que componían la procesión llevaban aún ropas manchadas de barro, desgarradas y quemadas, como cuando estaban en la selva. Hurwood apoyaba una mano sobre la caja de madera que se mecía a su lado, mientras que la otra le colgaba a lo largo del costado al caminar.

«Ha recuperado la otra mano», advirtió Shandy con una naturalidad onírica.

Miró hacia delante, hacia el altar. Una especie de sacerdote sonreía a aquella desastrada congregación que se aproximaba, pero el monaguillo del reclinatorio más alejado les miraba con mucho más pavor del que podía provocar su andrajosa apariencia.

Nervioso, Shandy se miró a sí mismo... .. Y sólo vio el puente, y la llanura mucho más allá, envuelta ahora en las sombras del ocaso. Volvió la vista hacia la escena de la iglesia, pero ya se desvanecía. Captó por última vez el olor del incienso, y luego el puente volvió a ser el puente.

«¿Qué ha sido eso? – se preguntó -. ¿He echado un vistazo a la muerte, a los recuerdos de Hurwood? ¿Lo habrán visto también Davies y Barbanegra, o sólo yo, porque ha dado la casualidad de que le estaba mirando mientras él lo proyectaba?»

Había manchas de sangre en las losas del suelo que se extendían ante ellos, y cuando Shandy llegó hasta allí, se dio cuenta de que las gotas y charcos correspondían a la huella de dos personas que habían pasado arrastrándose. Se detuvo por un momento para rozar uno de los charcos estrellados... La sangre aún estaba fresca. Por algún motivo, eso intranquilizó profundamente a Shandy, aunque tuvo que admitir que era una intranquilidad secundaria, comparada con la producida por sucesos más recientes. No había figuras visibles ante ellos, ni caminando ni arrastrándose, pero Shandy siguió mirando en aquella dirección casi con miedo.

Hasta entonces el aire no había sido particularmente fresco, pero ahora parecía rancio.

Shandy olió a coliflor hervida y a sábanas sin ventilar. Examinó uno a uno a sus compañeros. Al mirar a Friend, una escena pareció enfocarse en torno al médico. El hombre gordo era más joven, un niño, y aunque avanzaba a la velocidad de Shandy y los demás, estaba tendido en una cama. El chico miraba hacia arriba, y Shandy siguió la dirección de sus ojos, sólo para sobresaltarse al ver las vagas formas femeninas, con una lencería diáfana, que se contorneaban despacio sobre ellos. Había en ellas un erotismo ingenuamente exagerado, como las rudas imágenes de mujeres desnudas que un niño podría dibujar en una pared, pero... ¿por qué tenían todas el pelo gris?

La imagen se disolvió en un relámpago de blancura y el puente fue visible bajo sus pies, junto con los pretils, que iban quedando atrás otra

vez. El pie de Shandy patinó sobre algo que parecía un guijarro..., pero él supo que era un diente. Y la certeza empeoró su intranquilidad.

Luego hubo arenas profundas bajo él, y el rostro de Davies apareció iluminado por la luz del fuego. Sus mejillas estaban más llenas, su pelo era más oscuro, y vestía los restos andrajosos de una chaqueta de oficial de la Armada Real. Shandy miró a su alrededor y descubrió que caminaban por la playa de la isla de Nueva Providencia. La isla del Puerco resultaba apenas visible a su derecha, al otro lado de las aguas portuarias iluminadas por las estrellas, y las hogueras donde los piratas cocinaban salpicaban la ladera arenosa a su izquierda. Pero había menos hogueras, y menos naves en el puerto, y un par de barcos destrozados por las tempestades, que Shandy recordaba haber visto en la arena, no se hallaban allí ahora. El joven no oía la conversación, pero Davies estaba hablando con Barbanegra; y aunque el primero reía y meneaba la cabeza con gesto desdeñoso, Shandy pensó que parecía molesto..., incluso asustado. Al parecer, Barbanegra le hacía una oferta, le lisonjeaba, y Davies no parecía tanto rechazarla como dudar de su autenticidad. Por último, Barbanegra suspiró, retrocedió, hizo un gesto para abrazarse a sí mismo y señaló la arena. Shandy captó el olor a metal caliente. Entonces, la arena se onduló y alzó, como si todos los granos sufrieran un repentino ataque de apoplejía, y de ella empezaron a brotar huesos blancos, que rodaron hasta formar un montón. El montón vibró, tembló y se estremeció antes de asentarse, y Shandy vio que era un esqueleto humano en postura acucillada. Mientras Davies lo observaba, con su media sonrisa transformada ahora en un rictus de tensión, el esqueleto se irguió y le miró. Barbanegra dijo algo, y el esqueleto se arrodilló sobre una rótula al tiempo que agachaba el cráneo.

Entonces, el corpulento pirata hizo un gesto de despedida, momento en el cual el esqueleto se desmoronó y volvió a ser un montón de huesos viejos dispersos, y Barbanegra siguió con su solicitud. Davies aún no respondía, pero su aire de escepticismo divertido había desaparecido.

Shandy caminó de nuevo sobre las losas manchadas de sangre fresca. – ¿Estamos ya más cerca de ese maldito lugar? – quiso saber.

Mientras lo preguntaba, temía que su voz traicionara el miedo creciente que sentía, pero el aire estancado del lugar amortiguó sus palabras y apenas pudo oírlas él mismo.

Siguieron andando. A Shandy le pareció oír en un par de ocasiones sonidos ahogados y sollozos entrecortados ante ellos en el puente, pero estaba demasiado oscuro para ver nada con claridad.

El aire parecía pesado, como un jarabe tan espeso que un solo grano más de azúcar lo haría cristalizar. Y aunque le aterraba hacerlo, Shandy no pudo evitar volverse para mirar a Barbanegra... y, por un momento, Shandy dejó de ser Shandy.

Era un muchacho de quince años, conocido entre los negros forajidos de la montaña como Johnny Con. Sin embargo, desde que utilizara indebidamente algunos hechizos del hungan al que había servido, ya no era un ayudante adecuado para ningún sacerdote vodun respetable. Ya no tenía derecho – ni siquiera ganas – a ser llamado adjanikan. Su nombre auténtico, su nombre de adulto, era Ed Thatch, y dentro de tres días se le permitiría utilizarlo.

Hoy iba a ser el primer día de su iniciación con el loa que se convertiría en su guía a lo largo de su vida, y cuyos objetivos compartiría desde entonces. Los marrons negros que le habían criado desde niño, le habían escoltado aquella mañana en su bajada de las montañas azules hasta la casa de Jean Petro, un mago legendario que tenía más de cien años, del que se decía que había hecho muchos loas y que había de vivir en una casa elevada sobre pilares porque la tierra se volvía estéril tras su proximidad prolongada.

Comparado con Petro, cualquier otro bocor del Caribe era un simple caplata, un hechicero de segunda.

Los marrons eran esclavos evadidos que, tras vivir originariamente en Senegal, Dahomey y los países de la costa del Congo, no tuvieron dificultades en adaptarse a la vida en las selvas montañosas de Jamaica. Los colonos blancos quedaron tan amilanados ante aquella población despiadada y peligrosa, que pagaron a los negros un tributo a cambio de que respetaran las granjas y poblaciones de las afueras. Pero hasta los marrons se negaban a – acercarse a menos de un kilómetro de la casa donde vivía Jean Petro, y el chico bajó solo por el largo sendero que llevaba al jardín, a los corrales y, por último, a la casa elevada sobre pilares.

Un arroyo discurría tras la casa, y allí fue donde encontró al anciano... Thatch vio sus piernas desnudas, oscuras y nudosas como un bastón hecho con madera de endrino. Por supuesto el chico iba descalzo, e hizo un gesto

de «Guardad silencio» a las gallinas que picoteaban bajo la casa, antes de atravesar tan sigilosamente el polvoriento patio delantero como las partículas suspendidas que brillaban a la luz del sol. Al doblar la esquina de la casa, vio que el viejo Petro caminaba por la orilla del riachuelo, deteniéndose aquí y allá para sacar del agua una botella tras otra, examinar el contenido a través del cristal, tamborilear con las largas uñas, acercársela al oído, y luego menear la cabeza para depositarla de nuevo en el agua y coger otra.

Thatch le observó mientras seguía haciéndolo y, por fin, el rostro del viejo bocor se iluminó con una sonrisa al escuchar una de las botellas, y volvió a tamborilear las uñas contra ella. Luego se limitó a quedarse allí, de pie, repitiendo los gestos como un prisionero confinado en una mazmorra, cuyas llamadas a través de las paredes hubieran obtenido por último una respuesta, aunque fuese remota.

—Sin duda es nuestro muchacho — dijo con voz cascada de anciano -. Gede, el loa que..., que es capataz jefe, más o menos, del que te quiere.

Thatch comprendió que el viejo era consciente de su presencia, que estaba hablando con él. — ¿Que me quiere? — dijo, aunque sin moverse de donde estaba -. Fui yo quien le eligió a él.

El anciano dejó escapar una risita.

—Bueno, de cualquier manera, ése no está en el arroyo, y necesitamos a Gede para que le llame. Por supuesto, incluso Gede está aquí sólo simbólicamente. Lo que hay en esta jarra no es más que una parte de él, algo así como su ombligo..., lo justo para obligarle. — Petro se dio la vuelta y se encaminó hacia el patio donde aguardaba Thatch -.

Los muertos se hacen más poderosos con el paso del tiempo, ¿sabes, chico? Lo que para tu abuelo no era más que un espíritu inquieto, para tus nietos puede ser un loa de primera. Yo he aprendido a doblegarlos, a entrenarlos para que vayan en ciertas direcciones, como se podría hacer con una enredadera. El agricultor siembra una semilla en la tierra y un día obtiene un árbol... Yo pongo un espíritu en una botella sumergida en agua corriente y un día obtengo un loa. — Sonrió, mostrando unos cuantos dientes en unas encías muy blancas, y agitó la botella en dirección al arroyo -. He criado a casi una docena que ya están maduros. No tienen la calidad de los loas Roda, los que cruzaron con nosotros el océano cuando vinimos de Guinea, pero puedo educarlos para que encajen con lo que necesito.

Las gallinas refugiadas en la sombra, bajo la casa, se estaban recuperando del gesto de Thatch, y empezaron a cloquear y a sacudir las alas. Petro parpadeó y volvieron a guardar silencio.

–Por supuesto – siguió -, el que te quiere (o el que tú quieres, si te gusta más), el viejo barón Samedi, es otra cosa. – Meneó la cabeza y entrecerró los ojos en un gesto que tal vez fuera de asombro -. En algunas ocasiones, no más de dos o tres veces en toda mi vida, creo haber hecho por accidente uno que era demasiado parecido a..., a otro que ya existía, que ya estaba ahí fuera, y la semejanza era excesiva como para que conservaran su individualidad. Así que, de repente, tuve en la botella algo que no cabía en ella..., ni siquiera simbólicamente. Mi maldita casa estuvo a punto de derrumbarse cuando el barón Samedi se hizo demasiado grande. La botella explotó como una bomba, derribó árboles en todas direcciones y el arroyo tardó una hora en volver a llenarse. Aún hay un pozo muy ancho y profundo ahí. En la orilla nunca crecerá nada, y todas las primaveras tengo que sacar montones de renacuajos muertos.

El joven Thatch miró la botella con indignación.

–Entonces, ¿lo que tienes en esa botella de cerveza no es más que un criado del barón Samedi?

–Más o menos. Pero Gede es un loa de primera... Sólo es el número dos por la importancia del barón. Y a Gede hay que invitarlo como a cualquier otro loa, y luego convencerle, mediante los ritos que él exija, de que haga lo que le pedimos. Ahora, tengo para ti las sábanas de la cama en que murió un malvado y una túnica negra. Hoy es sábado, el día sagrado de Gede. Asaremos un pollo y una cabra para él, y tengo un barrilito de clairin..., de ron..., porque a Gede le gusta mucho. Haremos...

–No he bajado de las montañas para tratar con el criado del barón Samedi.

Jean Petro sonrió ampliamente. – ¡Ohhh! – Tendió la botella hacia el chico -. Bueno, ¿por qué no se lo dices a él? No tienes más que alzar la botella para examinarla a contraluz y mirar hasta que le veas..., luego podrás explicarle tus valoraciones sociales.

Thatch nunca se había enfrentado directamente con un loa, pero intentó aparentar seguridad en sí mismo mientras cogía la botella con desprecio.

–Muy bien, parodia de espíritu – dijo, alzándola hacia el sol -, ¡muéstrate!

Su voz era despectiva, pero tenía la boca seca y el corazón le palpitaba a toda velocidad en el pecho.

Al principio sólo vio tachas borrosas en el cristal mal soplado, pero descubrió un movimiento y se concentró en él... y, por un momento, le pareció que la botella contenía un pollo desplumado, nadando con alas y patas deformes en un fluido nebuloso.

Luego oyó una voz chillona en su cabeza, balbuceando en un mal francés. Thatch sólo lo entendió en parte, lo justo para deducir que el que hablaba no sólo estaba pidiendo pollo y ron, sino asegurando que tenía todo el derecho a esas cosas – y también a todos los dulces que le apetecieran -, y amenazando con castigos terribles si alguna formalidad en su ceremonia de invitación no se llevaba a cabo con la mayor pompa, grandeza y respeto. Y que no quería oír risas. Al mismo tiempo, Thatch tuvo la impresión de una gran edad y de un poder que había crecido... y por el que se había pagado un precio tan alto que sólo perduraba un fragmento de la personalidad original, como una chimenea aún de pie en el centro de una casa en llamas. La irritabilidad senil y el poder aterrador no eran cualidades contradictorias, descubrió Thatch...; de alguna manera, cada una era producto de la otra.

Entonces, lo que hubiera en la botella advirtió su presencia. La perorata cesó, y Thatch sintió como el hablante miraba a su alrededor, confuso. El muchacho se imaginó a un rey muy viejo, sorprendido cuando creía encontrarse solo, arreglándose con premura los ropajes y peinándose los escasos cabellos para disimular la calvicie.

Evidentemente, Gede recordó en aquel momento las palabras de Thatch, porque la voz volvió a resonar en la mente del chico. Y ahora rugía. – ¿Parodia de espíritu? ¿Criado? – aulló Gede.

La cabeza de Thatch recibió un golpe de algo invisible, y de pronto tuvo la nariz y la boca llenas de sangre. Retrocedió un par de pasos y trató de tirar la botella, pero se le pegó a la palma de la mano.

–Te llamas Thatch, ¿eh?

La voz retumbó en el cráneo del chico. El vientre de Thatch implosionó visiblemente. La sangre manó de su nariz cuando cayó sentado. Un momento más tarde, toda su ropa empezó a arder. El chico se lanzó rodando hacia el arroyo y, aunque por el camino se estremeció bajo el impacto de un par de patadas invisibles, consiguió llegar al agua.

–Le diré al barón – prometió la voz en su cabeza, mientras él se sacudía, incapaz de librarse de la botella – que te dé el trato especial.

Thatch consiguió recuperar el equilibrio, se arrastró hacia la orilla y se sentó. Tenía el pelo chamuscado hasta el cuero cabelludo, y sus ropas parecían cortinajes rescatados de los restos de una casa incendiada. La sangre le goteaba por el antebrazo desde la mano con que asía la botella, pero no temblaba cuando la alzó contra el sol y sonrió mirando el cristal.

–Hazlo, patético arenque en salmuera – susurró.

La luz se hizo más tenue. De repente volvió a estar erguido, seco y caminando, y era de nuevo Jack Shandy. Las salpicaduras de sangre sobre las losas del puente eran cada vez menos frecuentes (quizá los heridos reptantes habían vendado sus lesiones). Pero cuando se agachó para tocar una de las manchas húmedas, retrocedió horrorizado.

Todavía estaba tibia. De nuevo oyó el jadeo ante ellos, esta vez más alto.

Alzó la vista, y al momento supo por qué el puente le había parecido familiar. Allí estaban los dos heridos que se arrastraban, aunque casi habían conseguido ponerse en pie. El pelo blanco de uno tenía manchas oscuras, y la otra figura, más juvenil y esbelta, trataba de avanzar sin rozar el suelo con la mano derecha, cuyos dedos parecían torcidos, hinchados y negros. Las luces de Nantes parpadeaban, y Shandy supo que ningún viajero amable vería a los heridos, sino que tendrían que arrastrarse todo el camino de vuelta hasta sus habitaciones, donde les aguardaban unas camas incómodas y las siempre presentes marionetas.

Shandy echó a correr y se cruzó en el camino de su padre. Uno de los ojos del anciano quedaba oculto bajo la sangre seca, manchada de tierra, y supo que lo iba a perder. El rostro de su padre estaba tenso por el esfuerzo, y el aliento brotaba como jadeos siseantes entre las dos hileras de dientes apretados. – ¡Papá! – dijo Shandy apresuradamente, mientras el rostro destrozado del hombre se acercaba más -. ¡Papá, has heredado mucho dinero! ¡Tu padre ha muerto y te ha dejado sus propiedades! ¡Ponte en contacto con las autoridades de Haití, en Puerto Príncipe!

El viejo François Chandagnac no le oyó. Shandy intentó transmitirle su mensaje dos veces más, pero al fin se rindió y se dirigió al otro herido, el John Chandagnac de los veintiún años.

—John — dijo Shandy, colocándose ante su joven yo -, escucha, ¡no abandones a tu padre! Llévalo contigo. ¡Tómate la molestia..., maldito muñequito de madera!

Se atragantaba, las lágrimas corrían por su rostro, más viejo y barbudo, como para imitar los regueros de sangre del más joven. — ¡No puede seguir solo, pero no lo admitirá! No le dejes, es todo lo que tienes en el mundo, y te quiere, y va a morir solo, de frío y de hambre, pensando en ti, mientras tú estás cómodamente instalado en Inglaterra sin pensar en él...

La figura que se arrastraba no advirtió la presencia. Shandy, ya de rodillas, agachó la cabeza hasta las losas y sollozó, mientras la imagen de su yo más joven pasaba a través de él, tan insustancial como una sombra.

Una mano le sacudía por el hombro. Alzó la vista. El rostro demacrado de Davies le sonreía, no sin cierta compasión.

—No puedes derrumbarte ahora, Jack — dijo el viejo pirata. Señaló más allá de Shandy con un gesto de la cabeza -. Es allí.

El puente había desaparecido, y Shandy se preguntó con retraso si los demás habrían llegado a verlo. ¿O quizá Hurwood, por ejemplo, lo había percibido como una caminata por el pasillo increíblemente largo de una iglesia? Ahora estaban en una pendiente embarrada, mirando hacia abajo, y Shandy sentía una humedad fría que se filtraba por las rodillas de sus pantalones.

Miró a su alrededor con la vista un poco extraviada, recuperando el pánico anterior, porque algo iba muy mal, algo desorientador..., pero no vio nada que justificara esa sensación. La pendiente embarrada se perdía de vista a ambos lados y, entrecerrando los ojos para ver mejor a la escasa luz, observó que los bordes parecían trazar una curva extraña y juntarse de nuevo a cierta distancia. En realidad, se encontraban en un pozo con paredes en forma de laderas, y el agua borboteaba y salpicaba a lo lejos, en el fondo.

El cielo era un tapiz de nubes escalofrantes que se movían con rapidez iluminadas desde arriba, presumiblemente por la luna. Miró a sus siete compañeros para ver si compartían su intranquilidad. Era difícil saberlo. Beth había recuperado la conciencia – Shandy se preguntó en qué momento –, pero no hacía más que parpadear aturdida, y el rostro de Bonnett era tan inexpresivo como el de un cadáver embalsamado.

–Vamos – dijo Hurwood.

Todos echaron a andar hacia abajo. Aunque resbaló varias veces y patinó en el lodo, Shandy se descubrió preocupado por la solidez de la tierra. Pese a las nubes del cielo, tenía una terrible sensación de claustrofobia.

Entonces se dio cuenta... ¿Siete compañeros? ¡Solo debería haber seis! Se rezagó un poco e identificó a las figuras jadeantes que caminaban más abajo: Barbanegra, Davies, Bonnett, Beth, Friend, Hurwood... y nadie más. Eran seis. Shandy se apresuró a volver con ellos y, sólo para tranquilizarse, contó las siluetas... Otra vez le salieron siete.

También había un olor como a agua estancada y cañerías viejas. Una noche de olores terribles, reflexionó. La idea le recordó algo, y se dirigió hacia Davies.

–Hablando de olores desagradables – murmuró Shandy –, creía que no se podía practicar magia de resurrección en tierra firme.

–Echas de menos el olor a hierro caliente, ¿eh? – inquirió el pirata en voz baja -. No, Jack, no van a hacer esa clase de magia aquí. Sólo han venido para... adaptar sus almas y así poder hacerla más adelante, en el mar. – La ladera se convertía en llanura, y pudieron caminar erguidos sin temor a caer -. No – continuó Davies -, aquí no podrían hacerlo ni en broma... ¿Has sentido alguna vez un terreno tan sólido? Hace que todo lo demás parezca... una gran almadía.

Eso era lo que le había estado preocupando, comprendió Shandy. En aquel lugar no se tenía la menor sensación de movimiento. Nunca se le había ocurrido que un lugar en tierra firme pudiera parecer en movimiento, excepto durante un terremoto; antes, se habría reído de cualquiera que afirmase sentir el desplazamiento del planeta Tierra por el espacio. Pero ahora le parecía como si siempre hubiera sido consciente de ello en su interior, aunque de una manera tan irreflexiva como un pez es consciente del agua.

«Copérnico, Galileo y Newton considerarían este lugar aún más desconcertante», pensó.

Todos habían llegado a la zona horizontal, excepto Bonnett, que bajaba lentamente, a trompicones, sentado en la ladera. – ¿Cuántos somos? – preguntó Shandy a Davies. – ¿Por qué lo...? Siete – respondió el pirata.

–Cuenta.

Davies lo hizo y dejó escapar una maldición, alarmado.

–Bonnett, Thatch y tú – dijo rápidamente para sí mismo -. Y los tres del Viejo Mundo, y yo. Siete. Uff, por un momento me pareció que éramos ocho.

Shandy meneó la cabeza con gesto infeliz.

–Si cuentas otra vez, deprisa, te saldrán ocho. Si lo haces despacio y nombrando a cada uno, serán siete.

Davies contó de nuevo, señalando con un dedo a cada silueta oscura, una vez deprisa y otra lentamente. Cuando acabó, escupió una obscenidad.

–Jack – dijo con la voz tensa por una repugnancia que a Shandy le pareció que ocultaba terror -, ¿tenemos los ojos embrujados? ¿Cómo puede haber entre nosotros un desconocido que sólo se esconde cuando contamos con cuidado?

Shandy ni siquiera trató de responder, porque había examinado la Fuente con más detenimiento. Ya se había dado cuenta de que el agua, pese

a ser lanzada a gran altura en el aire, era extrañamente espesa, más parecía caer con un golpe que con un chapoteo, y era el origen tanto de la tenue fosforescencia como del olor rancio. Pero ahora veía rostros en el líquido agitado..., cientos de rostros que se formaban uno tras otro, como si la Fuente fuera un espejo girando en el centro de una multitud. Cada rostro, que aparecía por un breve instante, estaba contorsionado por el miedo o la rabia. Pese a la repulsión que sentía, dio un paso para acercarse más... y entonces vio las cortinas cimbreadas de una luz ligeramente coloreada, como una aurora boreal, que parecían brotar por toda la extensión de la Fuente y se agitaban silenciosas muy arriba, ante la faz de las nubes. Al parecer, eran la fuerza que mantenía los nubarrones en movimiento.

Hurwood se situó al lado de Shandy. La respiración del viejo era rápida y agitada.

—Que nadie mire a su alrededor — ordenó -. Seguid con los ojos fijos donde los tengáis ahora. La cosa con la que necesitamos hablar quizá no aparezca si se le presta demasiada atención.

Shandy comprendió con un escalofrío que la cosa que Hurwood buscaba debía de ser la figura extra que tanto Davies como él habían contado.

Cerca, alguien susurró algo. Shandy pensó que Hurwood iba a exigir silencio, pero el hechicero manco empezó a responder en un idioma que el joven no había oído jamás, y se dio cuenta de que el susurro se había producido también en ese idioma, y no provenía de ninguno del grupo.

La voz desconocida habló de nuevo, con más firmeza pero todavía suavemente, y a Shandy le pareció que el que la emitía se hallaba justo a su lado. Estaba obedeciendo la orden de Hurwood y no había dejado de mirar hacia arriba, pero por el rabillo del ojo le parecía atisbar a alguien en la penumbra, junto a él. Davies se encontraba al otro lado... ¿sería el misterioso ser susurrante? ¿O tal vez Bonnett? ¿O incluso Beth? Shandy sentía la tentación de echar un vistazo.

La voz se interrumpió.

—Ojos al frente — recordó Hurwood a todos -. Si lo preferís, cerradlos, pero que nadie mire a su alrededor.

Volvió a hablar en el otro idioma, esta vez con voz más tensa. Cuando acabó, Leo Friend añadió una frase que era obviamente una pregunta.

La voz suave, ilocalizable, respondió con cierta extensión, y Shandy se preguntó cuánto tiempo podría seguir mirando al frente. La idea de cerrar los ojos en un lugar tan horriblemente inmóvil le provocaba escalofríos en el vientre, pero hasta el mantenerlos fijos empezaba a ser insoportable.

Por fin la voz se interrumpió, y al momento, tanto Hurwood como Friend se pusieron en marcha. Shandy se arriesgó a lanzar una mirada de soslayo en dirección a ellos. Corrían hacia la orilla del estanque que rodeaba la Fuente y, cuando llegaron allí, se metieron en el fluido viscoso y se agacharon entre las sombras para coger parte de él en las manos y beberlo ansiosamente. Luego vadearon de vuelta al terreno embarrado, y Hurwood habló de nuevo.

La respuesta que llegó pocos segundos más tarde fue muy débil, quizá porque la gente había cambiado el foco de sus miradas. La voz sólo pronunció unas cuantas sílabas.

Hurwood y Friend rebuscaron al instante en sus bolsillos. Hurwood sacó una navajita y Friend se quitó una horquilla de la peluca empolvada. Los dos se pincharon un dedo al mismo tiempo, y sacudieron la sangre sobre el lodo frío.

Las gotas de sangre sisearon al caer, y a Shandy le pareció como si dos manos en forma de garras salieran del barro. Pero, un momento después, todo dejó de moverse y advirtió que eran plantas..., cosas espinosas con aspecto de cactus, incongruentes en aquel paisaje yermo. También advirtió la presencia de una tercera planta más abajo, junto a la orilla, pero estaba marchita y parecía seca.

En aquel momento, Barbanegra echó a andar. Hurwood trató de detenerle, pero en dos largas zancadas el rey pirata estuvo metido en el estanque hasta los tobillos. Cogió parte del líquido y lo bebió, salió del agua, se mordió el dedo y sacudió unas gotas de sangre.

De nuevo tuvo lugar el siseo y la erupción en el lodo, y un segundo más tarde había brotado una nueva planta espinosa a pocos metros de las de Hurwood y Friend.

Los dos hechiceros le miraron con idéntica expresión de sorpresa y alarma en sus rostros; después, Hurwood se limitó a encogerse de hombros.

—No hay nada que hacer —murmuró.

El hombre manco habló de nuevo, y de nuevo recibió la respuesta de la voz débil, aunque a Shandy le pareció que ahora provenía del otro lado del

grupo, más allá de Davies.

–Maldición – bufó Hurwood cuando la voz se hubo detenido -. Ahora mismo no lo sabe.

Shandy vio que Friend se encogía de hombros.

–Podemos esperar un poco.

–Esperaremos hasta que lo sepa y me lo diga – replicó Hurwood con firmeza.

–Pero ¿de quién están hablando? – quiso saber Barbanegra.

–De la... personalidad a la que estábamos interrogando – dijo Hurwood -, aunque el pronombre «quién» quizá no sea apropiado. – Suspiró, al parecer por la inutilidad de intentar explicarlo, pero luego le dominaron sus instintos didácticos -. Las leyes mecánicas de Newton son perfectas para describir el mundo que conocemos: para cada acción hay una reacción igual pero opuesta, y un objeto con movimiento uniforme seguirá moviéndose de manera uniforme a menos que otra fuerza actúe sobre él... Pero si te concentras mucho en sucesos a una escala muy pequeña, si trabajas sobre ellos con la suficiente minuciosidad obsesiva e innecesaria para que te consideren un lunático de manicomio..., descubrirás que la descripción mecánica que dio Newton de la realidad es sólo correcta en su mayor parte. En pequeñas extensiones de espacio o tiempo hay un elemento de indecisión, una posposición de la definición, y la verdad es tan elusiva como un huevo poco hecho. En nuestro mundo normal no constituye un factor importante porque las... posibilidades, supongo que dirías tú..., son bastante consistentes de un lugar a otro, y se inclinan abrumadoramente a favor de Newton. Pero aquí se pierde la consistencia. Están polarizadas, aunque los valores netos siguen siendo los mismos. En este terreno no hay elasticidad, no hay inseguridad, y por eso flotan tantas cosas en el aire. Estábamos interrogando a una... tendencia hacia la personalidad. La semejanza de una conciencia.

Barbanegra bufó. – ¿Y qué idioma hablaba esa semejanza?

–El más antiguo – replicó Hurwood, imperturbable. – ¿Por eso es tan difícil de localizar esa cosa? – preguntó Shandy casi involuntariamente.

–Sí – asintió el viejo -, y no intentéis averiguar dónde está. Para este fenómeno, la palabra «dónde» es tan poco apropiada como «quién». Si la buscas, buscas un «qué» en un «dónde» y un «cuándo» concretos. Sobre esa base puedes encontrar muchas cosas, pero no darás con...

Terminó la frase con un gesto vago y un silbido tenue.

Durante todo un minuto, se quedaron de pie, tiritando en aquel valle frío y oscuro, mientras Hurwood repetía pacientemente una y otra vez cierta frase ininteligible. Shandy miró a su alrededor para ver cómo estaba Beth, pero Hurwood le ordenó con brusquedad que no desviara los ojos.

Por último, Barbanegra se cansó.

—Este retraso no formaba parte de nuestro trato.

—Muy bien — dijo Hurwood. Pronunció una vez más la extraña frase, y luego añadió -: Si quieres, vete. Buena suerte, espero que puedas volver a la selva.

Barbanegra lanzó un juramento, pero se quedó donde estaba.

—Tu cosa fantasma está buscando algo para ti, ¿no?

—No. Tarde o temprano volverá a manifestarse, pero ya no será una personalidad igual que antes. Aunque, al mismo tiempo, tampoco será una personalidad diferente. Los términos «igual» y «diferente» son demasiado específicos. Y no habrá «averiguado» lo que quiero saber. Sencillamente, esta vez lo sabrá. O, si no es esta vez, será otra. Es como esperar que salga un dos o un doce en el juego de dados.

Pasó más tiempo y, por fin, una de las pacientes llamadas de Hurwood obtuvo respuesta. El padre de Beth conversó con la voz durante un minuto o dos, y luego Shandy le oyó caminar pesadamente por el barro.

—Ya podéis mirar a donde queráis — dijo.

Shandy miró a Hurwood, y no le tranquilizó nada ver los ojos entrecerrados y las mandíbulas tensas del ex profesor de Oxford.

—Leo — dijo con voz seca -, sujeta a Elizabeth.

A Friend le encantó obedecer. Beth parecía todavía aturdida, pero Shandy advirtió que ahora tenía la respiración muy acelerada.

Hurwood se desató la caja de madera que le colgaba del cinturón. Aflojó la tapa de madera con los dientes y la dejó caer. Shandy no alcanzó a ver lo que había dentro.

Luego, Hurwood se dirigió hacia Beth y sostuvo la caja abierta bajo la mano derecha de la muchacha.

—Hazle un corte en la mano, Leo — ordenó el anciano.

Shandy se lanzó hacia ellos, pero antes de que pudiera llegar, Friend esgrimió la horquilla y, con los labios húmedos y los ojos entrecerrados, la clavó en el pulgar de Beth.

Aquello la sacó de su trance. Se sobresaltó y bajó la vista hacia el pulgar herido; luego miró la caja que su padre sostenía en la cual iban cayendo las gotas de sangre... Y lanzó un grito, retrocedió y fue a caer rodando por la pendiente embarrada.

Shandy corrió hacia ella y la alcanzó pocos metros más adelante. Le rodeó los hombros temblorosos con el brazo y la sacudió suavemente.

—Ya ha terminado todo, Beth — jadeó -. Tienes una herida en la mano, pero estamos vivos, y ahora vamos a volver. Lo peor ha... — ¡Es la cabeza de mi madre! — gritó Beth -. ¡Tiene la cabeza de mi madre en esa caja!

Shandy no pudo evitar volver la vista atrás, horrorizado. Hurwood estaba sentado en el lodo y volvía a tapar la caja con una expresión de satisfacción casi imbécil iluminando su viejo rostro, mientras Friend se limitaba a mirar a Beth con ojos hambrientos; aún tenía las manos en la misma posición que cuando había estado sujetándola... Pero Davies, y hasta el mismo Barbanegra, miraban al hombre manco con asombro y repugnancia.

Hurwood se puso en pie trabajosamente.

—Vamos — dijo -. Volvemos al mar.

Sentía una alegría tan tensa que apenas podía hablar.

Subieron la pendiente con paso cansado, y cuando el suelo volvió a estar horizontal, Shandy rodeó de nuevo a Beth con el brazo para ayudarla a caminar, aunque la chica ni siquiera pareció darse cuenta de su presencia.

El puente había desaparecido. Hurwood los guió por un polvoriento camino, que discurría entre brezales, bajo un cielo que amenazaba lluvia. Las montañas se alzaban a lo lejos, y cuando Shandy volvió la vista, vio un grupo de edificios viejos, casi completamente desprovistos de ventanas en sus paredes de piedra, rodeados por un muro. Podía tratarse de un monasterio o de un convento. Al examinarlo más atentamente, divisó una figura esbelta de pelo largo que estaba de pie sobre el muro.

No conseguía arrancar respuesta alguna de la joven que caminaba aturdida a su lado, pero todavía mirando hacia atrás, alzó la mano libre en gesto de saludo. La figura sobre el muro se lo devolvió... con agradecimiento, según le pareció.

Hurwood y Friend los guiaron de vuelta a la explanada de arena oscura, donde recuperaron las botas y cuchillos aún calientes. Luego, los dos hechiceros volvieron a usar la lámpara de ranuras para encontrar el camino de vuelta hasta la antorcha encendida que Hurwood había dejado clavada en la arena y regresar al mundo normal. La negra selva de Florida parecía ahora reconfortantemente mundana a los ojos de Shandy, e inhaló los olores del pantano, como un hombre que volviera a los prados aromáticos de su juventud.

Tras ayudar a Davies y a Bonnett, con su mirada vacía, a encender todas las antorchas y devolver los botes a aguas más profundas, cogió a Beth del brazo y la ayudó a avanzar por el terreno pantanoso hacia la embarcación que Davies y él habían ocupado antes.

–Vendrás con nosotros – dijo firmemente.

Hurwood lo oyó y respondió de manera apasionada. Durante un par de segundos, de su boca sólo salieron sonidos infantiles y caóticos. Se dio cuenta, cerró los ojos para concentrarse y empezó de nuevo.

–Ella... se queda... conmigo – dijo a Shandy.

La insistencia de Hurwood le alarmó, porque creía conocer su plan, pero ahora le parecía que implicaba muchas cosas más. – ¿Por qué? – preguntó con cautela -. Ya no la necesitas para nada.

–Te equivocas, chico – se atragantó Hurwood -. Aún queda mucho por hacer. Margaret se queda con..., quiero decir..., ella..., la chica se queda conmigo.

–E-exacto – intervino Friend, sacando el labio inferior -. N-n-nosotros n-nos e-e-en...

Abandonó su intento de hablar y señaló con la cabeza en dirección al bote en el que ya estaba sentado Bonnett.

De repente, a Shandy se le ocurrió en qué podía consistir el plan de Hurwood..., y en cuanto lo pensó, tuvo que asegurarse. No le importaba lo más mínimo asustar al viejo, y Beth apenas parecía consciente de dónde se encontraba, así que acercó el cuchillo caliente contra la garganta de la joven, cubriendo la mayor parte del mango para que su padre no viera que la estaba amenazando con el lado romo de la hoja.

La expresión triunfal se borró del rostro de Hurwood al instante, para ser sustituida por otra de pánico absoluto. Cayó de rodillas en uno de los

charcos aceitosos, y tanto él como Friend graznaron sin conseguir articular palabra.

Aquello confirmaba sus temores. Shandy sonrió a la temblorosa pareja.
–Entonces, arreglado.

Caminó cautelosamente sobre la tierra esponjosa, sin apartar los ojos de ellos ni el cuchillo de la garganta de Beth, y acompañó a la chica hasta el bote donde aguardaba un asombrado Davies.

Hurwood se volvió hacia Barbanegra y protestó, implorante.

Barbanegra había observado aquel drama a la luz de las antorchas con los ojos entrecerrados, y meneó lentamente la cabeza.

–Nuestro trato ha terminado – dijo -. No interferiré.

Shandy y la casi catatónica Beth Hurwood subieron al bote, y Davies lo apartó de la orilla embarrada. Shandy guardó el cuchillo en la funda.

Bonnett resultó ser incapaz de hacer nada más complicado que remar en línea recta, así que fueron las amplias nalgas de Friend las que combaron la bancada central del bote, y sus manos regordetas y delicadas las que agarraron cautelosamente los remos.

Hurwood se acurrucaba en la bancada de popa, frente a él, con el rostro hundido en la palma de su única mano mientras sus hombres subían y bajaban con cada profunda inhalación.

Barbanegra usó el remo a modo de pértiga para situar su bote ante los otros dos, y luego volvió la vista hacia ellos. Con la antorcha justo tras su cabeza leonina, Shandy no pudo evitar pensar en un eclipse total de sol.

–Supongo que mi barquero no va a volver – dijo.

Hurwood alzó la cabeza y respondió, pese a que le costaba un esfuerzo.

–No. Igual que..., que tus espíritus tampoco volverán. Mientras mantengamos las antorchas encendidas... y la hierba arda, todos... se quedarán aquí.

–Entonces, espero recordar el camino de vuelta – asintió Barbanegra.

Alarmado, Friend miró por encima del hombro al rey pirata. – ¿Qué? Pero si viniste río arriba. Ahora no hay más que volver en sentido contrario. Davies se echó a reír.

–Te acordarías de dejar un rastro de miguitas de pan, ¿no, Thatch?

–Pues no – respondió Barbanegra disgustado, mientras empezaba a avanzar -. Pero si nos perdemos, podemos preguntar en la primera taberna que encontremos.

Los tres botes avanzaron lentamente hacia el frente. Las llamas anaranjadas de las antorchas situadas en las proas eran los únicos puntos luminosos en aquella oscuridad húmeda. Las blancas cabezas de hongos guardaban silencio ahora, a excepción de una exhalación intermitente que agitaba sus labios. Shandy se preguntó si estarían roncando.

Tras unos minutos, el canal que seguían se ensanchó y resultó posible remar de manera normal. Shandy, que volvía a ocupar su posición en la proa, se sentó más cómodamente: ya no tenía que estar alerta y agacharse para apartar el bote de las orillas y las raíces protuberantes.

De repente, fue consciente de una rabia asesina, y al principio pensó que era la suya propia. Volvió la vista hacia el bote que les seguía, pero Hurwood sólo parecía exhausto y desdichado, y Friend gimoteaba suavemente con cada torturante tirón de los remos.

Comprendió que la rabia de que era consciente resultaba muy diferente de la que había sentido alguna vez. La suya solía ser repentina, ardientemente asfixiante y condimentada con una buena dosis de terror. En cambio, ésta era amarga, habitual y cruel, y provenía de una mente demasiado egoísta como para pensar siquiera en el terror.

Barbanegra había levantado su antorcha y estaba de pie.

—Vuelve a ser nuestro amigo, el Este Fasta — dijo con voz serena -. Viene a rugir un poco más y a sacudir más arbustos ante nuestras caras.

La presencia en la selva pareció oírle, porque Shandy detectó una nota de amarga diversión en el miasma psíquico de rabia. Arbustos, oyó como pensaba aquella cosa.

Shandy la sentía, inclinándose atenta sobre los botes... El aire era opresivo, y sus pulmones tenían que luchar para obtener aliento. Sacó de la bolsa un puñado de hierba y la lanzó a la llama de la antorcha, y una nube de humo hediondo ascendió por el aire espeso para chocar contra las lianas y el musgo que pendían sobre los botes.

Percibió la repentina agonía de la cosa, aunque esta vez no hubo ningún grito ni retirada. El espíritu selvático sufría daños, pero no iba a retroceder.

El aire y el agua, la selva entera, empezaron a cambiar. — ¡Seguid... adelante! — le llegó el grito ahogado de Hurwood -. ¡Salid... de debajo!

—Oh, buena suerte — dijo Davies con voz áspera y amarga, aunque manejando desesperadamente los remos.

El agua temblaba ahora como la gelatina, y el aire estaba lleno de vapor y de los fragmentos de vegetación que evidentemente caían de los árboles sacudidos. La estructura misma del bote parecía cambiar bajo Shandy, hacerse más flexible; cuando miró hacia abajo, hacia los tablones, vio que eran ramas de las que ahora brotaban brillantes hojas verdes. Se movían, crecían ante sus ojos..., las sentía agitarse bajo sus botas. Tenía una mata de algas húmedas en el desnudo antebrazo. Intentó quitárselas, pero quedaron colgadas por un extremo..., y al tirar de ellas descubrió que no hacía más que seguir sacándolas de un agujero de su brazo: notaba el tirón interno, que le llegaba hasta el hombro. Las soltó al momento, y entonces vio los pequeños brotes verdes que crecían dolorosamente bajo sus uñas.

Volvió la vista hacia Davies. La nuca del pirata era una masa de flores, y las que se abrían en aquel momento le echaban hacia un lado el sombrero. A la sombra de Davies, vio como Beth se retorció en las garras de una metamorfosis vegetal. Se estremeció, pero miró más allá de ella, hacia el tercer bote. – ¡Tiradle... a alguien! – aulló Hurwood mientras ramas verdes empezaban a crecerle en la garganta. – ¡Bonnett! – chilló Friend. Sus manos regordetas no eran ya más que protuberancias en los troncos de árbol que iban de sus hombros hasta los remos, perdiéndose luego en el agua -. ¡Echad a Bonnett a la cosa!

Barbanegra alzó un rostro que era una gran orquídea floreciendo. Los estambres se sacudieron.

–Sí. Bonnett – silbó su voz.

La cabeza de Davies en forma de ramo, asintió.

Shandy sintió que el agua fría fluía entre los dedos de sus pies, y comprendió que sus extremidades inferiores se habían convertido en raíces y atravesaban el casco del bote.

Pero, aun así, no consiguió obligarse a asentir.

–No – susurró, con la garganta llena de hierbajos retorcidos -. No podemos. ¿Te eché... a ti... a la Armada?

Davies agachó la cabeza.

–Maldita sea..., Jack – dijo con voz aflautada.

Shandy miró de nuevo hacia el tercer bote. Leo Friend era ahora un grueso tronco húmedo, con ramas como patas de araña proyectándose en todas direcciones. Stede Bonnett estaba convertido en algo similar a un ciprés cubierto de hongos, y Hurwood, incapaz ya de hablar, no era más que

un espeso matorral de helechos que se sacudían como azotados por un fuerte viento.

Davies tiraba de los remos, pero su bote se hacía pedazos con más rapidez que los otros dos, y ya estaba hundido casi hasta las regalas. Shandy pensó que probablemente aún quedaba tiempo para que el pirata dejara de remar, permitiera que el bote de Hurwood se situase a su lado, arrancara a Bonnett y lo lanzase al agua. Con un tributo así, quizá la cosa dejara marchar a los demás..., pero, al parecer, Shandy había convencido a Davies de que abandonara aquella idea.

En aquel momento, Davies consiguió ponerse en pie y soltó los remos.

«Va a hacerlo – pensó Shandy -. Está mal, Phil, no me gusta, pero, por lo que más quieras, date prisa.»

Davies levantó una bota y pasó por la suela embarrada la vegetación que hasta hacía poco fuera su mano derecha. La izquierda se reunió con ella y, mientras Shandy se preguntaba qué demonios hacía el hombre, las dos manos de hierbas transformaron el lodo en una bola.

«Maldita sea, Phil – pensó Shandy -. ¿De qué sirve una bola de barro?»

Los pies horriblemente alargados de Shandy habían llegado ya al lecho del río y empezaban a clavarse en él, y sintió como los elementos nutrientes le ascendían por las piernas. Sus manos habían desaparecido, sin siquiera una línea en los troncos frescos para diferenciar lo que había sido él y lo que había sido el bote.

Davies puso una mano en la estremecida regala, y al instante la extremidad echó raíces. Pero el florecido pirata alzó la otra mano, se dio impulso y lanzó la bola de barro hacia arriba con todas sus fuerzas.

Pareció que estallara una bomba. El aire retumbó con un grito que ensordeció tanto las mentes como los oídos, e hizo que los botes se tambalearan violentamente y chocaran unos con otros. Luego, la presión desapareció y el aire se enfrió de repente. A Shandy le dolían los dientes cuanto tomó aliento. Dio media vuelta... y descubrió que podía dar media vuelta, que ya no estaba enraizado en el bote, y que el bote había vuelto a la normalidad sin que quedara en él ni un manojo de ramas. Hasta estaba relativamente seco por dentro. Beth yacía tendida, atravesada sobre la bancada de popa...; no sabía si estaba consciente, pero al menos respiraba y había recuperado la forma humana. Davies se había agachado sobre los remos con los ojos cerrados y reía agotado, mientras se acariciaba la mano

con que había lanzado la bola de barro. Y aunque el techo de vegetación era tan espeso como siempre, las gotas de lluvia caían sobre ellos.

A Shandy le resonaban los oídos, y tuvo que gritar hasta para oírse a sí mismo. – ¿Lo has matado con una bola de barro?

–Parte del barro que llevaba en las botas era de la orilla que rodea la Fuente – le gritó Davies con una voz apenas audible para Shandy -. De la zona que es veneno para todas las cosas muertas-pero-animadas.

Shandy miró hacia arriba. Al parecer, Barbanegra consideraba que las explicaciones podían esperar, porque había vuelto a coger los remos.

–Me aventuraré a sugerir algo – gritó Shandy frívolamente a Davies -. Que nos apresuremos a sacar el pellejo de aquí a una velocidad considerable.

Davies se apartó un mechón de pelo de la frente, y se sentó en el banco del remero.

–Considéralo hecho, mi estimado amigo.

Había un ruido como de perros ladrando o cerdos gruñendo en torno a ellos. A Shandy todavía le resonaban los oídos, así que tardó un minuto en darse cuenta de que eran las cabezas fungosas. – ¡Parece que los muchachos vegetales están ruidosos esta noche! – gritó. – ¡Más bien borrachos! – le respondió Davies con una jovialidad ligeramente histérica -. ¡Menudo escándalo!

Beth había logrado calmarse y se estaba sentando en la popa. Miraba hacia delante con los ojos entornados, y habría parecido tranquila de no ser por los nudillos blancos aferrados a la regala.

La niebla empezó a dibujar tenues halos en torno a las antorchas. A cierta distancia por delante, el bote de Barbanegra viró hacia el sur y, aunque Shandy dirigió a Davies por lo que parecía ser el mismo canal, de pronto no pudieron ver su embarcación. Todos los destellos de luz anaranjada procedían de su propia antorcha, y aunque oyeron el rugido de Barbanegra en respuesta a su llamada, era una voz lejana y no supieron discernir de dónde procedía.

Cuando tuvo que admitir que había perdido de vista a Barbanegra, Shandy miró hacia atrás. El bote donde viajaban Hurwood, Friend y Bonnett tampoco se divisaba por ninguna parte.

–Nos hemos quedado solos – dijo a Davies -. ¿Crees que encontrarás el camino de vuelta hacia el mar?

Davies se detuvo para mirar a su alrededor, a los canales por los que habían pasado, todos idénticos, bordeados por masas de árboles, raíces y lianas que en nada se diferenciaban de los de otros puntos del pantano.

–Claro – dijo escupiendo en el agua espesa -. Me orientaré por las estrellas.

Shandy alzó la vista. La techumbre de musgo, ramas y lianas entrelazadas era tan sólida como la bóveda de una catedral.

Durante la siguiente hora, en la cual Shandy llamó sin resultado a los otros botes, Beth no movió ni un músculo y la niebla se fue espesando progresivamente. Davies remó por el laberinto, observando la lenta corriente y tratando de seguir la misma dirección. Pero siempre se veían detenidos por canales sin salida, lagunas estancadas y zonas donde la corriente se adentraba hacia tierra firme. Por último, encontraron un canal que parecía fluir con firmeza. Shandy se alegró, porque la antorcha brillaba con una llama cada vez más tenue.

–Tiene que ser por aquí – jadeó Davies, remando hacia el centro de la comente.

Shandy advirtió que apretaba los dientes al tirar de los remos, y de repente recordó que Davies se había quemado la mano al lanzar la bola de barro contra el loa del pantano.

Estaba a punto de insistir para que le dejara llevar los remos, cuando una de las bolas de hongos de la orilla habló.

–Sin salida – graznó -. Por la izquierda. Más estrecho, pero llegaréis.

Para su sorpresa, a Shandy le pareció reconocer la voz. – ¿Qué? – preguntó rápidamente a los rasgos borrosos de la esfera.

No le respondió, y Davies siguió remando por el canal más ancho.

–Ha dicho que por aquí no hay salida – aventuró Shandy tras un momento.

–Para empezar – replicó Davies con la voz ronca por el agotamiento -, esa bola está pegada al barro, así que no veo cómo puede saberlo. Y para seguir, ¿qué nos hace pensar que nos esté aconsejando bien? Casi echamos raíces ahí atrás... Obviamente, a este tipo le sucedió eso. ¿Por qué iba a aconsejarnos bien? La desgracia quiere compañía.

Shandy contempló dubitativo la débil llama de la antorcha.

–Pero..., pero no creo que nos estuviéramos transformando en cosas como éstas.

Todos nos volvíamos plantas normales, flores, arbustos, cosas así. Y éramos diferentes entre nosotros. Estos muchachos son todos iguales...

–Atrás, Jack – silbó otra de las mullidas cosas blancas.

Una vez más, Shandy creyó reconocer una entonación familiar.

–Además, este canal se va ensanchando – insistió Davies con tozudez.

Una de las bolas fungosas colgaba de un árbol sobre el agua, y se abrió cuando pasaron bajo ella.

–Ciénagas y arenas movedizas por ahí. Confía en mí, Jack – dijo.

Shandy miró a Davies.

–Es..., es la voz de mi padre – dijo intranquilo.

–Puede... ser – gruñó Davies, agarrando los remos con más fuerza todavía. – ¿A la izquierda, papá? – gritó Shandy hacia la oscuridad.

–Sí – susurró otro de los hongos -. Pero detrás de ti..., luego, con la corriente, hacia el mar.

Davies movió los remos un par de veces más, luego los golpeó con furia contra el agua. – ¡Muy bien! – exclamó, mientras empezaba a maniobrar para dar la vuelta -. Aunque supongo que nosotros acabaremos también convertidos en champiñones, y despistando a los próximos imbéciles que se aventuren por aquí.

A la escasa luz de la antorcha descubrieron un canal menor a un lado, y Davies remó hacia él de mala gana, abandonando la corriente ancha y constante. La fría luz blanca de una o dos bolas fantasma brilló por un momento en la niebla ante ellos.

La niebla se desplazaba ahora río abajo, filtrándose por el entramado de lianas y ramas como la leche goteando sobre el agua clara. Pronto fue casi sólida, y la antorcha no era más que una luminosa mancha naranja contra el tejido gris negruzco de la noche..., pero el canal en el que se encontraban era tan estrecho que Shandy podía tocar la vegetación a ambos lados con sólo sacar los brazos.

–Parece que la corriente se acelera un poco – admitió Davies refunfuñando.

Shandy asintió. La niebla había refrescado la noche y, cuando empezó a temblar, recordó que Elizabeth sólo llevaba un ligero vestido de algodón. Se quitó la chaqueta y se la puso a la joven.

El bote pasó bajo un arco tan estrecho que Davies tuvo que sacar los remos y un momento más tarde, la embarcación había salido a una gran

extensión de agua. El bosque primaveral quedaba atrás, y una docena más de golpes de remo les llevaron a la vista de las tres hogueras. – ¡Ja! – exclamó alegre, palmeando a Davies en el hombro sano -. ¡Mira eso!

Davies escudriñó las sombras a su alrededor y después se volvió con una sonrisa.

–Y tú mira eso – dijo, señalando hacia popa con un movimiento de la barbilla.

Shandy se dio media vuelta para mirar hacia atrás, y vio entre la niebla el brillo débil de dos antorchas.

–Los demás también lo han conseguido – dijo, no del todo complacido.

Beth también miraba hacia atrás. – ¿Va... mi padre en uno de esos botes?

–Sí – le dijo Shandy -, pero no dejaré que te haga daño.

Durante varios minutos ninguno de ellos habló, y el bote empezó a virar lentamente hacia la orilla a medida que la mano quemada de Davies se relajaba más y más. Por fin, los piratas de la playa advirtieron la presencia de las embarcaciones y comenzaron a gritar y a hacer sonar los cuernos. – ¿Intentó hacerme daño? – preguntó Beth. Shandy se volvió para mirarla. – ¿No te acuerdas? Te... – Con retraso, pensó que ya habría un momento mejor para despertar en ella el recuerdo de los tétricos acontecimientos -. Eh..., hizo que Friend te hiriera en la mano – terminó con convicción.

Ella se miró la mano, pero no dijo nada hasta que no estuvieron cerca de las hogueras y los hombres vadeaban hacia ellos para ayudarlos a llegar a la orilla.

–Recuerdo que tú me ponías un cuchillo en la garganta – dijo con voz lejana.

Shandy apretó los dientes, impaciente y angustiado. – ¡Era el lado romo, y no te toqué! ¡Tenía que probar a tu padre, ver si aún te necesitaba para hacer esa magia o si sólo quería un poco de sangre! ¡Maldita sea, intento protegerte de él!

Varios hombres chapotearon hacia su bote. Muchas manos agarraron las regatas y empezaron a tirar de él hacia la orilla.

–Magia – repitió Beth.

Shandy tuvo que inclinarse hacia adelante para escucharla por encima de las preguntas excitadas de los piratas.

–Te guste o no, en eso estamos metidos aquí – dijo a la joven en voz alta.

Ella pasó una pierna por encima de la borda y saltó a las aguas bajas. Se volvió para mirarle. La cimbreada antorcha de la proa casi se había extinguido, pero aún daba suficiente luz para iluminar los rasgos tensos de la joven.

–En eso has elegido meterte.

Se volvió y echó a andar hacia las hogueras. – ¿Sabes? – dijo Shandy a Davies -. Voy a sacarla de ésta..., sólo por el placer de demostrarle que también en eso está completamente equivocada. – ¡Nos alegra veros, muchachos! – exclamó uno de los piratas.

Habían arrastrado el bote hasta la arena, cerca de los mangles, y Shandy y Davies bajaron desperezándose. Los gritos empezaron a acallarse.

–Y a nosotros nos alegra haber salido – respondió Davies.

–Debéis de tener un hambre de mil diablos – señaló otro de los hombres -. ¿O habéis encontrado algo comestible ahí dentro?

–No nos sobró tiempo para eso. – El pirata se volvió para observar el avance de los otros dos botes -. ¿Qué hora es? Quizá Jack pueda prepararnos algo para comer antes del desayuno.

–No sé, Phil, pero no es tarde..., hace como mucho una hora o dos que se puso el sol.

Tanto Shandy como Davies se volvieron para mirarle.

–Pero si nos marchamos una hora después del anochecer – dijo Shandy -. Y hemos estado ahí dentro varias horas...

El pirata miraba a Shandy con gesto inexpresivo. – ¿Cuánto tiempo hemos estado río arriba? – preguntó Davies.

–Pues... dos días – replicó el hombre, un poco asombrado -. Casi exactamente, de ocaso a ocaso.

–Ah.

Davies asintió pensativo.

–Y cenizas a las cenizas – añadió Shandy, demasiado agotado para intentar comprender aquello.

Miró de nuevo en dirección a los botes que se aproximaban. Ociosamente, porque pese a sus deducciones todo lo que quería en aquel momento era una botella, una hamaca y doce horas de sueño. Se preguntó cómo podría impedir que Hurwood expulsara el alma del cuerpo de Beth de

manera que el fantasma de su esposa, la madre de la chica, pudiera entrar en él.

16

Por la mañana, la niebla había superado los límites del río, y cubría tierra y mar como un ligero velo translúcido, tan frío que los piratas se acurrucaban en torno a las hogueras chisporroteantes. La niebla no empezó a despejarse hasta media mañana, y por tanto nadie advirtió hasta entonces la desaparición del Clamoroso Carmichael. Media hora remando costa arriba y costa abajo en los botes, gritando y haciendo sonar las campanas, sólo sirvió para confirmar la desaparición del barco.

La mayor parte de la tripulación estaba en tierra firme, y la primera suposición fue que se habían soltado las amarras y había partido a la deriva... Luego, Hurwood bajó corriendo por la pendiente que llevaba a la choza, gritando que su hija había desaparecido y que Leo Friend no estaba en ninguna parte.

Shandy se encontraba de pie en la playa, cerca de uno de los botes, cuando le llegó el grito de Hurwood. Davies y Barbanegra estaban a unos treinta metros y hablaban en tono bajo y apresurado, pero alzaron la vista cuando oyeron la noticia.

–No es una coincidencia – aseguró Barbanegra. – ¿El muchacho gordo? – se sorprendió Davies -. Pero ¿por qué?

–Tu cabo de Mar sabe por qué – respondió el otro, señalando a Jack -. ¿No es cierto, Shandy?

Shandy se dirigió hacia ellos, sintiéndose más vacío y frío que la niebla.

–Sí, señor – dijo con voz ronca -. He visto muchas veces cómo la mira.

–Pero ¿por qué ha cogido mi barco? – rugió Davies, volviéndose furioso hacia el mar aún velado por la niebla.

–Tenía que llevarse a Beth – le dijo Shandy -. Su padre había hecho planes para ella que eran... incompatibles... con los proyectos de Friend.

Hablaba en voz baja y tranquila, pero tan tensa como una cinta de acero.

Barbanegra, que también miraba hacia el sur, meneó la enorme cabeza.

–Sabía que ese tipo era mucho más que el aprendiz de Hurwood..., que buscaba algo por su cuenta. Y en la Fuente consiguió por fin lo que necesitaba. Debí matarle anoche, cuando volvimos. Creo que habría podido.

El corpulento pirata extendió una mano y la apretó, para formar un puño con el que se golpeó la palma de la otra.

El sonido del golpe se perdió en el retumbar repentino de un trueno cercano, y el brillo de un rayo que desgarró el cielo hizo que Shandy y Davies retrocedieran deslumbrados.

—Creo que habría podido —repitió Barbanegra en tono pensativo.

Mientras los ecos se perdían por la orilla y Barbanegra bajaba las manos, Shandy casi deseó que se le hubiera ocurrido dejar caer unas gotas de su sangre en el barro de la Fuente. La idea le recordó el modo en que Davies había derrotado (quizá matado) a aquella especie de loa en la selva. Disimuladamente, levantó la bota y pasó una uña por el hueco que quedaba entre la suela y los lados, transformando el barro así obtenido en una bolita. Se la guardó en el bolsillo. No sabía en realidad si contenía algo del lodo que rodeaba la Fuente, o contra qué clase de enemigo iba a usarlo si llegaba la ocasión, pero era evidente que, con sólo espadas y pistolas, cualquiera iría muy mal equipado para la clase de combate en que se veían enzarzados ahora.

—Tengo que recuperar mi barco —insistió Davies.

Shandy comprendió que, al perder la nave, el pirata había perdido también su rango: sin el Clamoroso Carmichael no era más que el patrón de un pequeño balandro, bien armado pero no demasiado impresionante. Davies miró a Barbanegra con desesperación. — ¿Vendrás conmigo para ayudarme? Ahora ese tipo es mucho más que antes, y ya sabía unos cuantos trucos buenos.

—No —replicó Barbanegra, con el bronceado rostro impassible—. A estas alturas, quizá Woodes Rogers haya llegado ya a Nueva Providencia con un indulto pensado para robarme mi nación. — La brisa venía del mar, y agitaba la negra melena leonina y la barba del rey pirata. Shandy advirtió que tenía hebras grises en las sienes y en la barbilla —.

Quería que fueras capitán del Carmichael, y que ese barco se convirtiera en la nave insignia de mi flota..., así que espero que lo recuperes. Pero parece que los días de la piratería libre están terminando, igual que terminaron los alegres tiempos de los bucaneros. Estamos en la era del imperio. — Sonrió de soslayo a Davies —. Si se les da a elegir, ¿crees que la Hermandad me seguirá o aceptará el indulto?

Davies le devolvió una sonrisa cansada. Esperó a que una ola rompiera casi sobre sus botas y retrocedió un paso antes de responder.

—Aceptarán el indulto. Navegar con Barbanegra supone tener una cita con la horca.

Barbanegra asintió. — ¿Pero...?

Davies se encogió de hombros.

—El problema seguirá existiendo..., a menos que el rey Jorge tenga el sentido común de enzarzarse en otra guerra. El Caribe está lleno de hombres que no conocen ninguna profesión, aparte de la de navegar en un barco de combate. Desde que llegó la paz, están todos sin trabajo. Por supuesto, aceptarán el indulto (¡y agradecidos!) para borrar sus pasados crímenes..., pero en un mes o dos, todos volverán a estar en la lista negra.

Barbanegra asintió y, aunque Shandy y Davies retrocedieron, ni siquiera bajó la vista cuando la siguiente ola rompió sobre sus pies y le dejó una tira de algas en torno al tobillo.

Por fin, habló con voz pausada. — ¿Seguirían a un nuevo capitán, a alguien que tuviera barcos y dinero?

—Por supuesto..., y si además ese capitán no tiene antecedentes penales, podrá elegir entre todos los marineros del Nuevo Mundo, porque no violarían las condiciones de su indulto navegando con él. Pero ¿en quién estás pensando? Hasta Shandy tiene una reputación conocida. — ¿Sabes por qué Ponce de León llamó Fuente de la Juventud a ese lugar, Phil?

—No. — Davies lanzó una breve carcajada -. Desde que estuve allí, me siento más viejo.

Barbanegra se volvió hacia Shandy. — ¿Alguna idea, Jack?

Shandy recordó las payasadas de Hurwood con la cabeza de su difunta esposa.

—Porque ese lugar se puede utilizar para devolver la vida a los muertos.

Barbanegra asintió.

—Estaba seguro de que lo adivinarías. Sí, el viejo Hurwood piensa despertar el fantasma de su esposa gracias a esa cabeza seca, y ponerlo en el cuerpo de su hija.

Mala suerte para la chica, se queda sin cuerpo. — El pirata se echó a reír -. Hurwood vino al Nuevo Mundo el año pasado..., le habían dicho que aquí la magia era cosa de todos los días.

Los gritos continuaban en torno a las hogueras, pero Barbanegra estaba enfrascado en sus recuerdos.

—Una bala de pistola le hizo pedazos el brazo — dijo -. Tuvimos que amputárselo y poner brea en el muñón. Nunca imaginé que un hombre de su edad pudiera sobrevivir a eso, pero al día siguiente parecía que se le había olvidado..., no hacía más que mirarme. Por aquellos tiempos los espíritus me molestaban bastante, y tenía que tomar el ron con pólvora dos o tres veces al día. Y aunque la magia se había secado en el Viejo Mundo hacía ya miles de años, él consiguió encontrar sus restos... y los estudió. Sabía en qué consistía mi problema y tenía una idea bastante aproximada de cómo me vi infestado por todos aquellos espíritus. Se ofreció a curarme de ellos, a exorcizarlos, si yo le mostraba el lugar donde me habían atrapado. Dije que bien, adelante, pero él me respondió que no tan deprisa. «Necesitamos un repelente de espíritus», me explicó, «esa semilla medicinal especial que los indios cultivan en Carolina...». Mi misión era navegar hacia el norte y conseguir un poco. Él tenía que volver a Inglaterra para recoger un par de cosas, la cabeza de su esposa y a su hija, al parecer. El motivo de que empezara a buscar los restos de la magia era el ansia de devolver la vida a su esposa. Pero, antes de que volviera a Inglaterra, vino a Nueva Providencia con nosotros y vivió unas semanas con los bocors. Una noche navegó hacia occidente con uno de ellos, y volvió a la mañana siguiente agotado, enloquecido... pero muy emocionado. Supe que, de alguna manera, había conseguido contactar con su esposa. Y luego se marchó, prometiendo como última parte del trato traerme un buen barco.

Shandy recordó al viejo Chaworth y sintió un sabor amargo en la boca al comprender que, ahora, era uno de los que habían arruinado y matado al bondadoso anciano.

—Y Hurwood tenía razón, claro — siguió Barbanegra en voz baja -. Aquí usamos la magia, y los que no nos sentimos demasiado importantes para escuchar a los bocors negros, sobre todo si vivimos en el mar, conocemos unos cuantos trucos útiles. Quizá yo sepa más que nadie..., y desde nuestro viaje río arriba, tengo el poder de hacerlos funcionar de maravilla. — Había estado mirando al mar, pero ahora se volvió hacia Shandy y Davies -. He oído hablar de esa Fuente durante años, y la busqué porque me habían mencionado cierta magia con la que está relacionada. Un nombre con el poder adecuado puede usarlo para hacerse inmortal, si tiene buen cuidado

de vivir en el mar. Sangre, sangre fresca y agua marina, y no necesitas ninguna cabeza ni cuerpo para meter el alma. La sangre del hechicero hará crecer uno en el mar, en una especie de huevo, a las pocas horas de arrojarla al agua.

Davies frunció el ceño, pensativo.

—Ya veo. Así que piensas...

—Navegar hacia el norte, Phil, hacia algún lugar civilizado, donde quede constancia oficial de las cosas que suceden. Y supongo que quizá el famoso Barbanegra morirá en alguna pelea, de manera que su sangre caerá al agua..., y no me sorprendería si luego apareciera un desconocido que supiera dónde he escondido todas mis ganancias, alguien sin reputación, historia o fama que le ensuciara. Creo que conseguirá un barco de alguna manera discreta... ¡Ja! Apuesto a que Stede Bonnett le ayudará a hacerlo..., y más tarde navegará hacia el sur, hasta la isla de Nueva Providencia. Supongo que intentará ponerse en contacto contigo, Phil, así que sería estupendo si hubieras recuperado el Carmichael.

Davies asintió. — ¿Quieres..., quieres que aceptemos ese indulto que nos trae Rogers?

—No veo por qué no — respondió Barbanegra. — ¿Has oído, Jack? — dijo Davies a Shandy -. De vuelta al escaparate. Shandy abrió la boca para responder, pero la cerró y se limitó a menear la cabeza.

—Es demasiado pecador, Phil — señaló Barbanegra con una nota de diversión en la voz.

Benjamin Hurwood recorrió los diez últimos metros en una especie de carrera ansiosa, de manera que la caja de madera atada a su cinturón parecía a punto de desprenderse. — ¿Cuándo partimos? — gritó -. ¿No comprendéis lo esencial que es la velocidad? Puede que la mate, ahora tiene poder más que suficiente para superar las protecciones que le he puesto a la muchacha.

Barbanegra hizo caso omiso de Hurwood.

—Voy hacia el norte — dijo, echando a andar en dirección a las hogueras. Davies miró con gesto especulativo al pálido y tembloroso Hurwood. — ¿Puedes encontrarlos?

—Claro que puedo..., al menos a ella. — Palmeó la cajita irreverentemente -. Esto es ahora una maldita losa para la chica, mejor que el perro que te llevó hasta el Carmichael hace un mes.

–Nos vamos ahora mismo – aseveró Davies -. En cuanto preparemos el Jenny.

Nosotros... – Hizo una pausa -. La tripulación del Carmichael – dijo -, ¿Qué será de ellos, de los muchachos que no quepan en el Jenny? – ¿Qué más da? – chilló Hurwood -. Que se repartan..., la mitad con Thatch y la mitad con Bonnett. ¡Maldita sea mi alma, lo que haré con ese gusano gordo cuando le encuentre! Prometeo nunca sufrió tanto como sufrirá Leo Friend, lo juro...

–No – replicó Davies, todavía pensativo -, ninguno de mis muchachos irá al norte con Thatch..., cargaré el Jenny de hombres hasta la borda antes de permitir eso...

Hurwood había estado bailoteando de impaciencia; ahora, el enfurecido anciano cerró los ojos y apretó el puño. Se elevó lentamente sobre la arena hasta quedar suspendido un metro por encima del suelo. Abrió los ojos apenas una ranura, siseó furioso y los cerró todavía con más fuerza..., y se vio lanzado como un muñeco desarticulado contra el mar, chocando con fuerza contra el agua en el lugar donde rompían las olas.

Había bastantes piratas en la playa, y algunos de ellos dejaron de trabajar para presenciar aquella actuación. Ahora miraban con curiosidad el lugar de la caída.

–Cogedle – ordenó Davies a los que tenía más cerca.

Los hombres se lanzaron hacia el bote, lo arrastraron hasta el agua y empezaron a manejar los remos. El pirata se volvió hasta Shandy.

–Quieres encontrar a la chica, ¿verdad?

–Sí.

–Y yo quiero encontrar mi barco. Así que metamos a Hurwood en el Jenny antes de que perfeccione sus habilidades de vuelo y se largue para encontrarlos sin nosotros.

Los marineros del bote ya se encontraban en aguas más profundas. – ¡No le traigáis a la orilla! – les gritó Davies -. ¡Llevadle al Jenny! – ¡De acuerdo, Phil! – respondió uno de los remeros jadeantes.

Davies cogió a Shandy por el hombro.

–Vuelve al campamento, Jack – dijo -. Envía a los muchachos del Carmichael con la tripulación de Bonnett, que suban todos los que quedan en el Venganza. Los demás bajarán aquí e irán en el Jenny. Pero ninguno de

nuestros compañeros viajará en el Venganza de la Reina Ana,
¿comprendido?

–Desde luego, Phil – replicó Shandy -. Los tendré en los botes antes de tres minutos.

–Bien. Vamos.

Tan pronto como Shandy corrió colina abajo hacia la multitud que rodeaba los carbones al rojo, Gordo Tristán le agarró por el brazo. Los ojos castaños del bocor le observaron desde la amplia cara negra.

–Eres condenadamente lento, chico – dijo el hombre -. Creí que arreglarías las cosas río arriba. Ahora es demasiado tarde para que resulte sencillo..., ahora tienes que matarlo y quemar su cadáver en la orilla. – ¿Matar a quién? – inquirió bruscamente, olvidando que era sordo.

–No navegarás en el Venganza de la Reina Ana – ordenó Gordo Tristán.

Recordando con retraso la sordera del bocor, Shandy meneó la cabeza y compuso su mejor expresión de acuerdo. Estaba de puntillas, y esperaba que el gigantesco bocor no le levantara más. – ¡No! – gritó.

–No te he esperado cinco años para que te conviertas en su marioneta y mueras, proporcionándole más sangre o haciendo que la escena de su muerte sea más convincente. – ¡No iré! – gritó Shandy, exagerando el movimiento de sus labios -. ¿Qué quieres decir con eso de cinco años? – añadió después.

Gordo Tristán miró a su alrededor. Nadie parecía prestarles atención, y bajó la voz para convertirla en un susurro que seguía siendo atronador.

–Cuando terminó la guerra de los hombres blancos y todo el mundo se dio cuenta de que Thatch había aprendido demasiado.

Shandy no habría sabido decir si aquello era una respuesta o algo que Gordo Tristán pensaba decirle de todas maneras.

–Consiguió salirse con la suya diciendo que era un corsario – siguió el bocor -. Los ingleses le dejaron en paz porque pensaron que sólo atacaría barcos españoles. Pero a él no le interesaba hacer distinciones entre españoles, ingleses u holandeses, sólo quería vidas y sangre. Hasta mató a ese mago inglés con el que estudiaba, y luego intentó traerlo de vuelta. – Gordon Tristán se echó a reír -. Aquella vez le ayudé un poco, hice que una tortuga se bebiera la sangre del agua. De todos modos, no habría funcionado mucho tiempo, ninguno de los dos había vertido sangre en

Erebo, pero tendrías que haber visto a la tortuga tratando de escribir en la cubierta con las uñas. – Miró a Shandy con atención -.

Tú no derramarías sangre allí, ¿verdad? – ¿Dónde?

–En Erebo, así es como los blancos llaman a ese lugar. Donde está la Fuente, donde los espíritus no pueden ser espíritus, donde la sangre hace crecer plantas.

–No, no, yo no. – Shandy meneó la cabeza -. Ahora, perdona, tengo que... – ¿No? Bien. Puedes resultarnos... útil, si no lo hiciste. Cuando la guerra terminó, él seguía vivo y parecía que estaba creando una nación de criminales, y supe que tenía que invocar una muerte para él desde el Viejo Mundo. Cuando el hombre manco llegó el año pasado y sabía sobre los espíritus, creí que era la respuesta, sobre todo porque su esposa había muerto el mismo año en que yo envié la llamada...; si los loas superiores me lo habían mandado, quizá tuvieran que matarla para que las consecuencias de su muerte le trajeran aquí.

–Eso es estupendo, de verdad – aseguró Shandy. Se retorció y consiguió liberar el brazo de la gigantesca mano del bocor -. Pero ahora mismo tengo que hablar con las tripulaciones, ¿entiendes? Ese al que hay que matar y quemar tendrá que esperar un poco.

Se dio la vuelta y echó a correr antes de que Gordo Tristón le atrapase de nuevo.

Mediante amenazas e insinuaciones sobre la posibilidad de quedar abandonados allí, consiguió que David Herriot, el no muy inteligente piloto de Bonnett, aceptara llevar en su barco a poco más de la mitad de los hombres que habían tripulado el Carmichael. Obligó a los demás a bajar hasta la playa, y estuvieron en los botes antes de que la embarcación que recogiera a Hurwood hubiese llegado al Jenny.

La niebla se levantaba, y cuando el bote en que viajaba Shandy atravesó los últimos jirones nebulosos, sonrió afectuosamente al ver al maltratado Jenny meciéndose sólido bajo el brillante sol matutino.

–Será agradable volver a nuestro lugar, al sur – dijo a Skank, que viajaba en la proa junto a él.

–Desde luego – asintió el joven pirata -. Es muy arriesgado alejarse demasiado de las atenciones de Compañero Cuidador y sus amigos.

–Sí. – Shandy se palmeó apresuradamente el bolsillo para asegurarse de que no había perdido la bola de barro -. Sí, hay cosas muy raras en el

mundo, y conviene quedarse cerca de aquellas a las que has invitado a beber alguna vez.

En pocos minutos chocaron contra el destartado casco del Jenny, y Shandy se agarró a la regala para darse impulso y subir a bordo. Mientras daba algunas órdenes sobre las maniobras con las velas y cabos someramente reparados, y supervisaba la carga apresurada de barriles con cerdo en salazón y cerveza que había conseguido requisar por la fuerza en el campamento, advirtió que las planchas de madera bajo sus botas vibraban un instante cada pocos segundos. Se dirigió hacia Davies para informarle de que estaban listos para partir, y vio a Hurwood acucillado en la estrecha toldilla, ante su espeluznante caja. La respiración trabajosa del anciano se correspondía exactamente con la vibración de la cubierta.

–Espero que no estornude – señaló Davies, que también había advertido el fenómeno -. ¿Ya está todo?

–Creo que sí, Phil – respondió Shandy con una sonrisa tensa – Demasiados hombres, muy pocas provisiones, aparejos sujetos con alfileres y, como piloto, un loco manco que sigue los consejos de una cabeza guardada en una caja.

–Excelente – asintió Davies -. Buen trabajo. Sabía que eras el hombre adecuado para el puesto de cabo. – Dirigió la vista a Hurwood -. ¿Hacia dónde?

Hurwood señaló al sur. – ¡Izad el ancla! – gritó el capitán pirata -. ¡Y todo a estribor!

El viejo balandro se encaró hacia el sur y luego, pese al exceso de tripulación, se puso en marcha a tal velocidad que Shandy supo que Hurwood debía de estar proporcionando alguna especie de propulsión mágica para ayudar a las andrajosas velas. Antes del mediodía ya habían avanzado un buen tramo, dejando atrás la punta de la península de Florida.

Media hora más tarde empezaron a suceder cosas. Hurwood había estado observando la caja de madera desde que partieran, pero ahora alzó la vista. Shandy, que miraba con frecuencia al anciano, advirtió el cambio y volvió a popa apoyándose en la baranda, guardando el equilibrio gracias a los obenques a los que se agarraba cada pocos pasos.

Se detuvo a escasos metros del mago manco.

–Hay... otros... – dijo el viejo.

Varios de los piratas habían subido a los obenques para escapar del olor y la aglomeración de sus compañeros, y se situaban más o menos cómodamente en los flechastes. Divertían a los que habían quedado abajo lanzándose unos a otros una botella de ron cada vez más vacía, sin que se les cayera ni una gota hasta el momento. Ahora, uno de ellos miraba atentamente hacia el oeste. – ¡Una vela! – gritó -. Ay, maldita sea – añadió cuando la botella le rebotó en la rodilla y fue a caer hacia las manos ansiosas de abajo -. ¡Una vela a estribor, no debe de estar a más de dos o tres kilómetros!

«Tienen que ser ellos», pensó Shandy, volviéndose tan deprisa a mirar que tuvo que agarrarse a la baranda para no caer por la borda. Pero, en cuanto vio el otro barco, supo que no era el Carmichael. Aquella nave tenía una estructura en el castillo de proa, una cubierta de popa muy alta, y sólo dos velas grandes en los mástiles mayor y de proa.

Además, pese a la distancia, alcanzó a ver los dibujos rojos y blancos de su casco. – ¡No soy un perro! – gritó el señor Bird, que había apurado la botella de ron y retrocedía hacia proa con ella, mirando al resto de los piratas.

Shandy observó el extraño barco. – ¿Qué es? – preguntó a Davies -. ¿Y cómo demonios se nos ha acercado tanto sin que lo viéramos?

–Que me condene si lo sé – gruñó el pirata -. No llevamos un vigía formal, pero cualquiera de esos bastardos borrachos debió verlo antes. – Con los ojos entrecerrados, contempló el barco, que parecía viajar a la misma velocidad que el suyo -. Es un galeón español – dijo, intrigado -. No sabía que quedara ninguno a flote..., hace por lo menos medio siglo que dejaron de fabricarlos.

Shandy maldijo y dirigió una sonrisa cansada a Davies.

–Obviamente, no tiene nada que ver con lo que nos preocupa.

–Obviamente.

–Entonces, ¿seguimos?

–Bien. Incluso sobrecargados podemos ir más deprisa que ellos, sobre todo con el empujoncito mágico de Hurwood. Si... – ¡Hombre ahogado! – gritó otro de los hombres subidos en los obenques -. ¡Veinte metros a babor!

Shandy miró en esa dirección, y vio aves marinas que trazaban círculos sobre un bulto flotante que pronto desapareció en las aguas turbulentas de

su estela. – ¡Otro a proa! – gritó el vigía voluntario -. ¡Le vamos a pasar por encima!

–Que alguien coja un bichero y lo pesque – ordenó Davies.

Avistaron otro cadáver flotante, demasiado lejos a estribor para resultar visible desde la cubierta. Pero el que había señalado el vigía fue alcanzado con los ganchos e izado por encima de la proa. Las aves marinas graznaron furiosas cuando les fue arrebatado de las aguas. – ¡Los santos nos guarden! – exclamó uno de los hombres que habían bajado el cadáver empapado a la cubierta -. ¡Es Georgie de Burgo!

–Desde luego, estamos en la pista del gordo – dijo Davies sin entonación en la voz, al tiempo que se dirigía hacia ellos -. De Burgo era uno de los doce hombres que quedaron a bordo del Carmichael mientras estaba anclado.

Davies se abrió paso entre la multitud que atestaba la cubierta, apartando a empujones a los hombres que se interponían en su camino, y Shandy corrió tras él antes de que el pasillo volviera a cerrarse. Deseaba haber visto mejor el cadáver que se hundió en la estela del barco, y se torturaba tratando de recordar si sus ropas eran del mismo color que el vestido de algodón que lucía Beth la última vez que la vio.

Para cuando Davies llegó a la proa, la multitud les había dejado sitio más que suficiente, y Shandy pudo ver el cadáver de Georgie cuando aún estaba a unos pocos pasos. Probablemente fue ese momento de preparación lo que salvó el contenido de su estómago, porque la cabeza de Georgie de Burgo estaba casi separada del tronco, al parecer cortada por el golpe de una hoja muy pesada y afilada.

Shandy lo miraba, con una mezcla de asco y fascinación, cuando el vigía gritó de nuevo. – ¡Otro a babor!

–Tíradlo otra vez por la borda – dijo Davies con voz tensa, volviendo hacia la popa.

Shandy y él no hablaron hasta que no estuvieron juntos otra vez, cerca del timón y de su escalofriante piloto.

–Creo que podemos suponer que ha matado a los doce y los ha tirado al mar – comentó Davies entonces -. No tengo ni idea de cómo, pero ése no es el principal misterio.

–Exacto – asintió Shandy, escudriñando el horizonte azul con los ojos entrecerrados -. ¿Quién tripula el barco?

Durante un minuto ninguno de los dos dijo nada. Luego, Shandy observó el galeón español a estribor.

–Eh..., Phil, ¿no dijiste que éramos más rápidos que ese barco español? – ¿Mmm? Oh, seguro. Ellos en su mejor día y nosotros en el peor. – También Davies miró hacia estribor..., y se detuvo en seco, viendo que el galeón iba muy por delante del Jenny -. Dientes de dios, no es posible – murmuró.

–No – asintió Shandy -. Como tampoco es posible que no estén dejando ni la menor estela visible.

El pirata lo miró unos segundos más, y pidió un catalejo. Le trajeron uno y observó el galeón durante todo un minuto.

–Mantén ocupados a los hombres – dijo por fin, bajando el instrumento -. En lo que sea, arreglando cabos, izando y arriando velas, con maniobras si hace falta..., lo que sea con tal de que no se fijen en el barco español.

–De acuerdo, Phil – respondió el asombrado Shandy, precipitándose a cumplir la orden.

Asignó tantas tareas, y tan deprisa, que un hombre que había estado fumando furtivamente en pipa (algo prohibido a bordo de un barco) prendió fuego en la confusión a un charco de ron dejado por el señor Bird, y la mitad de la proa se incendió. Cabelleras aceitosas y ropas embreadas captaron el fuego casi al momento, y una docena de hombres en llamas gritaron alarmados y se lanzaron por la borda.

Shandy ordenó al timonel que maniobrara para no dejarlos atrás, y pocos minutos después la constante actividad de Davies dio resultado: el fuego se extinguió, y todos los hombres fueron izados antes de que ninguno tuviera tiempo de ahogarse. Cuando los ánimos se hubieron calmado y Shandy recuperó el aliento, cosa que aprovechó para beber algo del ron superviviente, volvió a popa. Hurwood debía de haber protestado cuando el Jenny dio media vuelta, pero ahora contemplaba en silencio su caja de madera, y Shandy vio que el galeón español ya no era más que un blanco punto irregular en el horizonte sur.

–Cuando dije que los mantuvieras ocupados – empezó Davies -, no pretendía...

–Lo sé, lo sé. – Shandy se rascó una zona chamuscada de la barba y se apoyó en un obenque tenso, mirando a Davies -. ¿Y para qué? ¿Para que no advirtieran que no dejaba estela?

–En parte. Pero, aún más importante, no quería que ninguno de los muchacho tuviera ocasión de examinar el galeón con un catalejo y leer su nombre. Es el Nuestra Señora de las Lágrimas – añadió pensativo -. Quizá no hayas oído hablar de él, pero seguro que más de la mitad de estos hombres conocen su historia. Llevaba oro procedente de Veracruz, y tuvo la desgracia de tropezar con un barco corsario inglés, el Charlotte Bailey. Un par de ingleses sobrevivieron para contarlo. Una terrible batalla en el mar. Duró cuatro horas y ambas naves se fueron a pique. – Miró a Shandy y sonrió -. Eso fue en mil seiscientos treinta.

Shandy parpadeó.

–Hace casi un siglo.

–Exacto. ¿Sabes algo sobre despertar espíritus?

–No mucho..., aunque, tal como van las cosas, supongo que seré un experto antes de aprender a navegar bien.

–Bueno, yo tampoco soy ningún especialista, pero sé que no es sencillo. Hasta para obtener una proyección nebulosa y semiestúpida de una persona muerta hace falta un montón de poder mágico. – Meneó la cabeza -. Y alguien ha despertado a todo el maldito Lágrimas..., velas, casco y pintura incluidos, por no hablar de la tripulación. Y parece tan sólido como para no diferenciarse de un barco real... nada menos que a la luz del sol. – ¿Leo Friend?

–Creo que sí. Pero ¿por qué?

Shandy miró a Hurwood.

–Mucho me temo que lo averiguaremos.

«Y espero – pensó fervorosamente – que haya estado demasiado ocupado asesinando piratas y conjurando barcos fantasma como para hacer objeto de sus atenciones a Beth Hurwood.»

17

Desde donde estaba acurrucada en el rincón de un camarote, Beth Hurwood sólo alcanzaba a ver fragmentariamente el avance melindroso de Leo Friend hacia ella, porque el hombre había cerrado la puerta al entrar y la única luz del lugar era la azulada intermitencia que entraba por una ventana del mamparo, apareciendo y desapareciendo al ritmo de la respiración entrecortada del gordo médico.

Ella había despertado al amanecer para encontrarse bajando por la gélida pendiente arenosa, hacia un bote que se mecía en los bajíos. Cuando vio a Leo Friend sentado en él, sonriendo, trató de detenerse pero no pudo. Luego intentó cambiar de dirección, y ni siquiera pudo aminorar el paso. Impotente, vadeó por las aguas gélidas y subió al bote.

Quiso hablar, pero no pudo tensar las cuerdas vocales, ni abrir la boca. El bote remontó las olas hacia la silueta tenue del Clamoroso Carmichael. El viaje no duró más de un minuto, durante el cual Friend no tocó los remos y Beth no consiguió tensar un solo músculo.

Todo eso había sucedido hacía muchas horas, y desde entonces había recuperado suficiente control sobre sus actos para arrastrarse hasta aquel rincón. Cuando oyó los gritos agonizantes de los piratas, se tapó los oídos.

Ahora miraba a Friend cautelosamente, calculando en qué puntos de su corpulenta anatomía podría clavar los dientes y las uñas con más eficacia, y tratando de protegerse contra otro periodo de impotencia inconsciente provocada por la magia.

Un momento más tarde se vio a sí misma levantarse... dolorosamente, en una extraña postura sobre las puntas de los pies que nunca había adoptado de manera voluntaria.

Cuando por fin su peso quedó reposando sobre los talones, sus brazos se extendieron hacia delante, aunque no para recuperar el equilibrio: antes caería el mástil de un barco que ella.

Friend extendió los brazos y Beth comprendió que la estaba obligando a adoptar aquella posición para abrazarle. El prominente labio inferior del médico brillaba húmedo y tembloroso, y la ventana aparecía y desaparecía tan deprisa como la cara en una moneda girando. Él la rodeó con los brazos y apretó la boca bruscamente contra la suya.

Apestaba a perfume, a sudor y a dulces, y una de sus manos le tanteaba el torso con movimientos inexpertos, pero Beth consiguió mantener los ojos cerrados y los dientes apretados. Luego Friend apartó la boca, y le oyó susurrar apasionadamente, una y otra vez, un par de sílabas.

Abrió los ojos... y parpadeó, atónita.

La ventana, todo el camarote, habían desaparecido. Los dos se hallaban de pie sobre una alfombra tejida, en lo que parecía ser un destartalado dormitorio inglés. El aire estaba cargado y olía a repollo hervido. Beth trató de apartarse de él una vez más y, aunque no lo consiguió, pudo echarse un

vistazo a sí misma. Había engordado de repente, llevaba un vestido negro largo y sin forma, y tenía el pelo gris. Fue en aquel momento cuando comprendió lo que estaba susurrando el hombre.

–Oh, mamá, mamá – jadeaba, lanzándole su aliento caliente contra la garganta -. Oh, mamá, mamá, mamá.

Pero, hasta que no se dio cuenta de que él golpeaba espasmódicamente su bien acolchada pelvis contra la de ella, no vomitó.

Menos de medio minuto después, Leo Friend paseaba furioso por cubierta, con el rostro enrojecido bajo el sol de la mañana.

«Lo bueno de los errores es que se puede aprender de ellos – se dijo mientras se limpiaba la mancha en la blusa de encaje con un pañuelo de seda -. Y el incidente que acaba de tener lugar en el camarote ha debido de enseñarme algo. Sólo tengo que esperar... un poco más, hasta que consiga la paz y la tranquilidad necesarias para ensayar la magia que ahora puedo hacer. »Y entonces – pensó, volviendo la vista hacia la puerta del camarote que acababa de cerrar desde fuera -, entonces veremos quién desprecia las atenciones a quién.» Inhaló profundamente y dejó escapar el aire al tiempo que asentía con decisión. Examinó la cubierta del Carmichael y, después de revisar a su nueva tripulación, decidió que parecían mucho menos vivos que cuando los había conjurado, hacía varias horas. Incluso estaban bastante más pálidos, hinchados, y seguían inclinando la cabeza como si escucharan algo. Además, miraban hacia el norte con expresiones que hasta en sus rostros muertos cabía interpretar como de temor. – ¿Qué pasa? – espetó a una de las figuras que trabajaban junto a la caña del timón -. ¿Tenéis miedo de Barbanegra, de que venga a clavar el machete en vuestras tripas frías? ¿O de que Hurwood nos persiga para recuperar a su q – q – q – q..., maldito retoño? Tengo más poder que cualquiera de ellos, no os preocupéis.

La cosa a la que se había dirigido no pareció oírle, y se limitó a volver la cabeza grisácea – tanto, que su cuello empezó a desgarrarse – para mirar más allá de la popa. De su garganta inútil surgió un siseo, que quizá fuera un gemido.

Irritado porque, evidentemente, los temores de la tripulación empezaban a contagiársele, pese a su confianza y a la seguridad que dan los días soleados, Friend subió por la escalerilla de cámara hasta la segunda cubierta de popa (la levitación era todavía una habilidad demasiado nueva e incontrolable), y volvió la vista hacia la baranda de popa.

Al principio le pareció que el barco perseguidor era el Venganza de la Reina Ana de Barbanegra, y sus labios carnosos se curvaron en una cruel sonrisa... que desapareció un momento después, cuando vio que no reconocía la nave. Aquélla era más ancha de manga, y la proa estaba pintada de rojo y blanco... Además, ¿no avanzaba demasiado deprisa? ¿No se alzaban y caían la mayoría de los barcos por proa cuando navegaban a tanta velocidad, no solían levantar salpicaduras a los lados?

Se dirigió hacia la baranda que daba a la cubierta de popa. Al menos, por el momento, su barco había dejado de mudar de forma; los mástiles y cubiertas ya no cambiaban de opinión de un minuto a otro sobre si debían estar allí o no. Probablemente, incluso la ventana en... aquel camarote... se hubiera decidido por existir o no existir. – ¡Más velocidad! – gritó Friend a la necrótica tripulación. Varias figuras grises empezaron a trepar por las jarcias -. ¡Más deprisa! – chilló -. ¡No me extraña que el maldito Charlotte Bailey se hundiera si lo tripulabais así!

Volvió la vista hacia el barco perseguidor y se preguntó si se había acercado más o eran imaginaciones suyas. Estaba bastante seguro de que se había acercado. Clavó los pies con firmeza en la cubierta, alertó a las nuevas zonas de su mente y señaló el extraño barco con un dedo parecido a una salchicha.

–Fuera – ordenó con voz tensa.

Una amplia zona del mar se vaporizó al instante convirtiéndose en una blanca nube hirviente. Friend rió encantado..., pero dejó de reír cuando el barco salió de la nube sin ningún desperfecto evidente. De hecho, sus velas todavía brillaban con el blanco óseo de la lona seca. – ¡Maldición! – murmuró.

«No importa quién sea – pensó intranquilo -. Tengo mejores cosas que hacer, aparte de encargarme de ese barco. Podría levitar junto con Elizabeth y huir volando..., pero si nos persiguen a nosotros y no a la nave, estaré en desventaja, porque tendré que seguir usando parte de mi poder para mantenernos en el aire. Y ahora mismo ya estoy gastando una buena parte, manteniendo en marcha a estos malditos marineros resucitados...

Subió a la siguiente cubierta y, tras gritar unas cuantas órdenes más a las silenciosas figuras grises que trabajaban, bajó la vista hacia las planchas de cubierta donde reposaban sus zapatos, manchados de lodo pero aún lujosos. «También podría volver al camarote y tomarla – pensó, mientras la

excitación volvía a ahogarle pese a la ansiedad de sentirse perseguido por el navío -. Y esta vez la mantendría en una prensa mágica absoluta para que no pudiera ni parpadear si yo no se lo ordeno de manera expresa..., o podría dejarla inconsciente y utilizar la magia para que su cuerpo haga exactamente lo que yo quiera...»

Meneó la cabeza. No, eso no sería muy diferente de las actividades a las que se había dedicado desde que aprendiera en la adolescencia..., como esculpir mujeres ectoplásmicas en el aire sobre su cama inquieta. Como máximo, todo lo que podía hacer ahora era violar a Beth Hurwood, y cualquier marinero vulgar podía llevar a cabo una violación. Friend quería, necesitaba llevar a cabo una violación mucho más profunda.

Quería manipular la voluntad misma de la chica, que no sólo no pudiera impedir copular con él, sino que viviera esperándolo. Y que si alguna vez la confundía con su..., con otra persona..., se sintiera apropiadamente adulada.

Para poder controlar de manera tan profunda a una persona, necesitaba una capacidad de manipulación de la realidad mucho mayor que la que había tenido hasta entonces. Si quería definir por completo el presente, necesitaba revisar el pasado, dictar el futuro..., a efectos prácticos, convertirse en Dios.

«Bueno – pensó, con una sonrisa nerviosa -, y ¿por qué no? ¿No es a eso a lo que me he ido acercando sin pausa durante toda mi vida?»

Se dirigió hacia la baranda de babor y se inclinó hacia adelante para observar de nuevo el misterioso barco perseguidor. La nave roja y blanca había acelerado la marcha desde que mirara por última vez, como si quisiera adelantar al Carmichael por babor, y ahora divisaba otra vela que hasta entonces había quedado oculta tras el barco desconocido.

Friend siseó alarmado y entrecerró los ojos para mirarla.

Era demasiado pequeña para pertenecer al barco de Barbanegra o al de Bonnett, calculó. Debía de ser aquel maldito balandro, el Jenny. Hurwood iría a bordo, sin duda, con aquel cocinero aprendiz de Romeo, el tal Shandy..., quizá incluso estuviera Davies, todavía furioso con él por haberle disparado. Eso era lo que había estado mirando su cadavérica tripulación durante la última media hora. Observó a sus mal conservados timoneles, pero los muertos estaban prestando atención a otra cosa. Las

figuras sin vida ya no miraban hacia popa, sino hacia babor, al galeón pintado. – ¡Imbéciles! – chilló Friend -. ¡El peligro está allí!

Señaló el balandro que se aproximaba.

Su tripulación de cadáveres no pareció estar de acuerdo. – ¡Ése no es el Carmichael! – había exclamado Davies, cuando el Nuestra Señora de las Lágrimas se desvió hacia el este en una rápida maniobra y permitió que el Jenny viera mejor el barco al que perseguía.

El pirata siguió observándolo por el catalejo.

–Tiene que serlo – dijo Shandy.

Hurwood no había cambiado de postura desde que empezara el viaje, pero ahora alzó la vista.

–Es el barco en el que viaja ella – dijo en voz tan baja, que apenas se oyó por encima del rugido del viento contra el arpa formada por las jarcias.

Davies meneó la cabeza, dubitativo.

–La popa parece demasiado alta, pero seguro que pronto lo averiguaremos. Los dos barcos van ahora más despacio. ¿Estamos aprovechando al máximo la velocidad del nuestro?

Shandy se encogió de hombros y señaló a Hurwood.

–Pregúntaselo a él..., pero yo diría que sí, incluso en exceso. Después de ese último acelerón para no perder de vista al galeón, tuvimos que arriar todas las velas, sólo servían para demorarnos. Y cada vez que encontramos una ola grande el barco se resiente más.

–Bueno, ya no tardaremos mucho.

Fuera cual fuese el barco que iba en cabeza, le estaban ganando terreno. – ¡Coge! – gritó Davies a Shandy, lanzándole el catalejo -. ¿Cómo se llama? Shandy miró a través del instrumento.

–Eh..., ¿el Clamerotte Baimilchael? No..., es el Carmichael, desde luego. Ahora lo veo claro...

–Sigue mirando – indicó Davies.

–Bueno... – dijo Shandy cansadamente, tras unos instantes -, no hace más que cambiar... Por un momento, era el Charlotte Bailey. – Suspiró y lanzó una maldición que hasta hacía un mes no sabía -. Así que despertó a la tripulación del Charlotte Bailey para sustituir a los hombres que asesinó... Pero su nuevo poder mágico es tan fuerte que también despertó al barco fantasma, y ahora va unido al Carmichael.

Davies asintió, señalando en dirección al galeón español.

–Hasta resucitó al barco que se hundió con el Bailey.

–Dios – susurró Shandy -. Quizá ni siquiera lo sabe.

–No creo que eso importe. Parece que el Lágrimas quiere reanudar la batalla justo donde la dejaron hace un siglo..., y no nos conviene en absoluto.

–No – dijo Shandy.

–No – asintió a su vez Hurwood, que por fin se había levantado y cerrado su repugnante caja -. Y la respuesta a lo que dijiste antes también es no. Friend no sabe qué es el galeón español, o no habría desperdiciado energía tratando de hervirlo. Es parte de la misma magia que le proporcionó una tripulación, y la única manera de librarse de él es anular esa magia. – Lanzó una carcajada sin sonreír -. El chico no controla aún su nuevo poder. Buscó una tripulación en el fondo del mar y la despertó, junto con todo lo que había por los alrededores. Apuesto a que ahora mismo bajo nosotros nadan peces que ayer no eran más que un montón de esqueletos dispersos.

–Una cosa – le interrumpió Shandy rápidamente -, ¿pueden las balas de unos cañones fantasma dañar a barcos reales? El Lágrimas parece disponerse a lanzar una andanada.

–No lo sé – graznó Hurwood.

El anciano cerró los ojos y respiró profundamente. La mitad de los hombres del Jenny cayeron sobre cubierta cuando el viejo balandro salió disparado, partiendo las aguas a mayor velocidad todavía. Shandy, agarrado a los yugos de popa, tratando de llenarse los pulmones con el aire que parecía correr demasiado para atraparlo, consideró la posibilidad de avisar a Hurwood de que el maltratado navío no podría soportar aquel castigo mucho tiempo. La desechó.

El humo brotó del flanco de babor del galeón español y, un momento más tarde, Shandy se frotó los ojos incrédulo: el Carmichael se había convertido en una mancha borrosa, parecía escorarse y seguir erguido a la vez, perder velas y mástiles en una explosión, al tiempo que conservaba intacta la gran tela de lona.

Viendo aquel prodigio, los ebrios piratas a bordo del Jenny empezaron a gritar, y algunos se precipitaron a izar las velas mientras otros corrían hacia el timón. Uno de ellos trajinaba con la serviola para echar el ancla.

Davies sonrió a los hombres que corrían hacia el timón. Pensativo, sacó una pistola. – ¡Ya hay suficientes fantasmas en este combate, no hacen falta

voluntarios! – gritó Shandy -. Nuestro único adversario vivo es el tipo gordo..., ¿queréis que se vaya con vuestro barco?

Las palabras de Shandy y la pistola de Davies, probablemente mucho más eficaz, detuvieron a todos. Los piratas titubearon y disimularon su inseguridad redoblando los juramentos, exigencias y gritos.

Davies disparó su pistola al aire. – ¡El galeón español es un barco fantasma, lo admito! – gritó en el relativo silencio que siguió al estampido -. Sin embargo, está distraendo al gordo. Ya nos ha visto, pero ahora podemos atacarle mientras está ocupado. ¿Preferís acaso que se vuelva contra nosotros cuando le dé la gana?

Con la cabeza gacha, los piratas se volvieron y lucharon contra el viento de frente para volver a sus puestos. Sólo habían conseguido izar una vela, la gavia cuadrada pequeña, y antes de que pudieran bajarla de nuevo, se desgarró por multitud de sitios, dando una apariencia extrañamente festiva al barco pero sin aminorar su velocidad.

Casi deslizándose sobre las olas, el Jenny se metió en el estrecho espacio que separaba a las dos naves. – ¡Disparad todos los cañones de babor! – rugió Davies contra el viento -. ¡Y luego, todo a babor!

Las siete armas de ese lado del Jenny retumbaron a la vez, y tras un momento de retroceso, el balandro giró bruscamente. Shandy se agarró a la baranda y parpadeó para ver entre las salpicaduras de las olas que pasaban a escasos centímetros bajo él. Cuando el flanco de babor recuperó algo parecido a una posición normal, torció el cuello para volver la vista hacia el Lágrimas.

El barco estaba en apuros, desde luego, con el recio mástil de la mayor partido por la mitad, mientras casi todas las jarcias servían para conectarlo con el ancla en que se había convertido la cima de la verga. Shandy maldijo en voz baja, asombrado, porque el Jenny era una nave mucho más pequeña y su flanco había quedado a la altura del casco del barco español..., y se le ocurrió que estaba viendo el conflicto original entre el Nuestra Señora de las Lágrimas y el Charlotte Bailey, repetido por ¡os actores temporalmente reencarnados. – ¡Mantened el rumbo! – ordenó Davies -. Ya podemos aminorar la velocidad – añadió, dirigiéndose a Hurwood -. Rodearemos la proa del Carmichael y lo abordaremos por estribor.

Los dos barcos habían perdido velocidad, incluso antes de que el Lágrimas se quedara sin mástil; pese a la sobrecarga y a la creciente

lentitud, el Jenny pudo trazar un arco amplio y cómodo en torno a la proa del Carmichael. Davies ordenó que lanzaran los garfios de abordaje, y un momento más tarde los piratas trepaban como enormes insectos por las sogas. Entre los primeros estuvo Shandy, a quien le parecía irónico ser uno de los salvajes barbudos que participaban en aquel segundo abordaje al Carmichael.

Cuando había recorrido media sogas y apoyaba ya las suelas de los zapatos contra el casco para impulsarse hacia arriba, el barco se encabritó repentinamente como un tambor demasiado tenso. Chocó contra el casco y el impacto le entumeció el brazo derecho, pero consiguió mantenerse agarrado a la sogas con la mano izquierda. Miró hacia abajo y vio como la mayoría de los piratas que estaban cruzado con él, nadaban ahora en las aguas turbulentas entre los dos navíos. – ¡El español les ha alcanzado por el otro costado! – gritó Davies, lanzándose él también agarrado a una de las sogas -. ¡Es ahora o nunca!

Shandy respiró profundamente (por la boca, ya que tenía la nariz llena de sangre), flexionó los dedos de la mano derecha, se aferró de nuevo a la sogas, y se impulsó con los pies para apartarse del casco, reanudando la agotadora ascensión. Fue el primero en agarrarse a la baranda y pasar una pierna por encima. A pesar de su preocupación por Beth Hurwood, cuando consiguió llegar a cubierta se quedó sentado sobre ella unos segundos, mirando la escena...

El barco español casi ocultaba el cielo con su maraña de vergas rotas y jarcias enredadas, pero la atención de Shandy se centraba en su entorno más inmediato. Desde luego, el barco a cuya borda se agarraba no era el Carmichael..., era más ancho de manga, aunque más corto de eslora. Tenía dos cubiertas de popa: la de atrás era incluso más alta que la de delante, y los cañones estaban en la superior..., pero lo que atrajo su horrorizada atención fueron los marineros.

Se movían de una manera extraña y su piel tenía el color de la crema de champiñones.

Los ojos eran de ese blanco lechoso que en los peces es síntoma de llevar demasiado tiempo muertos.

La mayor parte de aquella tripulación mal reanimada corría hacia babor y hacia proa, donde muchos marineros igual de lamentables trepaban por las destrozadas barandas desde el Lágrimas.

Shandy deseaba con todas sus fuerzas saltar al agua. Había visto cosas como aquélla en sus peores pesadillas infantiles, y no estaba seguro de seguir vivo en caso de que una de esas criaturas clavara en él una mirada temible que conocía demasiado bien.

En aquel momento supo que habían percibido su presencia, porque muchos corrían hacia él con paso extraño pero rápido, blandiendo unos machetes de aspecto muy sólido pese a la corrosión. El sonido de sus pies descalzos sobre la cubierta era como el de sapos muertos cayendo contra un tejado.

Con la voz aflautada por el pánico, Shandy chilló las primeras frases del Ave María mientras saltaba a cubierta, desenvainaba el sable y trazaba una de las paradas circulares contra ataques múltiples que Davies le había hecho practicar. Pintó como si cargara contra dos de sus agresores, pero se agachó hacia el otro lado y detuvo la espada de otro adversario, para luego lanzar la suya en un movimiento de sacacorchos contra el cuello grisáceo. Saltando sobre la caída y casi decapitada figura, vio que varios hombres se tambaleaban hacia él..., y en la cubierta elevada divisó la sucia figura de Leo Friend, que parecía tan furioso como asustado. Friend observaba algo situado detrás y por encima de Shandy. Éste, tras realizar una rápida finta de ataque y fuga, y pasar de largo junto a sus atacantes, se arriesgó a lanzar un breve vistazo hacia atrás.

Benjamin Hurwood pendía suspendido en el aire, a cuatro metros por encima de la baranda del barco y a otros tantos de él. A través del pelo blanco que le azotaba el rostro, sonreía a Friend casi con afecto.

—Yo te eduqué — dijo el anciano.

Cuando habló, aunque fue en voz baja, el estrépito de la lucha de las tripulaciones fantasma quedó amortiguado, de manera que cada palabra se oía con toda claridad.

—Te ayudé a salir del callejón sin salida al que habías llegado, te enseñé el lugar que no conseguías descubrir solo. — La sonrisa se hizo más amplia, empezaba a parecer casi calavérica -. ¿De verdad creíste que eras superior a mí, que llegarías a avanzar tanto como para que yo no pudiera seguirte? ¡Ja! Me alegra que hayas revelado ahora tu naturaleza traicionera..., con el tiempo, quizá hubieras conseguido suficiente poder para hacerme daño.

Cerró los ojos.

Otros piratas habían subido ya a bordo y, tras el asombro inicial, intercambiaban estocadas con los cadavéricos marineros. No tardaron en comprender que para acabar con la lucha tenían que desmembrarlos... y a conciencia. Además, aquellas criaturas eran rápidas, aunque de una manera espasmódica, como la velocidad de los insectos, y muchos hombres de Davies fueron sangrientamente derribados en los primeros minutos.

Shandy oyó a alguien golpeando una puerta bajo la cubierta donde se encontraba Friend, y supuso que Beth estaba encerrada allí, pero cada vez le resultaba más difícil abrirse paso. Se le estaba cansando el brazo con que manejaba la espada, y sólo podía usarla para detener los golpes; el agotamiento le impedía lanzarse hacia adelante y al contraataque de una manera efectiva.

Entonces, uno de los cadáveres vivientes caminó pesadamente hacia él y blandió un machete verdoso contra su cabeza... Shandy alzó el sable y detuvo el golpe, pero la fuerza del impacto le arrancó el arma de la mano. Cayó lejos de su alcance, tintineando.

La criatura muerta estaba demasiado cerca para huir y ya alzaba el brazo para descargar un golpe mortal, así que a Shandy no le quedó más remedio que meterse bajo su guardia y agarrarse a ella.

El cuerpo olía a pescado podrido y su tacto era como un saco de cuero húmedo, lleno de cadenas y gelatina. Shandy luchó por no desmayarse ante el horror de su proximidad.

La criatura siseaba, arañaba y golpeaba la espalda de Shandy con el mango metálico de su arma, pero éste consiguió acercarse a la baranda de estribor y lanzar por encima de ella al marinero muerto. Las manos grises se agarraron a las solapas de la chaqueta de Shandy y, durante varios segundos, el joven quedó colgado sobre la borda, mirando directamente a los ojos lechosos del muerto; después, primero un codo y luego el otro se soltaron dentro de las mangas de la cosa, y el cadáver cayó al agua, dejando las manos y los antebrazos agarrados a la chaqueta de Shandy.

Desarmado ahora, miró a su alrededor con ojos enloquecidos buscando la espada.

Pero, incluso en medio del pánico, su atención se vio atraída por lo que le estaba sucediendo a Leo Friend. El joven médico se había elevado sobre la cubierta de popa y las llamas brillaban en torno a él, aunque en su cabello y ropas no se veían zonas chamuscadas. Shandy miró más allá de la proa,

en dirección a Hurwood, y vio que también estaba envuelto en llamas. Comprendió que presenciaba un duelo a muerte entre dos hechiceros sumamente poderosos. – ¡Detrás de ti, Jack! – le llegó un grito de Phil Davies.

Shandy saltó hacia un lado, con los brazos grises pegados a su chaqueta balanceándose locamente, un instante antes de que la hoja de un machete hendiera el espacio que había ocupado hasta entonces su cabeza. El salto le situó peligrosamente cerca de otro miembro de la tripulación del Charlotte Bailey, que blandió el sable con gesto inexpresivo. Antes de que pudiera descargar el golpe, la cabeza voló de sus hombros cuando la hoja de Davies le cortó el cuello. – ¡Vigila a tu alrededor! – le espetó Davies, dando una patada al arma del hombre doblemente muerto para que quedara al alcance de Shandy -. ¿No te lo he dicho mil veces?

–Sí, Phil – jadeó Shandy, agachándose para recoger la espada, en extremo pesada.

Ningún tripulante del Charlotte Bailey estaba por los alrededores, así que Davies agarró su propio sable con la mano izquierda y flexionó la derecha. Shandy vio que el pirata entrecerraba los ojos y recordó que se había quemado esa mano en la selva. – ¿Te duele la...? ¡Cuidado! – aulló.

Saltó sobre Davies para detener una espada asesina, y partió el rostro gelatinoso de la figura que la esgrimía. – ¿Te duele la mano, puedes manejarla?

–No tengo más remedio – dijo Davies con voz tensa, volviendo a empuñar su espada y observando la cubierta llena de cadáveres -. Oye, tenemos que asegurarnos de que Friend pierda este combate. Intenta...

Detrás de Shandy se oyó el chirrido de la madera demasiado tensa, seguido de fuertes crujidos. Mirando a popa, vio que Friend había extendido la mano hacia abajo, y aunque estaba a doce metros por encima del barco, la mayor parte de la cubierta y el mamparo habían sido arrancados del camarote. Las planchas y las vigas quedaron suspendidas en el aire un momento, antes de ser lanzadas descuidadamente contra el combés. Shandy oyó gritos por encima del estrépito, y supo que algunos hombres del Jenny se encontraban bajo los maderos caídos.

Friend alzó la mano. Bajo la luz del sol, a través del camarote desprovisto ahora de techo, flotó Beth Hurwood, luchando contra una fuerza invisible que le pegaba los brazos a los costados.

«¡Oh, Dios mío! – pensó Shandy, aterrorizado -. La está usando como diversión.

Probablemente ya la ha violado, y ahora va a prenderle fuego o algo así, sólo para distraer a Hurwood.»

Echó a correr por la cubierta, resbaladiza a causa de la sangre, y ni siquiera advirtió que uno de los muertos que se interponían entre el camarote sin techo y él, le había visto y aguardaba ahora preparado, empuñando su machete verdoso.

Davies sí lo vio.

–Maldita sea, Jack – escupió con cansancio, lanzándose hacia adelante para llegar junto al necrótico marinero antes de que lo hiciera Shandy.

Venner, con la camisa desgarrada, el pelo aún más rojo por una larga herida en el cuero cabelludo y su habitual sonrisa congraciante trocada en una mueca a causa del esfuerzo desesperado, calibró la situación con un solo vistazo... y deliberadamente se interpuso en el camino de Davies, clavando un hombro en el pecho del capitán.

Davies retrocedió sin aliento a causa del impacto, pero se obligó a seguir adelante tras dirigir a Venner una rápida mirada cargada de ira y promesas.

Shandy había tenido que esquivar a un grupo de combatientes jadeantes, pero ahora corría en línea recta hacia la ascendente figura de Beth Hurwood... y hacia el paciente marinero muerto, al que aún no había visto.

Davies no tenía tiempo para amagar un ataque; corrió los últimos metros hasta el marinero y, simplemente, blandió la espada contra el cuello de la cosa.

La hoja se clavó profundamente, pero con la mano enferma y falto de aliento, Davies no había podido poner suficiente fuerza en el golpe como para cercenar la cabeza por completo. Los ojos muertos se volvieron hacia él... y antes de que pudiera liberar la espada, el corroído machete de la cosa se hundió espantosamente en su abdomen con un movimiento ascendente.

Palideciendo de repente, Davies jadeó una maldición y agarró con más fuerza el puño de la espada. Con un movimiento convulsivo, que era tanto un golpe de ataque como un estertor de repugnancia, terminó de cortar el cuello gris, haciendo que la cabeza cayera suelta.

Los dos cadáveres se desplomaron sobre la cubierta.

Shandy ni siquiera había advertido el enfrentamiento. Cerca ya de Beth, dejó caer la espada, tensó músculos y tendones, y dio un salto hacia ella..., pero sus dedos estirados chocaron contra una resistencia invisible a treinta centímetros de la chica. Por un momento, los ojos de Beth, vueltos hacia abajo, encontraron los de Shandy, una mirada suplicante, y los labios formaron palabras que no consiguió oír.

Luego cayó, rebotando dolorosamente contra el astillado mamparo del camarote, para desplomarse sin aliento sobre la cubierta caldeada por el sol. Y esperó, ahora exhausto por completo, que un machete verdoso o dos le clavarán contra los tablones.

Pero, de repente, todos los gangrenados combatientes estaban más pálidos, translúcidos contra el brillante cielo. El peso de los brazos muertos contra su pecho casi había desaparecido.

Shandy comprendió que se hallaba tendido sobre la bien conocida cubierta de popa del Clamoroso Carmichael, de bruces contra las planchas blindadas que él mismo recordaba haber clavado. Supuso que Friend estaba demasiado ocupado defendiéndose de Hurwood como para mantener el hechizo que le había proporcionado aquella tripulación.

—Puedo matarla — dijo Friend, relajando el ceño de concentración y enseñando los dientes ensangrentados en una sonrisa.

Le tocó a Hurwood hacer un gesto, y Friend señaló con su mano libre al viejo hechicero. Una bola de fuego blanco, brillante incluso en el cielo sin nubes del mediodía, se precipitó a través de los aparejos hacia Hurwood.

El hombre manco la detuvo con un gesto y la bola cayó rebotando contra el Jenny, donde fue recibida con gritos de alarma. Pero Hurwood cayó también medio metro, antes de recuperarse y volver a su lugar; gimió, extendiendo la mano hacia su hija, que, al otro lado del combés, se elevaba lentamente hacia su adversario. Ahora no había llamas en torno a Friend. Con su sonrisa triunfal, el gordo médico parecía una especie de grotesco globo de aire caliente adornado con encajes.

El joven mago respiró profundamente, se inclinó hacia adelante y extendió los brazos a ambos lados.

Entonces, pese a la fuerte brisa, el aire se impregnó de un olor como el de una sartén vacía sobre el fuego, y la nave volvió a ser el ancho Charlotte Bailey. Los marineros españoles e ingleses no sólo volvían a ser

sustanciales, sino que parecían más vivos: mejillas sonrosadas, brazos bronceados, ojos brillantes..., y Friend brillaba en el cielo como si estuviera hecho de rayos de sol.

Leo Friend sabía que estaba cerca de comprenderlo todo. Se encontraba en el umbral mismo de la divinidad..., ¡y sin ayuda externa, sin necesidad de nada que no fueran sus propios recursos! En aquel momento, comprendió que así debían ser las cosas. O lo haces por ti mismo, o no se hace. Y para derrotar a Benjamín Hurwood tendría que hacerlo, y ya.

Pero, para ser Dios – lo que, por supuesto, significaba haber sido Dios desde siempre -, tenía que justificar cada acontecimiento de su pasado, definir todos sus actos en términos que los hicieran consistentes con la divinidad...; no podía quedar ningún incidente demasiado incómodo de recordar.

Con habilidad sobrehumana, examinó cada año de su comportamiento consciente: cuando examinaba animalitos, cuando maltrataba a sus compañeros de juegos, cuando dejaba caramelos envenenados cerca de colegios y talleres... Consiguió enfrentarse a todos ellos e incorporar a su divinidad hasta el último fragmento, y sintió crecer incalculablemente su poder a medida que se acercaba más y más a la satisfacción absoluta que le llevaría a la omnipotencia...

Al final, con Hurwood ya virtualmente derrotado, sólo quedó un incidente en la vida de Friend, sólo una cosa más que santificar para sacarla de la realidad simple y escuálida..., pero era la experiencia más traumática y desgarradora que había sufrido, y enfrentarse a ella, obligarse a recordarla, era supremamente difícil. Ahora, suspendido en el aire sobre su barco, enfrentándose a un enemigo casi destrozado y observando como su premio ascendía hacia él desde el camarote destrozado, se obligó a revivirlo.

Tenía quince años. Estaba de pie junto a la estantería de su dormitorio, tan atestado como polvoriento..., no, en su elegante alcoba, tapizada y aromatizada por la brisa, que llevaba la fragancia de los jazmines a través de las ventanas abiertas y el olor de las encuadernaciones en piel. Siempre había sido así, nunca fue una habitación destartalada y polvorienta. Su madre abrió la puerta y entró. Por un momento, fue una mujerona gorda y canosa, embutida en un vestido negro tipo saco..., luego, una dama alta, atractiva, con una túnica de seda estampada abierta por delante. Él había

descubierto la magia siete años antes y la había estudiado diligentemente desde entonces. Ya sabía mucho, y quería compartir aquella riqueza con la única persona que jamás había apreciado su capacidad mental.

Se dirigió a ella y la besó.

Pero empezaba a alejarse de él, volvía a ser la anciana que sólo había subido a poner sábanas limpias en su cama, y la habitación era de nuevo una habitación desastrada, y él volvía a ser un niño gordo sobresaltado, interrumpido en medio de sus autoadministraciones solitarias, y la besaba aturdido porque, en su corazón palpitante por el delirio, había malinterpretado la razón de su visita. «Oh, mamá – jadeaba -, tú y yo podemos tener el mundo, sé magia, puedo hacer cosas...»

Con un gran esfuerzo de voluntad, la obligó a ser de nuevo la hermosa mujer de la túnica, obligó a la habitación a recuperar sus regias dimensiones..., y lo hizo justo a tiempo, porque sabía que su padre, el marido de su madre, iba a entrar en la habitación.

Dudaba mucho de poder revivir aquella escena tal como había sucedido en realidad.

«Bueno – se dijo inseguro -, estoy rehaciendo la realidad. En pocos minutos, ese recuerdo insoportable no habrá existido nunca.»

Las pisadas retumbaron en los peldaños, subiendo la escalera. Friend se concentró y el sonido bajó de volumen, hasta que pareció que era un niño quien subía. Una gran sombra imponente oscureció el hueco de la puerta y empezó a destruir la habitación..., pero Friend la combatió hasta hacerla insignificante de nuevo; ahora, una sombra delgada, translúcida, casi como si nadie la proyectara, se alzaba en la puerta.

Un hombrecillo, semejante a una rata bípeda con pantalones deformes, entró en la habitación. Obviamente, no representaba un peligro para nadie pese a sus gruñidos y miradas críticas. «¿Qué...?», empezó a decir, con un rugido ensordecedor. Pero Friend se concentró de nuevo y la voz surgió chillona y malhumorada. «¿Qué está pasando aquí?»

Su aliento apestaba a alcohol y a tabaco. La criatura – padre cruzó el suelo embaldosado en dirección a Leo Friend y, en esta versión de la realidad, el golpe que le había derribado se convirtió en una bofetada ligera y temblorosa.

La madre se enfrentó al intruso, y con sólo su mirada logró que la criatura mal afeitada se apartara del muchacho. «Animal ignorante – dijo

suavemente a aquello, su voz grave y musical resonando entre las paredes, fundiéndose con el salpicar de las fuentes y el tintineo de las campanillas en el exterior -. Monstruo de barro, sudor y aperos de campesino. No puedes comprender la belleza y el genio. Fuera.»

La cosa se tambaleó confusa de vuelta hacia la puerta. Su hedor empezó a disiparse, aunque fragmentos de la zarrapastrosa chaqueta negra y las botas de cuero ensuciaron las baldosas del suelo.

Hurwood cayó treinta centímetros más. Ya casi estaba al nivel de la cubierta. El sudor le pegaba los mechones de pelo blanco a la frente, y respiraba con jadeos entrecortados.

Tenía los ojos cerrados..., pero por un momento abrió uno, sólo una rendija, y allí parecía haber un brillo de diversión, de triunfo casi perfectamente disimulado.

Friend se sobresaltó y su control se tambaleó por un momento; en la alcoba del recuerdo, su padre empezó a crecer y a alejarse más despacio. La habitación se descomponía, recuperando su forma original, y la madre de Friend balbuceaba: «¿Por qué pegas a Leo?, siempre le estás pegando...», y el padre empezaba a darse media vuelta para enfrentarse a ellos.

Sobre la cubierta de popa, Leo Friend apretó los brillantes puños y puso en juego toda su fuerza de voluntad. Y muy despacio, el padre volvió a menguar, el tapizado de las paredes volvió a ser tenuemente visible...

En aquel momento, Hurwood dejó de fingirse derrotado, se echó a reír abiertamente y atacó.

Y el padre de Friend, pese a seguir de espaldas a él, creció hasta que el dintel de la puerta fue casi demasiado bajo y estrecho para él. Al volverse, tenía el rostro sonriente de Hurwood, abrió la gigantesca boca y golpeó los tímpanos de Friend con la frase que éste había intentado desesperadamente borrar de la realidad: «¿Qué le estás haciendo a tu madre, pequeño monstruo? ¡Mírala, has hecho que vomite en el suelo!».

Gimiendo de abyecto terror, Leo Friend se volvió hacia su madre, pero desde que la mirase por última vez la mujer se había deteriorado. Ahora era algo similar a un perro gordo y sin pelo que se alejaba de él a cuatro patas, con el vientre subiendo y bajando mientras regurgitaba los órganos internos sobre el suelo polvoriento...

La habitación no sólo había vuelto a su miseria original, sino que se estaba haciendo aún más oscura y su aire todavía más rancio. Friend trató

de escapar hacia el limpio aire marino y el Charlotte Bailey, o incluso hacia el Clamoroso Carmichael, pero no encontró salida.

–Lo has gastado demasiado deprisa – dijo aquella cosa terrible que era al mismo tiempo su padre, Benjamin Hurwood y cualquier otro adulto fuerte que alguna vez le hubiera despreciado..., y luego se lanzó sobre él, mientras la habitación se oscurecía por completo, para devorarlo.

Un trueno retumbó en el aire y no sólo ensordeció a Shandy, que acababa de ponerse en pie, sino que también le hizo tambalearse de tal manera que se tuvo que agarrar a una soga para evitar caer. Cuando miró a su alrededor, asfixiándose por el redoblado hedor metálico, vio que el barco volvía a ser el conocido y querido Carmichael, y que las figuras resucitadas no eran ya más que sombras. Los brazos colgados de su chaqueta habían desaparecido.

Alzó la vista. Beth Hurwood pendía inmóvil en el aire, a seis metros de la cubierta de popa, pero Friend ascendía sin cesar en el cielo azul. Aunque brillaba más que nunca, casi demasiado para mirar su cuerpo fijamente, se agitaba como un hombre atacado por avispas. Pese al zumbido de sus oídos, Shandy podía oír los gritos. Por último, muy arriba, restalló un relámpago que dejó un punto rojo en los ojos de Shandy, mirase hacia donde mirase, y el cielo se llenó de fina ceniza blanca.

Con toda suavidad, Beth Hurwood fue bajada de nuevo al camarote, y algunos de los tablones arrancados volvieron a su sitio para tapar los huecos. Los espíritus de los marineros españoles e ingleses, ahora casi invisibles, caminaban de aquí para allá en cubierta hacia los charcos de sangre dejados por los tripulantes muertos del Jenny.

Aunque obtenían sustancia momentáneamente de ella, algunas cenizas de lo que había sido Leo Friend barrían silenciosas la cubierta y parecían envenenarlos.

El montón de maderos siguió moviéndose, incluso después de que los tablones animados se hubieran redistribuido para poner barrotes en la jaula de Beth; y por último, Shandy iba a lanzar un alegre grito de saludo..., pero advirtió que uno tenía la cabeza rota y vacía, y el otro el pecho completamente destrozado. Luego les miró a los ojos y o le sorprendió que fueran inexpresivos.

Cerca de Shandy, el cadáver del señor Bird se sentó, se puso trabajosamente en pie y se tambaleó hacia donde estaba la vela mayor. Uno

a uno, el resto de los cadáveres se fueron reuniendo con él allí y, cuando todos estuvieron juntos, arreglándoselas para parecer expectantes pese a sus rostros muertos, Shandy los contó. Eran catorce.

–Davies no – dijo con voz apagada al ver su cuerpo entre los demás, comprendiendo por primera vez que su amigo había sido asesinado -. Davies no.

Hurwood llegó por encima de la baranda, planeando como un ave gigantesca sobre las cabezas de Shandy y el resto de los agotados supervivientes, y aterrizó en la cubierta de popa, cerca del agujero ahora parcialmente cubierto de tablones. Miró a Shandy inexpresivo durante largos segundos, y luego meneó la cabeza en gesto negativo.

–Lo siento – le dijo -. No tengo suficientes tripulantes como para prescindir de él. Ahora, fuera de mi barco.

Shandy miró hacia el Jenny, cuyo mástil y vela chamuscada eran visibles por encima de la baranda de estribor. Apenas quedaba ya nada del humo que brotara cuando la bola de fuego cayó sobre el balandro. Evidentemente, los hombres que permanecieron a bordo de la nave habían conseguido apagarlo.

Los veintitantos piratas vivos que quedaban en la cubierta del Carmichael, muchos de ellos heridos y sangrando, miraron interrogantes a Shandy.

Este asintió.

–Volved al Jenny – dijo, tratando de que su voz no reflejara la amargura que sentía -.

Me reuniré con vosotros dentro de un momento.

Mientras sus hombres se tambaleaban y cojeaban por la cubierta hacia los ganchos de abordaje del Jenny, todavía prendidos a las regalas y jarcias del Carmichael, Shandy respiró hondo. Sabía que sería inútil, y probablemente fatal, pero caminó decidido hacia el destrozado camarote donde se encontraba Beth.

Hurwood se limitó a observarle con una ligera sonrisa en el rostro.

Shandy se detuvo ante la puerta cerrada y, sintiéndose tan ridículo como asustado y decidido, llamó con los nudillos.

–Beth – dijo con voz clara -, soy Jack Shandy..., quiero decir, John Chandagnac. – El nombre le parecía extraño -. Ven conmigo y te prometo que te llevaré directamente al puerto civilizado más cercano. – ¿Sí? – le

llegó a través de la puerta cerrada la voz de Beth, sorprendentemente tranquila -. ¿Cómo puedes confiar en un hombre que asesinó a un oficial de la Armada para salvar a unos criminales de las consecuencias de sus actos, y más tarde me puso un cuchillo en la garganta para alejarme de mi propio padre?

Shandy se apartó de la frente un mechón de pelo, rígido por la sal, y miró de soslayo a Hurwood..., que le sonreía y se encogía de hombros con simpatía burlona.

–Ese capitán de la Armada – dijo Shandy, tratando de mantener la voz tranquila – estaba a punto de asesinar a Davies. De matarle sin juicio. No tuve elección. Y tu padre...

–Se detuvo un instante, desesperado, obligándose a seguir para librarse de las palabras, como una tripulación que lanzara por la borda de un barco zozobran te cañones y barriles – . Tu padre intenta sacarte el alma del cuerpo para sustituirla por la de tu madre.

No le llegó respuesta alguna del interior del camarote.

–Por favor, márchate ya de mi barco – pidió cortésmente Hurwood.

En vez de obedecer, Shandy se lanzó contra la puerta del camarote... y un momento después se encontró suspendido en el aire, elevándose y alejándose del encierro de Beth.

Abrió los ojos de par en par, y luego los cerró de golpe. Todo su cuerpo se puso rígido con un vértigo incontrolable.

Cuando hubo traspasado la regala del Carmichael y se encontraba suspendido a diez metros por encima del agua, delante de la chamuscada proa del Jenny, la fuerza que le sostenía le soltó, y cayó durante un largo segundo, antes de estrellarse contra el agua helada.

Braceó para volver a la superficie y nadó cansinamente hacia el Jenny. Brazos fuertes le recogieron y le izaron a bordo.

–Es asquerosa magia, capitán – le dijo Skank cuando estuvo a salvo en la cubierta, apoyado contra el mástil y respirando profundamente, mientras un charco de agua marina se extendía en torno a sus botas -. Hemos tenido suerte de salir con vida de ese barco.

Shandy no se permitió demostrar sorpresa al verse llamado «capitán». Después de todo, Davies había muerto y él era su lugarteniente.

–Supongo que tienes razón – murmuró.

–Me alegra que estés bien, Jack – le aseguró Venner, con una amplia sonrisa que no conseguía ocultar el brillo gélido de sus ojos.

Los dos últimos piratas soltaron los garfios de abordaje y saltaron al agua. Pronto fueron recogidos y estuvieron a bordo del Jenny pidiendo ron.

–Sí, dadles ron – dijo Shandy, volviendo a apartarse el pelo de la frente y pensando que pronto debería añadir otro mechón a su coleta -. ¿Son graves los daños del Jenny?

–Bueno – asintió Skank juiciosamente -, no estaba en muy buena forma antes de esa bola de fuego. Pero no nos costará demasiado volver a Nueva Providencia..., es un rumbo recto.

–Nueva Providencia – repitió Shandy.

Alzó la vista y vio el cadáver del señor Bird trepando por los obenques del Carmichael.

El cuerpo llegó al asidero que colgaba justo un metro por debajo del soporte de la mayor, y con la precisión de un mecanismo de relojería empezó a izar las velas. Abajo, manos cada vez más frías manejaban las drizas. Las velas se hincharon, los escotines se tensaron y, despacio al principio, el gran barco empezó a alejarse del Jenny.

–Nueva Providencia – repitió pensativamente el nuevo capitán del balandro.

Y en el camarote del Carmichael, el hechizo fue retirado por fin de la garganta de Beth Hurwood. – ¡Te creo, John! – gritó la chica -. ¡Sí, iré contigo! ¡Sácame de aquí, por favor!

Pero, para entonces, el Jenny era un punto lejano de velas descoloridas y andrajosas sobre la deslumbrante superficie azul del mar. Y, aparte de su padre, los únicos que oyeron sus palabras fueron los marineros muertos que tripulaban el Clamoroso Carmichael.

Libro tercero ¿Qué hora es?

Son las doce menos cuarto Y mañana es el Juicio Final

T. L. BEDDOES

19

Seis hombres saltaron del bote cuando se detuvo bruscamente en las aguas poco profundas. Stede Bonnett, mirándolos desde detrás de un cerezo silvestre situado en la cima de la colina arenosa, que escudaba su campamento de la gélida brisa marina, sonrió aliviado cuando reconoció a

su jefe: era William Rhett, el mismo coronel del Ejército británico que había capturado a Bonnett hacía más de un mes. Evidentemente, estaba allí para volver a atraparlo tras su reciente fuga del puesto de guardia de Charleston, que servía también como prisión.

«Gracias a Dios – pensó Bonnett –; me van a encerrar otra vez... De hecho, si tengo mucha suerte, quizá me maten hoy mismo, aquí.»

Se dio la vuelta rápidamente y volvió al otro lado de la colina, antes de que ninguno de sus compañeros se reuniera con él y descubriera también a los agresores. Y trató de disimular su emoción, porque el hombre negro podía percibir los estados de ánimo casi tan bien como Barbanegra.

Encontró a los tres todavía sentados en torno a la hoguera; el indio y el negro a un lado, David Herriot al otro.

–Bueno, David – dijo, tratando de parecer entusiasta –, el tiempo está mejorando a ojos vistas. Supongo que tienes muchas ganas de abandonar esta maldita isla y conseguir otro barco, ¿verdad?

Herriot, que había sido el dócil piloto de Bonnett desde el día en que el Venganza fuera botado hasta que el coronel Rhett lo capturó en el río Cape Fear, se limitó a encogerse de hombros. Su entusiasmo infantil tras la fuga de Charleston había empezado a convertirse en un miedo supersticioso cuando un clima inexplicablemente adverso les obligó a refugiarse allí, en la isla de Sullivan. Y desde que el indio y el negro se unieron a ellos, se había hundido en una especie de letargo.

La llegada del indio y el negro había sido sencilla: simplemente, estaban de pie fuera de la tienda de Bonnett una mañana, hacía ya una semana. No se presentaron, pero saludaron a Bonnett y a Herriot por sus nombres, y les explicaron que se encontraban allí para ayudarles a conseguir otro barco. A Bonnett le parecía haber visto al indio a bordo del Venganza de la Reina Ana en mayo, cuando Barbanegra asoló Charleston para conseguir la hierba medicinal que repelía a los fantasmas, y las encías del negro eran tan blancas como sus dientes, la marca típica del bocor. Al estúpido de Herriot le resultaba tan evidente como a Bonnet que Barbanegra los había encontrado.

Durante casi mes y medio tras aquel terrible viaje tierra adentro, hacia la Fuente de la Juventud, Bonnett no había tenido control sobre sus propias acciones. El Venganza acompañó al Venganza de la Reina Ana hacia el Norte, hasta Virginia, y aunque era de la boca de Bonnett de donde salían

las órdenes de navegación para los marineros, Barbanegra hablaba a través de ella. Como un sonámbulo, Bonnett se descubrió aceptando el indulto real del gobernador Edén, de Carolina del Norte, y haciendo arreglos para navegar hacia el sur de vuelta a su hogar en las Barbados, donde recuperaría hasta donde le fuera posible su papel como miembro de la alta sociedad compuesta por los hacendados de la isla. Por supuesto, Barbanegra planeaba hacerse matar para poder volver en un nuevo cuerpo, y pensaba que podía serle útil tener a un caballero – incluso a un ex caballero – adinerado trabajando como marioneta suya en aquella rica isla.

Después de aceptar el indulto, Bonnett empezó a recuperar el control sobre sus actos.

Al parecer, Barbanegra pensaba que lo que más deseaba Bonnett en el mundo era volver a su antigua vida, así que no se molestó en seguir asegurándose la cooperación del hombre.

En realidad, Bonnett temía volver a las Barbados más que a la muerte. Había sido un ciudadano respetado, durante los años que pasó allí como comandante retirado del ejército y hacendado, y no soportaba volver como ex pirata, como alguien que sólo seguía en libertad porque había elegido refugiarse bajo las faldas de una amnistía real. Y toda esperanza de que los ciudadanos residentes en aquella isla remota ignorasen sus actividades piratescas, quedó destruida pocos días después de embarcar, porque el segundo barco en que viajó fue el Turbet..., un navío de las Barbados. Enseguida supo que debía matar a todos los tripulantes a fin de no dejar ningún testigo, pero no tuvo valor para dar la orden... Además, David Herriot no se habría quedado quieto mientras asesinaban a gente con la que había navegado durante toda su vida.

Y la sola idea de volver a ver a su esposa casi le hacía perder el sentido. Aquella mujer había sido una arpía insultante, incluso antes de que él se lanzara – ¡tan involuntariamente! – a la vida criminal, y todavía despertaba con frecuencia bañado en sudor, ensordecido por los gritos de ella: «¡Aléjate de mí, bestia! ¡Cerdo, animal!».

Bonnett siempre había huido de la casa pensando en cometer uxoricidio, o en suicidarse, o en ambas cosas.

Pero volver a las Barbados y a ella era el futuro que le aguardaba..., a menos que pudiera cambiar los planes que Barbanegra había concebido para él. Así que, el catorce de septiembre, envió a Herriot a la ciudad para

reclutar a tantos miembros de la tripulación original como le fuera posible encontrar – no quería a ninguno que hubiera navegado con Barbanegra o con Davies -, y llevarlos a bordo del Venganza. El barco no era botín pirata, había pagado cada tablón y cada metro de aparejos, así que las autoridades portuarias no pondrían inconveniente si quería llevárselo de viaje. En cuanto saliera del puerto, haría que sus hombres borrarán el nombre Venganza del casco del barco para bautizarlo como Jaime Real.

Luego, Bonnett se dedicó a violar las normas del indulto tan intensiva y rápidamente como pudo. Ese mismo miércoles, antes de que se pusiera el sol se había apoderado de un barco, y durante los diez días siguientes atacó once más. El botín no fue importante – tabaco, cerdo, alfileres y agujas -, pero se estaba dedicando a la piratería. A las tripulaciones de los barcos atacados les dijo que era el capitán Thomas, porque no quería que la noticia de su traición llegara a Barbanegra hasta no estar a salvo, fuera de su alcance.

Para conseguirlo, decidió robar el plan de derrota de Barbanegra: al estar completamente controlado por el rey pirata, Bonnett había sido la única persona con la que había discutido su idea, circunstancia que ahora utilizaría él con un fin más humilde.

Barbanegra pensaba usarlo como puerta hacia la inmortalidad, Bonnett sólo deseaba una muerte rápida o, en el peor de los casos, un juicio y la horca lo más lejos posible de las Barbados.

Navegó en el Jaime Real hasta el río Cape Fear, con la intención aparente de carenar el barco para las reparaciones de rigor..., pero, antes de liberarlos, se aseguró de que el capitán y la tripulación del último barco que había apresado se fijaran bien en dónde estaba anclado.

Los cazadores de piratas del gobernador, bajo las órdenes del coronel Rhett, llegaron puntualmente a la desembocadura del río la noche del veintiséis, y Bonnett trató de que su fingido intento de fuga tuviera lugar a la mañana siguiente durante la marea baja.

Herriot le había observado, atónito ante lo poco práctico de las últimas órdenes, pero Bonnett consiguió colocar el barco en una posición desde la cual resultaba imposible cualquier tipo de defensa efectiva. En el último momento, trató de hacer explotar sus propios barriles de pólvora, cosa que hubiera dispersado sus restos, junto con los de la mayoría de la tripulación,

a todo lo ancho y largo del pantanoso paisaje, pero le detuvieron antes de que dispusiera de tiempo para encender la mecha.

Después, viajaron de vuelta a Charleston..., encadenados. La tripulación fue encerrada sin demora en el centro de reunión anabaptista, al sur de la ciudad, bajo la custodia de toda una compañía de soldados. Pero la prisión de Bonnett y Herriot era uno de los puestos de vigilancia de Charleston, junto a las orillas del río Ashley, con sólo dos guardias.

Una noche, dos semanas después de su llegada, los dos guardias se marcharon al mismo tiempo para cenar en la ciudad..., y el cerrojo de la puerta resultó estar tan oxidado que un fuerte empujón lo hizo saltar. Bonnett nunca había deseado realmente enfrentarse a la humillación de un juicio y una ejecución pública, así que, encantados con lo que parecía ser un auténtico golpe de suerte, Herriot y él salieron sigilosamente, robaron un bote y remaron hacia el este, pasando junto al Fuerte Johnson para salir del puerto.

Más tarde, el clima se volvió pésimo, con viento, lluvia y mares agitados. Tuvieron que dirigirse hacia tierra en la isla de Sullivan, al norte del puerto. Y, demasiado tarde, ambos empezaron a preguntarse, intranquilos, si su fuga se debía simplemente a la suerte.

El tiempo no había mejorado. Los dos fugitivos se las arreglaron para construir una tienda con el mástil de su bote, y durante dos semanas vivieron de rodaballos y tortugas, cocinados sobre fuegos cautelosamente disimulados. Bonnett esperaba que la modesta columna de humo, dispersada por el viento, pasara inadvertida contra los cielos siempre grises.

Obviamente, no había sido así.

Bonnett arrancó una fronda, en forma de abanico, de uno de los ubicuos palmitos y la arrojó al fuego. La hoja empezó a crepitar y a retorcerse, y esperó que aquellos sonidos disimularan cualquier ruido del coronel Rhett y sus hombres al arrastrarse por la ladera de la colina.

—Sí — siguió en voz alta -, a los dos nos vendrá bien salir de esta isla, David. Estoy dispuesto a salir cuanto antes para apoderarme de más barcos..., ¡he aprendido de mis errores! ¡Nunca más dejaré a nadie vivo para que testifique contra mí! — Esperaba que el grupo de Rhett oyera aquellas afirmaciones -. ¡Violaremos a las mujeres, mataremos a los hombres y los tiraremos a todos por la borda a los tiburones!

Herriot parecía cada vez más desdichado, y el bocor miraba a Bonnett con gesto de sospecha. – ¿Qué estás haciendo? – preguntó el negro.

Más alerta que nunca, por la distancia que le separaba de sus loas protectoras del Caribe, alzó la mano y filtró la brisa entre los dedos.

«¿Dónde estás, Rhett? – pensó Bonnett con desesperación, mientras su expresión alegre empezaba a desvanecerse -. ¿Os habéis situado ya? ¿Tenéis las armas cargadas, amartilladas, apuntadas?»

El indio se levantó y recorrió el claro con la mirada.

–Sí – dijo al hombre negro -, en esto hay algún propósito oculto. Los dedos del bocor seguían agitándose, pero la mano señalaba en dirección a la ladera. – ¡Hay... otros! ¡Cerca! – Se volvió rápidamente hacia el indio -. ¡Magia protectora! ¡Ya!

La mano del indio descendió como una flecha hacia la adornada bolsa de cuero que pendía de su cinturón... – ¡Fuego! – gritó Bonnett.

Una docena de estampidos casi simultáneos retumbaron en el aire, mientras la arena del claro recibía los impactos, y de la hoguera brotaba una lluvia de chispas. Unas voces gritaban en la cima de la ladera, pero Bonnett no conseguía oír lo que decían.

Lentamente, volvió la cabeza y miró a su alrededor.

El indio seguía sentado en la arena, aferrándose un muslo desgarrado y sangrante. El bocor se sujetaba la muñeca derecha y observaba su mano destrozada, casi sin dedos.

David Herriot yacía de espaldas, mirando directamente al cielo con los ojos muy abiertos.

Tenía un enorme agujero en la cara, y la sangre había dibujado ya un halo oscuro en la arena, alrededor de su cabeza inerte.

«Adiós, David – pensó Bonnett -. Me alegra haber podido darte al menos esto.»

El coronel Rhett y sus hombres bajaban, deslizándose y corriendo por el lado más cercano de la ladera, cuidando de mantener las pistolas apuntadas hacia los hombres situados en torno a la hoguera. Bonnett se dio cuenta de que él no había recibido ningún balazo.

Eso significaba que viviría... para sufrir un juicio público y proporcionar diversión morbosa a todos los ciudadanos de Charleston, así como a cualquier indio, marinero o trampero que estuviera en la ciudad, con el espectáculo de su cuerpo retorciéndose, gesticulando, perdiendo el

control de la vejiga y los esfínteres ante todo el mundo, mientras colgaba por el cuello durante largos minutos al final de una sogá.

Se estremeció y se preguntó si sería demasiado tarde para hacer que los hombres de Rhett lo mataran allí mismo, en aquel momento.

Lo era. Rhett en persona se había situado tras él y le estaba poniendo los brazos atrás para atarle las muñecas con una cuerda resistente.

–Buenos días, comandante Bonnett – dijo el coronel con frialdad.

Los escalofríos habían cesado y Bonnett descubrió que era capaz de relajarse. Alzó la vista e irguió los hombros, como correspondía a un ex comandante del ejército. «Bien – pensó -, moriré sin honor, pero al menos tampoco dejaré ninguna deuda pendiente. Me he ganado la muerte que me tienen preparada. No por la piratería, ya que nunca fue asunto mío. Pero ahora no tengo por qué seguir engañándome sobre cualquier otra cosa.»

–Buenos días, coronel Rhett – dijo.

–Ata al negro y al indio – ordenó Rhett a uno de sus hombres -. Luego, que vayan al bote. Si se niegan a andar, los pinchas un poco con la punta del cuchillo. – Dió un empujón a Bonnett -. Lo mismo va contigo.

Bonnett subió a zancadas por la ladera, hacia el cielo gris. Casi sonreía. «No – pensó -, ya no tengo que fingir, ni siquiera ante mí mismo, que estaba drogado cuando golpeé a aquella pobre prostituta hasta matarla, sólo porque hizo una imitación tan convincente de mi esposa. Ahora, aunque no sea por las razones adecuadas, voy a pagar por aquel horrible crimen.»

Pensó en Barbanegra.

–No me dejes escapar otra vez, ¿comprendes? – gritó a Rhett -. ¡Enciérrame en algún lugar del que no pueda salir, y haz que los guardias me vigilen constantemente!

–No te preocupes – respondió Rhett.

20

Cuando los tenues rayos rosados del amanecer, tras la isla de Ocracoca, se hicieron tan brillantes como para disolver las tinieblas a la entrada de la pequeña caleta, Barbanegra rió suavemente al ver las velas de los dos balandros de la Armada, todavía anclados en el mismo lugar donde habían estado al anochecer. El gigantesco pirata alzó la última botella de ron y, cuando la hubo apurado, la agitó en dirección a Richards.

–Una más para Miller – dijo -. Voy a llevársela.

Respiró profundamente, saboreando la mezcla de la brisa fresca del amanecer y los vapores del ron, y le pareció que hasta el aire estaba tenso...; inhalarlo era como presionar contra una viga de madera combada hasta una fracción de milímetro del punto en que se rompería.

Aunque no le gustaban especialmente, se obligó a masticar y a tragar otro puñado de bolas de azúcar y cacao. Sintió náuseas, pero consiguió ingerirlas. «Con eso tiene que bastar – se dijo para sus adentros -. Seguro que nadie en el mundo ha bebido jamás tanto ron o ha comido tantos malditos dulces como he hecho yo esta noche. Sin duda no me queda una gota de sangre que no esté saturada de alcohol y azúcar.»

–Aún podemos huir hacia el este, capitán – dijo Richards, nervioso -. La marea sigue estando suficientemente alta como para que naveguemos por los alfaques en este balandro.

Barbanegra se desperezó. – ¿Y abandonar nuestro botín? – preguntó, moviendo un pulgar hacia el balandro un poco más grande, anclado a treinta metros a estribor, del que se habían apoderado el día anterior -. Ni hablar. Podemos encargarnos de esos muchachos de la Armada.

Richards todavía fruncía el ceño con gesto de preocupación, pero no se aventuró a presentar ninguna otra objeción. Barbanegra sonrió mientras se encaminaba hacia popa, en dirección a la escalerilla que llevaba hasta la cubierta de artillería. «Parece que disparar contra Israel Hands me sirvió para dos cosas – pensó -. Ahora, todos los demás tienen miedo de discutir conmigo.»

Su sonrisa se transformó en una mueca – en un rostro algo más suave habría parecido de tristeza – cuando recordó aquella reunión en su pequeño camarote, hacía ya dos noches. A través de Tobías Knight, el recaudador de aduanas, les llegó la noticia de que el gobernador de Virginia, Spotswood, sabía que Barbanegra se encontraba allí, y estaba organizando una especie de expedición para capturarlo. Al instante, Israel Hands empezó a hacer planes para abandonar aquella cala de Ocracoca.

Barbanegra se había inclinado hacia adelante, con el rostro inexpresivo a la luz de la lámpara, y llenó las diversas tazas repartidas sobre la tosca mesa. – ¿Decides tú lo que vamos a hacer, Israel? – preguntó.

–Sí tú no lo haces, Ed, entonces sí – había replicado Hands alegremente.

Los dos llevaban mucho tiempo navegando juntos, desde los días de los bucaneros y, luego, como piratas bajo las órdenes del viejo almirante

bucanero Ben Hornigold, de manera que Israel Hands se atrevía a ser mucho más directo que cualquier otro con Barbanegra. – ¿Por qué? ¿Quieres quedarte y tratar de luchar por el Aventura? – Palmeó despectivamente el mamparo cercano y el bajo techo -. ¡Vamos, hombre, no es más que un maldito balandro, poco más que un bote! ¡Volvamos a donde dejamos escondido el Venganza de la Reina Ana y salgamos otra vez al mar! Al infierno con este cacharro costero, quiero volver a sentir una cubierta de verdad bajo mis pies, que se meza en un mar de verdad.

Movido por una repentina oleada de afecto hacia su leal camarada de tanto tiempo, Barbanegra decidió impulsivamente llevar a cabo un acto de piedad que nadie reconocería jamás como tal.

–Me encargaré de que vivas para volver a navegar, Israel – dijo con aliento entrecortado.

Sacó dos pistolas por debajo de la mesa, se inclinó hacia adelante y apagó de un soplido la llama de la lámpara. Luego, cruzó las armas y las disparó.

Las detonaciones simultáneas proyectaron una breve luz amarilla a través de las rendijas y agujeros de la mesa, e Israel Hands fue lanzado de la silla, yendo a estrellarse contra el mamparo. Cuando el caos y los gritos resultantes se hubieron calmado lo suficiente para que a alguien se le ocurriera volver a encender la lámpara, Barbanegra vio que su puntería había sido perfecta: una bala había atravesado inofensiva la cubierta, mientras la otra destrozaba la rodilla de Israel Hands.

Los muchos hombres aglomerados en el pequeño camarote, todos de pie ahora, miraban a Barbanegra con una mezcla de miedo y asombro. En cambio, Israel Hands, acurrucado contra el mamparo y tratando de detener la hemorragia en su pierna destrozada, alzó la vista hacia su viejo compañero con expresión de dolor, tanto por la traición como por la agonía que reflejaba su rostro, repentinamente demacrado. – ¿Por qué..., Ed? – consiguió preguntar entre los dientes apretados.

Barbanegra no podía decirle la verdad, así que se limitó a gruñir:

–Demonios..., si no disparara contra uno de vosotros de cuando en cuando, os olvidaríais de quién soy.

Hands fue sacado del navío al día siguiente, febril y jurando venganza. «Pero – pensaba ahora Barbanegra, mientras bajaba hacia la cubierta de artillería – al menos mañana seguirás vivo, Israel..., no estás aquí.»

–Ahí va otra – dijo a Miller, que ya había llenado una docena de botellas con pólvora y balines; tras meter una mecha lenta en el cuello de cada una, las colocaba cuidadosamente sobre una manta -. ¿Ya estamos listos?

Miller sonrió, distorsionando todavía más su rostro surcado de cicatrices.

–Cuando tú digas, capitán – respondió alegremente.

–Bien.

Con un leve eco de lo que había sentido por Israel Hands, Barbanegra deseó por un momento haber preparado alguna excusa para alejar a toda su tripulación y enfrentarse solo a los asesinos de piratas enviados por Spotswood. Pero cuanta más sangre se derramara aquel día, mejor funcionaría su magia, y, sentimientos aparte, cualquier desgracia de los demás que le beneficiase a él era un trato aceptable.

–Sin cuartel – dijo -. Hoy en el océano habrá más sangre que sal, ¿eh?

–Condenadamente cierto – asintió Miller sonriendo, mientras metía pólvora en la nueva botella.

–Condenadamente cierto – repitió Barbanegra.

–Ahí tengo mechas lentas capitán – señaló Miller -. El sol está saliendo, supongo que querrás ponértelas pronto.

–No – respondió Barbanegra, pensativo -. Creo que hoy no llevaré ninguna.

Se dirigió hacia la escalerilla, pero se detuvo y, sin volverse, hizo una señal de despedida por encima del hombro a Miller y los hombres situados junto a los cañones.

–Eh..., gracias.

Otra vez en cubierta, vio que ya había amanecido. El tenue color rosado del este se había extendido para convertirse en un brillo grisáceo. Una bandada de pelícanos volaba a pocos metros por encima de la arena, y algunas aves zancudas correteaban por la playa de la isla de Ocracoca, a unos cien metros de la proa de su balandro.

–Ahí vienen, capitán – dijo Richards sombrío.

Las velas de los dos balandros de la Armada estaban ahora izadas, captando el viento, y los cascos estrechos avanzaban por las tranquilas aguas plateadas, lentamente, a causa de los innumerables bajíos.

–Me pregunto si tendrán un piloto que conozca bien la cala – murmuró Richards.

Uno de los balandros se detuvo con un movimiento brusco que hizo cimbrarse el mástil. Pocos segundos después, al otro le sucedió lo mismo.

–Parece que no – señaló Barbanegra.

«Espero no haber organizado todo esto en vano – pensó sombríamente -. Espero que estos marineros no sean unos imbéciles incompetentes.»

Podía ver las salpicaduras mientras los tripulantes de los navíos de la Armada se dedicaban a tirar lastre por la borda. «Daos prisa, idiotas – pensó -. La marea está bajando. Y si no estoy... trasplantado para Navidad..., y sólo faltan cinco semanas, la perderé. Hurwood habrá hecho su estúpido truquito connubial y habrá dispuesto de ella.»

Deseó haber descubierto antes – o como mínimo, haberlo intuido – que su magia matrimonial no funcionaría ya con mujeres normales. Al principio de su carrera como mago, aprendió que la hechicería tenía aspectos femeninos y masculinos, y que ningún hombre solo tenía acceso a las zonas femeninas. En el pasado, siempre superó ese obstáculo uniéndose sacramentalmente a una mujer y usando luego ese enlace, que los convertía en socios iguales, para completar su parcial capacidad mágica. La disponibilidad de esposas nuevas le había hecho tratar descuidadamente a cada una, y todas morían o se volvían locas bastante pronto después de la boda, en cuanto las usaba.

La que hoy se convertiría en su viuda era su decimocuarta mujer.

La chica tendría ahora dieciséis años, y aún era bastante hermosa cuando la vio por última vez, en mayo. Hasta entonces había ido conectando con ella muy a menudo, usando las zonas de su mente femenina capaces de generar magia para mantener controlado a Bonnett – por algún motivo, el hacendado siempre había sido más vulnerable a los aspectos femeninos de la magia -, y había terminado por destrozar la mente de la chica. Ahora estaba en un manicomio de Virginia, y cuando la visitó en mayo, para comprobar si todavía podía resultarle útil, ella huyó gritando, rompió una ventana e intentó matarse con un largo trozo de cristal. En la confusión que siguió, llamaron a una partera y a un sacerdote, porque el asistente que la cogió pensó que intentaba provocarse un aborto.

Ahora, Barbanegra estaba muy por encima del estatus mágico de una mujer normal. Su nivel había cambiado drásticamente, había derramado sangre en Erebo..., así que ahora sólo le resultaría útil casarse con una mujer que también hubiera vertido sangre allí.

Que él supiera, sólo había una mujer que reuniera esas condiciones.

–Podríamos intentar escapar mientras están varados – observó Richards cautelosamente -. Creo que si nos damos... – Suspiró -. No importa. Ya han salido.

Barbanegra disimuló una sonrisa de satisfacción mientras entrecerraba los ojos para mirar al frente.

–Cierto.

–Cristo – dijo Richards con voz ronca -, exactamente así atraparon a Bonnett hace dos meses..., le acorralaron en una cala con la marea baja de la madrugada.

Barbanegra frunció el ceño.

–Tienes razón – gruñó.

Richards le miró de soslayo, con la esperanza evidente de que el rey pirata hubiera comprendido por fin cuan grave era el peligro que corrían allí.

Pero Barbanegra sólo estaba recordando lo que había oído sobre la captura de Bonnett. «Por el barón, es cierto – pensó furioso -. ¡Aparte del hecho de que tuvo lugar doscientos y pico kilómetros al sur de aquí, fue condenadamente similar! »¡Bonnett me robó mi plan de derrota! »No sólo se descalificó para el papel que le tenía preparado, y con suficiente sutileza como para que yo no me diera cuenta hasta que fue demasiado tarde y ya se había hecho capturar, sino que también recordó y se apropió, ¡pirateó!, el plan de derrota tanto tiempo meditado que hoy pensaba poner en acción por primera, ¡segunda!, vez. Y los dos magos que envié para sacarle de aquella isla volvieron sin él, y heridos..., y el domingo pasado, exactamente al mediodía, dejé de tener contacto psíquico con su existencia. Parece que encontró un agujero por el que escapar de mí..., el agujero en el lazo corredizo del verdugo.»

–Dentro de un momento estarán a distancia suficiente para lanzar una andanada – graznó Richards, con el rostro resbaladizo por el sudor, pese a que el frío hacía que su aliento brotara en nubes de vapor.

–Ya – dijo Barbanegra.

Irguió los enormes hombros y, con pasos lentos y medidos, se dirigió hacia la proa, apoyando una bota sobre el tronco del bauprés. Se llenó los pulmones y gritó en dirección a los balandros de la Armada. – ¡Malditos villanos! ¿Quiénes sois vosotros? ¿Y de dónde venís?

Hubo una agitación en el balandro más cercano, y la bandera británica fue izada hasta la cima del mástil. – ¡Ya lo puedes ver por nuestros colores! – le llegó la réplica -. ¡No somos piratas!

Casi formalmente, como si aquello fuera el intercambio retórico de una antigua letanía, Barbanegra gritó: – ¡Ven a bordo para que pueda verte! – ¡No puedo prescindir de mi nave! – rugió el capitán de la Armada -. ¡Pero prometo que te abordaré con mi balandro en cuanto me sea posible!

Barbanegra sonrió y pareció relajarse. – ¡Que mi alma se condene si os doy cuartel o lo acepto de vosotros! – ¡No lo esperamos ni lo daremos! Barbanegra se volvió hacia Richards.

–Yo diría que las cosas han quedado claras – señaló -. Iza nuestra bandera y corta el cable de la cadena. Nos vamos.

–Sí, capitán – respondió Richards -. ¿Abandonamos el botín? – añadió, señalando el balandro mercante capturado.

–Claro, nunca me ha interesado en absoluto.

El navío de la Armada más adelantado viró hacia el norte, con la intención evidente de impedir que Barbanegra tratara de huir hacia el este, pero un momento después el balandro del rey pirata, el Aventura, se deslizaba hacia el oeste con el viento cruzado del canal, dirigiéndose como una flecha hacia el espacio que separaba el otro balandro de la isla de Ocracoca, hacia mar abierto. Excepto Barbanegra, todos los hombres a bordo del Aventura contenían el aliento, porque el agua tenía menos de dos metros de profundidad y la marea se estaba retirando. Algunos, incluso sacaron monedas de los bolsillos y las lanzaron por la borda... El sol aún no iluminaba de lleno la isla, y las monedas cayeron sin brillo a las aguas color gris humo.

Richards miró hacia el norte, el balandro desde el cual les había hablado el capitán.

Dejó escapar una suave carcajada de alivio. – ¡Vuelven a estar varados! – exclamó.

Sintiéndose muy cansado de repente, Barbanegra desenfundó una de sus pistolas.

–Arriad las velas – dijo -. Nos detenemos para lanzar una andanada a esos muchachos.

Richards se volvió de golpe hacia él. – ¿Qué? ¡Ahora podemos hacerlo, podemos escapar si no nos...!

Barbanegra alzó la pistola y puso el cañón en la boca del otro. – ¡Arriad las velas y preparad los cañones de estribor, maldita sea! – ¡A la orden! – respondió Richards, con una voz que era un sollozo.

Se volvió para transmitir la orden. La mayoría de los piratas quedaron boquiabiertos de asombro, pero también vieron la pistola, y el asunto de Hands seguía fresco en el recuerdo de todos, así que obedecieron. El *Aventura* perdió velocidad y sus velas quedaron flácidas, mientras se situaba en paralelo con el balandro de la Armada. – ¡Fuego de estribor! – rugió Barbanegra.

El *Aventura* se tambaleó cuando las armas fueron disparadas, llenando el aire del amanecer de nubes de humo acre y espantando a una bandada de pájaros alarmados.

El humo se dispersó hacia el oeste, en dirección a la cala, y Barbanegra sonrió al ver que el navío de la Armada se mecía impotente, con las jarcias hechas jirones y la baranda y las regalas astilladas. – ¿Izamos las velas ya? – suplicó Richards, advirtiendo que la orilla de Ocracoca se acercaba cada vez más, a medida que la marea se retiraba.

Barbanegra también lo veía.

–Sí – asintió pensativo, tras un momento.

«De cualquier manera – pensó -, ya es demasiado tarde.»

El viento, que antes era apenas suficiente, había cesado por completo. Y aunque los piratas se aglomeraron en torno a cada metro cuadrado de lona como pescadores hambrientos echando las redes, el *Aventura* iba a la deriva.

El balandro del norte flotaba de nuevo, y sus tripulantes empuñaban los remos para impulsarlo decididamente hacia el barco pirata.

Con un suave golpe, el *Aventura* quedó varado. – ¡Rápido, cargad de nuevo los cañones de estribor! – gritó Barbanegra -. Vosotros, muchachos – añadió, dirigiéndose a un grupo de piratas desesperados que seguían lanzando barriles y tramos de cadena por la borda -, no os preocupéis por eso. ¡No podéis levantar el barco más deprisa de lo que baja la marea! Sacad las pistolas y los machetes.

El balandro se acercaba a velocidad constante.

–No disparéis hasta que yo lo diga – ordenó Barbanegra.

–Bien – asintió Richards, que había desenvainado el machete y lo hacía girar con el brazo extendido en un ejercicio de calentamiento.

Ahora que no quedaba la menor esperanza de evitar el enfrentamiento, casi toda su ansiedad se había disipado. Sonrió a Barbanegra.

–Espero que nunca vuelvas a intentar una jugada tan apretada como ésta.

El gigantesco pirata apretó brevemente el hombro de su lugarteniente.

–Nunca volveré a intentarlo – dijo con voz tranquila -. Te lo prometo.

El balandro de la Armada estaba ya a unas docenas de metros, y Barbanegra incluso podía oír, por encima del golpeteo de los remos en los portillos, los esforzados gruñidos de los remeros. Sabía que el capitán debía de estar calculando cuándo disparar sus propios cañones, y en el instante en que los barcos estuvieron casi en paralelo, Barbanegra dio la orden. – ¡Fuego!

Los cañones de estribor del Aventura retumbaron de nuevo, lanzando una guadaña de metralla sobre la cubierta del otro navío. Los cuerpos fueron derribados como despojos destrozados, en medio de una lluvia de astillas y sangre, y los piratas lanzaron gritos de alegría... Barbanegra, de pie en el bauprés, vio como el joven oficial al mando enviaba rápidamente bajo cubierta a aquellos de sus marineros que aún podían andar. – ¡Ahora, las granadas! – gritó el pirata en cuanto el último marinero de la Armada ileso hubo desaparecido tras las escotillas.

Los piratas se dedicaron a prender alegremente las mechas que sobresalían de las botellas, llenas de pólvora y metralla. En cuanto la llama llegaba cerca del cuello de la botella, la lanzaban sobre las aguas hacia la cubierta del otro navío, donde estallaba con una serie de explosiones, lanzando metralla en todas direcciones y acabando con cualquier marinero demasiado malherido para refugiarse abajo. – ¡Están todos muertos menos tres o cuatro! – gritó Barbanegra al tiempo que desenvainaba el machete -. ¡Los abordaremos y los haremos pedazos!

El abordaje resultó sencillo, pues la marea empujaba el balandro de la Armada hacia ellos, y Barbanegra pudo salvar de un salto la distancia que le separaba de la cubierta agujereada por la metralla. En aquel momento, la escotilla del suelo se levantó de golpe y el oficial al mando, un teniente a juzgar por su uniforme, subió a cubierta. Barbanegra enseñó los dientes, en una sonrisa tan parecida a una bienvenida que el teniente miró a su espalda para averiguar a qué viejo amigo se la dedicaba.

Pero tras él no estaban más que sus propios hombres subiendo por la escalerilla, los dieciocho – de una tripulación original de treinta y cinco – que todavía podían esgrimir una espada o disparar una pistola. Los piratas saltaban y se reunían a bordo detrás de su jefe, y el teniente y sus hombres apenas tuvieron tiempo de preparar las armas antes de que los piratas aullantes se lanzaran sobre ellos.

Durante los primeros momentos, la cubierta se transformó en un caos de gritos, estampidos, chocar de espadas y golpes salvajes, aderezado por los disparos ocasionales, mientras los piratas utilizaban sus pesados machetes para atravesar la línea de marineros y luego volverse contra ellos de nuevo. Muchos hombres de la Armada perdieron sus sables al intentar detener con ellos los terribles golpes, que causaban casi tanto daño atacando de plano como con el filo. Pronto, la cubierta estuvo resbaladiza por la sangre que brotaba de muñecas convertidas en muñones, vientres heridos y gargantas abiertas, y el aire, que se estremecía con los gritos y los golpes, llevaba el hedor a hierro caliente de la sangre recién derramada.

Pero los hombres de la Armada no habían hecho más que esquivar los terribles golpes de los machetes, en vez de enfrentar a ellos sus frágiles espadas. Y tras un par de brutales minutos iniciales, los piratas jadeantes y sudorosos empezaron a blandir con menos rapidez y fuerza sus armas de cinco kilos; las espadas más ligeras consiguieron atravesar una guardia de estocadas lentas para golpear contra gargantas, ojos y pechos.

Sus heridas eran menos espectaculares, pero ahora caían tanto piratas como marineros.

Barbanegra había terminado luchando junto al mástil, espalda contra espalda con uno de sus hombres. Cuando una punta de sable esquivó el machete descendente del otro pirata y bajó para atravesarle el corazón, quedando inerte al instante sobre la cubierta, el rey pirata se apartó de la verga y desenfundó su última pistola con la mano izquierda.

El teniente de la Armada estaba frente a él, y también sacó una.

Los dos disparos fueron casi simultáneos, pero mientras que la bala de Barbanegra se perdía e iba a estrellarse contra las aguas bajas, la del teniente entró directamente en el abdomen del gigantesco pirata.

El tiro lo lanzó hacia atrás. Pero, un momento más tarde, Barbanegra rugió y saltó al frente, haciendo girar su machete en un arco que quebró la espada del teniente a dos centímetros de la empuñadura. El pirata levantó su

arma para partir la cabeza del otro..., pero un marinero de la Armada se colocó tras él y, con un golpe de arriba abajo, como si clavara una estaca, golpeó el hombro de Barbanegra con la pesada hoja, similar a un hacha de una pica, casi arrancándole la oreja. La clavícula se quebró con un chasquido audible, y el pirata se desplomó sobre una rodilla. Alzó la cabeza y luego, increíblemente, enderezó las enormes piernas y se apartó de la nueva trayectoria descendente de la pica lo justo para que ésta le hiriera la frente y la mejilla en vez de aplastarle el cráneo.

Barbanegra había dejado caer la pistola, pero su mano derecha, la sana, todavía agarraba el machete. Trazó con él un arco horizontal, que envió rebotando sobre cubierta, por separado, la cabeza y el cuerpo del hombre que blandía la pica.

Alguien disparó otra pistola, a bocajarro, contra el pecho de Barbanegra. El pirata se tambaleaba hacia atrás, salpicando de sangre la cubierta a su alrededor, cuando dos sables más se clavaron en su espalda. Giró tan rápidamente que uno se rompió dentro de él, y su arma destrozó el brazo del hombre que había sostenido la hoja rota. Dos balazos más impactaron en Barbanegra y otra espada se hundió profundamente en su costado.

Por fin, consiguió asentarse con firmeza sobre los pies y se irguió en toda su estatura – los hombres de la Armada retrocedieron temerosos –, y entonces, recto como un árbol talado, cayó hacia adelante. La cubierta húmeda se estremeció con el golpe.

–Jesucristo – exhaló el teniente, dejándose caer sentado.

Sus manos agotadas por la tensión aún aferraban la pistola descargada y la espada rota.

Tras una pausa, uno de los marineros cogió el machete de Barbanegra, se arrodilló junto al cadáver y alzó la pesada hoja sobre la cabeza, tratante obviamente de adivinar dónde se ocultaba el cuello del pirata bajo la espesa maraña de pelo negro. Un momento más tarde se decidió y descargó el golpe. La hoja arrancó un crujido de la columna vertebral de Barbanegra, y la cabeza cortada del pirata rodó por cubierta hasta quedar mirando al cielo con una sonrisa tensa, pero sardónica.

Cuando la marea subió de nuevo antes del anochecer, los cuatro maltratados blandos pasaron junto a la isla del Faro y cruzaron la cala de Ocracoca. Los piratas supervivientes, fuertemente vigilados, iban a bordo del Aventura, y la cabeza de Barbanegra se mecía colgada del bauprés

perteneciente al balandro de la Armada. Hacía horas que la sangre había dejado de gotear del espantoso trofeo, y la mayor parte de ella cayó a las frías aguas saladas para alimentar a los pequeños peces. Pero una parte se había cuajado, y quedó pegada al casco justo por debajo de la línea de flotación.

Palpitaba suavemente.

21

El estampido de la pistola retumbó por todo el largo puerto de la isla de Nueva Providencia, y aunque en la cubierta del Delicia apareció un brillo cuando uno de los oficiales de la Armada que se encontraban a bordo apuntó su catalejo hacia la orilla, nadie se levantó por temor a ser asesinado o ver como alguien moría, al igual que había sucedido seis meses antes. Jack Shandy caminó descalzo por la arena caliente, hacia el pollo que había decapitado de un balazo. Evidentemente, el día aún no estaba tan avanzado como para que el alcohol estropeará su puntería.

Recogió la cabeza. Como temía, había letras dibujadas en el pico. La dejó caer.

«Maldita sea – pensó -. Se acabaron los pollos asados. Menos mal que el viejo Sawney todavía no ha empezado a meter la fiebre en las langostas.»

Se guardó la pistola en el morral y volvió caminando hacia el fuerte. Las nuevas secciones del muro, de un color más oscuro, le daban a todo el edificio un aspecto moteado. Shandy pensó que, probablemente, el gobernador Sawney se había marchado de allí más por las mejoras físicas del lugar que por la bandera británica y la presencia de Woodes Rogers, el gobernador oficial.

Mientras avanzaba hacia el grupo de tiendas, miró a su izquierda, hacia el puerto. Ya no había tantos botes como antes de la llegada de Rogers, y era fácil divisar el pobre Jenny. Shandy había abandonado la capitanía del balandro hacía tres meses, al aceptar el perdón, y Venner se habría autoproclamado para el puesto. Para entonces, todo el mundo había aceptado el indulto, y resultaba evidente que los días de piratería habían terminado, así que a nadie le importaba discutir quién era el capitán de un destartalado balandro, de manera que Venner se salió con la suya. Carenó la nave, la limpió y arregló los aparejos, y era obvio que tenía intención de violar las leyes del indulto y volver a la piratería. Shandy había oído decir

que estaba reclutando, en secreto, una tripulación entre aquellos pobladores de la isla que añoraban los malos viejos tiempos... No le había preguntado si quería unirse, pero de cualquier manera Shandy no estaba interesado.

El bergantín de la Armada, que había visto acercarse aquella mañana a las aguas más bajas, permanecía anclado ahora. Aunque estaban descargando de él provisiones y transportándolas a la orilla, no existía la atmósfera festiva que habría cabido esperar...

Los hombres se reunían en la playa en pequeños grupos, hablaban en voz baja y meneaban la cabeza. Una de las prostitutas sollozaba teatralmente. – ¡Jack! – exclamó alguien.

Shandy se volvió y vio que Skank corría hacia él.

–Buenos días, Skank – dijo cuando el joven se detuvo jadeante a su lado. – ¿Te has enterado de las noticias?

–Probablemente no – respondió -. Y si llegué a enterarme, las he olvidado. – ¡Barbanegra ha muerto!

Shandy sonrió con aire evocador, como sonreiría alguien al descubrir que los niños todavía practicaban un juego de su infancia.

–Ah. – Siguió caminando, y Skank mantuvo el paso a su lado -. ¿Es segura esa noticia? – preguntó, deteniéndose ante la tienda que servía de taberna al aire libre.

–No puede ser más segura. Yo estaba en Carolina del Norte hace un mes. La mitad de sus hombres fueron capturados, y la cabeza del viejo Thatch fue entregada al gobernador.

–Apuesto cualquier cosa a que murió en el agua – dijo Shandy, señalando la taza de ron.

Ya nunca tenía que especificar qué bebida quería.

Skank asintió.

–Sí. Estaba en la cala de Ocracoca, en un balandro llamado Aventura. Había escondido el Venganza de la Reina Ana en alguna parte..., y también todo su botín, según dicen. He oído que no llevaba ni un real a bordo. Pero eso no era propio de él, seguro que los hombres de la Armada se apoderaron del dinero.

–No..., seguro que no. – Shandy hizo una pausa para beber una largo sorbo de ron -.

Sin duda lo había escondido todo. Aventura, ¿eh? Es un nombre adecuado..., después de todo, supongo que fue su gran aventura.

Skank miró a su alrededor, contemplando las tiendas, la playa y las moles medio hundidas de los barcos abandonados. El gobernador Rogers ya estaba contratando gente para que los hicieran pedazos y se los llevaran.

–Supongo que esto ya no es una isla pirata.

Shandy se echó a reír. – ¿Y ahora te das cuenta? Hace dos días Rogers ahorcó a ocho hombres ahí mismo, ¿recuerdas? Por violar las leyes del indulto real. Y nos quedamos plantados mirando. Y cuando todo acabó, nos limitamos a dispersarnos.

–Sí, pero... – Skank luchó contra la complejidad de la idea que trataba de expresar -.

Pero sabíamos que el viejo Thatch estaba por ahí, en alguna parte...

Shandy se encogió de hombros y asintió.

–Y quizá volviera. Sí, ya te entiendo. No me imagino ni a Woodes Rogers resistiéndoselo. Dentro de poco tendremos en la isla impuestos, aduanas y leyes sobre dónde amarrar tu bote. ¿Y sabes una cosa? Creo que la magia dejará de funcionar aquí, igual que sucedió en oriente.

–Maldita sea. – Skank cogió distraídamente la taza de Shandy, bebió un largo trago y se la devolvió -. ¿Adonde irás tú, Jack? Yo estoy pensando en enrolarme con Venner.

–Oh, me quedaré aquí hasta que no tenga dinero para ron, y luego supongo que me marcharé, conseguiré algún tipo de trabajo. ¡Demonios! Dentro de nada, Inglaterra volverá a declarar la guerra a España, la piratería será legal otra vez. Quizá entonces me enrole con algún bucanero. No sé, es un día soleado, tengo ron..., dejaré que el futuro resuelva sus propios problemas.

–Ya. Antes eras más... – Skank tenía el día de los conceptos abstractos -. Más... animado.

–Sí, cierto. Lo recuerdo – vació la taza y la tendió para que volvieran a llenársela -. Pero creo que pronto dejaré de hacerlo.

Inquieto sin comprender la razón, Skank asintió y se marchó, vagando de vuelta a los botes, de los cuales estaban descargando las nuevas provisiones.

Shandy se sentó en la arena y sonrió mirando el ron caldeado por el sol. «Más animado – pensó -. Y que lo digas, Skank..., tenía cosas por las que estar animado. Dos cosas.

Quería enfrentarme a mi tío Sebastián y explicar al mundo, ¡y a la ley!, lo que le había hecho a mi padre; y todavía más importante que eso, quería rescatar a Beth Hurwood de su padre y contarle... algunas conclusiones a las que había llegado. Ahora, resulta que las dos cosas son imposibles.»

A lo lejos, en el puerto, la vela mayor del Jenny se mecía. Shandy la miró. Al parecer alguien trataba de izar la verga de la cangreja en un ángulo más pronunciado. «No se puede hacer, amigo – pensó -. Ese pobre soporte de hierro de la cangreja está tan abollado por los disparos que has tenido suerte de poder izarla tanto..., y además, coge mejor el viento con unas cuantas arrugas en el cuello de la vela. Si el viejo Hodge o Davies siguieran vivos, te dirían lo mismo. Harías mejor en emplear tu tiempo sustituyendo algunas de esas tracas del casco.»

Shandy recordó la reparación general que él mismo había hecho al Jenny hacía casi cuatro meses, cuando el viejo balandro entró desvencijado en el puerto, todo chamuscado, desgarrado, con aparejos provisionales, y echando de menos a su capitán y a la mitad de su tripulación. Woodes Rogers había llegado a la isla de Nueva Providencia hacía tan sólo dos semanas, pero el nuevo gobernador había expulsado ya a los ciudadanos impenitentes, como Charlie Vane, hecho discursos sobre el orgullo cívico, izado la bandera británica y repartido panfletos de la Sociedad para la Promoción de los Estudios Cristianos. Así que a nadie le impresionó demasiado saber que Philip Davies estaba muerto y que el Clamoroso Carmichael había desaparecido. Aquello encajaba perfectamente con los tiempos.

Al principio, Shandy dejó de lado el viejo balandro. Lo comandó durante la entrada en el puerto el viernes por la tarde, y aquella misma noche, borracho, preparó una bullabesa insuperable, utilizando la mayoría de los ajos, azafrán, tomates y aceite de oliva que constituían el botín acumulado en la isla. Arrancó alabanzas del mismo Woodes Rogers, quien había preguntado a qué venía aquella conmoción en la playa. Cuando se lo explicaron, pidió parte de la sopa de marisco para él y para sus capitanes. Shandy sólo probó lo justo para asegurarse de que estaba correctamente guisada, se dedicó a consumir botella tras botella del atesorado burdeos Latour 1702 de Davies. Rió con cada chiste, y se unió a las muchas canciones – aunque, desde luego, ninguna fue entonada con las ganas de los viejos tiempos, antes de que llegara Rogers -, pero era obvio que sus

pensamientos estaban muy lejos. Hasta Skank lo notó, y le dijo que comiera y bebiera... y dejara que el futuro resolviera sus propios problemas.

Al final, Shandy acabó por alejarse de las hogueras, de los ex piratas y de los nerviosamente atentos oficiales de la Armada, para caminar hasta la orilla. Había pisado por primera vez aquella isla hacía tan sólo seis semanas, pero ya era para él un hogar más auténtico que todos aquellos en los que había vivido, y conocía a sus gentes mejor que a ninguna otra comunidad. Allí había hecho amigos, y los había visto morir, antes de que los barcos del actual gobernador fueran algo más que puntos blancos en el horizonte eternamente azul.

Luego, oyó a alguien arrastrando los pies por la arena oscura tras él, y se volvió, asustado. – ¿Quién va? – preguntó.

Una figura corpulenta con un vestido andrajoso se recortaba contra el resplandor del fuego.

–Soy yo, Jack – le llegó la voz de una chica como respuesta -. Ann. Ann Bonny.

Recordó haber oído que la muchacha trataba de obtener el divorcio de Jim Bonny.

–Ann. – Titubeo un instante, luego se dirigió lentamente hacia ella y le puso las manos en los hombros -. Han muerto tantos de ellos, Ann... – dijo, tratando de no echarse a llorar -. Phil..., y Hodge..., el señor Bird...

Ann rió, pero Shandy advirtió que había lágrimas en su voz. – ¡No soy un perro! – citó la chica en voz baja.

–El tiempo aquí pasa mucho más... deprisa – dijo rodeándole los hombros con un brazo y señalando con el otro en dirección a la oscuridad que era la selva de la isla -. Me siento como si llevara años viviendo en este lugar...

Caminaban de nuevo playa abajo, alejándose juntos de la hoguera.

–Hay que servir para esto, Jack – dijo ella -. Ese tal gobernador Rogers podría vivir aquí cincuenta años y aún no pertenecería a la isla., está demasiado enredado con deberes, consecuencias, castigo de crímenes, tanto dinero por tanta carga en tal y tal fecha en determinado puerto. Esas son cosas del viejo Mundo. Pero tú..., qué demonios, el primer día que te vi, me dije: ese muchacho ha nacido para estas islas.

Estas islas. Las palabras estaban preñadas de imágenes: bandadas de flamencos rosa visibles al amanecer, tras las barreras impenetrables de las

altas raíces arqueadas de los mangles; montones de fragmentos perlados de conchas dispersas, en torno al cráter de un agujero para hoguera en la arena blanca; un mar azul verdoso deslumbrante bajo el sol, visto entre las neblinas de una borrachera de ron; jirones de humo negro ascendiendo en la playa tras un duelo a pistola...

Y él encajaba allí, o podía encajar allí..., una parte de su ser respondía al salvajismo casi inocente de todo aquello, la libertad, el olvido de toda culpabilidad, incluso de la capacidad para ser culpable...

Ann se volvió hacia él y le besó. El brazo libre de Jack le rodeó la cintura, y de repente la deseó terriblemente. Deseó la pérdida de identidad que ella podía proporcionarle.

Momentos después se hallaban tendidos en la arena cálida; Ann se había quitado el vestido por encima de la cabeza y Jack estaba sobre la chica, jadeando febrilmente...

El disparo cercano de una pistola le ensordeció, iluminando por un momento el rostro tenso de Ann. Un segundo más tarde, la culata de la pistola se estrelló contra su nuca..., aunque en realidad dio en el nudo de su coleta. Se apartó de Ann rodando hacia el mar y se puso en pie.

Ann seguía allí, tendida de espaldas. Una marca en la arena, cerca de su cabeza, mostraba dónde había ido a estrellarse la bala. La chica no estaba herida, pero gemía de impaciencia, y seguía moviendo las caderas y retorciendo el desgarrado dobladillo de su vestido. Shandy sólo deseaba matar a quien les hubiera interrumpido para volver con ella.

Jim Bonny estaba al otro lado de Ann. Tiró la pistola descargada y alzó su mano. Al instante, Shandy sintió que el aire se caldeaba a su alrededor, y movió la mano derecha en un rápido gesto de defensa y respuesta; luego, se mordió la lengua con intención de hacerse sangre y escupió en dirección a Bonny para dar más fuerza a la respuesta.

El pelo de Bonny empezó a chispear y a humear, pero agarró una bola de piel que llevaba colgada del cinturón, y el calor se disipó al instante.

—Compañero Cuidador está conmigo — siseó Bonny -. Juntos vamos a hacer que no te queden ganas de volver a robar esposas, hijo de puta.

Demasiado impaciente y jadeante para sentir miedo, Shandy chasqueó los dedos y señaló a Bonny con dos de ellos; pero la mano de Bonny seguía apoyada en la bola de piel y el ataque rebotó, derribando a Shandy y haciendo que se doblara con calambres terribles. Bonny aprovechó la

oportunidad para dar una patada en el hombro a su esposa, y canturreó una rápida rima dirigida a Shandy.

La sangre empezó a brotar de los oídos y la nariz de Jack, y supo racionalmente que sus capacidades eran muy inferiores, que debía intentar huir, o gritar pidiendo ayuda.

Pero deseaba a Ann..., de hecho, deseaba tomarla con la sangre de Jim Bonny todavía caliente en sus manos...

Pero si Compañero Cuidador seguía protegiendo a Bonny, no podría hacer gran cosa.

Consiguió ponerse de rodillas y silbó una ceguera hacia Bonny, pero también rebotó y volvió contra él pese a sus mejores escudos. Mientras Shandy estaba cegado, Bonny le envió un ataque espasmódico.

Shandy se derrumbó, agitándose impotente sobre la arena como si tuviera el baile de San Vito, y oyó como Bonny daba otra patada a su esposa antes de pasar por encima de la chica para dirigirse hacia él.

Shandy sabía que ya era demasiado tarde para huir o pedir ayuda...; si no se le ocurría algo, iba a morir allí mismo, en aquel instante. Y más insoportable que la idea de morir, era saber que sería Jim Bonny quien se arrodillaría entre los muslos de Ann. En aquel momento, ella seguramente no notaría la diferencia, ni siquiera le importaría.

Haciendo caso omiso del dolor en un dedo magullado, se metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Aún le quedaba tierra de la bola de barro que había rascado de su bota en la costa de Florida, y la apelmazó entre el índice y el pulgar. Luego sacó la mano y lanzó el trozo de tierra hacia el cielo.

Y se encontró en un bote, pasando bajo un puente del que pendían lámparas coloreadas. La boca no le sabía a ajo y a vino, sino a fresas. Recordó que aquello había sido en París, sí, cuando tenía nueve años y su padre consiguió algo de dinero. Lo llevó a tomar una buena cena y a dar un paseo en bote por el Sena. La figura sentada junto a él se volvió para mirarle, pero esta vez no era su padre.

Su acompañante parecía un anciano negro, con el pelo y la rala barba encanecidos y tan rizados como los de una estatua de mármol.

—Los ataques vodun serios suelen tener lugar en los recuerdos del combatiente defensivo, y estar dirigidos hacia ellos — dijo el negro en un melodioso dialecto francés —, porque los recuerdos constituyen el todo

acumulado de una persona. Si yo pretendiera hacerle daño, esta escena y las personas que participan en ella empezaría a cambiar de maneras letales y aterradoras..., algo muy parecido al delirio que se experimenta durante una fiebre alta..., y la cosa empeoraría cada vez más hasta que usted contraatacara o pereciera. – Sonrió y le tendió una mano -. Mi nombre es Maitre Carrefour.

Tras un momento de vacilación, Shandy estrechó la mano del hombre.

–Por suerte para mí – siguió el negro -, soy un loa cuyos dominios constan de las islas pobladas. Tengo muchos tratos con hombres, así que puedo predecir sus acciones, a diferencia del loa natural que encontró en la selva de Florida. Ese trozo de tierra que arrojó no me habría matado, ha perdido mucha potencia durante la semana y media transcurrida desde que lo cogió, pero aun así me hará daño si me quedo y no contraataco. De manera que me sitúo al margen del conflicto entre el señor Bonny y usted.

Avergonzado, Shandy apartó la vista de él para mirar en la dirección de donde venía.

Entre los transeúntes que cruzaban el puente había muchas mujeres. Pese a la brillante luz de las lámparas, sólo sus rostros no resultaban borrosos, y se le ocurrió que así era como debía de ver a las mujeres a los diez años. Nada parecidas a lo que había visto en Ann Bonny hacía un minuto. ¿Qué punto de vista era más limitado?, se preguntó ahora con amargura.

–Eh..., gracias – murmuró Shandy -. ¿Por qué..., por qué hace esto, por qué me deja en paz? Bonny dijo que le estaba protegiendo a él.

–Me encargo de que no le suceda nada malo. ¿Tiene intención de hacerle algo malo?

–No..., bueno, ya no.

–Entonces, no estoy siendo negligente.

Algo cambió silenciosamente en el cielo. Shandy alzó la vista y observó que las estrellas se habían hecho un poco más borrosas, como si las viera a través de un trozo de cristal ligeramente empañado. Al parecer, Maitre Carrefour estaba dejando que la ilusión se disipara. El anciano negro se echó a reír.

–Tiene mucha suerte, señor Chandagnac, de que yo sea uno de los loas de Rada y no uno de los del joven Petro. Siempre tengo la opción de no ofenderme.

–Yo..., eh..., me alegra oírlo.

El sabor de las fresas había desaparecido.

–Eso espero. Esa táctica, el truco de la bola de barro, la aprendió de Philip Davies..., y ahora la ha desperdiciado. Le dio algo más. No me gustaría que también lo desperdiciase.

La arena era suave bajo el costado izquierdo de Shandy, y el cielo estrellado sobre el derecho. Comprendió que estaba de nuevo en la playa de Nueva Providencia. Cuando oyó que el trozo de barro que había lanzado hacia arriba chocaba contra el suelo supo que su charla con Maitre Carrefour no había tenido lugar en el tiempo local.

Ahora era capaz de rechazar los ataques mágicos de Bonny con un gesto y un silbido; lo hizo, y luchó por ponerse de pie, exhausto. Bonny seguía lanzándole hechizos, y Shandy los iba desviando a un lado.

–Déjalo ya, Jim – suspiró -. De ese modo sólo conseguirás necesitar ayuda durante todo un mes, hasta para levantar un tenedor. Come una buena cantidad de hígado, morcillas y pasas, quizá así no te dará tan fuerte.

Bonny le miró, parpadeando sorprendido, luego apretó los puños y, con el rostro ensombrecido por el esfuerzo, ladró media docena de sílabas.

Shandy las desvió hacia el mar, y un pez saltó del agua, explotando con un relámpago azul y una sorda detonación húmeda. Miró a Bonny y meneó la cabeza.

–Sigue así y conseguirás que el pelo se te ponga tan blanco como las encías.

Bonny se tambaleó, dio un paso hacia Shandy y se derrumbó de bruces, inerte. Shandy esquivó a Ann y se dirigió a él para darle la vuelta y conseguir que no se ahogara en la arena.

Ann se había sentado, y le miró.

–Ven aquí – dijo.

Se dirigió hacia ella, pero no se sentó.

–Tengo que marcharme, Ann. Eso..., lo que íbamos a hacer no habría estado bien.

Sólo voy a quedarme en Nueva Providencia el tiempo justo para reparar el Jenny y conseguir provisiones – le explicó, decidiéndolo mientras hablaba -. Luego tengo que encargarme de algunos asuntos.

Ann se puso en pie de un salto. – ¿Es por él? – exigió saber, dando una patada a su inconsciente marido -. ¿Por ese perro faldero que se dedica a

lamer las botas del gobernador Rogers? He estado ahorrando para un divorcio, tú podrías comprármelo ahora mismo.

–No, Ann, no es por él..., o sólo en parte. Tengo que... – ¡Hijo de puta! – chilló la chica -. ¡Vas otra vez tras esa maldita zorra de la Hurwood!

–Me marchó a Haití – explicó con paciencia -. Allí tengo un tío que me proporcionará un buen barco de tres mástiles, apropiado para navegar por el océano..., antes de que le ahorquen. – ¡Mentiroso! – gritó ella -. ¡Maldito mentiroso!

Shandy caminó de vuelta hacia la hoguera, con una mano torcida en el gesto que le protegería contra cualquier hechizo maléfico de Ann, por si incluía alguno en el catálogo de obscenidades que le estaba dedicando.

«No he mentido, Ann – pensó -. Es verdad que voy a Haití, y que arruinaré a mi tío si puedo, y usaré el dinero que robó para comprar un barco. Pero al mismo tiempo, tú tienes razón. En cuanto consiga una nave capaz de salir a mar abierto, buscaré, rescataré y, si aún queda algo digno en mí, me casaré con la única mujer en la cual puedo ver a la vez un cuerpo y un rostro, y con la que no necesito renunciar a ninguna de las dos cosas en mi interior.»

22

Y así, durante los tres días siguientes, regaló a su agotada tripulación con las cenas más exquisitas que pudo preparar y los mejores licores que pudo conseguir, en compensación por hacerlos trabajar como esclavos en las reparaciones del Jenny. Pero ni siquiera Venner, el que más a menudo se quejaba, podía alegar que su nuevo capitán les estuviera obligando a esforzarse injustamente: Shandy era siempre el primero en levantarse por la mañana, el que transportaba las cargas más pesadas, el único que no se tomaba un momento de descanso..., y cuando la oscuridad de la noche hacía imposible seguir trabajando, Shandy era el que preparaba la abundante cena, haciendo obras de arte con los escabeches y los productos que había dejado cociendo a fuego lento antes de ir al barco al amanecer.

La mañana del miércoles diecisiete de agosto, el Jenny salió navegando por el extremo sur del puerto de Nueva Providencia. Iba cargado tanto de pólvora y balas como de comida y bebida, y transportaba el doble de hombres de los que eran necesarios. Pero todavía quedaban tres semanas hasta la fecha límite para aceptar el indulto, y Shandy no iba acompañado

de ningún bocor – había conseguido enviar a Gordo Tristón una petición para que navegara con ellos a Haití, pero el gigantesco hechicero, que había reaparecido en la isla misteriosamente días antes de la llegada del Jenny, rehusó -, así que Woodes Rogers decidió no poner en peligro su todavía insegura posición tratando de impedir la partida del balandro.

La tripulación de Shandy tenía miedo de los huracanes, porque estaban en el peligroso mes de agosto y, para esas fechas, todos los años anteriores los piratas del Caribe solían estar ya muy arriba junto a la costa norteamericana. Pero Shandy argumentó que el viaje hacia el sureste hasta Puerto Príncipe era en realidad un poco más corto y mucho más directo que el que habían hecho a la costa de Florida. En el viaje de vuelta podían ir bordeando islas para no estar nunca a más de una hora de un lugar donde refugiarse. Y por dos veces, a lo largo del viaje de tres días, vieron las ominosas nubes tormentosas color gris hierro en el horizonte sur, pero en ambas ocasiones las tormentas se dirigieron hacia el oeste para asolar Cuba antes de que el Jenny se acercara a ellas.

El sábado por la mañana el Jenny entró en el puerto haitiano llamado Lazo de Leograne tras pasar junto a las fortificaciones en las laderas selváticas de San Marcos y por el canal del mismo nombre, llegando hasta el pueblo colonial francés de L'Arcahayé.

Shandy tomó los remos del pequeño bote del balandro para ir a la orilla, y luego gastó parte del oro acumulado por Philip Davies en hacerse cortar el pelo y comprar una chaqueta y un pañuelo de cuello que ocultaran su andrajosa camisa. Con un aspecto casi respetable, pagó a un granjero negro un par de monedas a cambio de que le dejara viajar en su carreta de mandioca y mangos hasta Puerto Príncipe, veintisiete kilómetros costa abajo.

Eran las últimas horas de la tarde cuando llegaron a la ciudad. Los pescadores nativos remaban ya hacia la orilla y arrastraban sus rudimentarios botes alargados hasta la arena, bajo la sombra de las palmeras, descargando pesadas canastas de junco entretejido y jaulas de bambú llenas de cangrejos y langostas, que se movían como enormes arañas dentro de ellas.

Puerto Príncipe resultó ser una celosía de callejuelas estrechas en torno a una plaza central. La plaza y la mayoría de las calles estaban pavimentadas con piedra blanca, aunque alrededor de las tiendas y

almacenes situados cerca de la zona portuaria el suelo quedaba casi oculto bajo cientos – no, debían de ser miles – de cáscaras marrones aplastadas. Antes de entrar en la atestada plaza, Shandy recogió una de las cáscaras y la olfateó. Se trataba de caña de azúcar, y comprendió que aquélla era la fuente del olor asfixiantemente dulce, semi fermentado, que se mezclaba en el aire de la tarde con el habitual hedor a pescado podrido y pucheros al fuego, común a los puertos en todo el mundo. Arrojó el desperdicio preguntándose por un momento si provendría de las plantaciones Chandagnac.

La mayoría de las personas que llenaban la plaza eran negras, y varias veces Shandy, en su camino hacia los edificios de aspecto oficial en el lado opuesto, fue cortésmente saludado con un «Bon jou', blanc», buenos días, blanco. En cada ocasión inclinó la cabeza con educación. En un momento dado, cuando un joven negro murmuró a su acompañante un rápido chiste en un dialecto semi dahomey sobre los desastrados puños de la camisa de Shandy, pudo replicar en el mismo dialecto con un proverbio marrón según el cual cualquier clase de puños era preferible a los puños de hierro de unos grilletes. El joven se echó a reír, pero le miró con curiosidad, y Shandy comprendió que debía ir con cuidado. Aquello era la civilización, no Nueva Providencia.

Temeroso de cualquier tipo de autoridades legales – era posible que las inglesas hubieran hablado a las francesas del John Chandagnac que había provocado la destrucción total de un buque de guerra de la Armada Real hacía menos de un mes -, Shandy preguntó a un comerciante adonde debía dirigirse para investigar sobre títulos de propiedad locales. Le envió a una de las oficinas gubernamentales, que estaba en la plaza.

«Sí – pensó mientras atravesaba el lugar -, primero averiguaré dónde están las tierras e iré a hacer una visita al tío Sebastián. Pero no hace falta que le diga inmediatamente quién soy, aunque desde luego no tardaré mucho en hacerlo.»

El interior del edificio parecía el de cualquier oficina europea: varios hombres blancos trabajando en escritorios elevados sobre tarimas, libros de contabilidad encuadernados en piel a lo largo de una pared..., pero la brisa tropical que mecía las cortinas en las altas ventanas rompía la ilusión, y el tintineo de las plumas en los tinteros, y las puntas arañando el papel,

parecían allí tan incongruentes como lo sería el graznido de un loro en la calle Threadneedle.

Uno de los escribientes alzó la vista hacia Shandy cuando éste entró. – ¿Sí?

–Buenos días – dijo Shandy, tratando de hablar francés puro por primera vez en dos meses -. Quisiera hacer unas preguntas sobre la..., eh..., hacienda Chandagnac... – ¿Es usted otro de los empleados? No podemos hacer nada para que le paguen los sueldos atrasados.

–No, no soy un empleado. – Shandy luchó por utilizar su mejor acento parisino -. Tengo una pregunta sobre... el título de la casa y las tierras.

–Ah, ya veo, usted es otro acreedor. Bueno, tengo entendido que lo vendieron todo.

Supongo que querrá hablar con el albacea testamentario de la propiedad. – ¿Albacea? – Shandy sintió un escalofrío en el estómago -. ¿Sebastián Chandagnac... ha muerto? – ¿No lo sabía? Lo siento. Sí, se suicidó el miércoles por la noche. Su... – ¿El pasado miércoles? – le interrumpió Shandy, tratando de no gritar -. ¿Hace tres días?

–Sí. La criada encontró su cadáver el jueves por la mañana. – El escribiente se encogió de hombros -. Parece que sufrió un revés en sus negocios. Dicen que tuvo que venderlo todo, y aun así ha dejado muchas deudas.

Shandy sentía el rostro tan entumecido como si hubiera bebido demasiado.

–Tengo entendido que... era un especulador.

–Exacto, M'sieu.

–Ese albacea... ¿dónde puedo encontrarlo?

–A esta hora probablemente estará tomando un coñac en la terraza que hay bajo el Vigneron. Es un hombre menudo, con los dientes algo salidos. Se llama Lapin, Georges Lapin.

Shandy vio al señor Lapin sentado junto a una mesa desde donde se divisaba el populoso puerto, y por el número de platos que tenía ante él dedujo que llevaba allí cierto tiempo.

El hombrecillo se sobresaltó violentamente al verle, luego se disculpó y aceptó la oferta de Shandy de invitarle a otro coñac.

–Tengo entendido que usted es el albacea de la herencia Chandagnac – empezó Shandy tras sentarse él también -. Eh..., dos coñacs, por favor –

añadió, dirigiéndose al camarero que le había seguido con un gesto casi de sospecha hasta la mesa de Lapin.

–Usted es pariente de Sebastián – dijo Lapin con seguridad.

–Sí – admitió Shandy.

–Se parece..., por un momento, pensé que era él. – Suspiró -. Sí, soy el albacea.

Aunque no tengo nada que controlar, todo lo que hago es poner en contacto a los acreedores para que se peleen entre ellos. Sin que ninguno de sus amigos lo supiéramos, Sebastián se había arruinado.

Cogió el coñac en cuanto el camarero se lo puso delante y lo bebió de un trago, como ilustrando el libertinaje de Sebastián Chandagnac.

–Otro para el señor Lapin, por favor – dijo Shandy al camarero. Se volvió hacia el hombrecillo -. ¿Y está muerto? ¿Seguro?

–Yo mismo vi el cadáver, M'sieur Chandagnac. ¡Qué extraño me resulta llamar así a otra persona! Él no tenía ningún pariente vivo aquí, ¿sabe? Sí, cargó un trabuco con todo el oro y las joyas que le quedaban. – Lapin extendió las manos juntas en forma de copa -.

Como fortuna no era gran cosa, pero como metralla..., algo regio. Luego alzó el arma para que el cañón le quedara a la altura de la cara, podemos suponer que echó un último vistazo a lo que restaba de sus riquezas, ¡y después se incrustó esas riquezas en el cerebro! En cierto modo, fue poético. Para los encargados de limpiar, un desastre, claro..., virtualmente toda su cabeza acabó bajo la ventana de la alcoba. ¡Pobre Sebastián! Estoy seguro de que la gendarmería local se quedó con la mayor parte de la... munición.

Shandy recordó en aquel momento dónde había oído el nombre de Lapin: Skank le había dicho que los grandes contactos de los piratas en Haití eran «Lapin y Shanderknack». «Tienes razón, Skank, parece un conejo», pensó.

–Ya veo por qué hicieron que pareciera un suicidio – dijo en tono pensativo. – ¿Cómo dice? – se asombró Lapin -. ¿Parecer? No hubo la menor duda...

–No, no – replicó Shandy apresuradamente -, siga pensando eso, no quiero decirle nada que no necesite saber. Usted no corre peligro. Estoy seguro de que nunca ha tenido tratos con... – Se inclinó hacia adelante y habló en voz baja por encima de las copas de coñac -. Piratas.

El rostro rollizo de Lapin palideció a la luz del ocaso. – ¿Piratas?
Shandy asintió.

–Un gobernador inglés ha llegado a la isla de Nueva Providencia, la base de los piratas. Están matando a todos los comerciantes respetables con los que tuvieron tratos en alguna ocasión. No quieren dejar a nadie que pueda – le guiñó un ojo – testificar.

Casi se echó a reír ante la idea de que los piratas de Nueva Providencia pudieran ser metódicos en algo, pero se las arregló para mantener una expresión triste.

Lapin tragó saliva. – ¿Matan a los comerciantes?

–Exacto. Sólo esperan a que cada uno establezca contacto. En cuanto uno de sus antiguos clientes acepta verlos, si se aproximan a él – Shandy se encogió de hombros -, ese hombre está tan muerto como Sebastián. – ¡Mon Dieu!

Lapin se levantó apresuradamente, derramando su coñac. Lanzó una mirada temerosa hacia el puerto, como si pensase que los asesinos estarían corriendo por la orilla en aquel mismo momento.

–Es..., es más tarde de lo que creía. Ha sido un placer hablar con usted, M'sieur Chandagnac, pero me temo que debo decirle adieu.

Shandy no se levantó, pero alzó la copa.

–Por que goce usted de buena salud durante mucho tiempo, Monsieur Lapin.

Pero en cuanto Lapin se hubo alejado tembloroso, los ánimos de Shandy decayeron.

Su tío estaba muerto y arruinado. No tendría venganza ni barco. Alquiló una habitación para pasar la noche y, por la mañana, consiguió que le llevaran hasta L'Arcahay, donde le aguardaba el Jenny.

Durante las dos semanas siguientes comandó el Jenny en una frenética ronda por el Caribe, pero aunque examinó los registros de cada puerto, incluso en los ingleses, donde se le buscaba, no encontró pista alguna sobre el Clamoroso Carmichael, ni siquiera sobre el Charlotte Bailey. Nada se sabía de los barcos desde el primer día de agosto, cuando Benjamín Hurwood lanzó mágicamente a Shandy por la borda y luego se alejó con su tripulación de cadáveres.

Tras las dos semanas de búsqueda infructuosa, su tripulación estaba al borde del motín, y sólo quedaban dos días hasta la fecha límite para aceptar

el Perdón Real.

Shandy ordenó a sus hombres que dirigieran el viejo balandro hacia Nueva Providencia.

Llegaron el martes cinco de septiembre, a media tarde. Shandy bajó del Jenny sin mirar atrás. En adelante, por lo que a él respectaba, Venner podía ser el capitán y llevarlo al cielo o al infierno. Una vez en la orilla, tuvo tiempo de ir al fuerte, aceptar oficialmente el indulto del gobernador Rogers, y volver a la playa a tiempo para cocinar una copiosa cena. Y, como sería tradición durante los tres meses siguientes, no comió apenas nada y se conformó con grandes cantidades de bebida.

OceanofPDF.com

«Sí, Skank – pensó Shandy ahora, mientras veía como alguien en el puerto seguía intentando izar más alta la cangreja -. Yo estaba más animado en aquellos días. Tenía cosas que hacer. Ahora sólo me queda una tara... y es olvidar.» Se desperezó para acomodarse mejor en la arena y meció con afecto el ron caldeado por el sol.

Un joven alférez de la Armada se acercó titubeante a Shandy.

–Disculpa..., ¿eres Jack Shandy?

Shandy estaba apurando la taza y miró al joven por encima del borde con ojos inexpresivos.

–Sí – respondió, bajándola por fin.

–Perdona..., tú fuiste quien voló el Whitney, ¿no?

–Me parece que no. ¿Qué era el Whitney?

–Un buque de guerra que explotó y se hundió en junio. Habían capturado a Philip Davies y...

–Oh. – Shandy advirtió que tenía la taza vacía y se puso en pie -. Sí. Hasta ahora no había sabido su nombre. En realidad fue Davies quien lo voló..., yo sólo le ayudé.

Puso la taza en la mesa situada ante el tenderete de licores e hizo una seña al hombre que lo atendía. – ¿Y disparaste contra el capitán? – siguió el joven alférez. Shandy cogió su taza llena.

–Fue hace mucho tiempo. No me acuerdo.

El alférez pareció decepcionado.

–Yo llegué en el Delicia, con el gobernador Rogers – explicó -. Eh..., supongo que este lugar era bastante salvaje antes, ¿no? Luchas con espadas, con pistolas, tesoros...

Shandy rió suavemente y decidió no romper la burbuja romántica del chico.

–Oh, sí, todo eso.

El joven continuó, alentado.

–He oído que viajaste con el propio Barbanegra en esa misteriosa expedición a Florida. ¿Cómo fue?

Shandy hizo un amplio gesto.

–Oh..., infernal, infernal. Traiciones, duelos a espada, hombres caminando por la plancha, batallas marinas..., pantanos vírgenes, fiebres

terribles, indios caníbales del Caribe siguiendo nuestras huellas...

Se detuvo, porque el joven alférez enrojecía y fruncía el ceño.

—No tienes por qué burlarte de mí — le espetó el chico.

Shandy parpadeó sin recordar exactamente lo que había estado diciendo. — ¿A qué te refieres?

—Soy nuevo aquí, pero eso no significa que no sepa nada. Los españoles acabaron con los indios caribeños hace doscientos años.

—Ah. — Shandy frunció el ceño, tratando de concentrarse. ¿Dónde había oído hablar sobre los indios caribeños? — . No lo sabía. Oye, deja que te invite a ron, no pretendía...

—No puedo beber estando de uniforme — dijo el alférez, aunque aparecía apaciguado.

—Entonces yo me tomaré el tuyo.

Shandy vació su taza y la volvió a poner en la mesa. El encargado la llenó de nuevo e hizo otra marca en su hoja de crédito.

—Parece que me he perdido los grandes días de la piratería — suspiró el alférez -.

Davies, Bonnett y Barbanegra han muerto, Hornigold y Shandy han aceptado el indulto...

Aunque hay un nuevo. ¿Conoces a Ulises Segundo?

—No — dijo Shandy, alzando cautelosamente su taza -. Llamativo nombre.

—Y tanto. Tiene un barco grande con tres mástiles llamado Orfeo Ascendente, y se ha apoderado de doce barcos en los dos últimos meses. Dicen que es el más sanguinario de todos... ¡La gente le tiene tanto miedo que algunos saltan al mar para ahogarse cuando es evidente que se va a apoderar de su barco!

—Eso es tener mucho miedo — concedió Shandy.

—Se cuentan todo tipo de historias sobre él — siguió el alférez con prontitud. Pero se interrumpió -. Aunque, claro, yo no me creo la mayoría. Pero hay mucha gente que sí.

Dicen que puede silbar y el viento se va de tus velas hacia las suyas, y que puede pilotar para alcanzarte incluso con la niebla más espesa, ¡y que cuando captura un barco no sólo se lleva el oro y las joyas, sino también los cadáveres de los marineros que hayan muerto!

Demonios, ni siquiera se molesta en coger cosas como cereales, pieles o armas..., sólo se lleva auténticos tesoros, aunque dicen que lo que más valora es la sangre fresca, y que a veces ha desangrado a tripulaciones enteras. Un capitán que perdió su barco pero sobrevivió cuenta que había cadáveres en los aparejos del Orfeo, que eran obviamente cadáveres..., ¡pero que uno de ellos hablaba!

Shandy sonrió. – ¿Y qué decía?

–Bueno..., por supuesto, yo no me lo creo, pero el capitán juró que aquel cadáver no hacía más que repetir: «¡Yo no soy un perro!»... ¡Eh, cuidado! – añadió furioso, porque Shandy había dejado caer su taza, salpicando los pantalones del uniforme del chico. – ¿Dónde fue visto por última vez? – preguntó Shandy rápidamente -. ¿Y cuándo?

El alférez parpadeó sorprendido ante aquel repentino interés, tan poco característico en el hombre tranquilo de ojos adormilados cuyo objetivo en la vida parecía ser convertirse en el borracho del lugar.

–No lo sé, no... – ¡Piensa! – Shandy agarró al joven por el cuello del uniforme y lo sacudió -. ¿Dónde y cuándo?

–Eh..., cerca de Jamaica, en la bahía Montego..., ¡hace menos de una semana!

Shandy le apartó de un empujón, giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la orilla. – ¡Skank! – gritó -. Skank, maldita sea, ¿dónde...? Oh, ahí estás. ¡Ven aquí!

El joven ex pirata corrió hacia él, inseguro. – ¿Qué pasa, Jack?

–El Jenny zarpa hoy, esta tarde. Reúne a todos los hombres que puedas, sube provisiones a bordo.

–Pero..., Jack, Venner iba a esperar hasta junio para ir con Charlie Vane...

–Al infierno con Venner. ¿He dicho alguna vez que abandonaba la capitanía del Jenny?

–Bueno, Jack, no, pero supusimos...

–Al infierno también con vuestras suposiciones. Reúne a los hombres y subid a bordo.

El gesto de asombro de Skank se transformó en una sonrisa. – ¡Sí, capitán!

Se dio media vuelta y salió corriendo, levantando nubes de arena con los pies descalzos.

Shandy había llegado hasta un bote de remos y empezaba a arrastrarlo hacia el agua, cuando recordó dónde había oído hablar de los indios del Caribe. El loco gobernador Sawney los había mencionado la noche antes de que el Carmichael y el Jenny partieran para reunirse con Barbanegra en Florida. ¿Qué dijo el anciano? Algo sobre haber matado a un buen montón de ellos en sus tiempos.

Shandy se detuvo para mirar con gesto especulativo el rincón donde el extraño anciano se había construido su pequeña tienda. «No – se dijo, reanudando la lucha con el pesado bote -. Sawney es viejo, pero no tiene doscientos años.»

Sin embargo, volvió a detenerse un momento más tarde, porque recordó algo más. El viejo había dicho algo sobre «cuando lleguéis a ese géiser». La Fuente de la Eterna Juventud era una especie de «géiser». Y cuando Shandy ofreció su primer espectáculo de marionetas, ¿no lo interrumpió Sawney con sus gritos, no había dicho algo así como «almas de los perdidos»? Rostros en el agua, almas de los condenados. ¿Había estado allí Sawney en alguna ocasión?

«En ese caso, quizá tenga más de doscientos años. No sería tan sorprendente. Lo sorprendente es que esté tan deteriorado. Me pregunto qué hizo mal», pensó mientras volvía a tirar del bote.

Se interrumpió una vez más. «Bueno – meditó -, si en Erebo hay algo capaz de hacer que un hechicero idiota y balbuceante viva un siglo o dos de más, tendré que informarme bien... Esta vez quiero hacer algo más que verme lanzado al océano.»

Lentamente al principio, más deprisa a medida que recordaba otras cosas sorprendentes sobre el viejo Sawney – su español perfecto pero arcaico, su habilidad con la magia -, Shandy subió por la ladera que llevaba a las tiendas. – ¿Has visto hoy al gobernador? – preguntó a un flaco anciano ex pirata -. Me refiero a Sawney, no a Rogers.

Shandy sonreía y trataba de que su voz sonara indiferente, pero el hombre había visto el final de su conversación con el joven alférez, y retrocedió y alzó las manos, apaciguador, al responder.

–Claro, Jack, está en su tienda, al lado de la cala. Tómalo con calma, ¿eh?

Sin prestar atención a los murmullos y gestos que despertaba a su paso, Shandy corrió por la arena, saltó sobre los restos fríos de una hoguera y se

dirigió hacia la cala donde, hacía medio año, había colaborado en la reparación del Carmichael. Se detuvo para sonreír y recuperar el aliento cuando vio al viejo Sawney sentado ante la tienda de lona donde vivía ahora, bebiendo y observando alternativamente media botella de ron.

El anciano llevaba unos anchos pantalones color amarillo brillante y una blusa de seda con encajes. Si la prenda tenía algún tipo de cuello, quedaba oculto bajo la barba enmarañada, del color de los huesos viejos.

Shandy se acercó y se sentó junto a él.

–Quiero hablar contigo, gobernador. – ¿Ah? – Sawney le miró con los ojos entrecerrados -. No tendrás fiebre otra vez, ¿verdad? No toques los pollos.

–No, gobernador. Quiero saber... sobre bocors, magos. Especialmente sobre los que han estado en la... Fuente de la Juventud.

Sawney bebió otro trago y observó atentamente la botella.

–Hay muchos bocors. Yo no lo soy.

–Pero sabes lo que es la fuente de la Eterna Juventud... El géiser.

La única respuesta del anciano fue dar vueltas al licor en la botella y canturrear con voz chillona y cascada:

Más molerá si dios quisiere..

Cuenta y pasa, que buen viaje faza.

Shandy hizo una rápida traducción mental, y decidió que aquello no le servía de nada.

–Muy bien – dijo, controlando su impaciencia -. Empezaremos por otra cosa. ¿Recuerdas a los indios caribeños?

–Sí, caníbales. Acabamos con ellos. Los matamos a todos en la expedición de Córdoba en los años diecisiete y dieciocho. Los matamos o los llevamos a Cuba como esclavos, que es lo mismo. Ellos tenían toda la magia. Montaban corrales de indios arawak igual que otros guardan el ganado. Para comer, claro..., pero ¿sabes lo más importante de todo? La sangre, la sangre fresca. Esos caribeños mantenían vivos a los arawaks igual que tú mantienes seca la pólvora. – ¿Conocían ese lugar en la selva de Florida? ¿La Fuente en ese sitio donde parece que el suelo es... demasiado sólido?

–Ah, Dios..., sí – susurró Sawney, lanzando una rápida mirada al puerto iluminado por el sol, como si alguien pudiera oírles desde el mar -. He oído

que no era tan oscuro antes de que llegaran ellos..., un maldito agujero en el infierno...

Shandy se inclinó un poco hacia adelante y habló con voz tranquila. – ¿Cuándo estuviste tú allí?

–En mil quinientos doce – dijo Sawney con claridad. Bebió un larguísimo trago de ron -.

Supe dónde tenía que estar..., podía leer los signos, pese a los padres con su agua sagrada y sus plegarias. Entré y mantuve alejados a los espíritus hasta que la encontré.

El vinagre espanta a los piojos, pero para espantar a los fantasmas hace falta la hierba de tabaco negro..., y derramé sangre allí, junto a la Fuente..., la planta esa brotó. Justo a tiempo, en cuanto salí de los pantanos hubo una refriega con los indios. Me hirieron con una flecha y la cosa se infectó... Me aseguré de que parte de mi sangre cayera al mar.

Sangre y agua marina, y vivirás para siempre, una y otra vez, mientras la planta siga allí...

De repente, Shandy recordó el matorral marchito y seco que había visto en Erebo, y comprendió que aquélla sería probablemente la última vida de Sawney. – ¿Cómo es que alguien tan poderoso como para sembrar sangre allí, y usar la sangre y el agua marina para conseguir muchas vidas, puede deteriorarse? – preguntó con suavidad -. ¿Puede perder la gran magia, puede volverse... tonto?

Sawney sonrió y arqueó una ceja blanca.

–Como yo, ¿eh? Hierro.

Pese a la vergüenza de que el anciano le hubiera entendido con tanta claridad, Shandy insistió. – ¿Hierro? ¿Qué quieres decir?

–Debes de haberlo oído. La magia huele, ¿sabes? Como una sartén que se queda sobre el fuego. A hierro. Y la sangre fresca huele igual, y para la magia hace falta sangre fresca, así que obviamente lleva hierro. ¿No conoces la historia de que los dioses bajaron del cielo como salpicaduras de hierro al rojo? ¿No? Demonios, los escritores más antiguos aseguraban que las almas de las estrellas estaban ahí, porque era lo último que un astro exhalaba antes de empezar a morir.

Shandy tenía miedo de que el viejo hubiera vuelto a perder la lucidez, porque obviamente no había hierro en la sangre o en las estrellas, pero decidió arriesgar una pregunta más en ese sentido. – ¿Y por qué degrada a

los magos? – ¿Mm? – Sawney sopló por el cuello de la botella, produciendo un sonido ululante -.

No, no los degrada.

Shandy golpeó la arena con el puño.

–Maldita sea, gobernador, necesito saber...

–Lo que fastidia es el hierro frío, el hierro sólido. No se puede hacer magia con hierro cerca porque la magia no existe, ni antes de empezar. ¿Has hecho vino alguna vez?

Shandy puso los ojos en blanco.

–No, pero ya sé lo del vinagre y los piojos, gracias. Yo... – ¿Conoces el vino de Jerez? Los ingleses lo llaman «sherry». ¿O el oporto?

–Claro, gobernador – replicó cansado, preguntándose si el anciano le iba a pedir que le consiguiese una botella.

–Bueno, ¿y sabes cómo lo hacen? ¿Sabes por qué es tan dulce?

–En..., lo encabezan. Mezclan coñac con el vino y detienen la fermentación, así queda azúcar que no se convierte en alcohol.

–Buen chico. Sí, el coñac detiene la fermentación. Así todavía queda azúcar que ya no puede transformarse en alcohol. ¿Y qué es el coñac que lo impide?

–Vino destilado – respondió Shandy, intrigado.

–Es verdad. Un producto de la fermentación imposibilita la fermentación. ¿Entiendes?

El corazón de Shandy palpitaba a toda velocidad, porque le parecía que estaba a punto de comprenderlo.

–El hierro frío, el hierro sólido, funciona sobre la magia igual que el coñac sobre la fermentación – dijo inseguro -. ¿Es eso? – ¡Claro! Un cuchillo de hierro frío es lo mejor para librarse de un espíritu. Seguro que has oído esas historias. Si hay mucho hierro a tu alrededor, hierro frío y sólido, sigues teniendo sangre, pero ya no se puede usar para hacer magia. Los bocors no llevan nada de hierro, y hacen magia, y les falta sangre. ¿Les has visto las encías? Alrededor de las casas de los más poderosos hay un fino polvillo color rojo óxido. – Se inclinó más hacia él y susurró -: Es hierro.

Shandy sintió que se le ponía la carne de gallina en los brazos.

–En el Viejo Mundo – comentó en voz baja -, la magia dejó de ser un factor importante de la vida más o menos cuando el hierro empezó a usarse

de manera general para hacer herramientas y armas.

Sawney asintió y sonrió secamente a través de la hirsuta barba blanca.

—No fue coincidencia. — Sopló otra vez por el cuello de la botella: Fuuú -. Y cualquier conciencia resucitada mágicamente resulta dañada por la proximidad del hierro frío. (Fuuú.) Poco a poco. (Fuuú.) Cuando lo descubrí ya era demasiado tarde para mí.

Resulta que desde que salí de ese condenado agujero en Florida, debería haberme mantenido alejado del hierro..., no llevarlo, no sostenerlo, ¡ni siquiera comer algo cocinado en una olla de hierro! (Fuuú.) Los grandes reyes solían vivir así en el Viejo Mundo antes de que la magia desapareciera de allí. Un infierno. Si eso es lo que quieres, tienes que comer ensaladas y legumbres. — ¿Nada de carne? — preguntó Shandy, a quien se le había ocurrido algo.

—Oh, sí, mucha carne. Para tener poder mágico, pero también para aumentar sus fuerzas, porque los hechiceros enseguida se ponen pálidos y débiles, se marean. Pero, claro, tiene que ser carne de un animal que no haya sido matado, limpiado o cocinado con nada de hierro. (Fuuú.) En realidad, no lo lamento. He vivido doscientos años de más viviendo como un hombre normal y haciendo lo que me gustaba. Hay que estar loco para querer vivir eternamente como un condenado bocor, siempre preocupándose por lo que comen y aterrados hasta de clavar un clavo.

—Gobernador, ¿conoces algún sistema para usar el hierro contra un hechicero que salió de la Fuente hace tan poco que aún lleva barro del Erebo en las botas?

Sawney le miró durante un largo momento y luego bajó la botella.

—Es posible. ¿A quién?

Shandy decidió ser sincero con él.

—A Benjamín Hurwood. O Ulises Segundo, como parece que se hace llamar ahora.

Es...

—Le conozco, el que sólo tiene un brazo. El que quiere meter el alma de su esposa en el cuerpo de su hija. Pobre chiquilla..., ¿te has dado cuenta de que sólo la alimentan con verdura y con galletas conservadas en barriles de madera? Quieren que sea conductora de magia, pero que no tenga fuerza de voluntad, así que nada de carne.

Shandy asintió, hacía unos momentos que había comprendido el significado de la dieta de Beth Hurwood.

–Claro, te diré cómo quebrantarle. Clávale una espada.

–Gobernador – dijo Shandy en una agonía de impaciencia -, necesito algo más que eso. Necesito... – ¿Crees que soy tonto? ¿No me has estado escuchando? Une tu sangre al hierro frío de la espada. Haz que los átomos de la sangre y los del hierro se alineen como la aguja de una brújula se alinea para señalar al norte. O viceversa. Todo es relativo. Una fuerza mágica en funcionamiento añadirá energía para deshacerla. O la fuerza se deshace porque el sistema de hierro alineado es muy energético, ¿entiendes? Si no te gusta la idea de una moneda que cae al suelo, imagina que el suelo sube hacia la moneda inmóvil, ¿eh? (Fuuú.) – Muy bien, ¿y cómo lo hago? (Fuuú, fuuú.) – ¿Cómo hago que se alineen los átomos, gobernador? ¿Cómo uno la sangre y el hierro?

Sawney apuró la botella, la dejó a un lado y empezó a cantar.

Bendita sea el alma, y el Señor que nos la manda; bendito sea el día y el Señor que nos lo envía.

Durante un minuto más, Shandy trató de obtener una respuesta coherente a su pregunta, pero el ron había extinguido la breve chispa de lucidez en los ojos del anciano.

Al final, tuvo que rendirse, y se puso en pie.

–Hasta pronto, gobernador.

–Cuídate, chico. Nada de pollos.

–De acuerdo. – Echó a andar, pero se detuvo y se volvió -. Dime..., ¿cómo te llamas, gobernador?

–Juan.

–Shandy había oído varias versiones de su nombre, pero siempre eran algo como Sawney, o Pon – sea, o Gawnsey..., nunca Juan. – ¿Cuál es tu nombre completo?

El anciano cloqueo y arañó la arena un momento, luego alzó la vista hacia Shandy y dijo en voz baja pero clara:

–Juan Ponce de León.

Shandy se quedó allí de pie unos segundos, sintiendo escalofríos pese al sol tropical, que proyectaba espejismos sobre la arena blanca. Al final asintió, se dio la vuelta y se marchó mientras los soplidos comenzaban de nuevo tras él.

Sólo cuando hubo llegado a la cima del otero y se dirigía hacia el grupo de tiendas y chozas, se le ocurrió que el demente a quien había dejado soplando por el cuello de una botella vacía era, o había sido realmente, gobernador de aquella isla... y de todas las islas entre Nueva Providencia y Florida.

Caminó a largas zancadas entre las tiendas, calculando mentalmente cuánto dinero de Davies le quedaba después de tres meses de malgastarlo en ron, y preguntándose qué duración debía tener el viaje para que pudiera permitírsele... Por supuesto, no tendría que ser muy largo. Faltaban dos semanas para Navidad, y Hurwood había comentado que echaría a Beth de su cuerpo para esas fechas. De pronto, alguien se cruzó en su camino.

Alzó la vista y reconoció a Ann Bonny. Recordó que la chica había iniciado un romance con otro pirata indultado, Calicó Jack Rackam, muy poco después de que Shandy partiera hacia Haití. Los dos habían tratado de comprar un divorcio para Ann, pero sin éxito.

—Hola, Ann — dijo deteniéndose, porque creía deberle la oportunidad de que le injuriase un poco. — ¡Vaya, vaya, si es el cocinero! ¿Has salido del barril de ron por una vez?

La chica parecía a la vez más delgada y más vieja. No era de extrañar, porque el gobernador Rogers había considerado que la antigua y honorable costumbre inglesa de comprar los divorcios era el colmo de la lujuria, y había prometido desnudarla y azotarla públicamente si volvía a mencionar el asunto. Un par de canciones monstruosamente vulgares sobre aquel castigo imaginado se volvieron muy populares... No obstante, Ann seguía teniendo la misma aura de sexualidad ardiente en su manera de andar e inclinar la cabeza.

Shandy sonrió con cautela.

—Cierto. — ¿Y cuánto tiempo eres que tardarás en volver a arrastrarte dentro de él?

—Como mínimo dos semanas, estoy seguro.

—Yo no. Te concedo... media hora. Vas a morir aquí, Shandy, después de ser aprendiz del gobernador Sawney durante unos pocos años. Pues yo no... Jack y yo nos marcharemos de aquí condenadamente pronto. Por fin he encontrado a un hombre que no teme a las mujeres.

—Me alegro. Tengo que admitir que a mí suelen asustarme. Espero que Rackam y tú seáis felices.

Ann pareció desconcertada, y retrocedió un paso.

–Ah, Bueno, ¿adonde vas?

–Al norte de Jamaica. Allí han visto un barco, y creo que es el Clamoroso Carmichael.

Ella sonrió y pareció relajarse, aunque meneaba la cabeza con tristeza.

–Dios mío, sigue siendo esa chica, ¿no? ¿Hurley?

–Hurwood. – Se encogió de hombros -. Sí, es ella.

–Entonces, ¿ese viaje violará las reglas de tu indulto?

–No lo sé. ¿La huida de Rackam las violará?

Ann sonrió.

–Entre nosotros, Shandy..., sí. Pero mi Jack tiene una chica a la que no le importa vivir con un forajido. ¿Y tú?

–Tampoco lo sé.

Ella titubeó, luego se inclinó hacia adelante y le dio un beso... muy suave. – ¿Por qué lo has hecho? – preguntó Shandy, sobresaltado.

A la joven le brillaban los ojos.

–Para darte suerte, hombre.

Se dio la vuelta y echó a andar, mientras él seguía avanzando hacia la playa. Unos niños jugaban con un par de marionetas que había fabricado en cierta ocasión, y al pasar junto a ellos vio que ahora usaban cordeles para mover las figurillas articuladas.

«Aprended una profesión, jovencitos – pensó -. No creo que vuestra generación tenga a Compañero Cuidador para echaros una mano.»

Alguien caminaba con pisadas recias tras él. Se detuvo, se volvió y descubrió que Gordo Tristán le miraba sin curiosidad. Recordando por una vez que era sordo, Shandy se limitó a asentir.

–Se las arreglarán sin él – gruñó el gigantesco bocor -. Todas las tierras lo superan cuando la magia se acaba. Aquí está llegando la hora. Navegaré contigo. – ¿En? – se sorprendió Shandy, porque había intentado sin éxito que el bocor de Davies les acompañara en el viaje a Haití -. Bueno, estupendo, nos vendrá muy bien un buen bocor en este viaje. Además, parece que estoy perdiendo el tiempo hablando, ¿no?

Habría bastado con un gesto enfático.

–Vas a Jamaica.

–Bueno, no, en realidad..., quiero decir, es posible, porque vamos cerca de...

–Yo nací en Jamaica, aunque me enviaron en barco a Virginia cuando tenía cinco años. Y ahora vuelvo allí... para morir.

–Ehhh...

Shandy seguía tratando de imaginar una respuesta a aquello, y meditando sobre cómo expresarla con gestos, cuando el bocor pasó junto a él, dirigiéndose hacia la orilla. Tuvo que correr para alcanzarle.

Había un grupo de hombres discutiendo en torno al bote que Shandy había estado arrastrando y, cuando se aproximó, dos de ellos se volvieron hacia él, agitando los brazos y gritando. Uno era Skank y el otro Venner, con un rostro tan enrojecido que en aquel momento sus pecas resultaban invisibles.

–De uno en uno – ordenó Shandy.

Venner hizo callar a Skank con un violento gesto de la mano.

–El Jenny no va a ninguna parte hasta que no llegue Vane – dijo.

–Saldrá para Jamaica esta tarde – replicó Shandy.

Aunque mantenía una sonrisa suave en el rostro, por el rabillo del ojo calculaba los metros y centímetros, y se preguntaba con qué rapidez podría alcanzar el machete de Skank.

–Ya no eres el capitán – gruñó Venner, con la cara aún más sombría.

–Sigo siendo el capitán.

Los hombres que escuchaban se removieron y murmuraron.

Obviamente, no estaban muy seguros de a quién apoyar. Shandy captó parte de una frase: «... condenadamente borracho para ser capitán...».

En aquel momento, Gordo Tristán dio un paso al frente.

–El Jenny va a Jamaica – dijo en tonos proféticos del Antiguo Testamento -. Partimos ya.

Los hombres se sobresaltaron, ni siquiera Skank imaginaba que el bocor de Davies apoyara a Shandy en aquello. Y aunque Shandy no apartaba los ojos de Venner, sintió que la confianza del grupo cambiaba a su favor.

Venner y Shandy se miraron durante largos segundos. Skank desenvainó el machete y se lo lanzó a su amigo, que lo cogió por la empuñadura sin apartar la vista de su adversario. Por último, Venner bajó la vista hacia el arma, y Shandy supo que había decidido que no estaba tan borracho como para resultar un enemigo fácil: al mirar a su alrededor, al resto de los ex piratas, la boca se le convirtió en una línea tensa y amarga.

Evidentemente, la marea emocional se había vuelto contra él tras las palabras de Gordo Tristón.

–Bueno – gruñó Venner -, me gustaría que..., que nos mantuvieras mejor informados de estas cosas, capitán. Yo... – Se detuvo y empezó de nuevo, ahogándose con las palabras como si le costara esfuerzo hacerlas pasar a través de los dientes -. Desde luego..., no pretendía desobedecer.

Shandy sonrió y le palmeó el hombro. – ¡No pasa nada!

Se volvió y examinó a su tripulación. Disimuló cautelosamente la decepción y aprensión que sintió. «Esta tripulación – pensó – es una prueba de la eficacia táctica de Woodes Rogers: los únicos que se alistan para una expedición pirata son los demasiado estúpidos, sanguinarios o perezosos como para vivir dentro de la ley. Esto tendrá que convertirse en una expedición pirata si no encontramos el Carmichael..., y estos canallas exigirán botín. »Lo más probable es que esté tirando por tierra mi indulto. Pero quizá valga más ser un forajido con objetivo que un ciudadano sin él.»

–Skank – dijo, decidiendo que aquel joven era el más fidedigno de todos -, será el cabo de mar. – Advirtió la rápida mueca de Venner, pero hizo caso omiso -. Que todos suban a bordo, quiero zarpar antes de que esos tipos de la Armada sepan lo que pretendemos.

–Sí, capitán.

Veinte minutos después el Jenny, sin fanfarria pero acompañado por algunas miradas inseguras de los oficiales a bordo del Delicia, zarpó por última vez del puerto de Nueva Providencia.

24

Los rayos del sol matinal iluminaban el balcón, orientado hacia el sur, de una de las casas más grandes en la colina junto a Spanish Town. Cuando la brisa agitó las ramas de los turbintos y el sol cayó directamente sobre el elegante hombre con barba sentado junto a la mesa de desayuno, éste se cubrió de manera instintiva la cara: necesitaba conservarse tan joven y desprovisto de arrugas como le fuera posible. Para empezar, los inversores parecían pensar que un hombre joven conocería mejor los mercados actuales y los últimos datos sobre precios y valores de cambio. En segundo lugar, el objetivo de conseguir riquezas se perdía si uno era obviamente viejo cuando podía disfrutar de ellas.

Otro gemido procedente del piso superior hizo que las manos le temblaran de tal manera que una gota de té cayó sobre el plato en vez de en la copa de porcelana.

«Maldición – pensó el hombre que decía llamarse Joshua Hicks, mientras dejaba la tetera, irritado -. ¿Es que un hombre no puede desayunar tranquilamente en su propio balcón sin todos esos... lamentos? Seis días más – se recordó -, y habré cumplido mi parte del trato con ese maldito pirata. Hará sus trucos, se la llevará lejos de aquí y me dejará en paz.»

Pero, incluso mientras la idea le pasaba por la cabeza, reconoció que no era más que un deseo. «Nunca me dejará en paz mientras pueda ser una herramienta útil para él», pensó.

«Quizá yo debería acabar con mi utilidad, como tuvo el valor de hacer el pobre Stede Bonnett cuando se encontraba en la misma situación con Barbanegra..., entregarme, confesar. Demonios, vi a Bonnett, un par de veces cuando los cambios en el mercado del azúcar le trajeron en viaje de negocios a Puerto Príncipe, y no era ningún héroe, ningún santo.»

No, pensó, mirando por encima de la pulida barandilla del balcón, más allá de las frondosas palmeras que se mecían bajo la brisa fresca de la montaña, en los terraplenes descendentes de las casas blancas que constituían la zona residencial de Spanish Town.

A lo lejos, apenas visible a lo largo del horizonte azul del mar, se divisaba el entramado de tejas rojas que eran los edificios más cercanos de Port-Royal. Se inclinó hacia un lado, levantó la tapa cristalina de una botella y vertió coñac ambarino, oro fluido bajo el sol de la mañana, en su té. «No, al margen de cualquier otra cosa, Bonnett era mucho más valiente que yo. Yo nunca podría hacer lo que él..., y Ulises lo sabe, maldita sea. Si tengo que vivir en una jaula, prefiero que sea lujosa, con barrotes invisibles aunque sean más fuertes que el hierro.»

Bebió el té aderezado y se puso en pie, asegurándose de lucir una sonrisa tranquila en el rostro antes de volverse hacia la sala de estar... y hacia la cabeza disecada de perro que colgaba de una pared como un despreciable trofeo de caza.

Atravesó la amplia sala de estar, saliendo al vestíbulo, pero conservó la sonrisa porque allí también había una cabeza de perro colgada. Con un escalofrío que hizo vacilar su sonrisa, recordó aquel día de septiembre, poco después de su llegada, cuando puso un trapo sobre cada cabeza de perro que

había en la casa. Aquello le proporcionó una agradable sensación de intimidad, pero menos de una hora más tarde llegó la temible enfermera negra, por supuesto sin llamar a la puerta, y recorrió toda la casa retirando los trapos. La mujer ni siquiera le miró, y además no podía hablar con la mandíbula atada de aquella manera, pero su visita le turbó tanto que nunca volvió a intentar cegar los monitores de Ulises.

Animado por el coñac y por la seguridad de que la enfermera no solía llegar hasta media mañana, Hicks subió por la escalera y se detuvo a escuchar junto a la puerta de la habitación de invitados. No oyó más gemidos, así que descorrió el cerrojo de latón, giró el picaporte dorado y entró.

La joven estaba dormida, pero se despertó con un grito cuando, al entrar de puntillas en la habitación, Hicks derribó por accidente la cena intacta que había dejado en el suelo.

La escudilla de madera giró en el aire y fue a chocar contra la pared, dispersando la verdura por la alfombra. La chica se sentó en la cama y le miró con los ojos entornados.

—Dios mío... ¿John...?

—No, maldita sea — dijo Hicks -. Soy yo. Te oí gemir y subí a asegurarme de que todo iba bien. ¿Quién es ese John? No es la primera vez que me confundes con él.

—Oh. — Beth Hurwood volvió a dejarse caer mientras la esperanza desaparecía de sus ojos -. Sí, todo va bien.

Había tres cabezas de perro en aquella habitación, así que Hicks se irguió en toda su estatura e hizo un gesto en dirección a las hojas y hierbas caídas. — ¿Otra vez tratando de no tomar las medicinas? — dijo -. Sabes que no lo consentiré. ¡Ulises quiere que las tomes, y lo que él quiere yo lo cumplo!

Se contuvo para no hacer una reverencia en dirección a la cabeza que colgaba sobre la cama.

—Mi padre es un monstruo — susurró -. Y algún día la orden que cumplirás será la de matarte.

Hicks olvidó las cabezas y frunció el ceño, intranquilo. En los primeros días de su cautividad, se había reído de la afirmación de Beth según la cual Ulises Segundo era su padre. La chica decía que su padre era manco,

mientras que Ulises conservaba los dos brazos. Pero en la siguiente visita del pirata, Hicks observó la mano derecha del hombre...

Obviamente, era carne viva, pero rosada y suave como la de un niño, sin la menor cicatriz.

–Bueno – dijo molesto -, falta menos de una semana para Navidad. Al menos me libraré de ti.

La joven apartó las sábanas, puso las piernas en el suelo y trató de levantarse, pero las rodillas no la sostenían. Cayó de nuevo sobre la cama, jadeando.

–Malditos seáis mi padre y tú – consiguió decir -. ¿Por qué no me dais comida? – ¿Y cómo llamas a esto que dejas por ahí para que la gente tropiece? – exigió saber Hicks, agachándose para recoger una hoja y agitándola furioso ante el rostro de Beth.

–Me gustaría ver cómo te la comes – dijo.

Hicks contempló dubitativo el trozo de verdura y luego lo tiró con una carcajada despectiva, como indicando que no tenía tiempo para desafíos infantiles.

–Veamos cómo te lames los dedos – insistió Beth.

–No..., no tengo que demostrarte nada – replicó. – ¿Qué va a suceder el sábado? Una vez dijiste algo sobre un «proceso».

Hicks se alegró de que las cortinas estuvieran corridas ante las ventanas, porque sentía como su rostro enrojecía. – ¡Se supone que debes tomar las malditas medicinas! – le espetó -. ¡Se supone que debes estar...! – Adormilada, terminó mentalmente. Sonámbula. No tan despierta y haciendo preguntas molestas -. Además, tu pa..., quiere decir, el capitán Segundo estará aquí para entonces, así que yo no tendré que hacer el..., o esa, que puedes preguntárselo a él.

Asintió con resolución y giró sobre sus talones para marcharse, pero la digna salida quedó estropeada cuando lanzó un chillido agudo y dio un salto hacia atrás: la enfermera negra había entrado silenciosamente en la habitación y estaba de pie detrás de él.

Beth Hurwood se reía, y la enferma le miraba con los ojos inexpresivos de siempre.

Hicks huyó, preguntándose, mientras esquivaba rápidamente a la mujer, por qué su vestido iba siempre cosido en vez de abotonado, y por qué, si

tanto le gustaba coserlo todo, no arreglaba sus bolsillos desgarrados. Y por qué iba siempre descalza.

«Además – pensó mientras se tranquilizaba en la escalera y se sacaba un pañuelo de la manga para secarse la frente -, me pregunto por qué los otros negros temen tanto a esa mujer. ¡Demonios, el cocinero negro que tenía saltó por la ventana de un segundo piso nada más verla! Y cuando descubrí que cualquier negro preferiría ser azotado todo un día antes que poner el pie en esta casa un instante, tuve que contratar sirvientes, a blancos. Aun así, muchos de ellos se han marchado.»

Volvió a ocupar su silla en el balcón, pero la tranquilidad de la mañana se había perdido. Tiró el té tibio y llenó la taza de coñac puro. «Maldito sea Ulises y su "ayuda" – pensó -. Nunca debí salir de Haití ni cambiarme el nombre.»

Sorbió su coñac y lanzó un bufido al recordar lo convincente que había sido Ulises Segundo al principio. El hombre había llegado a Puerto Príncipe durante la primera semana de agosto, y al momento empezó a negociar cartas de crédito firmadas por los bancos más respetables de Europa. Socialmente, había causado una excelente impresión: hablaba un buen francés, era culto, vestía bien y poseía un bonito barco..., aunque lo tenía anclado bastante lejos, alegando que a bordo había una mujer recuperándose de una fiebre cerebral.

A Hicks le impresionó la evidente riqueza e independencia del desconocido cuando se lo presentaron, y pocos días más tarde, cuando cenó con él y el hombre le ofreció tranquilamente participar en un par de negocios poco éticos pero lucrativos, le impresionó también su profundo conocimiento de la red internacional que era la economía del Nuevo Mundo. No había trato, compra o fraude demasiado antiguo o extraño para que Segundo no lo conociera y utilizara despiadadamente. Hicks llegó a creer que, para saber algunas de esas cosas, uno tenía que leer las mentes o hablar con los muertos.

Y entonces, una noche de mediados de agosto, muy tarde, Segundo llegó a casa de Hicks con malas noticias.

–Me temo que corres peligro, amigo mío – le había dicho cuando Hicks le miró adormilado, después de enviar a un criado en busca de coñac.

El hombre que ahora se hacía llamar Hicks sólo llevaba despierto un minuto, desde que Segundo golpeara la puerta a medianoche, y por un

momento pensó que se refería a un intento de robo o a esclavos evadidos que se aproximaban a la casa. – ¿Peligro? – dijo frotándose los ojos -. Tengo diez criados leales y una docena de armas cargadas, ¿qué...?

–No me refiero a un peligro físico esta noche – le interrumpió Segundo, sonriente -, sino a problemas con la ley muy pronto.

Aquello terminó de despertarle. Cogió una copa de coñac de la bandeja que portaba su criado, bebió un sorbo y miró a Segundo con cautela. – ¿Con qué acusaciones?

–Bueno – respondió el otro con una carcajada, mientras se sentaba en una de las sillas del comedor -, es difícil saberlo. Tú y yo tenemos un... socio en nuestros negocios. Me temo que le han capturado y, para congraciarse con las autoridades, delata a todos los que han tenido tratos poco legales con él. Contrabando y tráfico de mercancías robadas sobre todo, pero también se sabe que ha hecho otros favores a hombres de negocios caribeños, como secuestros o asesinatos. Gracias – añadió cuando el criado le llevó una copa.

Se sentó a la mesa frente a Segundo. – ¿Quién es?

Segundo miró al bostezante criado y se inclinó hacia adelante.

–Podemos llamarle... Ed Thatch.

Hicks apuró la copa e iba a pedir que se la llenaran de nuevo, pero en vez de eso ordenó al criado que dejara la botella y se retirase. – ¿De qué «tratos pocos legales» les ha hablado? – preguntó.

Bien sabía Dios que Barbanegra le había ayudado con muchos, empezando por el asesinato de una tía soltera demasiado informada, cuando él empezó a falsificar las pruebas de la muerte de su hermano.

–Bueno, verás, ésa es la cuestión. No lo sé. Debemos suponer que contará todo lo que recuerde.

Hicks gimió y escondió el rostro entre las manos. Segundo le llenó la copa de nuevo.

–No desesperes – le dijo -. Vamos, fíjate en mí..., yo también estoy implicado, al menos tanto como tú. Siempre hay una salida para todo.

Hicks alzó la vista. – ¿Qué podemos hacer?

–Es muy fácil. Sal de Haití. Puedes viajar a bordo de mi barco. Pero – había protestado con tristeza – ¿cómo voy a llevar suficiente dinero para vivir bien? Además, me perseguirán.

Ulises Segundo le guiñó un ojo.

–Si siguieras aquí no. ¿Y si encontraran en tu alcoba un cadáver con tu ropa..., un cadáver de tu altura, constitución y color de piel..., con la cara destrozada por la metralla de un trabuco, y una nota de suicidio escrita por ti?

–Pero... ¿quién...? – ¿No tienes a ningún blanco contratado trabajando aquí? ¿Echarían de menos a uno de ellos?

–Bueno, quizá...

–En cuanto al dinero, te compro ahora mismo todo lo que tengas; la casa, las tierras, lo que sea. En previsión de tal eventualidad, hice que mi abogado redactara una serie de facturas y pagarés con fecha de estos dos últimos años pasados. Será una prueba de que lo habías perdido todo... Haría falta un ejército internacional de contables para descubrir que el rastro de todos tus acreedores lleva hasta mí. – Le dedicó una sonrisa radiante -. ¡Ése será el motivo de tu suicidio, la ruina económica! ¿Entiendes? Porque supongo que debes dinero a algunas personas, y cuando intenten cobrar de tu herencia, saldrá a la luz la historia que hemos preparado.

Así lo hicieron. Hicks firmó todos los papeles. Luego, cuando Segundo se hubo marchado, se dirigió hacia los barracones de los criados contratados, despertó a un hombre de la edad y constitución adecuadas y le ordenó que fuera a la mansión. Sin darle explicaciones, le guió hasta su alcoba, le dio vino drogado y, cuando los sorprendidos ojos del hombre se cerraron por fin con la inconsciencia, Hicks le desnudó, arrojó sus ropas a la chimenea y vistió el cuerpo inerte con su camisa de dormir. Cargó un trabuco con un buen puñado de anillos, monedas y cadenas de oro, y empaquetó el resto de sus joyas en tres cofres. Segundo volvió antes del amanecer con varios marineros de aspecto enfermizo pero fuertes, y lo último que Sebastián Chandagnac hizo antes de abandonar su hogar ancestral y adoptar el nombre de Joshua Hicks, fue disparar el trabuco contra el rostro del criado inconsciente. El retroceso del arma le torció la muñeca, y el ruido y la destrucción instantánea le aterraron: el disparo destrozó todo un lado de la habitación y voló en un millón de pedazos la cabeza del criado, lanzándola a través de la ventana cerrada al jardín.

Pero Segundo estaba de buen humor, y mientras se alejaban en el carromato de cuatro caballos, aseguraba poder oler la sangre del criado muerto en la brisa nocturna.

–Eso es lo que busco ahora, ¿sabes? – dijo mientras hacía restallar el látigo sobre los caballos -. Tengo casi todas las riquezas que necesito... Lo único que me hace falta es agua marina y sangre. Cantidades demenciales de sangre roja, fresca.

Su carcajada sincera, casi infantil, resonó entre los cocoteros y palmeras a ambos lados de la carretera que llevaba al mar.

Ahora, sentado en aquel balcón de Jamaica, Sebastián Chandagnac sonrió tristemente mirando su coñac. «Sí – pensó -, debí esperar y comprobarlo por mí mismo. Segundo sólo quería un criado completamente cautivo, una marioneta bien manejada para vigilar a esa chica de arriba. Volverá en Navidad para..., ¿cómo había dicho? "Llevar a cabo el ritual que la transformará en un recipiente vacío que pueda volver a llenarse." Espero por Dios que vuelva antes de Navidad..., no sólo porque no soporto la idea de llevar a cabo el ritual que me hizo memorizar, sino también por la cena que daré aquí esa noche. Después de todas las molestias y picores que me ha costado dejarme crecer la barba sólo por si alguien reconocía a Sebastián Chandagnac, sería una pena asistir a mi propia cena de presentación cubierto de sangre y plumas de pollo, y apestando a tierra de tumba.»

Chandagnac meneó la cabeza con tristeza, recordando la casa y la plantación que había dejado atrás en Puerto Príncipe..., a cambio de nada. Uno de los bancos de Segundo le pasaba una paga regular, pero no se había vuelto a hablar de los recibos que firmó. Y tan sólo una semana antes, durante una breve charla con el cartero, descubrió que Barbanegra había sido asesinado – no capturado – a mediados de noviembre: tres meses después de la conversación nocturna en la que Segundo había convencido a Chandagnac de que el pirata estaba implicando a todos los que podía recordar.

Oyó como se cerraba la puerta del piso superior, y el cerrojo de latón tintineó al volver a su sitio. Se puso en pie de un salto, tiró lo que quedaba en la taza de té, cogió la botella y entró corriendo en la casa con la esperanza de encerrarse en su alcoba antes de que bajara la temible enfermera.

25

Subido en las jarcias, agarrado al cabezal de la vela y apoyado contra el mástil, Jack Shandy bajó por fin su catalejo después de contemplar durante

casi un cuarto de hora las olas, las nubes blancas y, con más concentración, el nubarrón sólido y oscuro que aparecía en el horizonte oriental. Repasó todos los datos sobre el clima que había recibido de Hodge y Davies, echó mano de toda su experiencia personal, y tuvo que admitir, al menos para sí mismo, que Venner tenía razón. Sería más inteligente virar y tratar de recorrer los cien kilómetros que les separaban de Gran Caimán, atravesar los arrecifes por el canal Punta Ron, llevar el Jenny a la orilla y abrir los barriles de licor. Y condenadamente pronto, porque la tormenta se desplazaba a más velocidad que el Jenny, y el viento comenzaba a amainar.

«Pero estamos a veintitrés de diciembre – se dijo con desesperación -. Pasado mañana Hurwood pondrá en práctica la magia que expulsará el alma de Beth de su cuerpo. Tengo que encontrar hoy o mañana a Ulises Segundo, como se hace llamar ahora el viejo imbécil, o tanto me daría no haber salido de Nueva Providencia. Si viramos hacia el noroeste y aguardamos a que pase la tormenta, perderemos como mínimo el resto del día. Pero ¿puedo llevar a estos hombres a una tormenta que quizá los mate? »Oh, infiernos – pensó, lanzando el catalejo a uno de los piratas de abajo. Empezó a descender por las jarcias -. Es un derecho del capitán. Mi trabajo no consiste en esquivar las situaciones peligrosas, sino en salir de ellas. Y nada impedirá que Gordo Tristón llegue a tierras jamaicanas..., ni siquiera un huracán.»

–Podríamos superarlo aunque la mitad estuvierais borrachos – le dijo -. Seguiremos hacia el sureste. – ¿Por qué? – exigió saber Venner. Señaló hacia popa con un grueso brazo pecoso -. ¡Gran Caimán no está más que a unas pocas horas de viaje! ¡Aunque el maldito viento cese, cosa que está a punto de suceder, la corriente nos llevará hasta allí!

Shandy se volvió sin prisas hacia el pirata.

–No tengo que darte explicaciones, pero lo haré. No llegaríamos a Gran Caimán. La tormenta va a alcanzarnos, así que más nos vale estar de proa para entonces. – Los músculos de los anchos hombros de Venner estaban tensos, pero Shandy se obligó a reír -. Demonios, hombre, el famoso Segundo está cerca. ¡Esos cazadores de tortugas de ayer dijeron que habían visto su barco por la mañana! No sólo lleva una docena de barcos como motín, sino también al Carmichael con otro nombre. Es nuestro barco, una nave perfecta para mar abierto. Lo necesitamos, porque los balandros de bajíos como el Jenny no sirven de nada en las grandes expediciones a

Madagascar y al océano Indico, que es lo que hace falta estos días. Mira lo que le pasó a Thatch cuando se cambió de balandro.

—Además el tal Ulises tiene a esa mujer — casi escupió Venner —, ¡no intentes hacernos creer que ella no es la razón de que le busques! Bueno, quizá la aprecies más que a tu pellejo, pero para mí no significa nada. No pienso arriesgar el cuello consiguiéndola para ti. — Se enfrentó al resto de los hombres -. Pensadlo, muchachos. ¿Por qué tenemos que atrapar a ese Ulises, o Hurwood, precisamente hoy? ¿Qué tiene de malo la semana que viene?

Shandy había dormido poco durante los últimos días.

—Porque yo digo que sea hoy — replicó con cierta furia -. ¿Qué te parece eso?

Gordo Tristón se puso al lado de Shandy, eclipsando a Venner con su enorme sombra.

—Vamos a Jamaica — dijo.

Durante largos segundos, mientras las nubes seguían creciendo y Gran Caimán quedaba cada vez más lejos, Venner permaneció inmóvil, mirando alternativamente a Shandy, a Gordo Tristón y al resto de la tripulación, a todas luces preguntándose si podía provocar un motín.

Aunque Shandy trataba de parecer confiado, se preguntaba lo mismo. Había sido un capitán eficaz durante el mes después de que Hurwood tomara el Carmichael, y aún se le miraba con cierta admiración por la historia exagerada de su intervención en la huida del buque de guerra. También le ayudaba tener el apoyo del viejo bocor de Davies, aunque el negro no supiera hablar últimamente más que de su cercana muerte. Pero sólo podía intuir, como estaba haciendo Venner, qué parte de la confianza de sus hombres se había erosionado con aquellos tres meses de apatía ebria en Nueva Providencia.

—Shandy sabe lo que hace — gruñó un viejo desdentado.

Skank asintió con un buen simulacro de seguridad.

—Claro — dijo -. No llegaríamos a Gran Caimán antes de que la tormenta nos alcanzara.

Shandy se sintió agradecido, porque sabía que Skank no era sincero.

Venner bajó los hombros y recuperó una sonrisa que cada vez era menos alegre y más parecida a una serie de arrugas en una camisa.

–Bueno, es cierto – dijo con voz ronca -. Sólo quería asegurarme de que todos estábamos... de acuerdo.

Se dio la vuelta, empujó a un par de hombres fuera de su camino y se dirigió hacia la popa mientras Shandy ordenaba que quitaran el foque y arriaran la vela mayor.

Cuando el balandro avanzaba ya con el mínimo trapo y Shandy hizo una pausa para observar la nube que ahora proyectaba su sombra sobre ellos, Skank le tocó en el hombro y se lo llevó aparte con un gesto. – ¿Qué pasa? – preguntó Shandy, con la voz dura por la tensión.

–Venner no está nada contento – le informó Skank con tranquilidad -. Vigílale. Será hoy, y probablemente por la espalda.

–Ah. Gracias. No le quitaré la vista de encima. Shandy iba a alejarse, pero Skank le cortó el paso. – ¿Sabías...? – dijo rápidamente el joven pirata -. No, no creo que lo sepas... Tuvo la culpa de que mataran a Davies.

La impaciencia de Shandy desapareció.

–Cuéntamelo – pidió.

Unas gruesas gotas de lluvia se estrellaron contra la cubierta y dibujaron largos regueros sobre las velas. Lluvia antes que el viento, pensó Shandy, recordando el antiguo aviso de Hodge.

–Aflojad un poco los escotines – ordenó. Se volvió hacia Skank -. Cuéntamelo.

–Bueno – dijo Skank rápidamente, examinando temeroso el cielo oscuro mientras hablaba -, el marinero muerto que acabó con él iba a asesinarte a ti un minuto antes... Tú corrías hacia la chica suspendida en el aire y ese tipo te estaba esperando. Así que Phil corrió para acabar con él y salvarte, hasta ahí sin problema..., pero Venner vio lo que pretendía y le cortó el paso... No le hacía gracia que te hubiera nombrado lugarteniente.

La lluvia caía con más firmeza y seguía sin haber viento.

–Arriad la mayor un poco más – ordenó Shandy, intranquilo -. No..., del todo.

Entraremos en la tormenta sin trapo, preparaos para el movimiento.

–Hizo que Davies perdiera el equilibrio – siguió Skank -, y tú adelantaste dos pasos más. De todos modos, Davies siguió corriendo, pero finalmente el único golpe que pudo asestar a aquella cosa no bastó para matarla. El segundo golpe le cortó la cabeza, pero ya le había clavado el machete.

El viento les golpeó en aquel momento, e incluso con los mástiles desnudos el Jenny viró bruscamente, escorándose tanto que muchos hombres tuvieron que agarrarse a las jarcias para no golpearse contra las regalas de proa. El mástil estaba casi horizontal.

Tras el viento llegaron las olas altas, y Skank corrió hacia popa para ayudar al timonel a girar la rueda contra el mar embravecido, y conseguir que la proa se enfilara directamente contra el viento. Poco a poco, el mástil se enderezó.

Mientras el barquito se mecía en la cima de una ola coronada de espuma para deslizarse hacia el otro lado, el timón giró libremente en el aire durante un momento y el largo bauprés apuñaló la siguiente montaña de agua gris. Shandy contuvo el aliento, temiendo que el bauprés se rompiera o que la proa y todo el casco lo siguieran al vientre de las aguas para no reaparecer..., pero tras ocho veloces latidos del corazón, la proa se alzó con el bauprés intacto, surgiendo de la masa de agua sólida como un hombre huiría de una manada de perros asesinos que estuvieran a punto de alcanzarle.

Shandy dejó escapar el aliento contenido. Evidentemente, quienquiera que hubiese construido el Jenny conocía su trabajo. Gritó una orden y, cuando hubieron remontado, el viento les azotaba desde popa y estribor, y los piratas habían arrizado suficiente trapo como para que el Jenny mantuviera el rumbo. En principio, con aquel sistema podían capear la tormenta.

Shandy se dirigió trabajosamente hacia popa y a los hombres que manejaban el timón.

Ya no tenía que dar más órdenes por el momento, y de todos modos el viento hubiera arrastrado las palabras sin que nadie las oyera, así que se limitó a apoyarse contra los aparejos. Se preguntó cuánto tiempo podría sufrir aquel castigo el Jenny sin hundirse.

El viento cálido parecía cobrar más fuerza y las gotas le azotaban en nubes rápidas, aguijoneándole el rostro y las manos. Se lamió los labios, y el sabor salado le indicó que era agua marina, no lluvia. Las olas eran tan altas y sólidas como acantilados. Cada vez que el Jenny descendía por una pendiente de agua para chocar contra la siguiente, el balandro se estremecía con una violencia tal que el mástil se sacudía terriblemente. Un instante más

tarde el agua sólida giraba en torno a los muslos de Shandy y le empujaba con más fuerza todavía.

Siguió tratando de ver pese al azote del viento para asegurarse que no se enfrentaban a él demasiado directamente ni dejaban que les llegara de costado. Durante largos minutos le asombró la perfección con que se desenvolvía el viejo balandro. Pero advirtió una leve columna de humo que brotaba de la caña del timón, justo donde se unía a la rueda, y al examinarlo más de cerca vio que el metal tenía un leve brillo rojo. Gordo Tristán estaba de pie, agarrado al otro lado del instrumento. Shandy se quitó el agua de los ojos y los entrecerró para examinar al corpulento mago. Los párpados del bocor estaban cerrados y se mordía los nudillos de una mano..., y aunque la lluvia y el agua marina lavaban la piel oscura, Shandy vio como brotaban gotas rojas entre los dientes.

Comprendió que la resistencia del Jenny no sólo era fruto de la habilidad del timonel.

Aun así, cada ola era más alta que la anterior. Cuando el barquito conseguía remontar trabajosamente una, y Shandy parpadeaba observando el mar, le parecía como si el bote estuviera pegado a una enorme extensión de tela que bajara deslizándose por los Alpes.

El aullido del viento era tan furioso que debía recordarse a menudo que no había ningún ser airado emitiéndolo.

Se deslizaron bajando por la ladera de una ola para chocar al instante contra la siguiente... El viejo balandro se escoró, vertiendo agua sólida por la borda. Cuando el Jenny remontó la siguiente montaña, Shandy se apercibió del cambio al instante, y la verga bajó casi hasta la altura de las cabezas con un brillo anaranjado.

Volvieron a la cima y la fuerza plena del viento los golpeó de nuevo. La verga se rompió con un estampido audible incluso por encima del rugir de la tempestad. El mástil horizontal no era ya más que una lanza llameante atada a una enorme bandera. Golpeó en la cubierta contra la botavara de la vela mayor, rebotó hacia el otro lado y giró como la aguja enloquecida de una brújula antes de caer hacia popa. El bote se estremeció.

Shandy se agachó cuando el palo cayó contra la cubierta, y alzó la vista temeroso de que hubiera matado al timonel, o peor aún, de que hubiera destrozado la caña del timón.

Pero el timonel seguía aferrado a la rueda..., y sólo después de suspirar aliviado advirtió que la punta de hierro de la verga había golpeado a Gordo Tristón en el centro del enorme torso, clavándole los yugos de popa. – ¡Cristo! – gritó Shandy, con los labios entumecidos por el agua. ¿Podrían sobrevivir sin el bocor?

No sentía la menor confianza, pero se apartó de la baranda, se agarró a la botavara de la mayor y se dio impulso para avanzar hasta llegar al extremo del mástil, donde ondeaba libremente el final de la vela. Alguien estaba junto a él, al otro lado de la botavara...; era Skank, con el rostro tenso por el esfuerzo, llevando un cuchillo y un trozo de soga.

Mientras el barco se mecía violentamente, los dos consiguieron hacer varios agujeros en lo que quedaba de la vela, y cuando el agua hubo pasado sobre ellos Shandy metió la soga por los orificios. El balandro se escoró, alzándose para encontrarse con la siguiente ola, y Shandy lanzó el extremo de la soga hacia babor. El viento la enrolló al mástil y Skank la recogió. Cayó contra la regala, pero se las arregló para hacer dos nudos en torno a una cabrilla de maniobra antes de que el huracán los golpeará de nuevo.

Un par de metros cuadrados de lona captaron el viento con suficiente fuerza como para sacudir la popa, pero Shandy sabía que no resistiría mucho tiempo. Varios hombres habían subido a cubierta para ayudar, y Shandy se apoyó contra la regala, dejando que ocuparan su lugar. Tenía un nudo en el estómago, ya fuera por la tensión o por haber comido algo en malas condiciones durante el almuerzo, y esperaba no tener que hacer ningún trabajo duro durante mucho rato.

De pronto sintió un peso en la chaqueta que le tensaba la parte posterior del cuello de la prenda contra la nuca, y bajó la vista..., retrocediendo al momento de la baranda, porque en las solapas de la chaqueta, salidas de Dios sabía dónde, llevaba lo que parecían dos anguilas grises de cabezas nudosas. Sólo cuando agarró una para quitársela comprendió que se trataba de dos brazos humanos cortados por los codos, con los dedos firmemente engarfiados al tejido de su chaqueta.

Una parte de su mente no hacía más que gemir por el horror, pero tras un momento recordó que era la misma chaqueta que había llevado el día que Hurwood arrebató el Carmichael a Leo Friend. Aquel día, uno de los cadavéricos tripulantes de Friend se le había colgado de la solapa tras caer por la borda, y cuando se perdió entre las olas, los brazos se le partieron.

Las extremidades colgantes parecieron desaparecer poco después, pero era obvio que habían seguido fantasmalmente aferradas a su ropa desde entonces, como esas telarañas del techo que sólo se ven con cierta luz.

El creciente dolor de su estómago le hizo inclinarse sobre la baranda, pero se obligó a seguir pensando. «¿Qué luz hace visibles estas cosas horribles? – se preguntó -. No cabe duda..., la magia hostil. De no ser por el viento, habría captado el olor a hierro caliente.

Este dolor de vientre es un regalo de alguien.»

El agua marina pasó sobre él mientras el Jenny se enfrentaba a otra ola, y luego se irguió, contra la tendencia de su cuerpo a seguir doblado por la mitad. El sudor frío sobre su rostro hacía que las salpicaduras le parecieran aún más cálidas. Agarró al hombre que tenía más cerca y lo acercó lo suficiente para que le oyera: – ¿Dónde está Venner? – rugió.

El hombre miró atónito los antebrazos grises que colgaban de la chaqueta de su capitán, pero señaló hacia adelante y hacia abajo.

Shandy asintió y le soltó. Se dirigió con pasos agónicos hasta la escotilla y se agarró a ella. Sobre la cresta de una ola, una repentina ráfaga de viento le hizo caer, y tuvo que arrastrarse los últimos metros sobre el vientre con los brazos extendidos. El esfuerzo hizo que todos sus músculos abdominales parecieran soltarse, pero consiguió levantar la escotilla y bajar con esfuerzo a la pequeña bodega.

Estaba oscura, pero sabía dónde se encontraban las armas, así que dejó que el siguiente movimiento del barco le llevara hasta ellas. Agarró una espada y la desenvainó.

Era más ligera que un machete, pero tenía la longitud adecuada, y la empuñó. En la proa había un brillo rojo y se dirigió hacia allí, mientras los tétricos adornos de sus solapas se balanceaban salvajemente.

Venner estaba acucillado ante una pequeña sartén de brasas, susurrando y dejando hacer algo en los brillantes carbones.

Shandy extendió la espada y se irguió dolorosamente, pero el Jenny se estremeció con brusquedad sobre la cresta de una ola, y el salto que había iniciado se convirtió en una caída... Chocó con fuerza contra la recia figura de Venner y los dos rodaron hacia el mamparo de proa. Incluso por encima de sus jadeos, los crujidos de los maderos maltratados y el aullido del viento, Shandy oyó como las brasas siseaban y se apagaban en el agua que había entrado. Pese a la postura forzada contra el mamparo y el codo de

Venner clavado en su espalda, sintió que el repentino dolor de su vientre desaparecía y los brazos cadavéricos se desvanecían de su chaqueta.

La proa chocó contra el agua y durante varios segundos los dos hombres se vieron presionados aún con más fuerza contra el mamparo. Shandy sentía como el agua entraba por las ranuras de los tablones, igual que si el mar le escupiera entre dientes de madera.

La sartén, todavía caliente, le chamuscó la garganta y, en aquel momento, el balandro se alzó de proa bruscamente cuando empezó a trepar por la siguiente ladera acuática.

Shandy, Venner y una buena cantidad de agua salada rodaron hacia popa, y el capitán pirata intentó mantener la espada apuntada contra el otro hombre. Por dos veces sintió que la punta pinchaba algo más blando que los maderos de la cubierta e intentó empujar, pero en la cubierta resbaladiza no conseguía darse impulso. La luz gris que entraba por la escotilla abierta iluminó por un instante a su adversario, y un momento más tarde Venner había trepado por la escalerilla hacia la cubierta.

Shandy se puso en pie y le siguió, manteniendo la espada – se había dado cuenta de que era la de Davies – entre la luz y él para bloquear cualquier golpe de Venner. Cuando llegó a la cubierta, el pirata ya había puesto diez metros entre ellos y apuntaba a Shandy con una pistola arrebatada a alguien.

Shandy contuvo el impulso de volver a saltar por la escotilla. Era el capitán, y pese a la tormenta sus hombres observaban el enfrentamiento... Además, un disparo desde nueve metros en una cubierta azotada por la lluvia probablemente fallaría, y quizá la pólvora estuviera mojada. De todos modos se puso de perfil, mirando a Venner por encima del hombro derecho. Alzó la espada con un saludo de esgrima, tanto por la aparente frialdad del gesto como por la esperanza de que la bala, si iba bien dirigida, se estrellara contra la hoja.

El agua no había mojado la pólvora. Vio el destello en el cañón del arma y al mismo tiempo sintió que la bala al rojo le perforaba la piel por encima del plexo solar. Se vio lanzado hacia atrás, pero no cayó ni perdió la espada, y cuando consiguió pensar con claridad un segundo más tarde, se inclinó tan cortésmente como pudo en la cubierta tambaleante – tuvo que agarrarse a las jarcias con la mano libre y separar los pies un poco más de lo habitual – y avanzó hacia Venner.

El timonel, distraído por el drama que se desarrollaba en la cubierta, no enfocó bien la proa contra la siguiente ola, y el Jenny la recibió casi por babor. El balandro se sacudió mientras las aguas verdosas barrían la cubierta, estrellándose contra el mástil y arrojando por la borda al menos a un hombre.

Quedó escorado en el seno de dos olas. Más asustado de aquello que de Venner, Shandy volvió a la popa, teniendo que soltar la espada para agarrarse a los aparejos y no caer. Skank y los otros hombres junto a la botavara de la mayor habían conseguido izar algunos metros de vela, y uno trataba de afirmar el tembloroso mástil con un cabo. Era todo lo que podían hacer, y Shandy sabía que no sería suficiente.

Tras él, moviéndose lentamente porque no quería soltar el machete que había recogido, Venner caminaba hacia popa.

Shandy miró al timonel, que había girando toda la caña a babor, y supo que tendría que ayudar al hombre a sujetarlo cuando el viento les golpeará en la cresta de la ola. En aquel momento vio a Gordo Tristón.

El corpulento bocor se había desclavado de los yugos de popa y estaba de pie en la cubierta, agarrando el asta de madera que le había empalado. Mientras Shandy le miraba, Gordo Tristón se inclinó hacia adelante... El viento se llevó todos los ruidos, pero las astillas empezaron a saltar entre las manos negras. Shandy supuso que el bocor utilizaba magia para conseguirlo, pero Gordo Tristón tenía que tirar mientras la verga se partía. El capitán sintió que se le ponía la carne de gallina por el asombro; la madera ensangrentada brotó unos centímetros, y aunque el hierro de la punta seguía humeando, ya no brillaba... El bocor estaba rompiendo la verga con la fuerza de sus manos.

Por fin lo consiguió y cayó de rodillas. Shandy corrió a ayudarlo, pero Gordo Tristón levantó con una mano el trozo de verga y se lo tendió. Era en sí una auténtica hazaña, porque el fragmento medía más de metro ochenta, estaba envuelto en jarcias y llevaba la punta metálica del mástil. – ¡Un ancla flotante! – gritó el bocor -. ¡Tírala por estribor!

Shandy lo comprendió al momento y cogió la verga de manos de Gordo Tristón. Tuvo que usar ambas manos, y aun así apretó los dientes por el esfuerzo. Se volvió y la lanzó al mar por encima de la baranda de estribor.

En aquel momento remontaban una ola, y el Jenny viró bruscamente cuando el viento les golpeó por babor. Al instante se deslizaron hacia el otro

lado mientras el timonel luchaba por sujetar la rueda. Shandy desató rápidamente la driza de la mayor y la soltó por la borda para dar más extensión al cable del ancla flotante.

El Jenny cayó en el seno de las dos olas, sólo ligeramente enderezado, y el mar volvió a barrer la cubierta. Bajo el agua, Shandy se agarró a la baranda, preguntándose si habían volcado, si el balandro iba a hundirse para no volver a salir. Pero el agua se hizo más pesada sobre sus hombros tensos, y primero su cabeza y luego sus brazos volvieron a quedar libres. Cuando le llegaba a la altura de las rodillas volvió a asegurar la driza, porque casi toda la sogá había sido arrastrada.

La verga había quedado tras la cresta de la ola anterior, y Shandy sintió el tirón mientras escalaban la siguiente. El viejo balandro ascendió más recto y empezó a responder a la vela y al timón. La proa captaba el viento.

Había estado tanteando el estado de la cubierta a través de las yemas de los dedos, y cuando sintió un leve ruido cerca alzó la vista..., dejándose caer al momento. El machete de Venner partió la baranda en vez de la cabeza de Shandy.

Shandy rodó alejándose, mientras Venner liberaba la pesada hoja. Cuando el primero se incorporó, Skank dejó por un momento su tarea de improvisar una vela mayor para lanzarle la espada caída.

La cubierta se mecía y la lluvia le azotaba los ojos; falló el lanzamiento, oyó como la espada chocaba y se deslizaba sobre los tablones húmedos, el crujido de la hoja del machete al quedar libre, y los pasos de Venner que se aproximaba.

Shandy se lanzó a por la espada en el momento en que la proa se clavaba en una ola.

Cerró los ojos y se aferró a la regala mientras el agua caía sobre él. Meneó la cabeza y miró a su alrededor, frenético. Pese a la mala luz, vio la espada en el agua y se lanzó hacia ella casi nadando. La agarró por el puño.

Venner atacó mientras Shandy trataba de levantarse, pero la cubierta se tambaleó violentamente justo cuando se lanzaba, y perdió el equilibrio. Aunque el golpe entumeció el hombro de Shandy, fue con el plano de la hoja, no con el filo.

Le hizo caer de rodillas. Venner también había caído, y Shandy se tomó un momento para clavar la punta de su espada en el único punto descubierto del pirata – la rodilla –, antes de ponerse en pie cansinamente una vez más.

El otro también se levantó.

Shandy comprendió que quizá no pudiera derrotar a Venner, que aquella pelea interminable podía acabar cuando el maldito machete le rompiera la cabeza o le abriera el abdomen..., pero estaba demasiado agotado para deducir de la idea algo más que una tristeza opresiva. Se apoyó contra los yugos de popa y flexionó la mano sobre el resbaladizo puño de la espada.

Venner blandió el machete contra la cabeza de Shandy, y éste se obligó a levantar el entumecido brazo de la espada para desviar el golpe. Sólo consiguió girar la pesada hoja, de manera que una vez más le golpeó de plano, esta vez contra una sien. Las rodillas le vacilaron un instante mientras le recorría un dolor caliente, opresivo.

Trató de erguirse, pero Venner atacaba ahora con la punta de la espada. Shandy apenas consiguió apartarse de la trayectoria del golpe, que le arañó las costillas y se llevó un pliegue de su chaqueta, clavándole al mamparo e impidiendo que cayera. Alzó su propia espada en una defensa que, aunque tardía, estaba más o menos bien dirigida. Tan torpemente como una marioneta mal manejada, consiguió ponerse en pie.

Se le desgarró la camisa cuando se lanzó hacia adelante, y la chaqueta de Venner quedó perforada para dejar paso a cinco centímetros – y luego diez cuando Shandy recuperó el equilibrio – de acero oxidado.

Repentinamente pálido, Venner retrocedió alejándose de la hoja. El machete cayó de sus manos y tintineó sobre la cubierta. El Jenny remontó la siguiente ola y se escoró bruscamente por un instante. Todos excepto los dos combatientes buscaron un asidero o trataron de mantener el equilibrio, pero Shandy atacó de nuevo mientras la cubierta desaparecía bajo sus pies, para clavar la punta de la espada en el amplio pecho de Venner con una fuerza tal que la hoja se rompió y los dos se vieron lanzados a través del aire lluvioso contra la baranda de babor. Shandy soltó la espada quebrada y se agarró a unos aparejos, pero Venner y el arma de Davies cayeron rodando por la borda. En aquel momento la proa cayó, la popa se elevó haciendo que perdiera su asidero, y se precipitó bruscamente contra la cubierta.

26

Recuperó el conocimiento poco a poco, abandonando de mala gana unos sueños mucho mejores que la situación fría y dolorosa que al parecer

era la realidad..., sueños del recuerdo, como viajar con su padre y el teatro de marionetas, y sueños del deseo, como encontrar a Beth Hurwood y decirle por fin todas las cosas que había querido decirle. Al principio le pareció que podría elegir la situación en la que despertaría si se concentraba lo suficiente, pero el frío, la humedad y el bamboleo del barco se fueron haciendo más insistentes y, cuando abrió los ojos, se encontró en la cubierta del Jenny.

Trató de sentarse y un repentino ataque de náuseas le hizo caer otra vez de espaldas, débil y sudoroso. Abrió los ojos de nuevo y vio el rostro preocupado de Skank. Cuando Shandy trató de hablar, los dientes le entrechocaban. Apretó la mandíbula un instante y lo intentó de nuevo. – ¿Qué... ha pasado?

–Te pegaste un buen golpe contra la cubierta después de matar a Venner – respondió Skank. – ¿Dónde está Davies?

Skank le miró asombrado.

–Eh..., murió, capitán. Cuando Hurwood se apoderó del Carmichael. Recuérdalo.

Shandy creyó recordar algo parecido. Una vez más trató de sentarse y volvió a caer sobre la cubierta, tembloroso. – ¿Qué pasó?

–Bueno..., tú estabas allí, capitán. Hoy te lo he contado, lo del marinero muerto de Hurwood.

Skank miró a su alrededor con desesperación.

–No, quiero saber qué ha pasado hoy.

–Caíste contra la cubierta. Te lo acabo de contar.

–Ah. – Shandy se incorporó por tercera vez y se obligó a seguir erguido. Las náuseas que le atacaron cedieron tras un momento -. Quizá tengas que seguir recordándomelo. – Se puso en pie trabajosamente y, tembloroso, se agarró a la baranda para conservar el equilibrio. Miró a su alrededor, aturdido -. En..., la tormenta ha... cesado – señaló, orgulloso de poder demostrar que era consciente de las cosas.

–Sí, capitán. Mientras estabas sin sentido. Seguimos remontando las olas hasta que salimos de la tempestad. Tu ancla flotante marcó la diferencia.

Shandy se frotó el rostro con fuerza.

–Mi ancla flotante. – Decidió no preguntar -. Bien. ¿Cuál es el rumbo?

–Sureste, más o menos.

Hizo un gesto para que Skank se acercara más, y le preguntó en voz baja: – ¿Adonde vamos?

–Dijiste que a Jamaica.

–Ah. – Frunció el ceño -. ¿Qué esperamos encontrar allí?

–A Ulises Segundo – respondió Skank, cada vez más preocupado -. Con su barco, el Orfeo Ascendente. Dijiste que era Hurwood y que el Orfeo es en realidad el Carmichael.

En las Caimanes nos contaron que volvía hacia Jamaica. Ah, y Gordo Tristón quería llegar a Jamaica antes de morir.

Meneó la cabeza con tristeza. – ¿Ha muerto Gordo Tristón?

–Eso creemos la mayoría. La verga le empaló como un pollo para asar, luego arrancó un trozo grande, te lo dio y tú lo tiraste por la borda. Le hemos llevado a la orilla para enterrarlo, porque a un bocor muerto no se le tira al mar si sabes lo que te conviene. Pero un par de chicos dicen que tiene pulso en la muñeca. Lamont no puede concentrarse en su trabajo, porque, según él, Gordo Tristón no deja de canturrear muy bajo..., aunque la verdad es que yo no oigo nada.

Shandy trató de concentrarse. Recordaba vagamente alguna de aquellas cosas cuando Skank se las describía, y recordó también una sensación de prisa desesperada, pero no conseguía determinar por qué. Lo que más deseaba en aquel momento era un imposible: un lugar seco donde dormir.

–Esa tormenta – empezó – ¿fue muy repentina? ¿No podríamos habernos refugiado en alguna parte?

–Quizá habríamos llegado hasta Gran Caimán – le dijo Skank -. Era lo que quería Venner. Tú insististe en que siguiéramos. – ¿Expliqué... por qué?

–Dijiste que la tormenta nos alcanzaría de todas maneras, y que tanto nos daba seguir al Orfeo. Venner pensaba que era por esa chica. Ya sabes, la hija de Hurwood. – ¡Ah! – empezaba a ver algunos atisbos de luz en sus recuerdos trastornados por el golpe -. ¿Qué fecha es hoy?

–No lo sé. Viernes..., y el domingo es Navidad.

–Ya veo – replicó Shandy, tenso -. ¿Te importa seguir recordándomelo? Ahora que ha pasado la tormenta, soltad todo el trapo posible.

Al amanecer de la mañana siguiente divisaron al Orfeo Ascendente. No hubo desacuerdo sobre lo que debían hacer, porque se habían pasado la noche achicando agua del Jenny. Aunque tenían extendida una vela

embreada bajo la orza y clavaban sacos de arroz en las aberturas de las hiladas, el agua entraba cada vez más deprisa, y Shandy dudaba que el viejo balandro resistiera suficiente para hacer otra recalada.

Habían izado toda la vela disponible, y el Jenny avanzaba inseguro sobre la extensión de aguas azules hacia el barco.

Desde la cubierta del balandro, Shandy miraba por el catalejo, entrecerrando los ojos para defenderse del brillo del sol matutino sobre las olas.

–Está muy mal – dijo a los hombres desastrados y temblorosos que le rodeaban -. Le faltan vergas y tiene las jarcias enredadas..., pero sigue siendo un barco sólido. Si trabajamos bien durante la próxima hora, habrá ron, comida y ropa seca.

Hubo un rugido general de aprobación, porque la mayoría de los hombres se habían pasado la noche anterior trabajando bajo la lluvia en los bilges, esperando con ansiedad cada pausa ocasional para engullir un puñado o dos de galletas húmedas. El barril de ron se había roto durante la tormenta, impregnando la bodega con el olor del licor perdido. – ¿Nos queda algo de pólvora seca? – preguntó Shandy. Skank se encogió de hombros.

–Es posible.

–Mm. Bueno, de todos modos no queremos hundir el Orfeo. – Bajó el catalejo -. Si nuestro mástil no se rompe, podemos cortar hacia el sur y tomarle la delantera..., y luego trataremos de abordarlo, supongo.

–O eso o nadamos hasta Jamaica – asintió un joven pirata con los ojos enrojecidos. – ¿No crees que tratarán de huir, cuando vean que nos acercamos? – preguntó Skank.

–Es posible – respondió Shandy -. Pero apuesto a que podemos alcanzarlos por mal que esté nuestro barco. Además, tampoco parecemos tan peligrosos. – Alzó el catalejo de nuevo -. Bueno, no os preocupéis – dijo un momento después -. Vienen ellos hacia nosotros.

Hubo un momento de silencio.

–Seguro que perdieron algunos hombres durante la tormenta – comentó uno de los más viejos con aire sombrío -. Querrán sustituirlos. Skank se mordió el labio inferior y miró a Shandy.

–La última vez que te metiste con él, te levantó por los aires y te lanzó al océano. ¿Tienes algún motivo para creer que no volverá a suceder lo

mismo?

Shandy se había estado haciendo la misma pregunta desde que salieron de Nueva Providencia. «Sangre – le había dicho el gobernador Sawney -. Obviamente, hay hierro en la sangre. Haz que los átomos de la sangre y el hierro se alineen como la aguja de un compás para señalar al norte. O viceversa. Todo es relativo...»

Shandy sonrió, un poco mareado a pesar de sus esfuerzos.

–Más nos vale pensar que sé. Estaré en la bitácora. Haz que alguien me lleve una espada..., y un martillo y un escoplo estrecho.

El Orfeo había girado y avanzaba contra el viento, hacia el Jenny. Tras él, el sol matutino proyectaba las sombras de sus aparejos y mástiles contra las velas luminosas.

Shandy no dejó de vigilarlo mientras trabajaba con el martillo y el escoplo sobre el puño de la espada que Skank le había llevado. Cuando todavía estaba a unos cien metros, se irguió y alzó el arma por la hoja.

Había quitado la envoltura de cuero y la mitad de la empuñadura de madera, dejando al descubierto el alma de hierro que unía la hoja con el pomo. Justo en el punto donde se apoyaría la base de la palma del espadachín, había abierto una estrecha hendidura en el metal.

Shandy se irguió y se apoyó contra el cristal de la bitácora.

–Si las cosas... se tuercen contra nosotros – dijo a Skank, quien le había mirado trabajar sin entender nada durante los últimos minutos -, id hacia el este. Tal y como está el Carmichael, maniobrar le resulta tan difícil como volar. Tratad de llegar a Jamaica.

–Más vale que las cosas no se tuerzan.

La sonrisa de Shandy le hizo parecer aún más cansado.

–Es cierto.

Alzó el martillo y lo descargó con fuerza contra el cristal de la bitácora. Lo dejó caer y examinó los fragmentos transparentes: un momento después, alzó la aguja de la brújula con dedos ensangrentados.

–Que los muchachos estén preparados con los ganchos y las sogas. Si tenemos suerte, el abordaje empezará antes de que se enteren de que pensamos atacarles.

Skank dejó escapar un gemido, pero asintió y se alejó.

Con cuidado, Shandy insertó la punta norte de la aguja en la ranura que había practicado en el puño de la espada. Recogió el martillo y la clavó

firmermente.

Se colgó la espada del cinturón y durante un minuto no hizo otra cosa que respirar profundamente con los ojos cerrados; cuando el Orfeo Ascendente embistió con fuerza contra el flanco de babor del Jenny, cubriéndolo con su sombra, agarró un garfio de abordaje, lo volteó un par de veces en círculos verticales y lo lanzó contra la baranda del otro barco. El sol arrancó destellos de las puntas, justo antes de que el garfio se asentase sobre su objetivo.

«Ésta es la última vez que el Jenny aborda el Carmichael», pensó mientras comenzaba a trepar por la soga.

El esfuerzo hizo que le empezara a sangrar la nariz y que sintiera como si la cabeza estuviera a punto de estallarle. Cuando por fin llegó al extremo de la cuerda y se detuvo a caballo sobre la baranda para recuperar el aliento, no recordaba por qué estaba allí.

Parecía haber pasado algún tiempo..., aquél era el Clamoroso Carmichael, desde luego..., ¡pero buena parte de las barandas y todo el castillo de popa habían desaparecido! ¿Aún no estaban en Jamaica? ¿Dónde se encontraba el capitán Chaworth? ¿Y la chica enferma con el médico gordo?

La desorientación se disipó en parte cuando reconoció al padre de la chica bajando por la escalerilla de la cubierta de popa..., ¿cómo se llamaba? Hurwood, eso era. Pero Shandy frunció el ceño, porque recordaba que el hombre sólo tenía un brazo.

En aquel momento, le distrajo una pelea en cubierta. Al mirar con más atención – le resultaba difícil enfocar la vista con aquel sol deslumbrante – creyó que se había vuelto loco. Hombres demacrados, vestidos con ropas andrajosas pero llamativas, trepaban a bordo por ambos lados y luchaban desesperadamente contra cadáveres imposiblemente animados, cuyas manos descarnadas no deberían ser capaces ni de agarrar un machete, y cuyos ojos lechosos y hundidos no deberían ser capaces de dirigir los golpes. La sangre brotaba en abundancia de los oídos de Shandy y el palpitir de su cabeza casi le ocultaba los sonidos de la escena, dándole la irrealidad grotesca de un sueño febril. Entre todo aquello, la pregunta de por qué había decidido adornar su chaqueta con dos antebrazos humanos momificados no parecía demasiado importante.

No confiaba en su equilibrio, así que trepó cautelosamente para dejarse caer sobre cubierta. El hombre parecido a Benjamin Hurwood se acercaba a él, con una sonrisa de bienvenida en su rostro arrugado...

Y entonces Shandy estuvo soñando de verdad, tenía que ser eso, porque se encontraba de pie junto a su padre, en la penumbra del toldo sobre el escenario de marionetas. Los dos contemplaban el brillo del escenario y manejaban las cruces para controlar los movimientos de los muñecos. Debía de ser una obra con muchos personajes, a juzgar por la cantidad de cruces que colgaban de los ganchos. En un momento olvidó que debía de ser un sueño, y se asustó porque no recordaba qué obra estaban representando.

Entrecerró los ojos para mirar a las marionetas y las reconoció al instante. Eran los muñecos de Julio César. Por suerte, el tercer acto había empezado, no quedaba mucho más que hacer..., ya habían llegado a la escena del asesinato, los pequeños senadores de madera habían sustituido las manos derechas normales por las otras que empuñaban dagas.

La marioneta de César estaba hablando... y Shandy la miró asombrado, porque el rostro ya no era de madera, sino de carne. Lo reconoció: era su propia cara.

Los senadores, ahora también de carne, se adelantaron para matar... y la escena desapareció bruscamente, dejando a Shandy otra vez en la cubierta del Carmichael, mirando a Hurwood.

La sonrisa confiada se borró en el rostro del anciano, pero atacó de nuevo, y Shandy se vio de rodillas en la arena caliente de la playa de Nueva Providencia, observando con ojos críticos las cuatro pértigas de bambú que había clavado en la arena. Se habían sostenido bien hasta que trató de poner otras sobre ellas, y ahora apuntaban hacia afuera como cañones preparados para repeler cualquier ataque procedente de los costados. – ¿Estás tejiendo una cesta? – le preguntó Beth Hurwood desde atrás.

No la había oído acercarse. Estuvo a punto de replicar irritado, pero sonrió.

–Se supone que tiene que ser una choza para dormir.

–Te resultaría más sencillo si..., espera, te enseñaré.

Había sido un día de julio, durante las reparaciones del Carmichael. Beth le había enseñado a preparar una estructura mucho más estable. En un momento dado, cuando estaba de pie para pasar un junco por el lazo situado sobre una de las pértigas, la chica cayó sobre él. La tuvo un segundo en sus

brazos. Los ojos castaños y el pelo cobrizo le hicieron marearse con una emoción que no sólo era la atracción física, de la misma manera que una orquesta no es sólo su sección de bajos. Había sido un recuerdo recurrente en sus sueños.

Esta vez, las cosas sucedían de otra manera. Esta vez, él usaba un martillo y clavos en vez de juncos. Beth abrió de par en par los labios y los párpados, el blanco de sus ojos brilló bajo el sol tropical cuando Shandy le extendió los brazos hacia las pértigas de bambú y acercó el primer clavo a su muñeca... ... y otra vez se encontró en la cubierta del Carmichael, mirando a Hurwood.

El viejo parecía ahora muy intranquilo. – ¿Qué demonios pasa con tu mente? – ladró -. Se me escapa por todas partes.

Shandy tuvo que admitirlo. Seguía tratando de recordar qué hacía allí. Cada vez que veía el combate de pesadilla que tenía lugar a su alrededor, el asombro y el espanto se renovaban. Y ahora, como para minimizar a su desorientación previa, la cubierta dejó de presionar contra las suelas de sus botas y empezó a flotar repentinamente por los aires.

Extendió la mano instintivamente para agarrarse a algo..., y lo que asió no fue una baranda o una jarcia, sino el puño de su espada. La aguja de la brújula le hirió la palma de la mano, pero no la soltó. Comenzó a bajar y segundos después volvía a estar sobre cubierta.

Miró a su alrededor: la lucha proseguía tan horriblemente como antes, aunque seguía sin captar la mayoría de los sonidos, pero ninguno de los combatientes se acercaba a Hurwood ni a Shandy... Al parecer, consideraban que aquello era un duelo privado.

El rostro de Hurwood era una máscara de asombro y alarma, mientras decía algo en voz demasiado baja para que Shandy le oyera. Luego, el viejo sacó su espada y corrió hacia él.

Shandy no había aflojado la dolorosa presa sobre el puño de su arma y se la sacó del cinturón justo a tiempo para apartar la punta de la espada de Hurwood con una extraña defensa en prime. Saltó hacia atrás y desvió más cómodamente el siguiente ataque, luego el tercero. Los antebrazos grises aferrados a su chaqueta entrechocaban con un sonido repugnante.

La sangre de su mano herida empezaba a hacer resbaladiza la empuñadura de su espada. Cada vez que su hoja chocaba contra la de

Hurwood, la aguja de la brújula le arañaba los huesos de la palma, enviando oleadas de dolor hasta el hombro.

Hurwood ladró una breve carcajada y saltó hacia adelante. Shandy apretó el puño de la espada – clavándose la aguja todavía más entre los huesos – y recibió la estocada con una maniobra en espiral que arrancó el arma de entre los dedos del viejo. El dolor hizo que Shandy quedara cegado un momento..., pero, con un último movimiento, lanzó la espada de Hurwood por la borda. Después se quedó mirando la cubierta y respirando jadeante hasta que se le despejó la visión.

El viejo había retrocedido y miraba hacia un lado, señalando a Shandy con gesto imperioso. Obviamente, aquello ya no era un duelo privado.

Uno de los marineros putrefactos caminó obediente por la cubierta en dirección a ellos.

Sus ropas no eran más que jirones y Shandy podía ver la luz del sol entre los huesos de una pantorrilla, pero los hombros eran anchos y la muñeca huesuda blandía un pesado machete con la facilidad de un sastre manejando una aguja.

Shandy estaba cerca del agotamiento, y la aguja clavada en su mano era una auténtica agonía. Le parecía que el peso de una mariposa sobre la hoja de su espada sería una tortura que no podría soportar y seguir consciente, pero se obligó a dar un paso al frente y alzó el arma. El movimiento hizo que el mundo se tornara gris y su cuerpo se cubriera de un sudor frío.

El cadáver se tambaleó, acercándose más. Hurwood sonrió a aquella cosa.

–Mata a Shandy – dijo.

El machete se alzó sobre el hombro huesudo para golpear.

Shandy enfocó la vista y levantó el arma para defenderse...

Pero el machete cayó de lado contra Hurwood, lanzándolo hacia popa por la cubierta, un instante antes de que el necrótico marinero se convirtiera en una ruina esquelética. Los antebrazos grises se evaporaron por la chaqueta de Shandy. Los ojos de éste se clavaron en el brillo de las órbitas hundidas en el cráneo del marinero, y hubo un intercambio de reconocimiento, saludo y despedida entre dos auténticos camaradas. Después, sobre la cubierta, no quedó más que un montón de huesos secos y algunos jirones de tejido llamativo. Shandy soltó la torturante espada y cayó de rodillas, apoyándose sobre las manos heridas. Sus oídos se habían

despejado suficiente como para que oyera el ruido de sus lágrimas contra la cubierta. – ¡Phil! – gritó -. ¡Phil! ¡Por Cristo, hombre, vuelve!

Pero Davies y el resto de los cadáveres habían desaparecido por fin. Aparte de Hurwood, los únicos hombres que quedaban en la soleada cubierta eran los que habían subido del Jenny.

Hurwood se apoyaba contra la baranda de estribor con el rostro blanco como las cenizas, agarrándose el muñón donde había estado hasta entonces su nueva mano. No brotaba sangre, aunque evidentemente el hechicero necesitaba de toda su concentración para impedirlo.

Se movió. Se apartó de la baranda y, paso tras paso cauteloso, se dirigió hacia el camarote de popa. Shandy consiguió ponerse en pie y corrió tras él.

Hurwood dio una patada a la puerta, la abrió y entró.

Shandy se detuvo junto a ella y escudriñó en la penumbra. – ¡Beth! – llamó -. ¿Estás ahí?

No hubo más réplica que los murmullos de Hurwood. Shandy respiró hondo, sacó su cuchillo de la funda con la mano sana y entró.

Hurwood se estaba irguiendo, después de agacharse para buscar algo en un cofre abierto junto al mamparo, y en su única mano aferraba la caja de madera que Shandy había visto antes. El viejo se volvió, y él sintió como el aire se espesaba y lo empujaba hacia atrás. Le llevó de vuelta a la luz del sol, mientras Hurwood seguía avanzando inexorablemente. Pronto fue evidente que se dirigía hacia el bote del barco.

Shandy abrió un poco su navaja, puso el dedo junto a la hoja y la cerró. La sangre brotó de la carne herida, pero el aire dejó de intentar detenerle. Evidentemente, hasta el acero no magnetizado bastaba ahora para disipar los hechizos de Hurwood. Corrió hacia él y, antes de que el viejo se apercibiese de que estaba libre, le tiró la caja de las manos.

El recipiente rebotó por la cubierta. Shandy, con la boca desencajada por el esfuerzo, se volvió y trató de andar. Cayó y se arrastró hacia la caja sobre las rodillas y una mano.

–Mi espada – graznó a Skank, que se estaba vendando el muslo.

El joven pirata se detuvo un instante para dar una patada a la espada magnetizada de Shandy y enviársela tintineando por la cubierta.

Sin quitarse el cuchillo del dedo, Shandy agarró el lacerante sable, apretó la aguja de la brújula para que volviera a hundírsele profundamente en la mano y clavó la punta en la caja.

La cabeza seca del interior implosionó con un sonido como el de un tapiz antiguo desgarrándose.

Hurwood se detuvo, lo miró, tomó aliento y lanzó un aullido que hizo que hasta el más maltrecho de los piratas de Shandy alzara la vista maravillado. Después se derrumbó, y la sangre empezó a brotar del muñón.

Shandy dejó caer la espada con un escalofrío y se quitó la navaja del dedo. La utilizó para cortar su chaqueta maldita en tiras que usar como torniquete..., porque, si Beth no estaba a bordo, no quería que Hurwood se desangrara.

El mareo, las náuseas y los momentos ocasionales en que la mente se le quedaba en blanco, hicieron que la expedición de Shandy por el Carmichael fuera larga. La principal razón de que se tomara tanto tiempo – mirando dentro de cofres en los que de ninguna manera cabía Beth Hurwood, revisando algunos camarotes dos veces por si ella intentaba esquivarle – fue el temor a lo que tendría que hacer si se confirmaba que no estaba en el barco. Pero llegó un momento en que tuvo que admitir que había revisado cada centímetro cuadrado de la nave. En la bodega había más oro y joyas de las que se podían descargar en un día, pero ni rastro de Beth Hurwood.

Subió a la cubierta principal, y miró a los maltrechos hombres que le aguardaban hasta localizar a Skank entre ellos. – ¿Ha recuperado Hurwood el conocimiento? – le preguntó.

–Que yo sepa, no. Oye, ¿has tenido suerte ahí abajo?

–No. – Shandy se volvió de mala gana hacia el camarote donde habían llevado a Hurwood -. Tráeme...

Skank le cortó el paso, respaldado por doce de los hombres que todavía podían andar.

El rostro del joven pirata era tan duro y seco como un trozo de madera en la arena.

–Capitán – rugió -, dijiste que llevaba su condenado botín a bordo, maldita sea, de los barcos que ha...

–Ah, botín. – Shandy asintió -. Sí, hay mucho, como os dije. Creo que me he herniado moviendo un cofre de lingotes de oro por ahí abajo. Podéis... ir a por él. Pero antes, tráeme un cubo de agua marina, por favor. Y trata de encontrar... fuego, una vela o algo así. Estaré ahí dentro con él.

Skank se apartó, un poco desconcertado.

–Eh... claro, capitán. Claro.

Shandy meneó la cabeza tristemente, mientras cojeaba hacia el camarote y entraba.

Hurwood yacía inconsciente sobre las planchas de la cubierta. Su respiración sonaba como los lentos movimientos de una sierra contra la madera seca. Su camisa era más oscura que blanca, con salpicaduras de sangre casi secas, ennegreciendo la cubierta en torno a su hombro, pero la hemorragia había cesado.

Shandy se preguntó quién sería en realidad aquel hombre. ¿El profesor de Oxford, autor de un ensayo sobre el libre albedrío? ¿El padre de Beth? ¿El marido que no pudo soportar la muerte de Margaret? ¿El pirata Ulises Segundo? Los huesos sobresalían en el rostro boquiabierto, y trató de imaginar qué aspecto habría tenido Hurwood de joven. No lo consiguió.

Se arrodilló junto a él y le sacudió por el hombro sano.

—Despierta, Hurwood.

El ritmo de la respiración no cambió, los párpados arrugados no se movieron.

—Es importante, Hurwood. Por favor, despierta.

No hubo respuesta.

Shandy se quedó arrodillado, mirando al maltrecho anciano y tratando de no pensar hasta que entró Skank. Una nueva luz anaranjada luchaba débilmente contra el resplandor solar del exterior.

—Agua —dijo el pirata, depositando un cubo lleno sobre la cubierta—, y una lámpara.

Tras mirar un segundo a su alrededor, inseguro, también la dejó en cubierta.

—Bien —susurró Shandy—. Gracias.

Skank salió cerrando la puerta, y la llama agitada de la lámpara se convirtió en toda la iluminación del camarote.

Shandy metió las manos en el agua salobre y salpicó los ojos cerrados de Hurwood. El anciano frunció un poco el ceño, pero eso fue todo. — ¡Maldita sea! —prorrumpió Shandy casi sollozando—. ¡No me obligues!

Agarró una de las orejas de Hurwood y se la retorció salvajemente... sin resultado. Tan horrorizado como rabioso, Shandy se levantó, apartó la lámpara con un pie y vació todo el contenido del cubo sobre la cabeza de Hurwood. El golpe del agua volvió de lado el rostro del anciano y le

empapó el pelo en torno a la frente como una corona. La respiración siguió con el ritmo anterior, ni siquiera hubo jadeos.

Sollozando ahora abiertamente, Shandy se dio media vuelta y se inclinó para coger la lámpara..., murmuraba una plegaria de agradecimiento cuando oyó un gemido tras él.

Se sentó junto a Hurwood.

–Despierta – dijo con voz perentoria -. Nunca te han dado un consejo mejor.

Hurwood abrió los ojos.

–Estoy... herido – dijo suavemente.

–Sí – Shandy se secó las lágrimas de los ojos para ver al anciano con más claridad -.

Pero seguramente vivirás. Ya sobreviviste a esto una vez. ¿Dónde está Beth, Elizabeth, tu hija?

–Oh..., todo ha terminado, ¿verdad? – Sus ojos se clavaron en los de Shandy -. ¡Fuiste tú! ¡Tú destruiste la cabeza de Margaret! Sentí como su espíritu la abandonaba..., ¡una simple espada! – La voz era suave, como si estuviera discutiendo el desarrollo de un juego que ambos habían visto -. No sólo porque fuera hierro frío...

–Unido a mi sangre, sí. – Shandy trató de igualar el tono tranquilo y conversacional de Hurwood -. ¿Dónde has escondido a tu hija?

–En Jamaica. Spanish Town. – ¡Ah! – Shandy sonrió y asintió -. ¿En qué lugar de Spanish Town?

–Bonita casa. Está cautiva, claro. Prisionera. Pero cómoda. – ¿A quién pertenece la casa?

–A... Joshua Hicks.

Hurwood parecía infantilmente orgulloso de haber podido recordar el nombre. Shandy suspiró de alivio. – ¿Tienes un trozo de chocolate? – preguntó Hurwood con educación -. Yo no tengo.

–Eh, no. – Shandy se levantó -. Ya lo conseguiremos en Jamaica. – ¿Vamos a Jamaica?

–Puedes jurarlo. En cuanto consigamos poner en condiciones este viejo barco. Ahora que sé dónde está, podemos permitirnos un poco de tranquilidad. Beth tendrá que esperar un día o dos mientras hacemos las reparaciones. – ¡Oh, sí! Hicks se encargará de ella. Le he dado instrucciones

muy estrictas, y dejé a una enfermera para asegurarse de que lo hacía todo bien.

«¿Una enfermera? – pensó Shandy -. No me imagino a una enfermera dando órdenes a un miembro de la aristocracia de la tierra.»

–Bueno, ya... – ¿Qué día es hoy?

–Víspera de Navidad.

«¿No lo notas en la alegría de la gente?», pensó.

–Yo debería saludarle mañana.

Todavía con la sonrisa de alivio, Shandy inclinó la cabeza. – ¿A quién?

–A Hicks. Estará en un acantilado de Punta Portland mañana al amanecer, con un catalejo. – Hurwood lanzó una risita -. No le gusta la idea..., ofrece una gran cena mañana por la noche, y preferiría estar en casa preparándola. Pero estará allí. Me tiene miedo. Le dije que esperase la llegada de este barco y se asegurase de verme en cubierta, saludándole con la mano.

–Pues mañana al amanecer no estaremos ni siquiera cerca de Jamaica – dijo Shandy -.

Dudo que este barco pudiera conseguirlo.

–Oh. – Hurwood cerró los ojos -. Entonces no le saludaré.

Shandy estaba a punto de marcharse, pero se detuvo y miró al anciano.

– ¿Por qué tenías que saludarle? ¿Por qué estará vigilando?

–Quiero dormir.

–Dímelo. – Los ojos de Shandy volaron hacia la lámpara, y los apartó -. O no habrá chocolate.

Hurwood frunció los labios, pero respondió.

–Si no me ve saludar, dará por sentado que no voy a llegar a tiempo, así que empezará con la primera parte de la magia. La que hay que hacer el día de Navidad. Yo tenía que estar en Jamaica hoy para ahorrarle la molestia hasta de salir a vigilar, pero entre la tormenta de ayer y vuestro ataque de hoy... – Hurwood abrió los ojos un poco más -. Sólo pensaba que si estuviéramos allí mañana por la mañana, le saludaría y ahorraría problemas a todo el mundo. Después de todo, al destruir la cabeza ya has hecho que el proceso fuera imposible.

Cerró los ojos de nuevo. – ¿En qué consiste esa... primera parte de la magia? – preguntó Shandy, sintiendo que las hebras de la ansiedad volvían a caer sobre él.

—La que se puede hacer en tierra. Lo más importante, lo que habría hecho yo, tenía que ser en el mar. Mañana al mediodía hará la primera parte. Preferiría que la hiciera yo.

Se pondrá triste cuando no me vea. — ¿Qué hará? Maldita sea, ¿en qué consiste esa primera parte?

Hurwood abrió los ojos y miró a Shandy intrigado.

—Bueno..., en el vaciado de la mente. De la mente, del alma de Elizabeth. La expulsará de su cuerpo gracias a la magia. Le enseñé cómo hacerlo.

—Bostezó -. Aunque claro, ahora ya es una pérdida de tiempo. Nadie ocupará su lugar.

El repentino dolor en las rótulas informó a Shandy de que había caído de rodillas. — ¿Y volverá? — preguntó tratando de no gritar -. Si no hay nadie para ocupar su cuerpo, ¿volverá el alma de Beth?

Hurwood rió con la risa libre y despreocupada de un niño. — ¿Volver? No. Cuando se vaya..., se habrá ido.

Shandy se contuvo para no golpear o estrangular al viejo. No habló hasta no estar seguro de que podía igualar de nuevo el tono tranquilo de Hurwood.

—Bueno — empezó. Pero había un matiz áspero en su voz. Lo intentó de nuevo -.

Bueno, ¿sabes lo que haremos? Voy a ver si este barco puede llegar a Jamaica mañana al amanecer. Así saludarás a tu... amigo, a ese tal Hicks, ¿de acuerdo?

Sonreía, pero sus manos heridas estaban apretadas en puños tan tensos como nudos.

—Muy bien. — Hurwood bostezó de nuevo -. Quiero dormir.

Shandy se irguió.

—Buena idea. Mañana vamos a madrugar mucho.

Atisbando por el rabillo del ojo — se suponía que debía parecer que rezaba -, el monaguillo hubo de admitir que la iglesia era cada vez más oscura. Aunque le daban miedo las cosas resacas semejantes a pájaros, que salían cuando se iba la luz, esperaba que la oscuridad absoluta llegara pronto. Después de la ceremonia del matrimonio, el sacerdote daría la comunión, y el monaguillo había pecado demasiado para tomarla, así que quería escabullirse sin ser visto. Aunque aquello significara convertirse en

una de las criaturas como pájaros. Se estremeció y se preguntó con tristeza qué había sido de todas las cosas bonitas. Había tenido amigos, una esposa, una cátedra, el respeto de sus colegas, su propia autoestima... Quizá no habían sido más que un sueño cruel, quizá nunca había habido nada más que oscuridad, frío y una creciente imbecilidad.

Se reconfortó con la idea.

La pareja que iba a casarse llegó por fin a las sombras del altar y entrelazaron los brazos lentamente, como algas azotadas por suaves corrientes en el fondo del mar.

Empezaron a subir por la escalera, y el monaguillo comprendió que la oscuridad absoluta se había retrasado demasiado.

La novia no era más que un vestido vacío, pero animado. Aquello no era tan malo – siempre consolaba encontrar una ausencia donde se había temido una presencia -, pero el novio estaba presente y vivo. No había manera de averiguar si era humano porque la carne que lo componía quizá sólo adoptaba forma de hombre debido a la presión de la ropa. Si tenía ojos, estaban cerrados, pero el monaguillo supo que estaba vivo porque le brotaba sangre por todas partes y su boca se abría una y otra vez en gritos silenciosos.

De pronto el monaguillo comprendió que aquel ser era él mismo, pero el conocimiento no le horrorizó, porque ahora sabía también que podía salir de sí mismo. Completamente, si estaba dispuesto a abandonarlo todo, a no ser.

Con un profundo alivio, lo hizo.

27

Cuando los primeros indicios del amanecer empezaron a amortiguar el brillo de Sirio y el de las tres luminosas estrellas en Liebre, Shandy pidió el catalejo y examinó el tenue contraste de grises oscuros que era el horizonte suroeste. Aunque una larga noche de trabajo le había dejado demasiado agotado y ronco como para gritar, desnudó los dientes en una mueca de placer: divisaba una irregularidad que no podía ser otra cosa que Jamaica.

–Hemos llegado, Skank – dijo con voz tranquila al hombre que le había tendido el catalejo -. Diez horas navegando de noche y guiándonos por las estrellas, sin virajes porque no podemos maniobrar, ¡y hemos llegado justo donde queríamos y cuando queríamos! Por Dios, me gustaría que Davies lo hubiera visto.

–Sí – asintió Skank.

–Que uno de los muchachos haga subir a Hurwood. Le toca actuar a él.

–Sí, capitán.

Skank desapareció en la oscuridad, dejando a Shandy solo en la proa.

Shandy miró hacia el horizonte sombrío, tratando de divisar Jamaica sin la ayuda del catalejo, pero tras dos noches sin dormir le costaba un esfuerzo físico enfocar la vista.

Cada vez que movía los ojos, sólo veía transparencias ilusorias que giraban en todas direcciones. Anhelaba desesperadamente rescatar a Beth, pero más porque así podría relajarse y dormir que por cualquier gloria o satisfacción que le deparase aquello.

Con la objetividad entumecida que sigue a un esfuerzo totalmente agotador, se preguntó si le capturarían en Jamaica... y qué sucedería en ese caso. Podía argumentar que no había violado las normas de su amnistía, ya que el único barco que había atacado era éste y, desde luego, Hurwood no era su legítimo capitán. ¿Robar propiedad robada era menos reprensible que simplemente robar? Bueno, aunque le capturasen y las cosas se pusieran en su contra, antes habría rescatado a Beth Hurwood... y la obligaría a escuchar la historia de su padre, le demostraría que las cosas... no eran como ella pensaba.

Se frotó los ojos doloridos y, de nuevo sin ninguna emoción concreta, pensó en todo lo que le habían robado el verano y el otoño: sus convicciones, su situación legal, su escepticismo, su juventud, su corazón... Sonrió a la gélida oscuridad, comprendiendo que echaba tanto de menos a un viejo balandro destrozado, maltratado y leal, como a los amigos y a la inocencia perdida. Sin nadie que manejara los pantoques durante la batalla del día anterior, el balandro se fue llenando de agua hasta el punto que los cabos de abordaje se tensaron e hicieron que el Carmichael se escorase perceptiblemente a babor.

Con tristeza, ordenó que los cortaran, y los ojos se le llenaron de lágrimas al ver como el mástil y las remendadas velas se inclinaban hacia el agua a medida que el barquito se hundía. Como aún oía mal, o quizá gracias a eso, durante unos momentos escuchó voces débiles que se alejaban. Una de ellas aseguraba insistentemente que él no era un perro...

Unas pisadas vibraron en la cubierta tras Shandy, y Skank le tocó el hombro.

—Eh... ¿capitán? Se volvió. — ¿Sí? ¿Dónde está Hurwood? No me importa que se encuentre enfermo, tiene que...

—Está muerto, capitán — dijo Skank.

Shandy sintió que lágrimas de rabia le llenaban los ojos. — ¿Muerto? ¿Qué? No, no es posible, el hijo de puta no puede...

—Capitán, está frío, no respira..., y si le pinchas con un cuchillo, no sangra. Shandy se dejó caer contra la baranda y se deslizó hasta quedar sentado en la cubierta. — ¡Maldito sea! — susurró con voz chillona -. Maldito sea, ¿tengo que nadar hasta la orilla, trepar por los acantilados y encontrar al tal Hicks? ¿Cómo demonios voy a...?

Ocultó el rostro entre las manos y, durante largos segundos, a Skank le pareció que lloraba. Pero cuando Shandy alzó la cabeza y habló, su voz era ronca, pero tranquila.

—Es lo mismo, traedlo aquí.

Se puso de pie lentamente, mirando en dirección a Jamaica y flexionando las manos entumecidas. El cielo se iluminaba en oriente..., el sol saldría terriblemente pronto.

—Eh..., claro, capitán. — Skank echó a andar, pero se detuvo -, ¿Por qué?

—Y un par de trozos de verga de un metro más o menos, y un rollo del alambre más fino y fuerte — siguió Shandy sin dejar de mirar hacia la isla -. Y una...

Se interrumpió y pareció sentir náuseas. — ¿Y una qué, capitán? — preguntó Skank con voz suave.

—Una aguja afilada de coser velas.

«¿De qué me ha servido abandonar Puerto Príncipe, si en esta nueva identidad de Joshua Hicks sigo acudiendo a playas desoladas al amanecer para esperar señales de barcos piratas», se preguntó Sebastián Chandagnac atemorizado, mientras trataba de encontrar una postura cómoda entre las rocas y la hierba empapada de rocío. Se estremeció y se cerró más la chaqueta. Bebió otro trago de su petaca de coñac, y se sintió reconfortado, tanto por el alcohol como por la envidia del conductor que aguardaba en el carruaje a varios metros detrás de él.

Examinó el horizonte y de pronto se puso rígido, porque divisó un lejano punto gris en la oscura superficie del mar. Se llevó el catalejo al ojo y miró a través de él. Sí, era un barco con velas de cruz. Por el momento no podía averiguar más, así que bajó el catalejo.

«Tiene que ser él – pensó -. ¿Qué otro barco pasaría por Punta Portland al amanecer del día de Navidad?» Echó un vistazo al carruaje. El conductor parecía resentido y uno de los caballos pateaba impaciente, pero Chandagnac no volvió hacia ellos. Ulises le había ordenado esperar hasta que le viera en cubierta. «Puede que sea mi barco – había dicho Segundo con aquella sonrisa que, pese a ser alegre, dejaba al descubierto demasiados dientes -, pero quizá yo no vaya en él..., puede que me haya demorado en alguna parte, o incluso que me hayan matado, y en ese caso no podría volver hasta después de Navidad.

La... magia de vaciado hay que llevarla a cabo en Navidad. Si no me ves, tendrás que hacerla tú mismo.»

«Ojalá estés a bordo – rezó Chandagnac ahora -, ojalá estés a bordo y saludes. No quiero involucrarme en esto.» Se le ocurrió pensar que, por el momento, estaba más a gusto en aquel frío acantilado que en su casa. El día anterior por la noche, la temible enfermera negra había empezado a hacer los preparativos para la magia: quemó insectos y serpientes en la chimenea, haciendo caso omiso de las frecuentes picaduras, y luego recogió cuidadosamente las cenizas. Vertió un par de cucharadas en el plato de hojas y raíces que sería la cena de la chica cautiva. Afinó y probó una docena de silbatos metálicos. Susurró algo al interior de varias botellas sucias y viejas, tapándolas al instante como para conservar dentro las palabras. Y lo peor de todo, lo que hizo que Chandagnac partiera hacia su cita en el acantilado mucho más temprano de lo necesario, fue cuando se abrió una vena de la muñeca huesuda y vertió parte del contenido en una copa..., pero lo que salió no fue sangre ni fluido alguno, sino un fino polvo negro.

Se estremeció al recordarlo. «Sí – pensó -, ojalá estés a bordo, Ulises, para que seas tú quien lleve a cabo las malditas brujerías y yo pueda prepararlo todo para la gran cena de esta noche. Más vale que sea cierto lo que me aseguraste, que todo rastro de tus trucos mágicos desaparecería del jardín antes de las tres, cuando empezarán a llegar los criados para arreglar las cosas.»

Escudriñó de nuevo a través del catalejo. El cielo era más brillante, el barco estaba más cerca y pudo confirmar que se trataba del Orfeo Ascendente... Parecía algo maltrecho, pero se acercaba.

«Hasta ahora, todo bien – pensó con cautelosa satisfacción -. Dentro de media hora estaré volviendo a Spanish Town. Almorzaré y tomaré unas copas en el club, me mantendré lejos de la casa hasta que Ulises haya terminado con sus asuntos. Haré que me ricen la peluca y me aseguraré de que mi ropa esté inmaculada. Quizá eche una siesta. Es esencial que me quite de la cabeza estas desagradables cosas para causar una buena impresión al tal Edmund Morcilla.»

Incluso en su semiaislamiento, Chandagnac había oído hablar de Morcilla, el corpulento hombre calvo que había llegado al puerto Kingston a finales de diciembre. Se decía que tenía fuertes inversiones en toda clase de negocios caribeños, desde el azúcar a la tierra y a los esclavos. Morcilla había escrito a Joshua Hicks la semana anterior para proponerle ser socios en un negocio de tierras. Chandagnac le respondió rápidamente, manifestándole su acuerdo: aquel hombre era una posible liberación de Ulises Segundo.

Y cuando Morcilla le envió una carta larga y amistosa en la que mencionaba su deseo de casarse con alguna joven animosa, preferiblemente de pelo castaño rojizo, Chandagnac estaba tan ansioso de congraciarse con él que en su siguiente carta le habló de la muchacha «con un leve ataque de fiebre cerebral» que se alojaba en su casa. En la misma misiva le invitaba a su cena de Navidad, y se sintió tan complacido cuando Morcilla aceptó la invitación, que ni siquiera se preocupó por la postdata de la carta, en la que el adinerado hombre de negocios manifestaba un fuerte interés por conocer a aquella joven.

Un rayo de luz roja le sacó de sus recuerdos. Alzó el catalejo y esta vez lo mantuvo apuntado hacia el barco, que pasaba en aquel momento bajo el acantilado, mostrándole todo el flanco de babor. Parecía que la tormenta lo había alcanzado: tenía varias vergas rotas, gran cantidad de jarcias enredadas y una de las velas de proa había caído entre los aparejos, formando una especie de tienda sobre la plataforma de los baos de gavia..., pero divisó con claridad a los hombres de la cubierta. Los examinó ansioso, colocando el catalejo en la horquilla de un árbol para mantenerlo firme, y poco después identificó a Segundo.

Estaba de pie junto al mástil de proa, de espaldas a la orilla, pero reconoció la silueta, la ropa y el pelo blanco. En aquel momento, Segundo se volvió hacia el acantilado, y Chandagnac rió aliviado: no había manera

de confundir aquel rostro arrugado y aquella mirada atenta. Mientras le miraba, Segundo dobló la rodilla izquierda y alzó el pie sobre uno de los candeleros de la baranda. Mantuvo la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, pero hizo un amplio gesto con la izquierda mientras sonreía con expresión tranquilizadora.

Chandagnac agitó el catalejo sobre su cabeza, aunque era improbable que pudiera divisar el gesto, y ni siquiera frunció el ceño cuando el objeto se le resbaló de entre los dedos entumecidos y fue a estrellarse contra las rocas de abajo. Silbando alegremente, volvió hacia el carruaje que le aguardaba.

Y Shandy, oculto bajo la vela en la plataforma de los baos de gavia, se dejó caer contra los aparejos que le sujetaban al mástil, cuando por fin el brillo irisado de la inconsciencia se apoderó de su visión. Sus manos dejaron escapar la ensangrentada cruz de marioneta que había fabricado, haciendo que el muñeco de la cubierta adoptara de repente una extraña postura: el cadáver de Hurwood siguió más o menos erguido gracias a los tensos cordeles, pero ahora se inclinaba hacia atrás en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y sonreía confiado hacia el cielo con la mano izquierda alzada por encima de la cabeza, como un bailarín detenido en medio de su actuación.

Durante algunos segundos, los piratas contemplaron asombrados aquel prodigio. Por fin uno de ellos se persignó, sacó el machete y cortó los cables cosidos en la columna vertebral, el cuero cabelludo, los miembros y la mano izquierda de Hurwood. Un alambre repentinamente destensado restalló hacia arriba y azotó a Shandy en la mejilla. La cabeza de Hurwood cayó inerte hacia atrás y el cuerpo se derrumbó sobre la cubierta. Con un silbido metálico, la cruz de control cayó sobre la cubierta. El cuerpo yacía como un muñeco roto, porque el rigor mortis comenzó muy pronto y Shandy había tenido que trabajar con una sierra antes de afanarse con la aguja y el alambre.

El aguijonazo del alambre le despertó. Shandy parpadeó y trató de levantarse, liberando su peso de la cuerda que le sostenía por debajo de los brazos.

—Tiradlo por la borda — dijo Skank abajo, en la cubierta, señalando el maltratado cadáver de Hurwood. — ¡No! — gritó Shandy, casi perdiendo el conocimiento de nuevo por el esfuerzo.

Los piratas alzaron la vista hacia él.

–No lo tiréis – graznó, todavía tratando de bajar -, ni una gota..., ¡malditas cuerdas...!, de sangre..., que el viento no se lleve ni una gota al mar. – Por fin consiguió apoyar los pies y se irguió, respiró profundamente varias veces y miró hacia abajo -. ¿Me habéis entendido? Hay que quemarlo cuando me dejéis en la orilla.

–En la orilla – repitió un viejo pirata con voz cansada -. Vas a bajar a la orilla.

–Claro que sí – gruñó Shandy. Luchó inútilmente contra los nudos que le sujetaban, impedido por la visión desenfocada y las manos ensangrentadas -. Que alguien suba aquí y me ayude a bajar. Tengo... – Sintió que la inconsciencia se apoderaba de él, pero resistió -. Tengo que asistir a una cena.

El Carmichael tardó varias horas en llegar a la punta sur del puerto Kingston, porque el barco no podía poner proa contra el viento y tuvo que realizar diversas maniobras para cambiar el viento de una banda a la otra. Y como soplaba directamente del sureste, desde Kingston, se vieron obligados a trazar una serie de larguísimos ochos, de manera que el viaje se prolongó noventa kilómetros de trabajo constante, en vez de los sencillos cuarenta que hubiera recorrido una nave intacta. Shandy tuvo tiempo de sobra para afeitarse la barba salpicada de gris y rígida por la sal, vestirse con algunas ropas de Hurwood y ponerse unos guantes de piel en las manos vendadas.

El sol estaba alto cuando por fin pudo divisar los tejados rojos de la ciudad entre el bosque de mástiles del puerto. Más allá se encontraban las montañas púrpura y verdes.

Se le ocurrió que por fin divisaba Kingston, y desde la cubierta del Carmichael..., aunque con seis meses de retraso. Recordó como Beth Hurwood había celebrado prematuramente el inminente final del viaje lanzando bizcochos agusanados a una gaviota, y como él había planeado cenar en tierra con el capitán Chaworth.

Hizo una señal al timonel para que no se acercara más, y se volvió hacia Skank.

–Que envuelvan el cadáver de Hurwood y lo pongan en el bote antes de bajarlo. Con cuidado. Necesitaré que alguien reme hasta la orilla. Después llevarás el Carmichael hacia el sur rodeando los arrecifes y nos esperarás allí... Si no hemos vuelto mañana antes de mediodía, márchate.

Probablemente nos habrán capturado. Hay muchos barcos de la Armada por aquí, esta nave correrá más peligro con cada hora que pase. Huye todo lo lejos que puedas, repartíos el botín y vivid como reyes donde queráis. No sé si con esto hemos violado las normas del indulto o no, así que elegid un lugar donde no hayan oído hablar de nosotros. Engorda, tumbate al sol y emborráchate todos los días, porque estarás bebiendo también por mí.

Probablemente Skank no era capaz de llorar, pero sus ojos brillaban cuando estrechó la mano de Shandy.

—Cristo, Jack, volverás. Has estado en lugares peores.

Shandy sonrió, llenando su rostro de arrugas profundas.

—Sí, tienes razón, en unos cuantos. Bueno, haz que los muchachos envuelvan a Hurwood...

—Dejad el cadáver a bordo por ahora — le interrumpió una voz ronca, procedente de la escalerilla de la bodega.

Shandy y Skank reconocieron la voz y observaron con asombro horrorizado como Gordo Tristón subía pesadamente hacia ellos. El gigantesco negro se había cubierto con un trozo de vela a modo de toga para tapar el trozo de mástil que sobresalía de su pecho.

Se movía más despacio que de costumbre, pero su aspecto era el de siempre: fuerte, testarudo e impasible.

—Más tarde quemaréis el cadáver de Hurwood. Yo remaré hasta la orilla. Voy a morir en suelo jamaicano.

Shandy intercambió una mirada con Skank, se encogió de hombros y asintió.

—Bueno, parece que no necesitaré un remero...

—Claro que sí, Jack — replicó Skank -. Parece que el bocor de Davies se quedará en la orilla, y tú no podrás remar de vuelta con las manos heridas.

—Eso será mañana. Me las arreglaré.

Se volvió nervioso hacia el bocor. Por una vez, recordó que era sordo, e hizo un gesto de «después de ti» hacia la baranda y el bote que colgaba de la serviola.

28

Tras soltar el bote, el Carmichael hizo trasluchar la vela de botavara para cambiar de rumbo. El viento llenó sus velas y desapareció por la punta sur antes de que Gordo Tristón hubiera dado quince paladas con los remos.

Shandy se sentaba en el banquillo de popa sin mirar al rostro extrañamente tranquilo del bocor, y se permitió disfrutar del sol, del paisaje y de los olores especiados de la brisa. Ahora que el barco acusador había desaparecido, no eran más que dos hombres en un bote de remos..., aunque una mirada a la toga de Gordo Tristán, sin duda hubiera sorprendido hasta al capitán de puerto más experimentado. Shandy pensaba que podrían llegar a tierra sin llamar la atención.

Incluso cuando un balandro de la Armada Real se acercó a ellos, con sus partes metálicas resplandecientes y el alto foque intimidadoramente blanco a la luz del mediodía, pensó que quizá estuvieran abandonando el puerto en alguna misión que nada tenía que ver con ellos. Sólo cuando el balandro les cortó el paso por la proa, soltó trapo y se detuvo ante ellos, Shandy empezó a preocuparse. Llamó la atención de Gordo Tristán y se las arregló para explicar al bocor que había un obstáculo ante ellos.

Gordo Tristán miró por encima del hombro, asintió y sacó los remos del agua. Pocos segundos después, la proa del bote chocó suavemente contra el barco de la Armada.

Un joven oficial se asomó por la borda del balandro rodeado de media docena de marineros con pistolas, y bajó la vista hacia los dos hombres del bote. – ¿Sois John Chandagnac, también conocido como Jack Shandy, y el médico brujo llamado Gordo Triste? – preguntó nervioso.

–Vamos a Jamaica – interrumpió el bocor en medio de la pregunta del oficial.

–Es inútil hablar con él... – empezó Shandy. – ¿Y bien? ¿Lo sois? – exigió saber el oficial.

–No, maldita sea – gritó Shandy desesperado -. Yo soy Thomas Hobbes y éste es uno de mis hombres, Leviatán. Sólo queríamos...

–Os saludo, guerrero de Babilonia – entonó Gordo Tristán con su voz más profunda, señalando al oficial y abriendo de par en par sus alarmantes ojos -. El León de Judá se sienta a tu sombra y son millones... – ¡Quedáis arrestados! – chilló el oficial sacando una pistola. Se dirigió a uno de sus hombres -. ¡Baja, asegúrate de que no van armados y súbelos a bordo como prisioneros!

El marinero miró al oficial.

–Sí, señor. ¿Por qué, concretamente? – ¿Por qué? ¿No has oído lo que ha amenazado hacer con mis riñones?

–Ha dicho millones, no riñones – empezó Shandy. Pero se interrumpió, cuando el oficial le apuntó la pistola directamente al rostro. Alzó las manos y sonrió.

–Buen trabajo – susurró al bocor sordo.

Los marineros tiraron una escalerilla de cuerdas. Shandy y Gordo Tristán subieron a la cubierta del balandro, mientras un par de marineros lanzaban una boza al bote para remolcarlo. Cuando los cautivos tuvieron las muñecas atadas ante ellos, el oficial hizo que los llevaran a un pequeño y pulcro camarote bajo cubierta. Gordo Tristán tuvo que doblarse casi por la mitad para entrar en la sala. Shandy recordó incómodo su breve visita al buque de guerra que había capturado el Jenny.

–Prisioneros – empezó el oficial -, se os vio desembarcar de la nave pirata Orfeo Ascendente. Hemos recibido noticias procedentes de la colonia Nueva Providencia, según las cuales John Chandagnac y Gordo Triste abandonaron aquella isla el trece de diciembre con rumbo a Jamaica, intentando reunirse con el pirata Ulises Segundo. ¿Negáis ser esos dos hombres?

–Sí, lo negamos – prorrumpió Shandy -. Ya he dicho quiénes somos. ¿Dónde nos llevan?

–A la cárcel de Kingston hasta nueva orden. – Como para enfatizar la afirmación, el balandro empezó a deslizarse cuando el viento hinchó las velas; un momento más tarde sintieron una leve sacudida cuando la boza del bote se tensó -. Las acusaciones contra vosotros son graves – añadió el oficial con tono reprobador -. Me sorprendería que no os ahorcasen.

Gordo Tristán se inclinó hacia adelante y su enorme cabeza pareció llenar el camarote.

–Nos lleváis a la Oficina Marítima de Leyes e Informes – dijo.

Por un momento Shandy captó el olor de hierro al rojo, y el humo se alzó tras el bocor.

Como si no hubiera hablado antes o no hubiera oído a Gordo Tristán, el oficial dijo;

–Os llevaremos a la Oficina Marítima de Leyes e Informes. Al fin y al cabo, de allí partieron las acusaciones – añadió un poco a la defensiva.

Gordo Tristán se acomodó con evidente satisfacción. Shandy podía oler el respaldo de la silla del bocor ardiendo, allí donde el hierro de la verga lo rozaba, y deseó que el hechicero moribundo tuviera algo bueno en mente.

Sabía que la Oficina de Leyes e Informes era un lugar donde se guardaban registros, no un sitio donde se llevara a los criminales.

Shandy y Gordo Tristón fueron encerrados en el camarote cuando el oficial se marchó, pero incluso a través de la cubierta y los mamparos, le llegaron las incrédulas protestas de los marineros.

La Oficina Marítima de Leyes e Informes resultó ser el edificio situado más al sur de la media docena de instalaciones gubernamentales que ocupaban la zona oeste del puerto.

Tenía un muelle propio hacia el que se dirigió el balandro. Como la mayoría de las estructuras portuarias, aquel edificio era de piedra blanca con tejas rojizas, que a Shandy le parecieron moldeadas sobre troncos de palmeras. Mientras el oficial y varios hombres armados le guiaban con Gordo Tristón hacia la puerta, Shandy divisó a un par de escribientes que miraban con curiosidad aquella incongruente procesión por las altas ventanas abiertas. Aún tenía las manos atadas delante, y sus ojos buscaban desesperadamente algo con lo que pudiera liberarse.

Uno de los marineros se adelantó y abrió la puerta. El oficial, que empezaba a parecer un poco inseguro, entró delante. La visión de Gordo Tristón con su toga de lona hizo que los escribientes dejaran caer las plumas y los libros, y se levantaran gritando. Más alto que ninguno de los presentes y corpulento como tres hombres, los ojos del bocor recorrieron la habitación con gesto desaprobador. Shandy supuso que buscaba un trozo de tierra jamaicana, no los tablones del suelo.

Uno de los escribanos se acercó al grupo, seguido por su canoso superior. – ¿Q-qué hacen aquí? – graznó. Miró horrorizado a Gordo Tristón -. ¿Qué..., qué quieren?

El oficial de la Armada empezó a hablar, pero la voz atronadora de Gordo Tristón se impuso fácilmente a la suya.

–Estoy sordo. No oigo – anunció el bocor.

El escribiente palideció y se volvió hacia su superior. – ¡Dios mío, señor, dice que va a defecar aquí!

El caos se generalizó, mientras escribanos y contables derribaban mesas y tinteros en su precipitada carrera hacia las puertas – algunos se limitaron a saltar por las ventanas -, pero Gordo Tristón había visto a través de un balcón un pequeño patio cerrado con caminos, una bandera, una fuente... y hierba. Echó a andar hacia las puertas.

–Eh..., ¡alto! – ordenó el oficial de la Armada.

Gordo Tristón siguió avanzando mientras el oficial sacaba la pistola. Comprendiendo que nadie le prestaba atención a él, Shandy corrió en la misma dirección que el bocor, pero un metro a su izquierda. ¡Bang!

La pistola fue disparada y la sangre salpicó junto con trozos de tejido procedente de un nuevo agujero en la espalda de la toga. Pero el disparo ni siquiera hizo estremecer al bocor. Abrió de golpe el balcón y salió al camino. Shandy le siguió.

El oficial soltó su pistola descargada y corrió para agarrar al gigante negro, al parecer tratando de obligarle a entrar de nuevo. Pero sólo consiguió arrancar la toga de los hombros.

Varias personas, incluyendo al oficial, gritaron al ver el trozo de verga que sobresalía ensangrentado de la ancha espalda, pero Gordo Tristón dio otro paso hacia adelante.

Primero un pie descalzo y luego el otro, pisaron suelo jamaicano.

Shandy le seguía y, cuando el bocor se desplomó de repente, alzó instintivamente las manos atadas para impedir que cayera.

La punta de hierro de la verga desgarró la cuerda en torno a sus muñecas, cuando el cuerpo inerte se derrumbó. Gordo Tristón quedó tendido muerto en el camino, con los pies todavía sobre la hierba y una amplia sonrisa en su rostro vuelto hacia el cielo...

Shandy tensó las cuerdas desgarradas hasta que se rompieron y sus manos quedaron libres.

Salió corriendo al patio cerrado. El disparo había atraído gente a todas las puertas, y buen número de los presentes llevaban espadas y pistolas. Shandy comprendió que le habían capturado..., y entonces se le ocurrió algo.

A paso rápido, tratando de no llamar la atención, se dirigió hacia el asta de la bandera.

Bostezó como si aquello fuera una rutina cotidiana y empezó a trepar por el asta de madera agarrándose a los cabos de la bandera con una mano para darse impulso. Estaba a medio camino, antes de que el oficial de la Armada saliera al patio y le viera. – ¡Baja de ahí! – chilló. – ¡Sube a cogerme! – gritó Shandy.

Había llegado a la cima y estaba sentado sobre la esfera de latón de la punta con las piernas cruzadas por debajo y la bandera británica envuelta en

torno a la cabeza como una capucha. – ¡Traed un hacha!

Pero Shandy se había inclinado hacia adelante, haciendo que el asta se cimbreara hacia un lado y luego hacia el otro, cada vez con más impulso. Shandy se agarró con todas sus fuerzas. Cuando el asta se inclinó en la dirección original, tiró de la esfera de la punta... y cuando la madera estuvo tensada al máximo, se rompió. Los dos metros superiores del palo, con Shandy en la punta, salieron despedidos y fueron a estrellarse contra el tejado mientras el resto del asta quedaba hecha astillas en el patio.

Medio aturdido por los giros y el impacto, Shandy se deslizó por el otro lado del tejado hacia el canal, pero consiguió extender los brazos y las piernas para detenerse. El asta y varias tejas rotas cayeron.

Gimiendo por el vértigo, inició una serie de movimientos espasmódicos para retroceder sobre las tejas deslizantes, y cuando los ladrillos y el asta se estrellaron contra la calle ya estaba de rodillas sobre la cúspide del tejado. Consiguió sentarse y luego ponerse en pie, y corrió por las tejas con las rodillas flexionadas hasta las ramas de un alto olivo. Con la facilidad conseguida tras muchas horas de trepar por los aparejos del barco, se colgó de una, se dio impulso y cayó al suelo. Un carromato de verduras pasaba por el callejón en el que se encontró. Saltó a su interior y se tendió entre la carga de cocos mientras el vehículo se alejaba de la zona portuaria.

Saltó al exterior cuando el carromato se detuvo junto a un mercado con techumbre de paja, en la calle principal de Kingston. La gente le miró, pero él sonrió benévolo y se alejó hacia las tiendas. Las ropas de Hurwood estaban desgarradas, cubiertas del polvillo rojo de los ladrillos y de restos de cocos, así que desgarró el pequeño hilván que había cosido aquella mañana y sacó un par de escudos de oro. Contempló las monedas en la palma de la mano. «Con esto hay de sobra para comprar ropa nueva y una buena espada», pensó.

Se detuvo cuando se le ocurrió la idea. Pareció desecharla y avanzó unos pasos más, pero volvió a parar. «Oh, bueno – se dijo –, por qué no..., no te hará daño, y desde luego puedes permitírtelo. Sí, compra también una brújula.»

29

Por algún motivo, el que fuera la noche de Navidad sólo servía para enfatizar lo diferente de aquella tierra: los olores cálidos del ponche, el pavo

asado y el budín de ciruelas sólo servían para que los invitados a la cena fueran más conscientes de los salvajes aromas especiados de las selvas. La luz amarilla de la lámpara y la música tranquila del violín, que se filtraban por las ventanas abiertas, no podían alejarse mucho de la casa antes de ser absorbidas por la oscuridad y los crujidos de las palmeras con la brisa tropical de la noche. Y los mismos invitados parecían fuera de lugar con sus lujosos atuendos europeos. Sus risas tenían algo de defensivo y las réplicas ingeniosas tendían desesperadamente hacia la sofisticación.

Pero todo el mundo había asistido a la fiesta. Se habían dicho que Edmund Morcilla acudiría, y muchos de los ciudadanos más adinerados de Jamaica sentían curiosidad acerca del recién llegado. De manera que aceptaron la hospitalidad de Joshua Hicks, cuya única recomendación era en realidad la dirección de sus tarjetas.

Evidentemente, el anfitrión estaba exultante por el éxito de la velada hasta el momento.

Iba de un lado a otro de la sala de baile, besando las manos a las damas, asegurándose de que las copas estaban llenas y riendo todas las frases ingeniosas. Cuando no hablaba con alguien, miraba ansioso a su alrededor y se estiraba la ropa y la cuidada barba con las uñas manicuradas.

A las ocho de la noche, los caballos y carruajes empezaron a alinearse ante la casa.

Sebastián Chandagnac se vio incapaz de saludar personalmente a cada invitado, aunque consiguió hacerlo con la imponente figura de Edmund Morcilla, estrechándole la mano..., mientras un hombre conseguía colarse inadvertido y llegar hasta la mesa de la ponchera.

Su apariencia no llamaba la atención. Ninguno de los invitados podía suponer que la peluca, la espada y la chaqueta de terciopelo habían sido adquiridos aquella tarde con oro pirateado. Quizá su manera de andar era demasiado marinera para alguien vestido con tanta elegancia, quizá la manera en que su mano rozaba ocasionalmente el puño de la espada no era demasiado formal, pero después de todo aquello era el Nuevo Mundo, y la gente obligada a vivir fuera de su hogar solía adquirir habilidades extrañas. El criado que se ocupaba de la ponchera llenó su copa y se la dio sin dedicarle una segunda mirada.

Shandy tomó la copa de ponche y bebió un sorbo mientras examinaba la habitación.

No estaba seguro de qué hacer. Su único plan consistía en averiguar cuál de aquellas personas era Joshua Hicks, quedarse a solas con él un instante y obligarle a decir dónde estaba Beth Hurwood. La liberaría, le explicaría un par de cosas rápidamente y trataría de escapar de la isla.

El ponche caliente y el pastel de limón con canela recordaron a Shandy las Navidades de su juventud, corriendo con su padre por las calles nevadas de alguna ciudad europea hacia la calidez de la inevitable habitación alquilada. Allí, el anciano preparaba una modesta cena navideña, y bebían mientras el fuego arrancaba destellos de los ojos cristalinos de las marionetas colgadas. Ninguno de aquellos recuerdos – su padre, inviernos nevados o marionetas – eran un tema agradable en el que pensar, y se obligó a concentrarse en su entorno actual.

Desde luego habían gastado mucho dinero en aquel lugar: como pequeño agente de importaciones y exportaciones, Shandy sabía lo caro y difícil que habría resultado traer de Europa en barco aquellos enormes cuadros de marcos ornados, aquellos candelabros de cristal, aquel mobiliario. No había nada de manufactura local en la habitación y, a juzgar por los olores que llegaban de la cocina, hasta la comida era lo más inglesa posible. No se trataba de una perspectiva muy tentadora para Shandy, que se había aficionado a la tortuga verde, la raíz de mandioca y el salpicón.

Uno de los criados de Hicks entró en la habitación y alzó la voz para hacerse oír por encima de las conversaciones.

–Por favor, pasen por aquí, la cena se servirá enseguida – anunció.

Los invitados bebieron los últimos sorbos de ponche y cruzaron el suelo de madera hacia las puertas que llevaban al comedor. Shandy siguió sonriendo y se dejó arrastrar, pero estaba preocupado: si seguía a todo el mundo, pronto sería evidente que no había sitio para él, que no le habían invitado. ¿Dónde demonios estaba Hicks? Shandy necesitaba una diversión. Miró a su alrededor, buscando a alguna persona especialmente gruesa con la que pudiera tropezar.

Pero cuando ya había localizado a un buen candidato – un anciano de porte majestuoso con una chaqueta de terciopelo rojo llena de encajes, a quien probablemente podría derribar contra la ponchera – la diversión tuvo lugar sin su ayuda.

Al otro lado de la sala de baile, cuatro hombres se aglomeraban junto a la puerta principal, organizando un pequeño caos. El primero tenía una

cuidada barba y daba la espalda a Shandy. Parecía el anfitrión, porque agitaba los brazos y protestaba por algo.

Junto a él se encontraba un gigante corpulento, que observaba la escena divertido mientras fumaba un fino cigarro negro. Vestía con elegancia, pero no llevaba peluca, una omisión peculiar dado que era completamente calvo. Tras ellos, insistiendo en entrar, vio a dos oficiales de la Armada Británica.

—Es por su seguridad y la de sus invitados — dijo uno de los oficiales en voz alta.

El hombre que Shandy había supuesto era Hicks se encogió por último de hombros y dejó paso a los dos hombres. Shandy se situó detrás del tipo gordo con la chaqueta roja... y, sólo por si acaso, más cerca de la ventana.

El gigante calvo también dejó paso a los oficiales. La sonrisa que disimulaba tras el cigarro era tan entendida, que Shandy le miró con curiosidad. De pronto, le pareció que le conocía de algo..., aunque el ancho rostro sin arrugas no le resultaba familiar.

No tuvo tiempo para interrogarse, porque el oficial más cercano empezó a hablar a los reunidos.

—Soy el teniente MacKinlay — dijo en voz alta -. No queremos interrumpir su cena, más que para advertirles de que el pirata Jack Shandy fue apresado hoy en Kingston. Pero escapó, y anda suelto por la isla.

Hubo un murmullo de interés y, pese al repentino temor, Shandy advirtió que el gigante calvo arqueaba las pobladas cejas y se quitaba el cigarro de los labios para examinar con atención a los invitados. La diversión había desaparecido de su rostro para ser sustituida por una expresión de atención.

—Hemos creído que debíamos advertirles — siguió MacKinlay -. Tras comprar ropas nuevas, hizo indagaciones sobre la localización de esta casa. Según la descripción va bien vestido, pero lleva guantes de piel de cabritilla manchados de sangre en las costuras.

El majestuoso caballero situado ante Shandy se volvió pesadamente y señaló las manos enguantadas de éste. La excitación le impedía hablar.

El teniente MacKinlay no había advertido aún la consternación del anciano — aunque los que rodeaban a Shandy estiraban el cuello con curiosidad — y siguió hablando.

—Parece evidente que Shandy ha oído noticias de esta cena y pretende cometer un robo o un secuestro. Un grupo de marineros armados viene

hacia aquí para apresarle.

Mientras tanto, mi compañero y yo...

Hicks había advertido la agitación al fondo de la multitud y miró en aquella dirección...

En aquel momento, el anciano cayó de rodillas, y Shandy se encontró mirando a Hicks frente a frente.

Los dos se sobresaltaron ante lo que parecía la visión de un fantasma.

Tras el primer momento de conmoción, Shandy supo que no era su padre. El rostro era demasiado rechoncho, la boca demasiado fruncida..., pero los ojos, la nariz, los pómulos, la frente, todo era idéntico a su padre. Por un momento, le maravilló que el azar hubiera producido un parecido tal en un desconocido, pero al instante comprendió quién debía de ser y cuál era la auténtica historia tras el «suicidio» de Sebastián Chandagnac. – ¡Dios mío! – exclamó una mujer cerca de Shandy -. ¡Es él, ahí!

Muchos de los invitados varones se palmearon las empuñaduras de las espadas, pero, por alguna razón, el acto de desenvainarlas exigía a todos alejarse del pirata.

De pronto, el hombre calvo se echó a reír. Era una carcajada profunda y retumbante como el chocar de las olas contra las rocas, y Shandy le reconoció.

Los dos oficiales de la armada sacaron las pistolas y gritaron a los invitados que se apartaran, mientras un buen número de hombres avanzaban de mala gana hacia Shandy, blandiendo las espadas que se suelen encargar a los sastres. Sebastián Chandagnac gritaba, exigiendo a los oficiales que mataran instantáneamente al pirata.

Las mujeres gritaban, los hombres tropezaban con las sillas y Shandy se subió de un salto a la mesa blandiendo la espada. Derribó la ponchera de una patada mientras corría hacia la puerta principal. La pistola de MacKinlay disparó ensordecedoramente, pero la bala astilló los paneles de la pared por encima de Shandy, que saltó de la mesa. El compañero de MacKinlay le apuntaba directamente al pecho y Shandy, sin poder hacer otra cosa, se lanzó contra él y golpeó el cañón del arma con un rápido molinete, arrancándosela de la mano antes de que pudiera disparar.

Los hombres resbalaban y maldecían el suelo húmedo de ponche. Un par de sables cayeron tintineando ruidosamente y Shandy saltó hacia un lado, blandió la espada y apoyó la punta contra el pecho de MacKinlay.

Todo el mundo se detuvo en el acto. La pistola dejó de rodar al estrellarse contra la pared.

–Creo que me rindo – dijo Shandy en el silencio repentino que se hizo -, pero antes quiero decir quién es Joshua Hicks. Es...

Sebastián Chandagnac se había lanzado a por la pistola y se incorporó con ella en la mano. Sentado, disparó contra Shandy.

La bala destrozó la cabeza del teniente MacKinlay. Mientras el cuerpo caía y los gritos se reanudaban aún más fuertes, el tío de Shandy se puso en pie, esgrimió su espada y corrió hacia él. Shandy bloqueó el golpe con facilidad, aunque sus guantes blancos goteaban sangre por las costuras, y no le costó mucho agarrar a su tío por el cuello.

–Beth Hurwood, la chica que tienes prisionera – ladró -. ¿Dónde está?

Morcilla, que había hecho ademán de intervenir, se detuvo al oír aquello.

–Arriba – lloriqueó Sebastián Chandagnac con los párpados apretados -. En la habitación cerrada.

Las mujeres sollozaban y varios hombres con las espadas empuñadas se miraban inseguros. El segundo oficial de la Armada había desenfundado su sable, pero no quería acercarse al pirata mientras éste tuviera un rehén.

El pulgar izquierdo de Shandy estaba clavado en la laringe de su tío. Sabía que podía aplastarla con la misma facilidad con que se rompe un huevo. Pero estaba asqueado de tantas muertes, y no creía que le proporcionara ninguna satisfacción ver cómo aquel hombrecillo asustado caía al suelo asfixiándose con los huesos de la garganta rotos.

Cambió su presa para agarrarlo por el cuello de la camisa. – ¿Quién... eres? – graznó Sebastián Chandagnac con los ojos dilatados por el horror.

De pronto Shandy comprendió que, afeitado y con las arrugas de la edad y el cansancio en el rostro, debía de parecerse mucho a su padre, tal como era cuando Sebastián le vio por última vez..., y por supuesto, aquel hombre no sabía que su sobrino John Chandagnac había llegado al Caribe.

Había decidido no matarle, pero no pudo evitar sacudir la culpabilidad de Sebastián.

–Mírame a los ojos – susurró.

El anciano lo hizo, temblando y gimiendo.

–Soy tu hermano, Sebastián – dijo Shandy entre los dientes apretados -. Soy François.

El rostro del anciano era casi purpúreo.

–Oí que habías... muerto. Muerto de verdad, quiero decir.

Shandy le dirigió una sonrisa feroz.

–Era cierto..., ¿no has oído hablar del vodun? He vuelto del infierno para llevarte conmigo, querido hermano.

Al parecer, Sebastián había oído hablar del vodun, y la afirmación de Shandy le pareció demasiado plausible. Los ojos se le pusieron en blanco, exhaló el aliento como si le hubieran golpeado en el estómago y cayó inerte.

Sorprendido pero no muy preocupado, Shandy dejó que el cuerpo cayera al suelo.

Entonces, casi codo con codo, Shandy y el hombre calvo corrieron hacia la escalera.

Parecía que Edmund Morcilla perseguía al pirata, aunque también podría ser que ambos corrieran hacia un objetivo común. Unos cuantos hombres con espadas se cruzaron rápidamente en su camino, y se apartaron de él más rápidamente todavía, mientras Shandy empezaba a subir la escalera de tres en tres, rezando para no desmayarse todavía.

Al final de la escalera había un pasillo. Se detuvo jadeante y se volvió para enfrentarse al hombre que se hacía llamar Morcilla, que estaba a dos peldaños del rellano. Sus ojos quedaban a la misma altura que los de Shandy. – ¿Qué... quieres? – consiguió decir éste.

La sonrisa del gigante parecía querúbica en su rostro suave.

–A la joven.

Se oyeron más gritos y golpes procedentes de abajo, y Shandy meneó la cabeza con impaciencia.

–No. Olvídalo. Vuelve con los demás.

–Me la he ganado..., he estado vigilando esta casa todo el día, preparado para intervenir al primer indicio de magia...

–Que no tuvo lugar, porque yo acabé con el plan de Hurwood – le interrumpió Shandy -.

Fuera de aquí. El calvo alzó la espada.

–Preferiría no matarte, Jack, pero te prometo que lo haré si es necesario para conseguirla.

Shandy permitió que sus hombros se encorvaran en gesto de derrota, y que su rostro se relajara con arrugas de agotamiento y desesperación..., y

entonces se lanzó hacia adelante, desviando la espada del gigante contra la pared con el antebrazo izquierdo y clavándole la suya en el pecho. Sólo el hecho de que el calvo se mantuviera en pie, impidió que Shandy cayera de cabeza por la escalera. Recuperó el equilibrio, levantó el pie izquierdo y lo proyectó contra el ancho pecho, junto al lugar donde le había atravesado la hoja. Consiguió ponerse en pie en el rellano, mientras el calvo caía por la escalera.

Exclamaciones de horror y sorpresa brotaron del clamor generalizado en la sala de baile.

Shandy se dio la vuelta y examinó el pasillo. Uno de los pestillos era de madera, así que corrió hacia él. La puerta estaba cerrada. Alzó el pie y, con un movimiento igual al que le había servido para liberar la espada del pecho de Morcilla, golpeó la madera. El cerrojo se astilló y el suelo ascendió hacia Shandy, que soltó el sable mientras caía en la habitación.

Alzó la vista desde el suelo. Había una lámpara encendida, pero la escena ante sus ojos no era tranquilizadora en absoluto: vio hojas de olor nauseabundo por todo el suelo, alguien había colgado varias cabezas de perro en las paredes, y una negra, que obviamente llevaba mucho tiempo muerta, yacía en un rincón. Beth Hurwood estaba acurrucada junto a la ventana, y parecía que trataba de comerse la madera.

Pero alzó la vista alarmada, y sus ojos tenían el brillo de la inteligencia. – ¡John! – gritó con voz ronca cuando vio quién era -. ¡Dios mío, casi había dejado de rezar por que vinieras! Haz algo con esa espada, corta estas esposas de madera..., con los dientes no consigo nada.

Shandy se levantó y corrió hacia ella, resbalando sólo una vez en las hojas. Examinó el mecanismo y alzó la espada con cautela.

–Me sorprende que me reconozcas.

–Claro que te reconozco, aunque estás muy demacrado. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

–No lo recuerdo.

Golpeó con la espada y cortó las esposas. Beth se liberó de los pedazos y abrió la ventana de golpe. El aire fresco de la noche barrió el olor rancio de la habitación y les llevó los gritos de las aves tropicales en la selva.

–Abajo hay un tejado – dijo -, y desciende hacia el lado norte de la casa. Podremos saltar sin peligro, John... – ¿Podremos? – la interrumpió Shandy -. No, ahora estás a salvo. Mi tío..., Joshua Hicks..., ha muerto. Estás...

—No digas tonterías, claro que voy contigo. ¡Escucha, por favor! Esa criatura del rincón cayó anoche muerta..., muerta por segunda vez, debería decir..., así que desde entonces no me han obligado a comer más de esas malditas plantas, pero estoy muy débil y tengo hechizos de..., no sé, de desorientación. A veces me quedo como dormida con los ojos abiertos. No sé cuánto duran, pero acaban pasando... Así que, si me ocurre algo así, si te miro como sin verte, no te preocupes y oblígame a andar. Se me pasará.

—Eh..., de acuerdo. — Shandy saltó por la ventana hacia al tejado -.
¿Seguro que quieres venir conmigo?

—Sí. — Beth le siguió, se apoyó en su hombro, tomó aliento y asintió -.
Sí. Vamos.

—Bien.

A través de la ventana abierta que dejaban atrás, oyeron pasos titubeantes pero ruidosos que subían por la escalera. La cogió por el codo y la guió tan deprisa como se atrevió hacia el lado norte del tejado.

Epílogo Caminaron durante horas, evitando los caminos más anchos y cuidados para no encontrarse con los grupos de soldados a caballo que patrullaban sin cesar, al parecer por toda Spanish Town. Shandy guió a Beth por bajos muros de piedra, senderos estrechos y plantaciones de caña de azúcar. En dos ocasiones, unos perros les ladraron, pero en ambas Shandy consiguió silenciar la alarma cambiando la brisa con un gesto y cierto silbido. En cambio, no le resultó tan sencillo librarse de los mosquitos, y tuvo que conformarse con manchar de lodo su rostro y el de Beth. Siempre que no caminaban bajo un techo de vegetación podía orientarse y hasta calcular la hora por las estrellas, pero no tiró la brújula que había comprado por la tarde, aunque el peso y el bulto en el bolsillo de la chaqueta eran una molestia.

En varias ocasiones, Beth pareció caminar sonámbula y hubiera tropezado contra los árboles si él no la guiara cuidadosamente de la mano. En un momento dado se quedó dormida y tuvo que llevarla envidiosamente en brazos. Pero estuvo despierta y lúcida durante la mayor parte del camino, y Shandy y ella cubrieron la mayor parte de los largos kilómetros conversando en susurros. Beth le habló de los años en el convento escocés, y él le descubrió los viajes con su padre y las marionetas. Beth le preguntó por Ann Bonny, en un tono tan cuidadosamente casual, que Shandy casi pudo oír cómo el corazón palpitaba en el pecho de la joven. Ebrio de

agotamiento y felicidad, se permitió responder con un largo monólogo inarticulado que ni él mismo se molestó en escuchar..., sabía vagamente que versaba sobre el amor, la pérdida, la madurez, la muerte, el nacimiento y el resto de sus vidas. Dijera lo que dijese, Beth no pareció disgustada y aunque no caminaba sonámbula él le cogió la mano.

Siguieron avanzando hacia el sur. Cuando consideró que debían de ser las tres de la mañana, llegaron al final arenoso de uno de los senderos selváticos. Salieron de la techumbre de palmeras y descubrieron que estaban en la playa. Entre ellos y la oscuridad que era el mar se divisaban las moles lejanamente iluminadas de los edificios. A Shandy le pareció reconocer la Oficina Marítima de Leyes e Informes, aunque no podía estar seguro. Caminaron por la playa y se dirigieron hacia el sur, tratando de permanecer siempre a la sombra de los edificios, cruzando las calles y las plazas descubiertas tan rápida y silenciosamente como podían. Pasaron junto a un par de estructuras iluminadas con lámparas, y en dos ocasiones oyeron voces ebrias no muy lejanas, pero no tropezaron con nadie.

Pasaron junto a varios muelles y botes amarrados..., pero siempre que Shandy se acercaba a hurtadillas en busca de uno que pudieran robar, había ruido de voces o brillo de lámparas demasiado cerca. En dos ocasiones, la brisa nocturna le llevó el inconfundible tintineo metálico de un sable al ser desenvainado, y una vez oyó una voz junto al muelle susurrando una frase en la cual la palabra «Shandy» figuraba enfáticamente. Las autoridades británicas no habían conseguido evitar que entrara y no estaban dispuestas a dejarle salir.

Shandy y Beth siguieron avanzando hacia el sur, con más cautela que nunca al pasar junto al último edificio de piedra. Caminaron de puntillas por una zona de chozas de bambú y tiendas de lona, y por último, cuando las estrellas ya desaparecían, llegaron a un área pantanosa en la que los puntos principales del paisaje eran algunas conchas de tortuga y chozas de pescadores. Allí los mosquitos eran mucho peores, y los dos fugitivos tuvieron que atarse trozos de tela en la mitad inferior de los rostros para no inhalar los insectos, pero Shandy agradeció la soledad de aquel trozo de playa. Ya no tenían que guardar un silencio absoluto, así que empezó a avanzar con zancadas más largas.

Al amanecer llegaron a un destartado muelle con un bote de vela atado a él. Shandy miró durante largos minutos a la media docena de

hombres sentados en torno a una pequeña hoguera – divisó puntos de luz roja, cuando la brisa sopló sobre los carbones – y se relajó, sentándose tras el arbusto que los ocultaba a Beth y a él de la orilla.

–Simples pescadores – susurró sobre todo para sí mismo, ya que Beth se había hundido en otro trance de sonambulismo.

Le había rodeado los hombros con la chaqueta en cuyo bolsillo llevaba la brújula y se estremeció ante la brisa del amanecer, cuando se levantó y consiguió alzarla laboriosamente.

–Vamos – dijo, guiándola al tiempo que se rozaba el bolsillo oculto para asegurarse de que los escudos de oro seguían allí -. Compraremos un bote.

Sabía que resultarían un extraño espectáculo para aquellos pescadores en el gélido amanecer invernal: una mujer evidentemente sonámbula vestida con un camisón y una chaqueta de terciopelo, que salía de la selva acompañada por un hombre manchado de lodo y sangre. Pero confiaba en que media docena de monedas de oro fueran suficientemente convincentes.

Para cuando bajaron por la ladera y se encaminaron tambaleándose por la arena hacia el muelle, varias de las figuras acurrucadas se volvieron para mirarlos. Uno de los hombres, abrigado con un gastado sombrero de paja y envuelto en una manta, siguió sentado al final del malecón contemplando las olas grises que el sol empezaba a iluminar.

Shandy sonrió y mostró seis escudos en la palma de la mano enguantada, mientras guiaba a Beth Hurwood sobre los resonantes tablones del muelle...

Su sonrisa desapareció cuando advirtió los ojos lechosos e inexpresivos en los rostros cenicientos, las mandíbulas atadas, las camisas cosidas y los pies descalzos.

–Maldita sea – susurró desesperado al comprender que ninguno de los dos tendría fuerzas para correr.

No se sorprendió cuando la figura al final del muelle se puso en pie, dejó caer la manta y se quitó el sombrero para que el sol naciente iluminara su calvicie. El hombre se quitó el cigarro de la boca y sonrió a Shandy.

–Gracias, Jack – murmuró -. Ven, querida.

Hizo un gesto a Beth, y la chica se tambaleó como si la hubieran empujado desde atrás. La chaqueta de terciopelo cayó de sus hombros y fue a parar a los desgastados tablones.

Casi al mismo tiempo, a Shandy le fallaron las rodillas y se encontró repentinamente sentado junto a la chaqueta.

–Estás muerto – murmuró -. Te maté... en la escalera.

Beth dio dos pasos rápidos para recuperar el equilibrio.

El hombre calvo meneó la cabeza con tristeza, como si Shandy hubiera resultado ser un alumno torpe. Dio una calada al cigarro y mostró a Shandy la punta brillante.

–Vamos, Jack, ¿no recuerdas las mechas de combustión lenta que me solía tejer en la barba y en el pelo? Fuego lento, ésa es la drogue que mantiene la atención protectora del barón Samedi. Un cigarro encendido da el mismo resultado. Tu espada me hirió, desde luego, pero el barón, el bueno del Señor de los Cementerios, reparó los daños antes de que me diera tiempo a morir.

Beth se tambaleaba a medio camino entre ellos, con el sol arrancando destellos cobrizos de su cabello. Shandy tanteó los maderos del muelle tratando de reunir fuerzas para sentarse.

–Pero no te guardo rencor – siguió el gigante -, igual que Davies cuando le heriste. Te agradezco que me hayas traído a mi prometida..., a la única mujer que ha derramado sangre en Erebo. Y me gustaría que fueras mi lugarteniente.

Las lágrimas de Shandy cayeron sobre los viejos tablones.

–Antes te veré en el infierno, Barbanegra.

El gigante se echó a reír, aunque ahora tenía los ojos fijos en la esbelta figura cada vez más cercana de Beth Hurwood.

–Barbanegra ha muerto, Jack – dijo sin apartar la vista de la mujer -. Tienes que haberte enterado. Fue comprobado. Necesito un nuevo apodo... Calvo, quizá.

Rió de nuevo y sus inmóviles marineros muertos corearon las carcajadas, resoplando como caballos enfermos por las fosas nasales.

Shandy había estado tirando inconscientemente de la chaqueta de terciopelo, y notó un bulto duro en ella. Metió la mano en el bolsillo y reconoció al tacto un disco de latón con superficie de cristal..., la brújula que había comprado. El corazón le palpitó con fuerza. Se dejó caer de bruces sobre el muelle, encima de la chaqueta, con lo que esperaba fuera un convincente gemido de desesperación.

El gigante tendió una mano hacia Beth.

Shandy se sacó la brújula del bolsillo y la aferró desesperado durante un momento... ¡no tenía nada con que romper el cristal!

Barbanegra tocó a Beth, y el aire pareció estremecerse como si el techo del cielo hubiera recibido un golpe.

Shandy abrió la boca, se encajó la brújula entre las mandíbulas y las juntó de golpe.

Saboreó el regusto del latón y sintió como al menos un molar se le rompía, mientras el dolor en los dientes y las mandíbulas le hacía tambalearse. Alzó la vista y vio la mano de Barbanegra sobre el hombro de Beth. Aquello le dio más fuerzas. El cristal se rompió bajo sus dientes delanteros. Escupiendo sangre y cristales, se quitó el instrumento de la boca y soltó la aguja de la brújula. Sacó la espada y clavó la aguja bajo la envoltura correosa del puño hasta que sintió que rozaba el alma metálica. Agarró la empuñadura hasta que el extremo prominente de la aguja se le clavó profundamente en la palma... y, con un relámpago de intuición, alzó el arma por encima de su cabeza. – ¡Phil! – gritó.

No tuvo que mirar a su alrededor para saber que ya no estaba solo. Se puso en pie con ayuda, alzó la espada en su mano lacerada y avanzó hacia Barbanegra.

Pero aunque la corpulenta figura se destacaba ante un mar y un cielo cada vez más brillantes, Barbanegra, quizá contra su voluntad, tampoco estaba ya solo. Como si hubiera que mantener una especie de equilibrio cósmico, el grito parecía haber invocado ayuda para los dos. Shandy no estaba seguro de cómo lo sabía... ¿Un sonido? ¿Un olor? Sí, eso era, un olor..., una mezcla tenue y desagradable de colonia, crema de chocolate y lino sucio enturbiaba el limpio aire marino.

El inconfundible olor de Leo Friend.

La mano de Barbanegra acarició el hombro de Beth y se cerró en torno a él. Tenía los labios húmedos y no habría podido abrir más los ojos. Respiraba desacompasadamente por la boca desencajada, con el cigarro colgando precariamente del labio inferior.

Mientras se lanzaba hacia adelante, Shandy comprendió que el incorpóreo Leo Friend ocupaba el mismo espacio que Barbanegra y que, al menos de momento, lo controlaba.

Shandy agarró a Beth por el otro hombro y la empujó a un lado. Con el dorso de la mano, tiró el cigarro de la boca del gigante y, cuando la brasa

siseó en el agua bajo el muelle, clavó la espada con todas las fuerzas que le quedaban en el vientre de Barbanegra.

Los ojos del gigante seguían abiertos de par en par, pero ahora estaban clavados en Shandy. Y era Barbanegra quien le miraba a través de ellos. Le dirigió una sonrisa, sangrienta pero confiada.

Dio un paso al frente. Casi inconsciente por el dolor, Shandy se apoyó en la espada y trató de no perder terreno, pero, aunque la hoja se clavó unos centímetros más en el cuerpo de Barbanegra, la aguja le arañaba los huesos y tuvo que retroceder.

El gigante conservaba la sonrisa sanguinaria y dio un paso más, y otra vez Shandy se afirmó pese al tormento de su mano. En esta ocasión sintió como la hoja traspasaba la espalda del hombre..., pero Barbanegra había llegado hasta la hoguera, y se levantó para coger uno de los brillantes carbones, con la tranquilidad de quien toma un dulce de una bandeja, para estrecharlo en su enorme puño izquierdo.

Por todo el puerto, en kilómetros y kilómetros a lo largo de la orilla, las aves marinas levantaron el vuelo alarmadas.

El humo brotó de entre los dedos de Barbanegra; Shandy oía el siseo de la carne quemada.

–Fuego lento – rugió el gigante.

Barbanegra retrocedió para que la presa de Shandy le sacara la espada del vientre, y desenfundó su propio sable con la mano derecha. Miró las rápidas gotas que caían de la mano del joven.

–Ah, Jack – dijo con suavidad -, ¿alguien te ha enseñado el truco del hierro y la sangre? ¿Te has clavado una aguja de brújula en la mano? Eso no funcionará contra el barón Samedi..., él es más que un loa, no está atado a las mismas reglas. Mostraba a los indios caribeños por qué hay que temer a la noche, siglos antes de que Jean Petro naciera.

Suelta la espada.

Shandy sabía que había perdido, pero sentía a Philip Davies a su espalda, y cuando habló, casi pensó que era su amigo que le impulsaba.

–Mis hombres y yo – dijo con voz ronca aunque clara -, vamos a Nueva Providencia, nos entregaremos a Woodes Rogers. – Mostró los dientes en una sonrisa -. Te doy a elegir. Únete a nosotros, adopta plenamente nuestros objetivos, o muere ahora mismo.

Barbanegra pareció sobresaltado, después se echó a reír... ..Y de pronto, Shandy se inclinó sobre la mesa del taller de carpintería, contemplando la marioneta que tenía en la mano derecha. Era uno de los costosos muñecos sicilianos de un metro de altura, y tenía que sujetarlo con firmeza hasta que la cola que le pegaba la cabeza se hubiera secado, pero de la espalda de la marioneta sobresalía una larga astilla que se le clavaba dolorosamente en la palma de la mano. Además, era muy pesada. El brazo le temblaba por el peso y el dolor, pero sabía que si la soltaba se estropearía.

Los ojillos de brillante color se clavaron en los suyos, y la marioneta abrió la boca.

–Suéltame – dijo -. Abre la mano y suéltame. ¡El hombrecillo de madera hablaba con la voz del propio Shandy! Entonces, ¿no sería correcto hacer lo que decía? Él lo deseaba, pero sabía lo orgulloso que estaba su padre cuando consiguieron aquella marioneta. No podía dejarla caer por mucho que le doliera sostenerla.

–Suéltame – repitió el muñeco.

«Bueno, ¿por qué no? – pensó, mientras el aguijón de la astilla se hacía más intenso -. ¿Qué importa si es mi vida lo que estoy sosteniendo? Duele. Y de todos modos, estos cacharros nunca duran eternamente.»

Entonces, recordó algo que un anciano negro le había dicho una vez en un bote en el Sena: «Esa táctica, el truco de la bola de barro, la aprendiste de Philip Davies..., y ahora la has desperdiciado. Te dio algo más. No me gustaría que también lo desperdiciases».

El negro desapareció, pero una mano suave y tranquilizadora le asía el hombro y decidió que podía soportar un poco más la tortura de la marioneta.

Abrió los ojos y se encontró mirando el rostro de Beth Hurwood.

Beth había sido comprensiblemente lenta en captar que había salido de su delirio y volvía a estar despierta..., en un muelle, al amanecer, vestida con su camión y rodeada de hombres muertos. John Chandagnac estaba frente a ella, con una espada de cuya empuñadura goteaba un constante flujo de sangre. También veía un gigante calvo, con una herida terrible en el vientre y humo en el puño.

El aire frío y el olor limpio del mar la convencieron por fin de que aquella extraña escena no era otro sueño. El ambiente estaba cargado de tensión y desafío, y recordó rápidamente algo de lo que se acababa de decir:

«Ah, Jack, ¿alguien te ha enseñado el truco del hierro y la sangre? ¿Te has clavado una aguja de brújula en la mano? Eso no funcionará contra el barón Samedi... Suelta la espada».

Clavó los ojos en la mano con que Shandy sostenía el arma y parpadeó, al ver la sangre que se deslizaba por la empuñadura y corría por el antebrazo... Al mismo tiempo, comprendió que aquella aguja de hierro que le destrozaba la mano era su única esperanza..., y el hombre calvo trataba de hacer que la soltara.

Shandy tenía los ojos cerrados y la espada le colgaba de la mano. Obviamente, iba a dejarla caer. Beth se lanzó hacia él, le apretó el hombro con una mano y con la otra enderezó la espada..., agarrándola fuertemente por el filo. Su propia sangre caliente recorrió el acero frío, se deslizó hacia el alma de la hoja y se mezcló con la de Shandy. El abrió los ojos y se miraron.

Cuando las dos sangres se mezclaron, el hombre calvo se vio lanzado hacia atrás. De todos modos, Beth supo que aún no le habían derrotado.

Oyó una voz en su cabeza. Al principio no quiso escucharla por su cínico tono humorístico... ¡era la voz de aquel pirata, de Philip Davies! Pero le explicaba algo que ella necesitaba saber, algo sobre zonas de la magia que sólo eran accesibles a las mujeres, zonas que los hombres sólo podían usar bajo ciertas condiciones específicas...

—John, ¿me quieres por esposa a mí, Elizabeth, para honrarme y respetarme de ahora en adelante..., eh..., olvidando a todas las demás..., en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, creo que eso es todo, hasta que la muerte no separe?

El camisón le ondeaba en torno a los tobillos con la gélida brisa marina, y tiritaba como un gato mojado. Su mano herida temblaba en el filo de la hoja.

Barbanegra retrocedió otro paso. Había desenfundado el sable y lo blandía a su alrededor, trazando grandes arcos como para eliminar la resistencia del aire.

—No — se atragantó —, ¡eres para mí! No puedes...

—Sí, quiero — dijo Shandy —. Y tú, Elizabeth, ¿me quieres por esposo a mí, J — John, para honrarme y respetarme de ahora en adelante — sonrió —, olvidando a todos los demás, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe?

Barbanegra aulló de rabia.

—Sí, quiero — dijo Beth.

La chica soltó la hoja y se apretó la mano herida. Shandy se sintió despertar, sintió como la vivacidad recorría su cuerpo y ampliaba su campo de visión, haciendo que la espada pareciera más liviana y flexible. Los muertos trataron de acercarse y se vieron rechazados por alguna fuerza invisible.

Shandy no sabía si era Davies o su padre quién le impulsaba, pero se encontró corriendo hacia Barbanegra. Aunque sus pies golpeaban el suelo y su brazo sostenía la espada extendida ante él, casi sentía las manos por encima de su cabeza manejando la cruz y los cordeles, haciendo que la marioneta voluntaria que era él se lanzara hacia el calvo en un coupé-et-flèche.

Barbanegra se protegió con su sable, sobresaltado.

En la última zancada, Shandy casi sintió el tirón hacia arriba del cordel cuando pasó hábilmente la espada por encima del arma del otro hombre y la extendió al frente. El gigante hizo una finta defensiva, pero la punta del sable de Shandy ya no estaba allí..., se había retirado para volver a entrar bajo la guardia de Barbanegra y clavarse en su costado.

El calor estalló en la mano de Shandy y casi cayó por el borde del muelle; pero Barbanegra seguía en pie. El joven se obligó a no soltar la empuñadura resbaladiza por la sangre, porque sentía la fuerza que palpitaba a través de la conexión en la que él sólo era un eslabón: la aguja magnetizada en su mano, la sangre de Beth mezclada con la suya y el hierro frío de la espada. Y entonces, por un instante, su visión se expandió: se veía a sí mismo en el muelle a través de los ojos de Beth y, horriblemente, sentía las entrañas de Barbanegra en la hoja del sable...

En aquel momento, las cosas empezaron a morir en torno a él. Con un sentido que no era exactamente el oído, captó los gritos de los seres desencarnados que huían del sol, refugiándose en el mar y en la selva..., las personalidades espúreas, edificadas por la brujería a partir de elementos inertes, volvían a la nada como nudos corredizos al deshacerse. Shandy sintió voces seductoras suplicando un refugio en su mente, pero no respondió..., y un ser invisible pero gigantesco, negro y frío como la muerte de toda la luz, obligado a abandonar su vehículo destrozado, hacía

promesas gélidas a Shandy antes de perderse en la noche que se disolvía por el oeste...

Y cuando Barbanegra se derrumbó hacia adelante sobre los tablones del muelle, arrancando por fin la espada de la mano entumecida de Shandy, éste contempló maravillado el cadáver: estaba acribillado de cortes y balazos, y el hombro izquierdo estaba casi hundido por lo que parecía un golpe de pica.

La llamada de Gordo Tristán había funcionado... Shandy había sido la muerte que llegó del Viejo Mundo para Barbanegra.

Tras un segundo, alzó la vista. Los muertos habían desaparecido. Beth tenía los brazos extendidos a los costados y la sangre le goteaba rítmicamente de la mano izquierda. El sol brillaba en el cielo, y a Shandy se le ocurrió que debería darse prisa si quería vendar sus heridas y las de Beth, incinerar a Barbanegra en una pira y remar con las manos destrozadas en aquel bote de vela para llegar hasta donde aguardaba el Carmichael antes de que Skank levantara anclas.

Incluso entonces sus problemas no habrían terminado. El tiempo acabaría con los hechizos de Beth, pero... ¿se amotinaría su tripulación, si trataba de hacerles volver a Nueva Providencia? ¿Podría convencer a Woodes Rogers de que ninguno de sus actos durante las dos últimas semanas constituía una violación del Perdón Real?

Advirtió que la aguja de la brújula pendía aún de su guante derecho empapado de sangre. Pensativo, sin siquiera parpadear, se la clavó una y otra vez en la carne entumecida. Por último la sacó y la miró. Sonrió y la arrojó hacia el mar brillante del amanecer... y, entrecerrando los ojos, rió suavemente, sintiéndose del todo satisfecho.

Estaba casado con Beth Hurwood. Obviamente, la suerte le acompañaba, confiaba en navegar con buen viento a través de aquellas dificultades. Se había enfrentado a cosas mucho, mucho peores.

Todavía sonriendo, empezó a desgarrar su camisa de seda para preparar vendajes.

FIN

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org**

21/04/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com